



# EL IMPOSTOR

LIN GALÁN

zafiro

# EL IMPOSTOR

Lina Galán

zafiro 

# Índice

## EL IMPOSTOR

Sinopsis

Capítulo 1 Logan

Capítulo 2 Logan

Capítulo 3 Edmund

Capítulo 4 Logan

Capítulo 5 Cheryl

Capítulo 6 Logan

Capítulo 7 Cheryl

Capítulo 8 Dylan

Capítulo 9 Cheryl

Capítulo 10 Dylan

Capítulo 11 Cheryl

Capítulo 12 Dylan

Capítulo 13 Cheryl

Capítulo 14 Dylan

Capítulo 15 Edmund y Maura

Capítulo 16 Cheryl

Capítulo 17 Cheryl

Capítulo 18 Dylan

Capítulo 19 Cheryl

Capítulo 20 Dylan

Capítulo 21 Edmund y Maura

Capítulo 22 Dylan

Capítulo 23 Cheryl

Capítulo 24 Edmund y Maura

Capítulo 25 Cheryl

Capítulo 26 Dylan

Capítulo 27 Cheryl

Capítulo 28 Logan

Capítulo 29 Cheryl

Capítulo 30 Cheryl

Capítulo 31 Cheryl

Capítulo 32 Logan

Capítulo 33 Cheryl

Capítulo 34 Cheryl

Epílogo Un año mas tarde

Notas

Referencias canciones

Biografía autora

Agradecimientos

# Sinopsis

Cheryl vive atrapada en un matrimonio impuesto por su padre en su lecho de muerte. Únicamente su trabajo y sus amigos consiguen que se mantenga cuerda mientras vive ninguneada por la poderosa familia Haynes y por un marido al que sólo le van las fiestas, los vicios y las mujeres rellenas de silicona.

Pero un día, su esposo sufre un fatídico accidente de coche. O no tan fatídico, según se mire, pues, desde que regresó de su recuperación en una clínica de desintoxicación, Dylan está muy cambiado. Ya no es el tipo egocéntrico e inmaduro con el que Cheryl tuvo la desgracia de casarse. Dylan se ha convertido en un hombre maravilloso y en un marido perfecto.

¿Podrías enamorarte sólo dos veces en tu vida y las dos del mismo hombre?

¿Serías capaz de olvidar lo desgraciada que ese hombre te hizo sentir tiempo atrás si fuera cierto que ha cambiado?

Cheryl no está segura de que sea posible, pero está dispuesta a comprobarlo.

# Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

## PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

*A mi marido*

La belleza que atrae rara vez coincide con la belleza que enamora.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

La belleza está en los ojos del que ama.

ANÓNIMO

# Prólogo

## *En un motel de Long Island City*

Cheryl se estremeció. El aire acondicionado de la habitación empezaba a enfriar su cuerpo desnudo. Con cuidado de no molestar al hombre que yacía a su lado, también sin ropa, se incorporó y se sentó en el filo de la cama. Lo observó. Derek dormía plácidamente, incluso diría que roncaba, aunque no muy fuerte. Su pecho, cubierto de escaso y rubio vello, subía y bajaba al compás de su respiración. Suspiró antes de levantarse y meterse en el baño para darse una ducha.

Cuando volvió a la estancia, ya vestida, Derek acababa de abrir los ojos y se desperezaba sobre las blancas y arrugadas sábanas.

—Hola, cariño —la saludó—. He notado tu ausencia nada más marcharte.

—Tenemos que hablar, Derek.

—Oh, oh, preludio de problemas —dijo él con una mueca—. Ésa es la peor frase que te puede decir una mujer.

Una de las cosas que más la exasperaban de ese hombre era que nunca se tomaba nada en serio.

—No estoy bromeando, Derek. No podemos seguir así, con esto.

—Ya lo hemos hablado otras veces, cielo.

Sonriente, la atrajo hacia él y la sentó en su desnudo regazo.

—Dirás mejor que yo he sacado el tema mil veces. —Cheryl se levantó con irritación y se alejó de él—. Porque, si fuera por ti, nos olvidaríamos de que estás casado y de que tienes un hijo pequeño... ¿En qué cojones estamos pensando? —Se pasó las manos por la cara y el pelo, suspiró y elevó la vista al techo.

—¿Acaso me estás reclamando que le pida a Hannah el divorcio?

—¡No! ¡¿Cómo se te ocurre?!

—Vamos, vamos, no te alteres. ¿Qué tiene de malo que sigamos juntos? Me siento muy solo y me da la sensación de que tú aún lo estás más...

—Se acabó, Derek —suspiró Cheryl—. Entre nosotros no hay nada y lo sabes. Únicamente caímos uno en brazos del otro justo en un momento de debilidad, pero no pienso seguir con esta relación clandestina que no me aporta lo más mínimo.

—Mi mujer no se comporta como tal —explicó, serio, mientras se ponía los calzoncillos—. Primero el embarazo, luego el niño, la depresión...

—Si ya no la amas, divórciate, pero no será por mí.

Buscó su bolso y su chaqueta, que andaban desperdigados por la habitación.

—¡Claro que la quiero!

—Pues entonces arréglalo con ella.

—Por Dios, Cheryl —se lamentó Derek—. ¿Qué ha pasado? Hace un momento estábamos ahí, en la cama, follando, y ahora...

—Me voy a casa —le cortó mientras abría la puerta.

—No lo harás por tu marido —la aguijoneó antes de que se marchara—. Mi mujer no folla conmigo, pero tu marido se las folla a todas menos a ti. Se ha tirado a la mitad de la población



femenina de Nueva York.

—Cuidado con lo que dices. —Cheryl apretó los dientes y clavó sus uñas en el marco de la puerta —. Es tu jefe. Un poco de respeto.

—¿El mismo respeto que él siente por ti?!

El último grito de su ya ex amante quedó flotando en el aire sin obtener respuesta.

Mientras bajaba en el ascensor, sin embargo, Cheryl no pudo evitar que la sacudiera una descarga de irritación, aunque acabara en un largo suspiro y un asomo de tristeza. Su marido...

¿Dónde estaría Dylan en ese momento? ¿En qué cama y junto a qué compañía?

\*\*\*

## *En un apartamento del Upper East Side*

Dylan Haynes contempló su imagen en el espejo de su habitación. Se veía perfecto. Le encantaban la ropa hecha a medida, las corbatas y las camisas de seda, la sensación que dejaban en su piel. Le desagradaban las joyas, pero sí le complacía llevar un brillante Rolex en la muñeca y gemelos de oro a juego con los alfileres de corbata.

Se sentía igual de sofisticado que su entorno. Su ático de Manhattan estaba decorado a la última, conducía un Ferrari, comía en los mejores restaurantes, viajaba por todo el mundo, tenía a las mujeres que le daba la gana y acudía a toda clase de fiestas. En aquellas a las que más le gustaba asistir se solían traspasar todos los límites en cuanto al sexo, las drogas, el juego y las apuestas...

Hizo una mueca al imaginarse, sin remedio, la voz de su madre en una de sus reprimendas... «Encauza tu vida, hijo, deja de vivir al límite. Eres demasiado joven y tienes demasiado dinero, la peor combinación.»

No estaba seguro de si el hecho de pensar en su madre le había provocado dolor de cabeza o bien se trataba de la misma migraña que venía acompañándolo desde hacía días. Pasó por la cocina, buscó la caja de analgésicos que últimamente no le podía faltar y se echó un par de pastillas a la boca. Sintió también algo de náuseas, así que se dirigió al baño, inspiró un par de veces y se refrescó un poco la cara. Al mirarse en el espejo y verse tan pálido, volvió a acordarse de uno de los cada vez más constantes rapapolvos de la matriarca de la familia... «¿Qué te pasa, hijo? ¿Por qué estás tan lívido? ¿Es por no comer o por el tipo de vida desatada que llevas?»

Malditos fueran los consejos de su madre y maldita fuera su suerte por estar obligado todavía a bailarle el agua y a permanecer bajo sus faldas porque aún poseía el mismo porcentaje de acciones de Haynes Corporation que él, de la cual era el presidente. Pero estaba harto de su constante acoso. Ya era mayorcito para tomar sus propias decisiones.

El timbre de la puerta lo sacó de sus insanos pensamientos y sonrió. Si había algún ámbito de la vida donde intentaba probarlo todo era en el sexo, y esa misma noche tendría una pequeña maratón. Había quedado con Brenda, una auténtica diosa del placer. Cierto era que la chica estaba bastante enganchada a todo tipo de sustancias y él había acabado igual, pero había descubierto lo embriagador que era mezclar sexo, alcohol y, sobre todo, cocaína. Follaban los dos solos, con «invitados», en grupo... Lo había probado casi todo... y ese «casi» era debido a que creía que nunca se ha experimentado lo suficiente.

Al abrir la puerta, la sonrisa que llevaba plantada en el rostro todavía se ensanchó más, y eso mismo le ocurrió a su miembro cuando comprobó que esa noche Brenda venía acompañada.

—Ella es Erika, una amiga —la presentó tras obsequiarlo con un beso en los labios—. Espero que no te importe.

¿Importarle? ¿Follar con dos diosas rubias de piel bronceada y cuerpos de modelo?

—Encantado, Erika. —La recibió con otro beso en los labios—. Pasad y poneos cómodas.

Las chicas se acomodaron en la espectacular *chaise longue* blanca del salón. Se quitaron los zapatos y, entre risas, comenzaron a sacar provisiones de sus bolsos y a colocarlas sobre la vanguardista mesa de acero y cristal.

—Gracias, guapas —agradeció Dylan mientras él proporcionaba los vasos y las bebidas—. Aquí tenéis, servíos lo que gustéis.

—A ti como plato principal —ronroneó Brenda al tiempo que tiraba de la mano de Dylan y lo sentaba entre ella y su amiga—. Vamos, cariño, esto te sobra.

Mientras Erika preparaba la «mercancía» sobre la mesa, Brenda comenzó a despojar a su amante de la chaqueta y la corbata. Le desabrochó la camisa y deslizó su lengua por su pecho suave y caliente.

—Humm, qué maravilla.

Ambas mujeres deslizaron por sus cuerpos sus vestidos y sus bragas para quedar totalmente desnudas. Brenda tiró del pantalón de Dylan y su amiga lo incitó a que se inclinara sobre la mesa y pudiese probar su género de alta calidad, después de que él enrollara un billete de cien dólares para tal efecto...

Pasada una hora, Dylan se sentía dentro de una espesa nube, excitado al máximo, eufórico y a la vez relajado. Tras beberse de un trago el enésimo vaso de whisky, giró la cabeza hacia la derecha y besó a Brenda, quien, gustosa, le ofreció su lengua. A continuación, se volvió hacia la izquierda y se topó con la boca de Erika, caliente, sensual, erótica...

Los tres cuerpos, desnudos y entrelazados, comenzaron a exigirse cada vez más. Brenda le hizo un gesto a su amiga y ésta la entendió al instante, por lo que ambas se inclinaron hasta encontrar el excitado miembro de Dylan. Mientras una se lo introducía en la boca, la otra lamía su base y sus testículos, provocando los roncos gemidos de Dylan.

—Oh, chicas, sois las mejores. —Continuó gimiendo mientras no dejaba de ingerir tragos de cualquier vaso y de darle caladas al cigarrillo recién fabricado por una de las chicas. Él no fumaba, pero, si se trataba de algo tan especial, disfrutaba haciéndolo, sobre todo en mitad de una mamada—. Y podéis follarme cuando queráis.

—Tú primera. —Brenda señaló a su compañera. Se encargó de colocar el preservativo en el pene de su amante y se dedicó a esperar. Le gustaba ser ella quien lo hiciera correrse.

Erika se encaramó a Dylan y éste la penetró hasta el fondo. Sentir aquella humedad envolver su polla lo trasladó a un mundo paralelo de placer inagotable. Sabía que estar colocado lo ayudaba a prolongar ese placer y a ser capaz de satisfacerlas a ambas.

Agarró por las caderas a la chica y observó sus pequeños pechos botar ante su cara, aunque no llegó a chuparlos porque Brenda asaltó su boca para besarlo. En cuestión de un minuto, aquella rubia imponente alcanzó el orgasmo y gritó mientras hacía rotar sus caderas para absorber todo el placer. Cuando cayó exhausta sobre el sofá, su amiga tomó su relevo.

—Espero que no te hayas corrido —le dijo al tiempo que también se encaramaba a él.

—Aquí hay Dylan para las dos, cariño.

Se introdujo en ella con un golpe de cadera y la chica comenzó a cabalgarlo. Le encantaba que sus redondos y firmes pechos golpearan contra su tórax y sentir los duros pezones clavarse en su piel. Mientras ambos follaban con furia, Erika les iba ofreciendo caladas del cigarrillo para que expulsaran el humo en su propia boca; tanto Dylan como Brenda aprovechaban para besarla en cada ocasión.

Tras aquella vorágine, ambos estallaron en un intenso orgasmo, cayendo después desmadejados en un remolino de cuerpos desnudos y sudorosos.

Pese al placer obtenido, Dylan se vio obligado a retirarse ligeramente de las dos chicas, que dormitaban ya sobre la *chaise longue*. Tenía calor, sudaba copiosamente y el dolor de cabeza había empeorado hasta el punto de sentir unas inminentes ganas de vomitar. Se levantó con esfuerzo del sofá y se dirigió a la cocina para tomarse otro analgésico. Hizo una mueca al recordar que ya había ingerido demasiadas cosas, pero, aun así, se echó la tableta a la boca y esperó unos minutos a que se le pasara el malestar.

—Estás aquí —le dijo Brenda sensualmente, quien, todavía desnuda, había aparecido en la cocina. Se acercó a Dylan y le dio un breve beso en los labios.

—Hola, chicos —saludó Erika, que se sumó a la pareja—. Estaba pensando si os parecería bien que prosiguiéramos la noche yendo a una fiesta.

—¿Hay una fiesta? —preguntó, excitada, Brenda—. ¿Dónde?

—En casa de un amigo mío, en Queens. Es productor musical y monta unas movidas espectaculares.

—Oh, Dylan, vayamos. ¡La noche aún no ha terminado!

Dylan sonrió para disimular. Él era el primero en desear divertirse en una fiesta, donde seguro que habría mujeres a montones, música, sexo y alcohol, entre otras cosas, pero no se encontraba muy bien, y menos para conducir. Tenía algo de náuseas, la migraña no había desaparecido y su capacidad de reacción debía de estar bajo mínimos.

—Por favor, Dylan... —insistió la joven componiendo un mohín.

Quedaría como un idiota si se negaba.

—Claro que sí —contestó él—. ¡Iremos a esa fiesta!

Las dos chicas lo abrazaron y besaron antes de ir a vestirse. Una vez que los tres se hubieron montado en el Ferrari, Dylan arrancó y salió disparado, haciendo rechinar las ruedas.

Las chicas pusieron música a todo volumen; reían, cantaban, besaban a Dylan... Éste, sin embargo, disimulaba el gran esfuerzo que le estaba costando aguantar lúcido al volante. A la llegada de un cruce con semáforo, todas las luces parecieron fundirse en una y lo cegaron por unos segundos. No sabría decir si estaba en verde y podía pasar, o tal vez era ámbar...

Antes de oír el fuerte sonido del claxon de un camión, Dylan se encontró envuelto en una gran nube de luz blanca. No veía nada, sólo captó los chillidos de las chicas pronunciando su nombre.

Una luz, unos gritos, unos chirridos y... después... la nada.

# Capítulo 1

## *Logan*

### EN UN BAR DE CALGARY, CANADÁ

Apuro mi enésima jarra de cerveza y le hago un gesto al camarero para que me la rellene. Siento los restos pegajosos de la espuma de la bebida impregnados en mi bigote y mi barba y me paso el dorso de una mano para limpiarme antes de emitir un sonoro eructo.

El camarero continúa con su tarea de limpiar la barra y me ignora.

—¿A qué esperas? —lo increpo—. ¡Llena esta maldita jarra!

—Has bebido demasiado, amigo. Creo que ya va siendo hora de retirarse.

—¿Y quién coño te has creído tú que eres? ¿Mi padre? ¡He dicho que me sirvas más cerveza, cara de sapo baboso!

—Eh, tú. —Un cliente sentado a mi lado en la misma barra me llama la atención—. El pobre hombre sólo te está aconsejando que no sigas bebiendo. Ni siquiera te tienes en pie. Le harás un favor al mundo si te largas a casa.

—¡Vaya! —exclamo al oírlo—. ¡Otro buen samaritano! —Esbozo una sonrisa sardónica y lo encaro—. ¿Acaso me espera tu mujer en mi cama?

—¿Qué coño... ?! —Muy cabreado por esa respuesta, el desconocido me atiza un puñetazo que me hace tambalear, aunque, por suerte y por el tiempo que llevo de entreno en asuntos parecidos, no llego a caer al suelo.

Pero, eso sí, me ha mosqueado. ¿Quién narices se cree que es este tío para decirme lo que tengo que hacer? Además, para qué engañarme, lo estoy provocando porque me apetece liarla, descargar mi ira y la adrenalina que me rebosa por los poros de la piel como si fuese ponzoña. Así que, en respuesta, agarro la jarra vacía que aún permanece sobre la barra, le doy un golpe seco contra el canto y amenazo al entrometido con el fragmento afilado.

—¿Tienes ganas de bronca?

—¡No quiero peleas en mi bar! —grita el camarero y dueño del local.

Pasamos de él. Mi adversario y yo la emprendemos a puñetazos el uno contra el otro mientras otro par de parroquianos nos imitan. En el proceso, nos llevamos por delante varias mesas, sillas, los vasos que hay sobre la barra y una estantería de botellas de licores diversos.

«Qué ganas tenía de una buena pelea.»

Me reaviva sentir los golpes en mi carne y, al mismo tiempo, sentir cómo crujen mis nudillos cada vez que se incrustan en la carne de otro. Descargo más furia en la mandíbula de alguien que ya no reconozco, y le doy una patada a una mesa de la que saltan por los aires los vasos que había sobre ella. Giro hacia un lado, hacia otro, y sigo soltando porrazos. Lo malo es que he dejado olvidada la retaguardia, por lo que siento un fuerte impacto en la espalda de algo contundente que no me da tiempo a adivinar qué es, pues caigo al suelo y, como ya he imaginado al recibir el trastazo, ya no puedo levantarme. La mezcla de alcohol y los fuertes golpes recibidos me han dejado sin fuerzas. Cierro los ojos y dejo que la inconsciencia se apiade de mí...

—¡Logan Cavanagh! ¡Puedes marcharte!

Ante el grito del policía y el ruido metálico de la puerta, me incorporo en el incómodo banco de madera del calabozo donde he pasado la noche. Me duele todo el cuerpo y tengo náuseas y la boca seca. Me acerco a recoger mis pocas pertenencias, como la cartera, el tabaco y las llaves de la furgoneta, y me dirijo a la salida. En la puerta me espera la persona que ya ha hecho esto mismo demasiadas veces; o sea, sacarme de alguna comisaría por desorden público o destrozar bienes ajenos.

—¿Te parece que no tengo otra cosa que hacer que pagar fianzas para ti? —rezonga—. Debería haberte dejado ahí dentro varios días, a ver si así te das cuenta de que no puedes pasarte la vida armando jaleo y buscando camorra.

—Buenos días también a ti, Sally.

Bufo sin poder evitarlo. Estoy a punto de responder que me deje en paz, que no la necesito, ni a ella ni a nadie..., pero no puedo evitar sentir una punzada en el pecho al ver a mi tía tan enfadada por mi culpa. Es muy menuda, pero gasta un fuerte carácter con el que podría hacer callar a una docena de hombres. Además, es la hermana pequeña de mi madre.

Sally tiene cuarenta años, pero su pequeña constitución la ayuda a aparentar diez menos. Como casi siempre, va ataviada con vaqueros, una camisa de franela, un anorak azul y un par de recias botas de montaña. Lleva recogido su largo cabello negro en una trenza que ella misma se echa hacia delante.

Saco de mi bolsillo las llaves de mi camioneta, que tengo aparcada sólo a un par de manzanas de la comisaría, y me dispongo a abrirla mientras mi tía me persigue con sus diminutos pero rápidos pasos y no deja de refunfuñar.

—¡Un momento! —interrumpe mi movimiento—. ¡Dame ahora mismo esas llaves! ¡Conduciré yo!

—De eso nada, es mi camioneta.

—¡Y también era mi tiempo cuando le he tenido que pedir como favor a John Marsden que me trajera hasta aquí! —exclama, alterada—. Me he chupado más de una hora de camino aguantando la continua perorata de John sobre modelos de cortasetos y toda clase de tijeras de podar. ¡Así que conduciré yo, joder!

—Está bien, está bien —claudico antes de sentarme en el asiento del copiloto.

Sally arranca la vieja furgoneta y emprendemos la vuelta a Canmore por la Transcanadiense, la carretera que une el pequeño pueblo con la ciudad y que recorro demasiado últimamente. Cuando nos incorporamos a la vía, llevo mi mano al bolsillo de mi camisa, saco el paquete de tabaco y cojo un cigarrillo para colocarlo entre mis labios y encenderlo con el mechero que había entre mis pertenencias.

—Maldito vicio —gruñe mi tía—. Con el trabajo que tienes, no deberías fumar. Deberías cuidar tu cuerpo.

—Mi cuerpo me la sopla.

Sally me mira de reojo y pone los ojos en blanco. Como cada vez que viene a sacarme de algún apuro, se agobia pensando en que estoy tirando mi vida por la borda y cosas parecidas, ya me conozco su sermón..., que sabe que pasé por algo terrible pero ya han pasado tres años y es momento de comportarme como un adulto que ya ha cumplido treinta y dos y blablablá. Seguro que, si pudiera,

me daría ella misma los golpes que suelo ir a buscar a cualquier tugurio.

—¿No puedes tomarte un par de cervezas en Canmore? —me pregunta, ofuscada—. ¿Tienes que hacer cien kilómetros para desahogarte y pelearte en plan neandertal?

—En ese maldito pueblucho no puedes ni mear sin que se entere medio vecindario —gruño tras dar una calada y expulsar el humo por la nariz.

—Pero en ese pueblucho tienes un buen trabajo, una casa... Hazlo al menos por la abuela, que la matarás de un disgusto un día de éstos. La tienes a ella y a mí, a Clay y a los niños, incluso una novia. ¿Por qué demonios tienes que montar estas escapadas tan tontas?

—No voy a responder a eso.

—¿Ya no te gusta tu trabajo?

—Antes me encantaba, Sally, y lo sabes. Ahora lo hago porque tengo que vivir.

—¿Y qué pasa con Madeleine? Tengo entendido que su padre va anunciando por ahí vuestra inminente boda.

—No pienso casarme en la vida.

—Pues lo tienes un poco mal. —Ríe de forma odiosa—. Para ello no deberías haberte acercado a la hija del alcalde.

—Joder, Sally, nos pilló follando, maldita sea mi suerte. Quiere proteger tanto a su hija de las habladurías de la gente que prefiere que se case con un desgraciado como yo.

—Desde luego —arruga su pequeña nariz—, si te viera ahora la pobre Maddy, se largaría corriendo. ¿Has visto las pintas que llevas?

—Lo sé, necesito una ducha y una camisa limpia.

—No es sólo eso, Logan. ¿Desde cuándo no te cortas el pelo ni te afeitas? Pareces un vagabundo yapestas como tal.

—Deberías haberme dejado allí —le contesto, harto de sus reproches—. Así no tendrías que mirarme ni olerme.

Y entonces Sally transforma su expresión divertida y paciente por otra que demuestra que está más que harta de escucharme exponer mis quejas.

—¿Intentas darme pena, Logan?! —chilla—. Porque estoy hasta la coronilla de tu victimismo, de tu continua autodestrucción, de que te alejes cada vez más de la única familia que tienes... ¡Reacciona, joder! ¡Y si te sientes desgraciado por haber perdido a tus padres, te recuerdo que ella era mi hermana! ¿¡O te crees que a los demás no nos dolió!?

Tiro la colilla por la ventanilla y me giro hacia mi tía. Acaba de ponerme a cien y no puedo evitar gritarle, furioso. ¿Por qué coño ha vuelto a salir el tema?

—¡Tú no estabas allí cuando murieron, en aquella puta montaña, maldita sea! ¡Fui yo quien los vio caer, Sally! ¡Fui yo quien fue testigo de cómo mi padre cortaba la cuerda que los sostenía a los dos para salvarme a mí!

Comienzo a respirar con dificultad. Noto mi cuerpo frío y mi corazón latiendo errático. No quiero pensar más en aquello, me duele hacerlo... ¡No quiero pensar nunca más!

—Todos lo sentimos mucho, de verdad, cielo —dice Sally, comprensiva—, pero hay que seguir adelante. Eres el mejor alpinista y escalador de la zona y el que mejor conoce las rutas de las Rocosas y los lagos. No puedes estancarte en montar excursiones para jubilados y recién casados.

—Pues eso es exactamente lo que seguirá habiendo, Sally. No voy a volver a escalar una puta montaña en mi vida.

Al final, no tengo más remedio que evocarlos de nuevo, a mis padres, a la tragedia que los sacudió. No se merecían ese triste final. Ojalá hubiese caído yo por aquel desfiladero. El mundo hubiese perdido bastante menos.

Tal vez mi tía tenga razón y no paro de autocondolarme...

Tres años atrás, viví una terrible experiencia que me marcó para siempre: ver morir a mis padres.

Noah y Emma Cavanagh me inculcaron desde pequeño la pasión que ambos sentían por la naturaleza. Rodeados toda su vida por valles, montañas y ríos, muy pronto me enseñaron las técnicas de la escalada, y a saber orientarme y desplazarme por los cientos de senderos que ofrece el Kananaskis Country, todo el entramado de parques y tierras salvajes frente a las Rocosas Canadienses.

Aquel frío día salimos los tres a escalar en hielo una de las caídas de agua que se congelan en invierno. Todo iba bien, pero se cometió un fallo que hizo despeñarse a mi madre y dejarla suspendida a más de mil pies de altura. Mi padre, escalador y alpinista experimentado, supo que los tres nos precipitaríamos sin remedio, por lo que cortó la cuerda que los unía a mí y ambos cayeron al vacío ante mi desesperada mirada y mis gritos de horror.

—Entonces, ¿qué futuro piensas tener en Canmore? —Sally, como otras veces, ha decidido seguir por la vía práctica de la conversación. Sé que le duele verme así—. No digo que de guía no puedas ganarte la vida, pero cuando formes una familia...

—¡Qué manía con el temita! ¡No voy a casarme con Maddy!

—Veremos a ver lo que dicen ella y su padre —replica sonriendo.

Bufo por las palabras de mi tía y por el recuerdo de mi desastrosa vida mientras atravesamos las calles del pintoresco pueblo. A pesar de lo hartado que estoy de vivir en él y de las ganas que tengo de largarme de aquí, no se puede negar que Canmore es realmente bonito..., con sus coloridas casas con los tejados en punta, los árboles en las aceras, las fachadas de madera, las tiendas de *souvenirs*... Lo mejor de todo, las montañas al fondo, recortando el azulísimo cielo que nos cubre hasta que llegue el invierno y sea la nieve la que lo haga. ¿Lo malo? Que es pequeño, que casi toda la gente se conoce, que si te has pasado aquí la vida apenas has podido saber lo que es el mundo, que te sientes atrapado... En fin, voy a dejar de agobiarme o será la rueda de volver a empezar.

Por fin, llegamos al final de una calle sin salida, donde, ya junto al bosque, se encuentra una casa de color verde, de tejado afilado y dos plantas, rodeada toda ella por árboles cuyas hojas empiezan a teñirse de tonos ocre. En la puerta, junto al abeto que preside el jardín, nos está esperando Abigail, mi abuela, que físicamente es igualita a Sally, sólo que su larga trenza es ya de color gris. Viste también una camisa de franela, unos pantalones de pana y unas recias botas que acaba de quitarse para acceder a la casa.

El recibimiento que me ofrece la anciana es propinarme una fuerte colleja estampando sus nudillos en mi coronilla, como si tuviese quince años y volviese tarde de algún botellón.

—¡Abigail! —me quejo.

Suelo llamar a las mujeres de mi familia por su nombre y no por el parentesco, costumbre que adquiriré cuando era pequeño.

—Maldito tarambana, botarate y jueguista... Da gracias a que eres el mejor guía de toda esta zona, porque, si no, la empresa de las excursiones ya te habría despedido. ¡Y dúchate, que apestas como un oso! ¡Seguro que, entre esos pelos y esa barba, hay escondida alguna mofeta!

—Manda cojones —me lamento—. Creo que ya soy mayorcito para responsabilizarme de mis

cagadas. No necesito a dos mujeres que no me llegan ni a la barbilla para sacarme de cada maldito apuro.

—Oh, claro —exclama Sally—. Deberíamos dejarte vivir solo en la casa donde cada rincón te recuerda a tus padres, hasta que tengamos que recogerte un día del suelo envuelto en tu propio vómito.

—Lo que debería hacer es irme de aquí —rezongo de nuevo—, y perder de vista este maldito pueblo.

¡Lo que daría por largarme de este agujero y perderme entre la gente de una gran y maloliente ciudad!

—¿A dónde te irías? —pregunta mi tía.

—A Nueva York, por ejemplo.

—¿Necesitas irte del país? —interviene Abigail—, ¿o es que crees que en las grandes ciudades norteamericanas se puede vivir del aire?

La ignoro, porque ésa es mi gran frustración: no poder irme porque no sabría de qué vivir.

—Dudo mucho —prosigue Sally— que en una gran metrópoli como ésa necesiten un alpinista o un experto en senderismo.

—¿Y por qué crees que todavía no me he largado? —replico muy cabreado.

Desaparezco tras la puerta del baño. Antes de ducharme, abro la ventana que da a las montañas y vuelvo a sacar un cigarrillo del paquete que llevo en el bolsillo de la camisa. Mientras expulso el humo, intento pensar... en la forma de largarme, en la manera en la que podría ganarme la vida en la ciudad de las oportunidades y de los sueños.

Pero ¡joder, no se me ocurre nada!



## Capítulo 2

### *Logan*

Coloco mi mano derecha sobre la frente y miro hacia el cielo. El día se presenta algo húmedo y observo un cielo gris desde el aparcamiento de Cougar Creek, aunque no parece presagiar lluvia. De todas maneras, como nunca puedes fiarte, voy ataviado con botas de senderismo, vaqueros, camisa de franela y chaleco impermeable, pues las temperaturas en estas montañas podrían variar varios grados en cuanto a alguna tormenta le diera por aparecer.

Echo un vistazo al concurrido grupo que ha decidido realizar hoy la caminata hasta el monte Lady Macdonald. Esta vez les he advertido de que, a pesar de su breve recorrido de tres kilómetros, es bastante duro, sobre terreno inclinado, por eso han acabado desistiendo los jubilados del grupo inicial y se han apuntado parejas de recién casados, un grupo de amigas treintañeras, varios ejecutivos en un plan antiestrés y un abogado que debe de pasar de los sesenta, pero que ya lleva años participando en estas excursiones y siempre me ha parecido en forma.

Sally, tan bien ataviada como yo, cierra la comitiva. Ella, enfermera de profesión, además de igualmente experta en estos senderos, lleva su maletín de primeros auxilios en la mochila.

Me dirijo a todos mientras preparo mi macuto con una cantimplora de agua, algo de comer y una especie de kit de supervivencia que no suelo mencionar. Podría provocar cierta alarma entre los excursionistas si digo que llevo entre mis pertenencias incluso un arma por lo que nos podamos encontrar.

—Procuren seguir al grupo y mantener el ritmo. Les aviso de que deben tener cuidado de no acercarse a los acantilados y que pararemos al llegar a la explanada de los helicópteros. Una vez que descansen, admiren las vistas y hagan sus fotos, volveremos a Canmore. Tiempo estimado: unas cinco horas en total.

—Me han dicho que se puede subir más arriba de la planicie de los helicópteros. —Uno de los ejecutivos me interrumpe para recordarme que hay más trayecto hacia arriba, o tal vez pretende instruirme. ¡Como si yo no tuviese ni idea de dónde estamos ni a dónde vamos o no supiese el lugar exacto de cada puñetera piedra!

«Joder, maldito bróker de mierda... Seguro que no has subido ni diez escalones seguidos en tu puta vida y aquí te las estás dando de valiente.»

Valiente gilipollas, claro.

—He dicho que no subiré más —le respondo—. Si alguien prefiere las emociones más fuertes, que se apunte en la agencia para escalar las Montañas Rocosas. Esto es senderismo. Y ya no podemos esperar más o se nos hará tarde. ¡En marcha!

Nadie vuelve a decir una palabra durante el trayecto que encabezo. Me conozco estos senderos como la palma de mi mano, por lo que, mientras subo por los bosques de pinos y abetos, no suelo pensar en gran cosa desde hace tiempo. Me limito a caminar de forma mecánica, porque, como ya le dijera a Sally, ya no disfruto con estas salidas ni con los paisajes que siempre he amado tanto.

Una vez de vuelta de la caminata, que al grupo de senderistas le ha parecido dura, se despiden de nosotros. Están exhaustos y ha habido que vendar un tobillo, pero parecen contentos y satisfechos.

—¿Te vienes a casa a tomar una cerveza con Clay? —me propone Sally mientras volvemos a Canmore.

—Claro —contesto parcamente. Siempre he pensado que para qué malgastar las palabras si no vas a aportar nada nuevo.

Los hijos de Sally, de ocho y doce años, me reciben con entusiasmo, lo mismo que su marido, Clay, un hombre bonachón que tiene su propio negocio de muebles en Calgary.

—¿Cómo va eso? —me pregunta éste mientras me da una palmada en la espalda.

—Como siempre —respondo—. Ya sabes que todo sigue igual aquí, en Canmore. Nada cambia, todo parece estancado. Como yo.

—No empieces —me reprende mi tía mientras reparte los botellines—. Seguro que el día se te hace más ameno con la vista que estoy contemplando desde la ventana.

Sigo su mirada y me encuentro con una figura femenina bastante enfadada que emerge de un coche parado en la puerta.

—Joder —refunfuño—. Es Maddy. Se me había olvidado que habíamos quedado. Será mejor que hable con ella.

Salgo de la casa y me aproximo al vehículo de mi supuesta novia para mantener la conversación de la forma más discreta posible. Aunque, sin necesidad de girarme, sé perfectamente que Sally y Clay están mirando tras los visillos de la ventana de la cocina. Debe de ser que el aire de Canmore invita al cotilleo.

Por mi parte, apenas reparo en que Madeleine va vestida de forma pulcra y recatada, con un vestido amarillo floreado que le tapa del cuello a las rodillas y un lazo en el pelo del mismo color.

Ojalá hubiese ido vestida así el día que me pilló borracho y cachondo en una fiesta y acabamos follando en mi camioneta. Por lo visto, la chica sólo se dedicó a ir con minifaldas que apenas le tapaban el culo hasta que encontró novio. Desde que nos pilló su padre en su casa y la relación se hizo «oficial», apenas le he visto una teta, y mucho menos hemos echado más de dos polvos, a pesar de lo fogosa que demostró ser al principio. ¡La de veces que empañamos los cristales de mi furgó!

—Hola, Maddy. —Le doy un beso en la mejilla y me apoyo en el capó del coche.

—¿Te parece bonito? —me recrimina ella—. ¡Habíamos quedado en que me llevarías a cenar!

—De acuerdo, iremos entonces.

—¡Fue ayer cuando quedamos! —grita Madeleine—. ¡Anoche ya pasó! ¡Hoy no puedo! ¡Tengo que ayudar a mis padres para la próxima campaña!

—No sé para qué os molestáis —bufó—. Tu padre seguirá siendo el alcalde mientras no haya otra alternativa.

—¿Tienes que ser tan cínico para todo? —Ofuscada, se cruza de brazos—. No tienes entusiasmo por nada, Logan, ni siquiera por hablar de nuestra boda. ¿Por qué no aceptas el empleo que te ofrece papá en el ayuntamiento? No tendrías que andar todo el día por ahí subiendo y bajando montañas.

—No pienso ser el lameculos de tu padre —le advierto, señalándola con el dedo índice—. Me gusta trotar por las montañas, o tal vez no sirva para otra cosa. Y, por cierto, yo nunca he mencionado ninguna boda.

—Eres zafio y maleducado, Logan —me dice, elevando la barbilla—. Cuando estemos casados, tendrás que comportarte, al menos cuando organicemos las reuniones o estemos en la iglesia.

—Joder...

Me paso las manos por el pelo y la cara, me tiro de la barba y emito un fuerte suspiro. No soy un

cabrón que vaya dejando tiradas a las chicas, pero, si no paro esta relación, pronto me veré con la soga al cuello, atado de por vida a una mujer que sólo sabe hablar de reuniones pastorales, recetas de galletas o de su padre.

Si tan sólo tuviese una excusa para largarme de aquí...

## Capítulo 3

### *Edmund*

Edmund Sanders, abogado de profesión, había disfrutado bastante con la subida al monte Lady Macdonald. A pesar de su edad, se encontraba en forma y solía hacer algunas escapadas de Nueva York a Canadá para desconectar y oxigenarse.

Aunque aquellos viajes no se podían calificar como totalmente de ocio... Tenían, además, un motivo que nadie podría llegar a sospechar, ni siquiera la mujer para la que llevaba trabajando casi toda su vida: Maura Haynes.

—Maura —se dirigió a ella por teléfono desde la habitación de su hotel—. He encontrado la solución a nuestro problema. ¿Cuándo podrías coger un vuelo a Calgary?

# Capítulo 4

## *Logan*

De nuevo en pocos días, me encuentro conduciendo mi vieja camioneta a través de la Transcanadiense en dirección a Calgary. Llevo realizadas varias salidas y excursiones por los Grassi Lakes, aguantando familias con niños maleducados, cuyos padres se merecen la reprimenda que no les dan a sus hijos. Y encima, en mi última excursión a Ribbon Falls, a un hombre le ha dado un ataque al corazón. Todo me está saliendo de puta pena, incluida mi cansina relación con Maddy, empeñada en casarse conmigo a toda costa sólo porque presume ante sus amigas de tener novio y preparar una boda.

Si no me desahogo esta noche en una buena pelea después de ahogarme en cerveza, acabaré loco de remate.

Me desvío por la salida correspondiente y tomo un atajo que conozco para llegar antes al otro lado de la ciudad, a través de una pista sin asfaltar. Me llama la atención que un lujoso todoterreno oscuro tome el mismo camino, ya que a mí no me importa que un montón de piedras impacten contra mi maltrecha carrocería, pero jamás me metería en este camino con un coche de tal categoría.

Miro por el espejo retrovisor interior. Ese vehículo está cada vez más cerca y me mosquea que quiera adelantarme.

—¿De qué vas, capullo? —exclamo—. ¿Quieres demostrarme que tu todoterreno es mejor que mi furgó? Gilipollas... —rezongo al verlo colocarse en paralelo a mi izquierda.

Pero esto ya empieza a ser algo más que conducir en paralelo. El vehículo, con lunas tintadas, no parece tener ninguna intención de adelantarme, sólo de permanecer a mi lado. De pronto, se aproxima a mi camioneta, demasiado para mi gusto. Cada vez más, cada vez más...

—¡Joder! —suelto tras dar un volantazo hacia la derecha—. Pero ¿qué coño hace este loco?

Antes de que pueda cambiar de trayectoria, el todoterreno se cruza delante de mí y me obliga a frenar tan de golpe que el tirón del cinturón de seguridad me deja casi sin respiración. Mientras intento tomar algo de aire, observo de reojo cómo un par de tipos salen del coche, se acercan a mi furgoneta, abren la puerta y, mientras uno la sujeta, el otro se planta ante mí.

Lo último que veo es la sombra de un puño impactar contra mi cara. Después, oscuridad.

\*\*\*

Cuando puedo abrir los ojos, descubro que sigo en este mundo —lamentablemente— gracias al dolor que siento en la mandíbula. Quienquiera que me haya dado el puñetazo, sabe atizar bien. Lo que me cabrea mil veces más que el golpe es encontrarme en un lugar desconocido y, sobre todo, tener las manos atadas a la espalda.

—Parece que le tenemos de vuelta, señor Cavanagh.

—¿Usted? —Miro al hombre con mi ceño fruncido, pues lo he reconocido al instante. Este tipo es el abogado que suele apuntarse a las rutas de senderismo por duras que sean y a pesar de la edad sexagenaria que aparenta. Ha cambiado su ropa informal por un traje gris marengo que le confiere un

aura sumamente elegante y que resalta su cabello entrecano.

—Veo que mi escolta le ha dejado la mente en buenas condiciones.

El tipo señala a los dos gorilas que un rato antes se han acercado a mi camioneta para dejarme K. O. En este momento, ambos se limitan a hacer un gesto con sus cabezas antes de marcharse de la estancia y dejarnos a solas.

Por cierto, el sitio donde me encuentro me parece bastante agradable, a pesar de la situación. Es una sala espaciosa, elegante, clara, y tiene toda la pinta de ser una habitación de hotel... y uno de los buenos, de esos que no podré pagarme jamás.

—Si esto es un secuestro —comento, mientras sacudo mis manos atadas en actitud beligerante—, van ustedes apañados. Mi familia no podría pagarle más de lo que cuesta su corbata. Así que —añado, entre irónico y cabreado—, ya pueden pegarme un tiro y hacerme desaparecer tras cualquier cuneta.

—No lo hemos secuestrado, señor Cavanagh —comenta el abogado mientras se sirve un whisky con hielo—. Únicamente quería estar seguro de que me prestaría atención. ¿Le apetece una copa?

—Claro que me apetece. Si es usted tan amable de desatarme las manos... —suelto con sorna, por si cuela.

—Oh, vaya —se lamenta el hombre—, me va a resultar imposible acceder a su petición. —Luego se echa un trago a la garganta ante mi consternación y mis ganas de patear algo.

—Al menos déjeme fumar —suspiro encrespado—. Tengo el tabaco en el bolsillo de la camisa.

El desconocido accede. Saca un cigarrillo del paquete y me lo enciende después de colocármelo entre los labios, que ya han empezado a hincharse, a pesar de que mi descuidada barba apenas los deje entrever.

—Tendría que dejarlo —me comenta al ver cómo expulso el humo sin necesidad de usar las manos. Tras un par de caladas más, me lo extrae de la boca y lo apaga en un cenicero.

Ahora sí que me ha tocado los huevos, detesto que se atreva a darme consejos después de todo.

—Mire —replico, obviando ya cualquier formalidad—, jodido gilipollas, me han golpeado, sacado a la fuerza de mi camioneta, trasladado a no sé dónde, maniatado y, para rematarme, me han dejado sin mi noche de borrachera en Calgary. Según usted, no estoy secuestrado, entonces... ¡haga el puto favor de decirme qué coño hago aquí!

—Tranquilícese —me pide con serenidad—. Entiendo perfectamente su malestar, pero créame que en sólo unos minutos lo habremos desatado y comprobará que no actuamos con mala intención.

—Estoy esperando.

—Quería proponerle un trabajo, un buen trabajo.

—Ya tengo trabajo —contesto.

—Lo sé, pero le propongo uno en Nueva York, en pleno Manhattan.

—¿Ahora les ha dado a los ricachones de Manhattan por escalar edificios? —suelto con ironía.

—Lamento decirle que no sería un trabajo de lo suyo. Se trataría de un empleo... diferente. Tendría usted que asistir a un despacho con regularidad, atender a clientes, viajar, ir a reuniones tanto sociales como laborales...

—Pare el carro, amigo. ¿De qué demonios está hablando? Yo jamás he trabajado en una oficina, ni siquiera he usado corbata en mi vida.

—¿Y no estaría dispuesto a cambiar esa vida? —me pregunta con mirada brillante, sabiendo perfectamente lo que está haciendo—. A cambio de una buena remuneración, por supuesto.

Eso del cambio de vida me interesa, aunque me he dado cuenta de que el maldito abogado ha captado mi interés. Aun así, intento mostrarme escéptico y me recuesto en los mullidos cojines del sofá.

—Quiero saber los detalles —le exijo.

—Por supuesto —accede—. Sabemos que usted no está preparado para el puesto y que su formación correría de nuestra cuenta, aunque sabemos también que maneja varios idiomas debido a su contacto diario con turistas y ése es un gran punto a nuestro favor, que nos ahorrará tener que darle clases de francés o alemán.

—Me va usted a subir los colores —replico con mordacidad. Es cierto lo que dice, pero llega a molestarme que alguien me alabe, tanto o más que cuando me recuerdan mis estudios inacabados.

—En un principio —prosigue—, firmaría un contrato de nueve meses, seis de trabajo más tres de formación, aunque todavía no tenemos muy claro el tiempo necesario y siempre podemos hablarlo. Contaría, así mismo, con su propio apartamento, su coche, su ropa y todo lo necesario para una vida cómoda en Manhattan.

—No se vaya por las ramas y hábleme del sueldo.

—Claro —Sonríe—. Cobraría usted veinte mil dólares.

—Veinte de los grandes... —le corto con un silbido—, no está mal como premio, pero no debe olvidar que la vida en la Gran Manzana es muy cara.

El hombre sonrío de una forma que me escama... y mucho.

—Me refería a veinte mil dólares al mes, señor Cavanagh, no por todo el tiempo. Más una remuneración extra si el resultado es satisfactorio.

En un principio, sólo me han entrado ganas de reír. Río y río durante un buen rato, a pesar de mis manos aún atadas, de encontrarme en un lugar desconocido frente a un desconocido que me acaba de ofrecer el sueño de mi vida..., pero, después, mi risa se esfuma y muestro mi expresión más seria.

—Dígame ahora mismo qué cojones está pasando aquí. ¿Por qué coño iba nadie a ofrecermeme semejante pastizal a cambio, para colmo, de vivir como un rey? ¿Tengo que pasar droga? ¿Espiar documentos del Gobierno? ¿Matar a alguien?

—No tiene que hacer nada de eso, señor...

—¡Vamos, no me joda! —exploto y me pongo en pie, aunque siento todavía un ligero mareo debido a los minutos que he pasado inconsciente—. ¡Hable claro de una puta vez o deje que me largue de aquí!

—Le aseguro que no hay nada de eso. Y siéntese, por favor. Aún no le he dicho que, para quedarse con este trabajo, otra persona debe dar su aprobación. Sólo necesito que me diga que está usted dispuesto a hacer algo bastante complicado, que será un reto y que lo alejará de su entorno durante un tiempo. En cuanto acepte, le serán revelados los detalles.

Obedezco y vuelvo a sentarme. Bufo por la situación, pero no puedo evitar tomarme en serio la propuesta. Este tipo ha acertado de lleno ofreciéndome un empleo en Nueva York, lejos de Canmore y lejos de todo. Ha llegado un momento en mi vida en el que tanto me da ocho que ochenta. A mi alrededor todo se ha convertido en un desastre y no siento ya ilusión o emoción por nada.

¿Me ofrecen alejarme de aquí y mudarme a Nueva York? Pues perfecto. Seguiré siendo el mismo tipo atormentado y patético, pero, al menos, a muchos kilómetros de este miserable pueblucho. Perdido en la gran urbe nadie reparará en mí, nadie se atreverá a mirarme con desaprobación, posiblemente ni siquiera me mirarán. Pasaré desapercibido por completo, el sueño de mis últimos

tres años. Únicamente me preocupan Sally y Abigail.

—No me importaría largarme de aquí —confieso—, pero tendría que darle alguna excusa a mi familia.

—Dígales la verdad —responde el abogado—: que ha encontrado un buen trabajo en Manhattan, pero que le mantendrá alejado de ellos por unos cuantos meses.

—No quiero problemas con la ley —insisto. No es que me preocupe excesivamente ese detalle, pero no quiero salpicar a mi familia de los chanchullos en los que yo ande metido.

—No se preocupe —me tranquiliza—. Llevará usted una vida de lo más legal... entre comillas...

—¿Entre comillas? —Alzo una de mis cejas.

—Se lo he dicho, nada de detalles hasta que acepte, al menos, de palabra.

—Está bien —claudico—. Acepto. Deme esos malditos detalles y hablemos.

—Antes de nada —me dice mientras abre una puerta—, una persona desea conocerlo. —Por esa puerta aparece una mujer de unos cincuenta y pocos años. Viste de forma distinguida pero a la vez muy actual, con un pantalón blanco, una vaporosa blusa de color gris y un llamativo colgante que cae por su pecho. Lleva el pelo en forma de media melena con mechas rubias y un sofisticado maquillaje. De pronto, la estancia queda bajo los efectos de su elegancia y el intenso olor de su perfume—. Maura, quiero que conozcas a Logan Cavanagh.

La mujer se acerca y se planta frente a mí, que aún permanezco sentado. Levanta mi cabeza cogiéndome de la barbilla y posa su mano sobre mi barbuda mejilla. La miro a los ojos y me parece observar un indicio de emoción, aunque esta señora tiene un aspecto tan poderoso que no cuadra verla así de afectada.

—Es... extraordinario —susurra—. Los mismos ojos, la misma barbilla, la misma expresión desafiante... Es... tan igual a él...

—Y cuando le quitemos todo ese pelo de encima —comenta el abogado, sonriente—, aún más.

No sé qué pensar ni qué decir. Me siento como un maldito esclavo del siglo XVIII en medio de un mercado esperando a que le revisen los dientes.

—No me mires así, Logan —me dice ella—, como si estuviese loca de remate. Verás —prosigue—, Edmund te lo explicará todo, pero quisiera presentarme yo misma. Mi nombre es Maura Haynes. ¿Te suena el nombre?

—¿Tendría que sonarme?

No entiendo el motivo, pero la cercanía de esta mujer no me disgusta, y no lo digo en un plano sexual, sino que, por un instante, me ha recordado a mi madre. Me habla con paciencia, casi con cariño, y no puedo negarme a escuchar toda la historia que pretende contarme.

—No, claro que no —me contesta—. Pero deberías saber que mi nombre, sobre todo mi apellido, el de mi difunto marido, es muy conocido en el sector empresarial neoyorquino. Poseemos industrias, tierras, acciones... Hay mucho dinero en juego y muchas personas que dependen de nosotros.

Seguramente ha sido un espejismo o la pena de haber perdido a mi propia madre, porque esta mujer ha dejado de comportarse de forma maternal en unos pocos segundos, los que ha tardado en hablar de su influencia y su poder.

—Déjame seguir a mí, Maura —se ofrece Edmund Sanders.

—Sí, será lo mejor.

Maura Haynes se sienta en un sillón frente a nosotros y parece dispuesta a escuchar la explicación de su abogado y hombre de confianza. Cruza sus piernas y se mantiene en silencio, envuelta por las



sombras que proyecta una pequeña lámpara junto a ella. Parece mimetizarse con el entorno, buscando pasar desapercibida hasta que tenga que volver a aparecer en escena.

—Si te has hecho una idea de cómo funciona Haynes Corporation —continúa el letrado, pasando a tutearme—, me comprenderás si te digo que semejante imperio debe estar bien atendido, y que cualquier eslabón débil de la cadena tendría que sustituirse por otro si se diera el caso. —Escucho atento, pero decido no intervenir para que esto acabe cuanto antes—. Y eso es lo que le ha ocurrido a la corporación: un eslabón muy importante ha sido dañado y necesitamos reponerlo.

—Al grano, señor Sanders —bufo.

—La mitad de las acciones son propiedad de la familia Haynes, sobre todo, en su gran mayoría, de la señora Haynes y de su hijo, Dylan, designado por su difunto padre como presidente para dirigir la compañía. Ésta se sostiene gracias al trabajo realizado por todos, pero, en realidad, muchos de sus accionistas se sienten respaldados por el apellido Haynes, por el respeto que les infundió Robert Haynes en su día y que ahora siguen sintiendo por su hijo.

—¿Voy a trabajar para Dylan Haynes? —me atrevo a preguntar.

—No exactamente —responde Sanders—. Hace unos días, Dylan sufrió un accidente y está en coma. En realidad —mira de reojo a Maura—, los médicos no nos ofrecen esperanza alguna. Únicamente está vivo gracias a las máquinas que hacen funcionar su cuerpo de forma artificial.

Busco el rostro de Maura con los ojos. Lo veo alzarse, como si pretendiese decir con ese gesto que ella es fuerte, que podrá soportar el fallecimiento de un hijo..., pero no estoy muy seguro de si he sido el único que ha descubierto una casi desapercibida grieta en ese semblante granítico. Maura sufre la más que posible muerte de su hijo mucho más de lo que pretende dar a entender al mundo.

—Queremos que sustituyas a mi hijo —suelta la mujer de repente.

Miro a uno y a otro como si se hubiesen vuelto locos.

—¿Cómo dice? —pregunto, totalmente alucinado.

—Eres idéntico a él —prosigue el abogado—. En cuanto te vi hace unos años en una de las excursiones a los lagos, me sorprendió tu enorme parecido con Dylan. Lo que nunca imaginé fue que esa semejanza podría sernos útil algún día, porque estoy seguro de que nadie notaría la diferencia, al menos físicamente hablando.

—Joder —exclamo, flipando totalmente—, y acaba de decirme que se trataba de algo legal entre comillas. ¡Me están hablando de usurpar la identidad de otro! ¡¿Les parece poco?!

—Te protegeríamos en todo momento —interviene Edmund—. Aquí no se aplicaría aquello de «si te pillan, negaremos conocerte de nada».

—Te instalarás en casa de mi hijo —vuelve a intervenir Maura—; vestirás su ropa; tendrás sus amigos; vivirás su vida..., pero sólo será durante un tiempo, Logan. Pasado ese período, el suficiente como para que hagamos nuestras jugadas bursátiles, podrás volver de nuevo a tus montañas, a tu mundo.

—Y con una cuenta corriente más saneada —bromea Sanders—. Incluso podrás darte el lujo de instalarte en algún lugar más grande que Canmore, lejos de todos esos pueblerinos y de esa novia que nunca has deseado tener.

—Necesito un cigarrillo —bufo por enésima vez. El surrealismo de esta propuesta me está pasando factura.

Edmund no busca esta vez el paquete en el bolsillo de mi camisa. Directamente, desata mis manos y aprovecho para frotarme las muñecas, que ya sentía adormecidas por el corte de riego sanguíneo.

—Sírvete tú mismo, Cavanagh. De todas maneras, si te he insinuado antes que deberías dejarlo es porque Dylan no fuma... y tendrías que comportarte como él.

—Lo que me faltaba —gruño al tiempo que expulso el humo—. ¿Dispondré de algún tiempo para estudiar su vida y no alertar a nadie de la suplantación?

—Tres meses. Es el tiempo que hemos calculado como máximo para que los accionistas no se pongan nerviosos.

—¿Y qué motivo darán para la ausencia de Dylan esos tres meses? —pregunto.

—Que se encuentra en una clínica de desintoxicación —contesta Maura—. Mi hijo, últimamente, tenía demasiados vicios. Comunicaremos próximamente su ingreso en el centro Betty Ford.

—Genial —murmuro. Tendré que hacerme pasar por un tipo millonario, excéntrico, fiestero y exadicto.

—No te preocupes —me tranquiliza de nuevo el que será mi abogado a partir de ahora—. Durante esos tres meses aprenderás a comportarte y a sentir como Dylan. Déjalo de mi cuenta. Esos noventa días estaremos alojados en una casa propiedad de un amigo mío situada en Cherry Hill, un pueblo de Nueva Jersey. Está lo bastante cerca de Nueva York como para volver rápido si fuera necesario, y lo suficientemente lejos como para que nadie sospeche que puedes estar ahí.

—Antes de nada —me pongo en pie—, quiero despedirme de mi familia. ¿Podré verlos después?

—Podrás despedirte, pero mejor que no vuelvas a verlos hasta que todo acabe. Dispondrás de una línea segura para poder llamarlos alguna vez, nada más.

—Está bien —claudico—. ¿Por dónde empezaremos?

—¿Qué te parece —sonríe Sanders— si te despojamos de todo ese pelo?

—Qué remedio —refunfuño. Llevo mucho tiempo acostumbrado a no afeitarme y apenas peinarme.

De pronto, ante la frivolidad que aparentan querer poner en este asunto, soy consciente de que ahora mismo hay una persona muriéndose en algún hospital, el hijo de la mujer que ha parecido aguantar estoicamente la visión de un desconocido que es casi igual a él. Dudo acerca de preguntar si su muerte o recuperación puede cambiar algo..., pero acabo de darme cuenta en este instante de que Maura ya no está presente en la habitación.

## Capítulo 5

### *Cheryl*

Tras darme mi ducha matutina, abro mi amplio y bonito vestidor para elegir la ropa de hoy. Como integrante de la familia Haynes, debo ofrecer una imagen impecable, por supuesto. Me decido por un holgado pantalón negro, una blusa blanca y unos zapatos de tacón que deberían estar prohibidos para trabajar. Después de maquillarme y peinar mi melena castaña, oigo los toques en la puerta que me avisan de la visita diaria de Adeline, la antigua cocinera de mi familia, que me siguió hasta la mansión de los Haynes. Fue una decisión tan acertada que no sé qué habría sido de mí sin ella. Adeline me ayudó a mantenerme cuerda en una situación demasiado extraña y me sentí acompañada por alguien de mi bando en medio de un territorio hostil.

Sí, lo sé, suena a batalla campal, pero es precisamente lo que tengo a mi alrededor a diario en esta casa, desde que hace cinco años decidiera seguir la petición de mi padre en su lecho de muerte. No quería dejarme sola y pensó que, siendo una Haynes, se acabarían todos los problemas para mí.

No había previsto que, precisamente, éstos no hicieron más que empezar.

—Buenos días, mi niña —me saluda.

Como siempre, va ataviada con una de sus batas floreadas cubierta por un impecable delantal celeste con puntillas, lo único que han conseguido obligarle a ponerse en esta casa como uniforme..., y a mí me encanta que Adeline sea de las pocas personas —aparte de mí— capaz de enfrentarse a la todopoderosa Maura Haynes. El día que ésta le dijo que debía usar uniforme negro con delantal y cofia, le contestó con toda su tranquilidad: «Señora Haynes, por mi antiguo señor y por mi niña Cheryl hago lo que sea..., pero vamos a empezar con mal pie usted y yo si me hace vestirme de mamarracho. No se crea que por ser negra lo aguanto todo».

Menudo par de ovarios se gasta mi Adeline. Haber nacido en Harlem le ha de servir para algo.

—Qué guapa estás —me lisonjea, como cada mañana al verme.

No soy nada del otro mundo, pero, si le hiciera caso a ella, mi autoestima crecería hasta límites insospechados.

—Buenos días, Adeline. —Frunzo el ceño al observar que mi entrañable compañera no lleva entre sus manos la bandeja con el café que tomo cada día en mi habitación—. ¿Ocurre algo?

—Creo que será mejor que te lo explique la señora y el señor Edmund, que ya te esperan abajo —dice tras un mohín.

—¿Todavía está Maura en la casa? —pregunto, desconcertada—. ¿Y qué hace Edmund aquí?

Normalmente, cuando me levanto, mi suegra ya se ha marchado a las oficinas de Haynes Corporation con el chófer de la familia, por lo que yo siempre tengo esperando un taxi en la puerta de la mansión familiar.

—Me temo que nada bueno, mi niña. He intentado poner las antenas en la conversación que se traían entre manos, pero, no sé cómo lo hacen estos ricachones, son capaces de hablar en un tono tan bajo de susurros que sólo ellos pueden oírse.

—Pues me extraña mucho que tú no hayas sido capaz de descubrir la manera de descifrar esos susurros. —Río.

—Tal vez haya pillado algo —me confiesa, haciéndose la interesante—, pero me da en la nariz que, noticias de esa clase, es mejor que te las cuenten de primera mano.

Preocupada, bajo la blanca escalinata que me lleva de uno de los pasillos superiores al vestíbulo principal. Desde allí, veo abierta la doble puerta del salón, en cuyo interior continúan murmurando mi suegra y su abogado.

—¿Qué ocurre, Maura?

—Siéntate, Cheryl —me indica ésta—. Ha pasado algo...

—No voy a sentarme —replico con determinación—. Quiero saber qué ha pasado.

—Dylan ha tenido un accidente —me anuncia Edmund.

—¿¿Qué?! —exclamo angustiada—. ¿¿Un accidente?! ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué no he sido informada? ¿Y cómo está Dylan?

—Tranquila —me sosiega el hombre—, Dylan sobrevivirá, pero su sangre estaba repleta de alcohol y otras sustancias, por lo que nos hemos tomado esto como una advertencia. Hemos ordenado su ingreso en el centro Betty Ford.

De una manera muy sutil, Edmund ha mirado de reojo a Maura, que parece muy tensa y más pálida de lo normal. No me ha pasado inadvertido el movimiento y exijo que me lo aclaren.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —pregunto—. ¿Qué me estáis ocultando?

—Nada...

Acabo de acordarme de que con esta familia más vale rogar que exigir.

—Por favor, Maura —la interrumpo—, ya sé que mi matrimonio con Dylan es una pantomima, que mientras yo vivo aquí, en su casa, junto a su familia, él se pasa la mayoría de las noches en su apartamento, de juerga con sus mujeres, pero no por ello dejo de preocuparme por él. Sé que apenas nos vemos contadas veces al año y mucho menos coincidimos —insisto—, que deberíamos estar divorciados pero no lo hacemos por el bien de la corporación y por un estúpido juramento en un lecho de muerte, pero no me dejéis al margen esta vez, por favor. Necesito saber si Dylan está bien.

—Ya te lo hemos dicho —insiste Maura, aún más crispada—. Dylan pasará una temporada en un centro, y esperemos que la corporación no se resienta en estos meses.

Alucino por completo. ¿Esta mujer es de piedra? Su hijo ha sufrido un accidente por conducir bebido y colocado, se ha visto obligada a encerrarlo en un centro de desintoxicación donde no se pueden recibir visitas... ¡y lo único que le preocupa es la maldita corporación!

—No me mires así —me gruñe—. Muchas personas y familias dependen de nosotros y nuestra obligación es seguir adelante, sin flaquear.

—Estamos hablando de tu hijo, Maura...

—¡Te crees que no lo sé! —exclama, a pesar de que intenta mantener las formas—. Es mi hijo, pero, en su ausencia, yo soy la única que queda para dar la cara.

Decido no seguir insistiendo. La frialdad de mi suegra me sigue desquiciando, por lo que intento no pensar mucho en Dylan, en su atractivo rostro, en su seductora y traviesa sonrisa, en su brillante cabello oscuro... No, mejor volver a pensar en las juergas que se pega, en la vida autodestructiva que lleva, en sus caros caprichos, en su egoísmo... Al fin y al cabo, Dylan se merece, en cierto modo, este aviso. La vida que lleva lo acabará destrozando si no pone remedio, y es una pena..., una auténtica pena.

—Hablando de trabajo, es hora de que nos vayamos —sentencia Maura—. Puedes venirte con nosotros o puedes irte más tarde, como siempre.

—No —suspiro—, me iré con vosotros.

Cojo el bolso y me encamino a la puerta en busca del coche conducido por el chófer.

—No has desayunado nada, mi niña —me susurra Adeline antes de marcharme—. Estás en los huesos y esta gente no se merece que dejes de comer por ellos.

—Tranquila. —Me inclino para darle un beso en su mejilla de ébano—. Tomaré algo en el trabajo.

A falta de familia —perdió a su marido y su único hijo en un incendio—, Adeline se comporta conmigo como lo haría una madre; como la madre que nunca tuve.

Durante el trayecto en el lujoso coche, apenas hay palabras entre los que lo ocupamos. Edmund va sentado en la plaza del copiloto, y nosotras, en los asientos traseros, aunque, con un metro como mínimo de separación entre ambas, damos la impresión de estar cada una en un planeta diferente. En realidad, es así como vivimos, en mundos tan dispares que nada tienen que ver el uno con el otro. Al final, es Maura quien rompe el incómodo silencio.

—Esta mañana, a las diez, daremos una rueda de prensa, pues la noticia ya ha trascendido. Hablará Edmund, como portavoz de la familia, pero tú y yo debemos estar presentes.

—Descuida —digo mientras no dejo de mirar por la ventanilla, ausente de todo lo que me rodea.

Al llegar al edificio acristalado que Haynes Corporation posee en Park Avenue, los tres descendemos del vehículo y nos encaminamos al ascensor del vestíbulo principal. Yo soy la primera en bajarme, pues hace ya un par de años fui «rebajada» a la cuarta planta, donde dirijo el departamento que regula la parte de los beneficios destinada a fines sociales. Sé que esta sección existe únicamente para pagar menos impuestos, pero, al menos, me ahorro la visión diaria de mi suegra, de Edmund o del propio Dylan.

—Buenos días, Julie —saludo a la recepcionista al llegar.

—Oh, Cheryl —se lamenta la chica—, acabo de enterarme. ¿Se sabe algo más?

—Ya hablaremos, no te preocupes —le susurro.

Julie es una de mis mejores amigas y forma parte del pequeño grupo que varios compañeros hemos formado en el trabajo. Solemos quedar fuera de horas laborables, para charlar y tomar algo. Ellos también ayudan a que mi vida sea algo más normal, pues, sin su compañía, sus conversaciones y las risas que nos echamos, ya me habrían arruinado las facturas de un psiquiatra.

—De momento, no me pases llamadas, por favor —le pido.

Antes de que alguien más me aborde, me dirijo a mi despacho, cierro la puerta y me dejo caer en mi silla mientras emito un sonoro suspiro. Abro uno de los cajones de mi mesa, revuelvo su contenido y, del fondo, saco una fotografía. Es la única imagen que conservo de mi boda con Dylan; el resto lo he hecho desaparecer de formas tan variadas y diversas que no logro recordarlas todas... Lo mismo alguna de las fotos ha sucumbido a la llama de un mechero que a mis tijeras de manicura o a la sencillez del cubo de la basura. Siempre con alevosía y nocturnidad, antes de que mi querida suegra se diese cuenta de lo que estaba haciendo..., pero es que me niego a seguir contemplando tanta falsedad.

Aun así, observo la fotografía, pues las circunstancias, algo adversas, hacen que mengüe la sensación de tonta rematada que he tenido siempre. En la imagen, ambos sonreímos, qué remedio, a pesar de aquel trato que hicimos tan absurdo con nuestras respectivas familias, en el que aceptábamos aquel matrimonio impuesto. Éramos muy jóvenes y no nos importó, al parecer, hacer aquella concesión, sobre todo cuando mi padre, gran amigo de Robert Haynes, pidió poco antes de

morir que cuidaran así de su única hija, convirtiéndome en una más de la poderosa familia.

—¿Qué te parece lo que han planeado nuestros padres para nosotros? —le comenté a Dylan hace ya cinco años, cuando estaba recién salida de la universidad—. ¡Pretenden que nos casemos! —exclamé como si fuese algo divertido.

—Pues nos casaremos —contestó él, encogiéndose de hombros—. Algo hay que darle a la familia a cambio de tantos privilegios.

Sin embargo, Dylan tenía claro que seguiría con su vida, que únicamente en sus documentos personales se notaría que era un hombre casado. Pensaba continuar con sus salidas nocturnas, sus excesos, sus experiencias y sus mujeres. En aquella época, él ya estaba siendo instruido por su padre, tenía un buen puesto y más dinero del que podía gastar. Con su esposa se reuniría en alguna que otra reunión familiar y poco más, sólo de cara a la galería.

Pero ¿y yo? ¿Qué pasaba conmigo? ¿Me importaba tan poco aquel matrimonio como a él?

Eso era lo que creía todo el mundo, porque, en realidad, yo guardaba un gran secreto: siendo una adolescente, ya me enamoré del guapísimo Dylan Haynes, aquel joven alegre y decidido al que todas las chicas perseguían. Fue mi amor imposible y el protagonista de mis sueños más románticos, por lo que, saber que iba a convertirme en su mujer, fue mi sueño hecho realidad. ¡Cuántas veces había fantaseado con ser la novia del hijo del jefe de mi padre!

Tampoco sabía nadie que, el día de mi boda, fui la única que estaba feliz de verdad. Me imaginé que aquello podía significar que Dylan me conocería más, que viviríamos juntos y que, al final, se acabaría enamorando de mí, como en un cuento de hadas. Pobre ilusa... Cuando llegó la noche de bodas, me llevé la primera de una larga cadena de decepciones.

Por todo ello, ya he olvidado cualquier sentimiento romántico que en mi juventud albergara por Dylan. Demasiados desengaños, frustraciones y fiascos que, día tras día, se han ido convirtiendo en rencor, primero, y en indiferencia, después. Con Dylan he pasado por casi todos los sentimientos humanos: lo he amado, lo he odiado y, al final, sólo siento lástima por él. Ha demostrado no ser más que un tipo rico y malcriado que no sabe en qué malgastar el dinero que tan fácilmente le ha caído en las manos.

—¡Cheryl! —La voz de Valerie, que irrumpe en mi despacho, me saca de mis tristes pensamientos—. ¡La prensa está invadiendo el edificio!

—Joder —gruño, mientras guardo la fotografía en el cajón—, la rueda de prensa... No me han dado tiempo ni a tomarme un café.

—Ahora mismo te sirvo uno —me dice mi amiga—. ¿Cómo estás?

—Un poco confusa —le confieso—. La repentina noticia, no poder ver a Dylan, pensar en lo que se nos viene encima...

—Recuerda que nos tienes a nosotros —me consuela mientras agarra la jarra de cristal de la cafetera de mi despacho y me sirve un café bien largo—. No te dejes avasallar demasiado por esa odiosa familia. Al fin y al cabo, sabías que el gilipollas de Dylan algún día acabaría por pagar tantos excesos.

Valerie siempre ha odiado a los Haynes, sobre todo a Dylan, porque sabe que me hizo sufrir en su día y que nunca le han preocupado mis sentimientos.

—Ahora se me hace difícil hablar mal de él. —Suspiro tras dar un sorbo a la taza—. Me lo imagino ensangrentado, entre los restos de su coche deportivo, en una fría cama de hospital, en ese horrible centro...

—Oh, vamos —exclama mi amiga con ironía—, que me vas a hacer llorar. Así se haya pillado la polla entre los asientos de su Ferrari y le haya quedado inservible. ¿Sabes si iba acompañado?

—Sí. —Suspiro—. Parece ser que iba con dos chicas, a una fiesta.

—Lo que yo te digo: un maldito hijo de puta vicioso.

—Por favor, Valerie. Una de sus acompañantes ha muerto y la otra está muy grave. Deja tu odio para otra ocasión.

—Está bien —gruñe—, lo siento.

—¿Qué escuchan mis sensibles oídos? —exclama Liam, otro de mis amigos, que irrumpe de pronto en mi despacho—. ¿Valerie está pidiendo disculpas?

—Es por Cheryl —farfulla la aludida—. Ella está hecha un trapo y he decidido dejar de hostigarla hablando mal de nuestro querido jefe y mejor esposo.

—No tienes remedio. —Liam pone los ojos en blanco y se deja caer en mi mesa antes de darme un beso en la frente—. ¿Cómo van esos ánimos, cariño?

—Todavía no acabo de creérmelo —le respondo.

—Todo irá bien, ya lo verás —me dice mientras pasa la yema de su dedo por mi mejilla—. El cabrón de tu marido superará esto y lo que le echen.

Liam es el más sensato de nuestro peculiar grupo; también es mi mano derecha en el trabajo, responsable, trabajador, capaz de conseguir casi cualquier cosa. Un montón de virtudes que chocan contra su forma de llevar su relación con Valerie: sólo son *follamigos*. Cada uno puede hacer lo que le dé la gana —teóricamente— y no tienen por qué darse explicaciones. Se lían cuando les apetece y, a la mañana siguiente, cada uno por su lado.

El resto de los integrantes del grupo creemos que sólo lo hacen para no sufrir, pero que en realidad se gustan más de lo que aparentan; algo que, por supuesto, ellos negarían incluso bajo tortura.

—¡Oh, mi cielo! ¿Cómo estás?

El último en irrumpir es Oliver. Como siempre, llega tarde, pero lo compensa preocupándose por mí y trayéndome un par de donuts que suelen acabar en el estómago de cualquiera menos el mío. Tampoco me importa su impuntualidad, porque es un amor de hombre, entregado a cualquier causa, sensible a los desfavorecidos, el único que realmente está aquí por devoción y no por dinero. Dicen que los gais son así, más perceptivos y sensibles, pero yo no sabría si corroborarlo o no. Sé que él lo es y ya está.

—Regular, Oliver.

—Pobrecita mía. —Me achucha y me da un montón de besos—. El mundo debe de creerse que eres una privilegiada por ser quien eres, pero no tienen ni idea de lo que te hacen pasar. Odio a Maura, a Dylan y al horrible señor Sanders.

—¡Cheryl! —grita Julie desde la puerta—. ¡La señora Haynes te espera!

—Será mejor que suba. —Suspiro mientras me deshago de tanto mimo—. Los malos tragos hay que pasarlos cuanto antes.

Dejo a mis amigos y emprendo el camino hacia el ascensor para subir a la planta cuarenta.

A pesar de pertenecer al mismo grupo y situarse en el mismo edificio, esta zona poco o nada tiene que ver con las sencillas oficinas que dirijo: la moqueta de suelos y paredes, los cuadros, las luces, las maderas nobles... No me quejo, por supuesto, porque siempre he sentido un gran rechazo a moverme entre estos lujosos despachos y junto a estos hombres y mujeres a los que no les importa

nada pisar al de al lado para subir un escalón más.

En el trayecto, paso por el despacho de Dylan, que, como siempre a primera hora de la mañana de un lunes, permanece vacío, aunque en esta ocasión no sea por el motivo habitual. No puedo evitar sentir un pinchazo en el estómago al imaginar a Dylan encerrado, aislado, alejado de todo a lo que él está acostumbrado.

Pero sigo caminando, como hago las pocas veces que subo hasta aquí, fingiendo que es normal, pues todo el personal está al tanto de las correrías de mi marido, lo mismo que del extraño matrimonio que interpretamos.

En mi camino hasta la sala de conferencias, donde va a tener lugar la rueda de prensa, me topo con varios periodistas que no se molestan en echarme ni una foto en respuesta a la exigencia de Maura: tendrán su reportaje a cambio de disparar sus cámaras únicamente en la sala.

También observo a Derek, que charla con un compañero mientras tratan de que todo el barullo no los afecte. Mi antiguo amante me mira de reojo, pero sigo avanzando sin alterar mi expresión. No me cabe duda de que mi lío con él ha sido un gran error y espero que a él también le haya quedado claro.

—Ya era hora, Cheryl, te estábamos esperando.

Mi suegra, como siempre, un amor de mujer.

La sala se cierra y comienza la lluvia de flashes al tiempo que Edmund va señalando el orden de los periodistas para que planteen sus preguntas. Maura y yo permanecemos en un segundo plano.

—Sam Murray, del *Washington Post* —interviene el primero—. Señor Sanders, ¿es cierto que Dylan Haynes conducía bebido y drogado?

—A todos ustedes se les ha pasado el parte médico, así que dejen de hacer sangre de ese detalle.

«¿El señor Haynes ya no vive en la mansión familiar? ¿Quién se hará cargo de la corporación? ¿Cuánto tiempo necesitará de rehabilitación?...»

La mayoría de las preguntas siguen llevando esa intención, la de saber los detalles escabrosos, pero Edmund es un gran estratega, tanto en los negocios como en la vida, y es capaz de sortear todas las cuestiones con la mayor de las elegancias... hasta que un periodista se dirige a mí.

—Señora Haynes. —Un foco incide directamente sobre mi cara y me deslumbra, haciéndome parpadear—. ¿Qué sabe usted de su marido? ¿Ha podido hablar con él? ¿Es cierto que iba a una fiesta con amigos? ¿Ya no viven ustedes juntos...?

—¡Basta! —le corta nuestro abogado—. Las preguntas, sólo a mí. Y, por lo que veo, ya me han hecho suficientes. Se ha acabado la rueda de prensa.

—¡Señora Haynes! —continúan gritando los periodistas en medio de los últimos destellos de sus cámaras—. ¿No tiene nada que declarar? ¡Señora Haynes...!

Pero nosotros tres, bajo la protección de los empleados de seguridad, salimos de la sala para encaminarnos a nuestros despachos mientras la prensa es «invitada» a salir.

—Malditos periodistas —se queja Maura—. Buitres carroñeros... No quiero volver a verlos en mi edificio.

—No te preocupes, Maura —le dice Edmund con eficiencia—. Yo me encargo. Y tú, Cheryl —me dice—, tampoco te preocupes. Sigue haciendo tu vida. Al primer *paparazzi* que se te acerque, me lo dices y le interpongo una demanda.

Así de fácil es todo para esta familia.

En lo que sí pienso hacerles caso es en lo de seguir con mi vida.



La jornada ha sido muy dura, así que no he tenido más remedio que obedecer a mis amigos, que no han parado hasta arrastrarme a tomar una cerveza a un acogedor local en Metropolitan Avenue, en el bohemio barrio de Williamsburg. Al menos, aquí, rodeados de gente y de música, no tendré que temer decir algo que no deba ni que me aborde cualquier periodista.

Bueno, la verdad es que me he dejado arrastrar sin oponer resistencia. No me apetece en absoluto llegar a casa y toparme con la cara de mi querida suegra. De esta forma, apareceré por allí tarde y achispada y me tiraré a mi cama de cabeza.

De momento, nos dejamos caer los cinco en nuestros asientos alrededor de una mesa y le pedimos al camarero otras tantas jarras de cerveza fría, de las grandes.

—Joder —resoplo tras pegar un trago—, ¡qué ganas tenía de esto!

—Lo que no entiendo —dice Valerie— es cómo puedes sobrevivir en esa mansión.

—Yo tampoco lo entiendo —respondo—. Nunca he tenido madera de mártir, pero os juro que lo mío empieza a computar para un monumento póstumo o una medalla. —Hago una mueca—. Pero, bueno, la cuestión es que he aguantado los cinco años mínimos de matrimonio que exigió mi difunto suegro. En cuanto Dylan regrese y compruebe que está bien, solicitaré el divorcio.

—¡Por fin! —exclama Valerie—. Qué ganas tengo de que te vayas de esa casa y vivas como una persona normal. Ya sabes que te puedes venir a vivir conmigo.

Tenía claro que mi amiga me lo propondría, y también que es una proposición sincera, porque quiere ayudarme, porque no soporta la idea de que tenga que vivir bajo el yugo de una de las familias más ricas e influyentes. Ella vive sola en un pequeño apartamento, pero seguro que nos apañaríamos bien, aparte de que le vendría de fábula que la ayudara con los gastos.

—O conmigo —interviene Julie—. Aunque no sé si Maura te va a permitir lo del divorcio.

—A mi suegra que la follen, que falta le hace.

Todos reímos a carcajadas al tiempo que elevamos nuestras jarras.

—¿Estás segura de que Sanders no le da matraca cada noche? —pregunta Valerie entre risas—. ¡O lo mismo se apañan en el trabajo! Creo que, cada vez que el tipo sale del despacho de ella, lleva una gran sonrisa pintada en esa cara de estirado. ¡Apostaría mis bragas a que le hace un Lewinsky, pero al revés!

—¡Puede ser! —continúo con las risas—. ¡Tal vez folle más que yo! ¡Aunque para eso no hace falta mucho! —Más carcajadas.

—Oh, cielo —dice Oliver con su tono cargado de pluma, meándose de la risa—, me encanta cuando sacas tu lado más macarra. ¡Eres la bomba!

Pues sí, a mí también me encanta, porque sólo con ellos puedo dejar de ser la pobrecita señora Haynes, a la que su marido pone los cuernos a diario, o la perfecta nuera de una mujer obsesionada con sus negocios y con el qué dirán. Sólo con mis amigos puedo ser Cheryl Harper, la chica normal que las circunstancias obligaron a que cambiara su anónima vida por otra que jamás hubiese elegido.

«¿Por qué me hiciste esto, papá?»

—Y, por supuesto —prosigue Oliver tras haberse recompuesto de la risa—, también te puedes venir a vivir a mi casa si a esa harpía se le ocurre ponértelo difícil.

Me mira con sus ojos azules y brillantes y su pícara sonrisa. Su cabello oscuro peinado de forma desenfadada y sus gafas de estilo retro componen un conjunto de lo más divertido.

Me conmueve que todos mis amigos me ofrezcan su ayuda, porque saben que, si a Maura se le metiese entre ceja y ceja que un divorcio perjudicaría a la familia o la corporación, podría dejarme sin nada.

De Oliver me lo esperaba, aunque sé que comparte su vida con Erik, su pareja, y tendría que conformarme con un sofá o una cama plegable en su bonito pero pequeño apartamento.

De Julie me emociona aún más, pues ella es la única del grupo que proviene de familia ilustre, aunque ésta terminara en la bancarrota y, por tanto, ella se viera obligada a trabajar. Supongo que, por antigua amistad con su familia, el difunto Robert Haynes le ofreció el puesto de recepcionista a una chica que sólo sabía de moda y complementos, de fiestas y de viajes. Sin embargo, Julie ha demostrado ser algo más que una rubia con aspecto de *top model*. Es una persona buena y generosa que jamás ha presumido de nada y se ha adaptado a la perfección a un peculiar grupo, cuyos integrantes nos valemos del trabajo y de nuestras reuniones informales para poder seguir cuerdos.

¿Su único defecto? Que encuentra a Dylan irresistiblemente atractivo y suspira sin disimulo cada vez que lo ve. Mi querido marido detectó esa atracción en una ocasión y se lanzó de cabeza a ligársela. Por suerte, Julie es bastante más íntegra que él y ya me ha comunicado que no se liará jamás con él, ni aunque nos divorciemos, a lo que yo ya le he contestado que, por mí, como si se casa con él.

El que todavía no ha dicho nada es Liam. Se ha limitado a beber cerveza mientras está ausente..., pero no nos molestamos en preguntarle, puesto que ya estamos acostumbrados a los líos sentimentales que se trae con Valerie. Seguro que la pasada noche discutieron y acabaron follando salvajemente. Después les viene el bajón, aunque ella lo disimula mejor.

—Me alegro por ti, si es eso lo que quieres —termina por decirme Liam. Sigue recostado en la silla de forma indolente. Su sencilla vestimenta de camiseta y vaqueros, junto a su barba de tres días, ofrecen una visión de lo más atractiva.

—Pues claro que es lo que quiere —salta Valerie—. ¿Quién iba a querer vivir atada a una gente que no le desea nada bueno o vivir en esa cárcel de mansión?

Se nota que está molesta. Así es ella, la rebelde, la que nunca se guarda nada. Está tan enfadada con el mundo que un día cogió su larga melena morena y se la cortó casi al ras. No usa maquillaje, y odia los vestidos o los tacones, porque dice que chocarían con su alta estatura.

—¿Ya estáis así vosotros dos? —les dice Oliver—. Chicos, no sé cuál es vuestro problema, porque lo de la falta de sexo está claro que no. ¿Por qué no os vais a vivir juntitos? Seríais una pareja tan divina... Bueno, no tanto como mi chico y yo, pero...

—Déjalo, Oliver —le corta Valerie—. Se acabó el tema.

Todos suspiramos. Nunca nos han aclarado por qué de vez en cuando están tan irascibles que da miedo hablarles. Hemos hecho alguna que otra apuesta sobre si es porque Liam quiere algo más serio y ella le da largas o bien porque se permiten acostarse con otras personas y a alguno de los dos le ha podido molestar... En fin, ahora mismo no puedo pensar mucho en eso. Tengo unos cuantos problemas que acaparan toda mi energía, mis fuerzas y mi cerebro.

\*\*\*

—Maura, he de hablar contigo.

He esperado unos días para sacar el tema. Le he dado vueltas y vueltas cada noche, pero está más

que claro que lo tengo decidido. Tal vez la respuesta de mi suegra sea echarme a la calle como a un perro, pero estoy dispuesta a asumir las consecuencias.

—Estoy muy ocupada —me dice sin apenas levantar la vista de los documentos que parece estar leyendo en el despacho de casa.

Por supuesto, ¡cómo va a tener tiempo para mí! Total, sólo soy la pringada que tiene que estar casada con su hijo..., pero esta vez no voy a esperar a que me reciba como si yo fuese un súbdito que desea audiencia con el rey. Esta vez no voy a perder ni un minuto.

—Quiero el divorcio, Maura. Te recuerdo que ya han pasado cinco años.

Percibo perfectamente su tensión. Suelta los papeles, se quita las gafas y me mira, aunque no me habla hasta pasados unos segundos. Sé que lo hace para intimidarme, pero, si algo he conseguido durante estos años en esta casa, ha sido perder el temor que al principio me inspiraba Maura Haynes.

—¿Te parece normal decirme eso en estas circunstancias? Mi hijo, tu marido, apenas ha salido de la gravedad de su accidente y está encerrado en un frío centro, por muy bueno que éste sea.

—No, Maura —replico—, no es normal. ¡Como tampoco es normal que tenga que ser a ti a quien tenga que decírselo! ¡Pero es que Dylan nunca está cuando se le necesita!

—Eres injusta, Cheryl.

¿Ahora quiere darme pena?

—No me hables de injusticias, Maura, porque conmigo se han cometido unas cuantas. Pero, olvidando el pasado, me gustaría que, sólo por un momento, me vieras como a una mujer hablándole a otra mujer. No aguanto más, Maura. Estoy harta de esta vida de mierda, de estar prisionera en una casa que ni siquiera es mía. No tengo nada, más que un apellido. Y eso, últimamente, me produce más carga que otra cosa.

—No sé si recuerdas —me dice con furia contenida— que tu padre, a pesar de la confianza que le brindó mi marido, no era más que un vulgar contable. Si no hubiese sido por nosotros —continúa—, después de morir tu padre, te habrías tenido que poner a trabajar de camarera, porque no habrías podido acabar unos estudios que mi esposo te pagó. Seguro que estarías viviendo con algún macarra en cualquier tugurio de mala muerte rodeada de drogadictos y putas. ¡Así que no me hagas reír hablando de injusticias!

De nuevo lo ha conseguido. Hace que me crea tan poca cosa...

—Me sé tu sermón de memoria, Maura —planto cara, sin embargo—. Me lo has recitado miles de veces, sobre lo agradecida que tengo que estarle a la vida gracias a vosotros. Así que, de acuerdo, gracias por esta maravillosa vida de lujos y privilegios que me habéis regalado, pero ya no quiero más. Ahora necesito ser yo, aunque tenga que vivir en uno de esos tugurios que mencionas. Y sabes que puedo exigirlo, que únicamente debía aguantar cinco años. Tu propio marido lo dejó escrito.

—Está bien —claudica, ante mi asombro—, tendrás tu ansiado divorcio.

No tengo claro si es mi propia imaginación la que me está jugando esta mala pasada.

—¿Así de fácil? —le pregunto.

—Sólo quiero pedirte algo a cambio.

—¿Pedirme? —inquiero con ironía—. Esto es muy extraño, Maura. Tú exiges, no pides.

—Deja de frivolar sobre el asunto, Cheryl —me suelta secamente—. Y ten un poco de corazón por mi hijo, por muy mal marido que haya sido. Dylan pasará un infierno en aquel lugar y, cuando vuelva, va a necesitar todo nuestro apoyo. Tú eres de las pocas personas en las que puedo confiar para que lo ayudes sin esperar nada a cambio.

Ahora resulta que, por primera vez en cinco años, mi suegra me dedica un cumplido. Aunque, conociéndola, sería capaz de todo por su hijo y la maldita corporación..., hasta besarme con lengua si hiciera falta.

—Eso es chantaje emocional y lo sabes. ¿Serías capaz de culparme por lo que pueda acabar siendo tu hijo? Vamos, Maura, es demasiado tarde para enmendar el error de un hijo malcriado. ¿Qué es lo que quieres?

—Tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Deja que vuelva de la clínica y que se adapte y se centre. No sé, unos meses...

Bufo. No me hace ninguna gracia, pero supongo que ya no me va de unas cuantas semanas más.

—Es el último favor que te pediremos, Cheryl —insiste.

—Está bien —suspiro—, pero ni uno más, Maura.

¿Por qué me da la sensación de que parece demasiado satisfecha?

## Capítulo 6

### *Logan*

Una semana. Llevo una maldita semana en esta casa y aún no ha aparecido por aquí el bueno del señor Sanders. Para colmo, tengo a un gorila apostado en cada puerta para no dejarme salir. ¡Hasta las ventanas tienen rejas! Y si miro a través de ellas, sólo veo árboles, arbustos, flores, césped...

¡Esto es peor que Canmore, joder!

Únicamente han pasado por aquí varios empleados que parecían tener la boca sellada, porque se han limitado a hacer su trabajo y largarse, sin decirme una palabra o contestar a mis preguntas. Ni siquiera me han dejado una puta televisión o acceso a wifi, aunque me la hubiera metido en el culo, pues me han quitado el móvil. A este paso voy a coger complejo de Tom Hanks en *Náufrago* y tendré que buscarme a un Wilson, aunque sea estampando mi mano en un cojín para no volverme tarumba del todo.

Un par de chicas muy eficientes vinieron a cortarme el pelo y a afeitarme. Todavía me llevo una gran impresión cuando me miro en el espejo del baño y contemplo una cara que hacía años que no veía. Y, además, empiezo a creer que el ausente abogado tenía toda la razón del mundo en cuanto a mi parecido con el ricachón: me han dejado algunas revistas y publicaciones donde se pueden leer varias entrevistas y reportajes de Dylan Haynes y, al contemplar las fotografías, casi me ha dado un pasmo. Me ha dado la impresión de que era como si fuese yo el que estaba ahí, en esos lugares, con esas personas, posando como un modelo de anuncio, aunque yo jamás haya tenido esos trajes impecables y esa sonrisa tan radiante. Se nota a la legua que su vida ha sido bastante más despreocupada que la mía... o que él es un tipo normal, mentalmente hablando, mientras que yo soy el raro y sonreír es más común de lo que creo.

Hace poco rato se me han acercado otro par de chicas bastante bonitas. Una de ellas ha sacado su *set* de manicura y se ha sentado frente a mí para tirar de mis manos y comenzar a limarme las uñas. La otra acaba de abrir un tarro de pringosa crema y me ha puesto un pegote en la cara después de colocarme una especie de babero gigante. Cuando he visto sus intenciones, he saltado del sillón y he empezado a despotricar como un puto tarado, asustando a las pobres chicas y tirando por el suelo todos sus artilugios de belleza.

—¿Qué coño creéis que estáis haciendo?

—A... nosotras sólo nos han dicho... —titubea una de ellas mientras recoge todo su material del suelo.

—¡No sé qué os habrán dicho! —exclamo—, pero esto ya me parece cachondeo puro. ¿Mascarilla y manicura?

—Todo tiene su porqué. —Por fin, veo aparecer al señor Sanders. Lleva bajo el brazo un montón de carpetas que suelta sobre la mesa, y una bolsa que parece contener un portátil—. Tienes la piel mucho más curtida que Dylan. Pasas mucho tiempo al aire libre, al sol y al frío, al aire de las montañas, por lo que se hace necesario disimular, dentro de lo posible, esas señales en tu piel, lo mismo en tu rostro que en tus manos.

Vale. Acabo de quedar como un gilipollas.

—Lo siento —me disculpo con ambas.

Las pobrecillas me miran como si fuese un maldito desequilibrado y continúan con su tarea inicial. Creo que están tan tensas que en cualquier momento saltarán de la silla y se largarán pitando.

Cuando terminan de dejarme la piel del rostro megahidratada y las manos como las de un banquero, Sanders se sienta a mi lado y comienza a desplegar carpetas con fotografías enganchadas con un clip a papeles donde hay escritas algunas anotaciones. Al mismo tiempo, saca un lápiz de memoria y lo inserta en el portátil que acaba de encender.

—Comienzan tus lecciones serias, Logan —me anuncia—. Lo primero será conocer a todas las personas que te rodean. Empezaremos por la gente de la casa, para seguir luego con el trabajo y, finalmente, acabar con amistades y demás. ¿Preparado?

—Qué remedio —contesto.

—Bien. Éstas son las personas que viven en la mansión familiar de Queens. Primero te mostraré planos y fotografías de la vivienda para que no te hagas un lío cuando vivas en ella.

—¿Tengo algún domicilio más? —le pregunto mientras observo el lujo de la residencia y memorizo los lugares que aparecen en la pantalla.

—Aparte de las posesiones de la familia en Aspen, Malibú y Londres, tienes un apartamento en el Upper East Side, donde sueles pasar más tiempo que en la mansión.

—No me extraña —comento—. Al final ese Dylan va a ser un tipo listo.

El abogado me mira con el ceño fruncido. Joder, nunca recuerdo que el ricachón está más muerto que vivo.

—Lo siento —me disculpo.

—No pasa nada. —Suspira—. Seguiremos con tu formación. —Prosigue y me muestra más fotografías—. Aparte de Maura, en la casa vive el personal de servicio y, por supuesto, tu esposa, Cheryl.

Tantas horas de soledad y aislamiento han tenido que volverme majareta, porque me ha parecido oír algo sobre una esposa.

—No me mires así, Logan —me dice, divertido—. Sí, estás casado, con Cheryl, como acabo de mencionar.

Ahora sí que temo destrozar algo, por la mala leche acumulada.

—¿¿Vosotros estáis mal de la cabeza o qué?! —grito, al tiempo que me levanto de la silla.

—Tranquilo, Logan...

—¡Y una mierda voy a estar tranquilo! ¿Cómo coño creéis que voy a engañar a una esposa? ¿Y cómo cojones no me habéis hablado antes de ella?

—He dicho que te tranquilices —me regaña secamente—. Estáis casados, pero no vivís juntos, y menos aún hacéis vida conyugal. Apenas os veis ni habláis desde hace meses. No tendrás que acercarte a ella más que en alguna reunión social. Posiblemente ya esté programando vuestro inminente divorcio, aunque creo que Maura intentará disuadirla para que tu papel sea más creíble, puesto que Cheryl puede ser una figura de referencia para ti.

Parece que ha logrado calmarme. Me vuelvo a sentar mientras escucho todas las explicaciones de Sanders, pero no tengo muy claro si me estoy enterando de algo, pues la imagen de la foto que todavía conservo entre mis dedos me ha dejado fuera de combate. Menudo capullo está hecho el millonitis si ha despreciado a esta mujer. Y no lo digo únicamente porque me parezca preciosa, que también, sino porque su rostro expresa tanto... Es sólo una imagen, pero tengo la extraña sensación de

haber conectado con ella de alguna forma, de haber leído en esos enormes ojos claros mucha más tristeza de la que puedo haber vivido yo, que ya es decir. Incluso creo que quiere transmitirme algo, que me pide ayuda porque se siente prisionera de algo o alguien...

Joder, ¡cuántas chorradas acabo de pensar! Seguro que no es más que otra ricachona harta de gastar en la Quinta Avenida o Madison Avenue, y que esa expresión no es más que una manera de gritar que está aburrida o insatisfecha...

\*\*\*

Ha sido un día duro y la noche lleva el mismo camino. Tengo la cabeza tan llena de información que creo que en breve me rebosará por las orejas. Incluso diría que cientos de voces se pasean por mi cerebro y no me dejan dormir. Llevo horas despierto y todavía no ha amanecido.

A pesar de lo que acabé por pensar de ella, alargó el brazo hasta la mesilla de noche para coger la fotografía de mi supuesta mujer. Sí, lo admito, no puedo despegarme de ella. La contemplo cada vez que tengo un instante para hacerlo, durante minutos, sin cansarme. Ya me sé de memoria cada uno de sus rasgos: la forma de sus cejas, las tonalidades verdosas y grises de sus ojos, la línea perfecta que bordea sus labios, cada onda de su cabello castaño...

Por fin ha amanecido y decido que será mejor que me levante. Sanders quedó en venir a primera hora y tengo que repasar demasiadas cosas: nombres, lugares, temas del trabajo...

En ello estoy, observando y releiendo, cuando el abogado entra en la casa. No viene solo y me escama que quien lo acompaña sea una joven con una pinta bastante estafalaria. Lleva el pelo de color verde y rapado sólo por el lado derecho, y he perdido la cuenta de los *piercings* que tiene enganchados o de los tatuajes que le cubren los brazos y el cuello.

—Buenos días —me saluda Sanders—. Ella es Katty y es una experta tatuadora.

—¿Y? —pregunto mientras sigo mirándola.

—Pues que ha venido para hacer posible tu completo parecido con Dylan. —Extrae una foto de un tórax masculino, cuyo lado izquierdo y parte del hombro aparecen cubiertos por un enorme y llamativo tatuaje: una cabeza de lobo.

Joder, que me lo estoy viendo venir...

—No —me opongo, alejándome de ellos—, no pienso hacerme eso. Odio los tatuajes. ¿Y por qué coño lleva eso el ricachón?

—No lo sabemos. —Se encoge de hombros—. Un día apareció con él y, al preguntarle, nos contestó que le había apetecido y punto. Así es Dylan.

La madre que los parió; al millonitis y a su puto abogado.

—Pues ya procuraré no desnudarme delante de nadie —le digo mientras me alejo aún más—. Pero, te lo repito, ¡no pienso dejar que eso forme parte de mí el resto de mi vida! ¡Y menos a base de clavarme agujas!

—Vamos, Logan —trata de convencerme con suavidad, pero con firmeza—, cualquiera diría que tienes miedo. ¡Por el amor de Dios! ¡Escalas montañas desde los diez años!

—¡Pues escalaré el puto Everest si hace falta, pero no voy a hacerme un tatuaje, por muy alucinante que sea!

Capto, alarmado, cómo les hace un gesto con la cabeza a los dos gorilas que me custodian. A su señal, ambos me cogen por sorpresa y me arrastran hasta una butaca, donde me sujetan con unos

anclajes que ya tenían preparados.

—¡Me cago en vuestra puta madre! —grito exaltado—. ¡Cabrones, malnacidos! ¡Soltadme, chupaculos de mierda!

De nada me valen mis quejas. Ya estoy sujeto y, por mucho que tiro con todas mis fuerzas, uno de ellos me arranca la camisa de un tirón mientras la chica ya está desplegando sus macabros artilugios punzantes.

—Me lo temía —suspira Sanders—. Por eso estábamos preparados.

—Si te relajas —me recomienda la extravagante chica—, te dolerá menos.

—No es por el dolor, joder...

El sonido taladrante de la aguja consigue que mi furia roce el nivel máximo, pero no me queda más remedio que aguantarme. Acepté un trato y tengo que respetarlo hasta las últimas consecuencias.

\*\*\*

No sé si por generosidad o porque considera que me está haciendo demasiadas putadas, Sanders ha ordenado equipar una de las estancias de la casa con algunos aparatos de gimnasia. Sabe que estoy acostumbrado al ejercicio físico y al aire libre y me ha concedido al menos una de las dos cosas. Joder, nunca imaginé que echaría tanto de menos las rutas por el parque, los bosques de abetos, el aire frío y las largas caminatas por los escarpados senderos.

De momento, me he de conformar con correr en una cinta o colgarme de una barra para hacer unas cuantas flexiones.

—Sin pasarte, Logan —me comentó el día que me mostró el sitio—, o la gente se preguntará de dónde has sacado esos brazos y esa espalda tan ancha en tan poco tiempo.

—Esta espalda la tengo desde los dieciséis años —le contesté.

—Lo sé —gruñó—, por eso te digo que te limites a mantenerte en forma.

Tras una ducha por el ejercicio realizado, paso la mano por el espejo del baño para poder ver mi cara y afeitarme, algo a lo que me tengo que acostumbrar y que me parece una soberana pérdida de tiempo. Y si no tenía bastante con el impacto de mi nueva imagen, no puedo evitar cagarme en toda esta mierda cuando observo el gran tatuaje que cubre parte de mi tórax y mi hombro izquierdo.

—Joder —refunfuño, mientras cubro de espuma mis mejillas—. Su puta madre.

En cuanto pueda me desharé del maldito lobo, que parece mirarme con sus brillantes ojos y reírse de mí a carcajadas.

Después de mis nuevos hábitos de higiene, me encuentro en el salón con Sanders. Está desplegando un montón de informes sobre la mesa y no puedo evitar soltar un bufido. Estoy hasta la polla de todos estos contratos firmados por el ricachón, de los que tengo que revisar y firmar, y de los que se supone que me encontraré en un futuro. Aunque, si algo he de decir en favor de esta gente de pasta es que parece ser que no se dedica únicamente a ir a fiestas, beber y follar. Tienen que estar muy pendientes de que todo funcione bien para que sus empresas y propiedades les sigan produciendo millones de dólares.

Por cierto, mi cometido no se limitará a firmar y sonreír. Voy a tener que leer bien cada documento, empaparme de los números y poder dar mi opinión en las reuniones con los accionistas, como hacía el propio Haynes, aunque siempre estaré asesorado por Sanders. Y lo que más me asombra es que, cuanto más sé, más me apetece empezar a trabajar.



—¿Qué tal, Dylan?

Me quedo parado en medio del salón ante la alusión a ese nombre.

—No me he equivocado —me indica el abogado—, todavía no estoy senil..., así que no te sorprendas tanto. Lo he hecho para que te vayas acostumbrando a reaccionar a ese nombre. Tienes que estar seguro de que siempre vas a responder cuando lo oigas... lo mismo que, si te llaman por el nombre de Logan, tendrás que hacer como que no has oído nada.

—De acuerdo —suspiro—. Tendré que acostumbrarme, supongo.

—También te acostumbrarás a llamarme Edmund, como hacía Dylan, y mamá a Maura.

—Lo sé, lo sé —gruño mientras me masajeo la nuca. Me resulta tan extraño...

—Lo último que quiero que hagas como Logan, antes de nada —me comenta Edmund mientras despliega una serie de papeles sobre la mesa y me ofrece su pluma—, será firmar estos documentos. En ellos te comprometes a no revelar nada relacionado con la familia ni la corporación después de realizar tus servicios.

—Me parece justo —le digo mientras estampo mi firma, la última como Logan Cavanagh durante mucho tiempo.

—Perfecto —me contesta satisfecho—. Y ya sabes que, a partir de ahora mismo, ésa no será tu firma. Sería una catástrofe que firmaras con tu nombre real. ¿Has practicado más veces la de Dylan?

—Me sale perfecta, Edmund —suelto con retintín—. ¿Nos ponemos ya manos a la obra? Estoy deseando salir de esta puta cárcel.

—Claro —comenta mientras nos sentamos frente al ordenador para seguir los últimos movimientos de las empresas de la corporación—, pero recuerda, querido Dylan, que sueles ser una persona más elegante, de modales impecables y muy perfeccionista.

—¿Me estás queriendo decir que soy poco elegante, tengo malos modales y todo me suele importar una mierda? —replico con sorna—. Qué novedad.

—Lo estás haciendo muy bien —me anima Edmund con una de sus seductoras sonrisas—, pero sólo nos queda un mes y todavía debemos perfeccionar muchos detalles. Por ejemplo, recuerda que ya no podrás beber alcohol o fumar.

—Tienes razón, Edmund. Y gracias por confiar en mí, a pesar de todo. —Yo también le regalo una sonrisa.

Por cierto, jamás le confesaré a nadie las horas que me he pasado frente al espejo ensayando esta puta sonrisa, tratando de parecerme al tipo perfecto de las fotografías. No me he sentido más gilipollas en toda mi vida.

—¿Cómo lo haremos para salir de aquí cuando llegue el día? —le pregunto.

—Lo tengo todo bastante estudiado —me responde—. Algunos periodistas siguen apostados en las inmediaciones del centro de desintoxicación, esperando cualquier movimiento. El director es amigo mío y me va informando de la situación. Llegado el momento, le diremos a la prensa que te trasladaste aquí de incógnito para una mayor tranquilidad, pero eso será cuando ya estés en casa. Haré unas declaraciones, pediré respeto para la familia en estos momentos difíciles y blablablá.

—Al final —le digo, divertido—, va a resultar que de verdad eres un máquina, Edmund.

De repente, me mira de una forma extraña.

—¿Qué sucede? —le pregunto.

—Nada —susurra, algo contrariado—. Es sólo que esa última sonrisa te ha salido más natural que nunca y te has parecido tanto a él...

—Le tienes aprecio, ¿verdad?

—Sí —responde—. Dylan es caprichoso, egoísta, mujeriego y cabezota, pero posee una luz innata que atrae a la gente como a las polillas, consiguiendo convencerlos de casi cualquier cosa con sólo chasquear sus dedos.

—Lo siento, Edmund. Sólo soy una vulgar copia, pero creo que saldremos de ésta.

—Claro que sí —me dice, algo más animado—. Vamos a por ello, Dylan.

# Capítulo 7

## *Cheryl*

Ya han pasado los tres meses que se suponía que iba a tardar Dylan en volver, pero, por supuesto, no me han informado de una mierda. Maura y su maldito abogado han seguido con sus vidas, como si nada, pendientes de la corporación, aunque no se me ha escapado que Edmund se ha ausentado más de la cuenta, supongo que para lo relacionado con el papeleo de la clínica, o para sustituir a Dylan en sus viajes de negocios.

Dado que, para mi suegra, soy un cero a la izquierda, he decidido presentarme ante Sanders y sonsacarle algo de información. Puede que la cosa no sea tan grave y mi querido marido sólo esté relajándose en algún *spa*. Seguro que me estoy preocupando más de la cuenta.

Subo hasta la planta cuarenta y doy un rodeo para presentarme ante el despacho de Edmund sin que se entere algún lameculos de mi suegra y le vaya con el cuento. Doy un par de toques a la puerta y me da permiso para entrar.

—Dime, Cheryl —se dirige a mí sin dejar de recoger su mesa.

—Parece que tienes intención de salir de nuevo —suelto bastante escamada.

—Sí —responde, mirando la hora en su reloj de muñeca—, y tengo prisa. Si tienes algo que decirme...

—¿Vas a buscar a Dylan?

Lo he pillado desprevenido, sin que se lo esperara, y, aunque es difícil en él, se ha quedado sin saber qué decirme. No sabe que lo oí hablando por teléfono con el director del centro de rehabilitación.

—Quiero ir contigo, Edmund. —Esto sí que debe de haberlo cogido por sorpresa.

—¿Quieres acompañarme a recoger a Dylan? —me plantea, confuso—. No es necesario, Cheryl, de verdad.

—No te lo estoy pidiendo —le aclaro, alzando la barbilla para que vea que no titubeo—, te lo estoy notificando. Voy a ir contigo. Y preferiría que no se lo comunicaras a Maura para que intentara disuadirme.

—Cheryl...

—Estoy viendo venir tus intenciones —lo interrumpo—, que no son otras que intentar disuadirme tú mismo..., pero me importa un carajo, Edmund. Tomé la decisión hace semanas y no la voy a cambiar.

—Pues no entiendo esa decisión —me recrimina—, porque no me creo ese papel de esposa preocupada.

—Ni es mi intención parecerlo —afirmo—, pero conoces perfectamente mi intención de pedir el divorcio, y quiero ver con mis propios ojos cuál es el estado de Dylan. Si voy a tener que esperar más tiempo, como me pidió Maura, quiero saber si existe algún fundamento para hacerlo. ¿Dónde está en estos momentos?

—Hace unas semanas pude llevarlo de incógnito a la casa que un amigo mío posee en Cherry Hill, donde suele ir de pesca y a relajarse —me comunica—, y he quedado con él en recogerlo hoy mismo.

La prensa anda totalmente despistada.

—Pues ya estamos tardando —le digo, agarrando con más fuerza el asa del bolso—. Y no me mires con esa cara, tampoco creo que sea tan extraño que quiera verlo.

Las razones que acabo de darle son verdaderas. Mi vida y mi futuro están en juego y estoy harta de que Maura y este tipo lo hagan todo a mis espaldas. No me han explicado nada del estado de Dylan, sus progresos o sus intenciones, ¡nada! Por ello, la mejor forma de saber la verdad es presentándome in situ, sin que Dylan me espere.

Edmund, a pesar de todo, parece cavilar la situación y acaba ofreciéndome una de sus sonrisas sardónicas.

—Opino que no es una idea tan descabellada, al fin y al cabo. —Sigue sonriendo—. Dylan lo ha pasado bastante mal y tu presencia tal vez lo tranquilice. Pero debo informarte de algo, Cheryl: tu marido ha cambiado bastante en estos meses.

—¿Qué quieres decir?

—El impacto de verse tan cerca de la muerte le ha hecho replantearse muchas cosas. Ahora es alguien más serio y distante.

—Me parece genial que se haya dado cuenta de la mierda de vida que llevaba e intente cambiarla, pero eso no es de mi incumbencia. Sólo quiero cerciorarme de que está bien para poder darle la patada en el culo que se merece. ¿Cómo pensabas ir hasta allí?

—En un coche de alquiler, para despistar —me explica mientras me muestra las llaves—, conduciendo yo mismo.

—Pues yo seré tu copiloto.

Durante el camino, nuestra conversación es bastante parca. Me comenta todo lo planeado para esquivar a la prensa, los próximos movimientos de Dylan y la intención de mi marido de ponerse a trabajar cuanto antes. Y, por supuesto, trata de convencerme para que retrase el tema del divorcio.

—De verdad, Cheryl, no te lo digo para mantenerte atada a la familia a toda costa. Cuando llegue el momento, yo mismo te redactaré una demanda de divorcio lo más ventajosa posible, pero espera sólo un poco más.

—Ya veremos —me limito a contestar.

El resto de las casi dos horas de viaje me dedico exclusivamente a mirar por la ventanilla el aburridísimo panorama de Nueva Jersey desde la Interestatal 95... o quizá me lo parece a mí, ya que, con la mezcla de ideas que se agita en mi cabeza, soy incapaz de concentrarme en un solo árbol del paisaje.

Por fin, llegamos a la zona residencial de la villa y Edmund accede a la propiedad desde la zona de servicio, a través de una puerta metálica que se cierra detrás de nosotros nada más atravesarla. Conduce después hasta la entrada trasera de la casa, donde hay apostado un tipo con gafas oscuras y pinta de ser integrante de la escolta de la familia. Bajamos del coche y, tras estirar un poco los músculos entumecidos y alisarme las arrugas de la falda y la chaqueta, nos acercamos al hombre, que ya parecía esperar a Edmund.

—Mientras comento unos temas de seguridad —me informa el abogado—, si lo deseas, puedes adelantarte e ir a buscar a Dylan. Debe de estar en el interior de la casa, preparando algunas cosas.

—De acuerdo —le contesto. Paso junto a ellos y me introduzco en la vivienda accediendo a ella por la cocina.

No conozco esta propiedad y voy atravesando estancias, como el salón —decorado con un

exquisito estilo colonial, con exuberantes plantas y grandes ventanales—, y prosigo por uno de los pasillos que distribuyen el resto de los huecos y habitaciones de la primera planta. Voy tan distraída pensando en la pena de que aquí no viva nadie que, al pasar frente a una puerta abierta, casi paso de largo sin ver a Dylan.

Freno en seco y, por unos instantes, vuelvo a quedarme sin aliento, como siempre que lo observo de cerca, incluso como ahora, que está de espaldas. Hay una pequeña bolsa sobre la cama y él está mirando por la ventana, distraído. Lleva puestos un pantalón negro y una camisa blanca, totalmente nuevos e impecables, como toda su ropa. Tiene las manos en los bolsillos y no parece haber advertido mi presencia.

—Hola, Dylan —lo saludo.

Está claro que no me esperaba y percibo su tensión, pues hasta la tela de su camisa se ha tensado sobre su espalda. Por cierto, no recordaba que fuese tan ancho de hombros y tan grande. Debe de hacer demasiado tiempo que no estamos en la misma habitación.

Como está acostumbrado a solventar cualquier contratiempo, pronto lo noto más relajado y comienza a darse la vuelta. Soy incapaz de apartar la vista de él, sobre todo cuando se ha girado del todo y clava sus ojos oscuros en mí.

Joder, ¡maldito sea! Sabía que era guapo y que su presencia solía engatusarme, pero ahora mismo no se ha limitado sólo a eso, pues mi corazón se ha acelerado más de la cuenta y un suave escalofrío ha recorrido todo mi cuerpo. No es que me parezca más atractivo, o su rostro más perfecto que antes...; en realidad, todo lo contrario. Su expresión me resulta bastante más dura, más cínica, diría yo. Incluso sus movimientos me parecen menos finos y elegantes..., pero esos cambios, lejos de restarle atractivo, no han hecho más que conseguir que me vea obligada a tragar la bola de saliva que se me ha acumulado en la boca. Distingo en él la misma belleza de siempre, pero mezclada con un toque diferente que debe de haber adquirido estos últimos meses. Para mí, está más guapo que nunca.

—Hola, Cheryl —me devuelve el saludo.

—¿Cómo estás? —Mierda, he tenido que carraspear para librarme de la ronquera instalada en mi garganta. No comprendo cómo es posible que Dylan me ponga nerviosa a estas alturas.

—Bien —me contesta, encogiéndose de hombros—. Deseando salir de aquí.

—Lamento mucho lo que te ha pasado —se me ocurre decirle—, y me alegro de que te encuentres bien.

—Gracias, Cheryl.

De nuevo, al volver a pronunciar mi nombre, he vuelto a ponerme nerviosa, y no lo entiendo. Pero es que no deja de mirarme, como si fuera la primera vez que me ve. Más que mirarme, sus ojos escrutan cada rasgo de mi cara, y hasta diría que expresan una especie de anhelo. Me observa de una forma tan intensa que no me extraña que me perturbe.

—Te agradezco que hayas venido —añade—. No te esperaba.

Joder, ahora soy incapaz de decirle las cosas que tenía pensado echarle en cara... y mucho menos comentarle el tema de nuestro divorcio. Al fin y al cabo, por muy cabrón que sea, no creo que sea el momento.

«¿Qué te ocurre, Cheryl? ¿Vas a caer ahora como todas esas mujeres que se lanzan a sus brazos porque no pueden resistirse a sus encantos?»

Pues claro que no. Llevo muchos años vacunada contra Dylan Haynes y ya soy inmune.

—No pensaba venir —le aclaro—, pero, como siempre, Edmund y tu madre me han mantenido al

margen de todo y no tenía claro si estabas bien o me estaban mintiendo.

—¿Y por qué te iban a mentir?

De pronto, camina hacia mí, con las manos aún en los bolsillos del pantalón. Su camisa blanca permanece entreabierta y deja ver un pequeño fragmento del espectacular tatuaje que adorna parte de su pecho y que siempre me ha fascinado. Está tan cerca que llega hasta mí el odioso perfume que usa desde hace años y que consigue que despierte del aturdimiento que me provoca su cercanía.

—No sé —respondo—. A veces me ha dado la sensación de que podría haberte pasado algo grave y me lo estaban ocultando.

—¿Estabas preocupada por mí? —me pregunta mientras dibuja una de sus sonrisas con su hermosa boca.

¡Dios! ¡Qué impacto he recibido en pleno estómago!

¡No lo entiendo! He visto esa sonrisa cientos de veces y estaba más que acostumbrada. ¿Cómo es posible que esa visión me haya producido el calor que siento ahora mismo en el vientre?

Y, por si fuera poco, me quedo unos segundos aturdida al tener su rostro a tan sólo unos centímetros de mí. Contemplo sus ojos oscuros y rasgados, sus pobladas cejas, sus succulentos labios y la perfecta línea de su mandíbula recién afeitada. Lleva su brillante y oscuro cabello un poco más largo, pues nunca le había advertido el mechón que le cae por la frente y que le otorga un toque informal al conjunto perfecto de su imagen.

Por un segundo, un mero segundo, he deseado ser una de esas mujeres que han tenido la suerte de besarlo y tocarlo. He sentido la necesidad visceral de acercar mi cara a su cuello y lamerlo mientras me hundo en su piel; de sentir sus brazos alrededor de mi cuerpo y vivir la maravillosa anticipación de saber que va a besarme.

Pero ese segundo ya ha pasado.

—Me resulta bastante desagradable —le suelto con desdén— que utilices tus artimañas de seductor conmigo, Dylan. Puedes ahorrarte esas miraditas y esas sonrisitas y guardarlas para tantas mujeres que estarán deseosas de que les dediques una sola de ellas. Y si lo haces para retrasar el tema del divorcio, no te preocupes —añado antes de dejarlo hablar—: tu querida madre y tu abogado ya me han convencido para que espere un tiempo..., pero no me pongas a prueba, Dylan. Si te comportas como un capullo conmigo, me pasaré por el forro todos vuestros intentos de mantenerme en esta familia y pediré el divorcio en cuanto os deis media vuelta.

Lo he notado algo sorprendido. Perfecto. Que no se vaya a creer que, porque se haya vuelto más irresistible que nunca o lleve tres meses sin alcohol ni drogas, me va a volver idiota y me voy a dejar arrastrar por su carisma.

—No era mi intención convencerte de nada —me explica tras su asombro inicial—. Únicamente estoy contento de verte aquí.

—No sigas por ahí, Dylan. Te conozco demasiado y...

La llegada de Edmund interrumpe nuestra conversación.

—Veo que ya os habéis saludado —nos dice mientras coge la bolsa que hay sobre la cama—. Si estáis listos, será mejor que nos vayamos. Alguien de la prensa ya se ha dado cuenta de que no estás en la clínica y sólo es cuestión de tiempo que nos encuentren.

Ambos obedecemos y salimos de la casa detrás de él. En esta ocasión, Dylan se monta en el coche al lado de Edmund y yo ocupo el asiento trasero. El trayecto de vuelta apenas cambia mucho del de ida, pues sólo hablan entre ellos dos, acerca de la incorporación de Dylan al trabajo al día siguiente,

de sus ganas de volver a la corporación y de temas laborales. Y yo, pues hago lo mismo que antes: mirar sin ver el monótono paisaje, que ya apenas se distingue por la luz rosada del ocaso.

Tal y como dijo Edmund, llegamos a la mansión familiar no sin esfuerzo, pues una marea de periodistas están ya apostados frente a la puerta principal y disparan sus flashes al coche a la vez que se acercan a la ventanilla de Dylan.

—¡Señor Haynes, señor Haynes! —gritan tras sus micrófonos y grabadoras—. ¿Qué tal la rehabilitación? ¿Cómo se encuentra? ¿Volverá a ponerse pronto al frente de la corporación?

Dylan se tensa hasta el punto de crispas sus facciones como nunca le había visto hacer. He podido observarlo porque, durante unos segundos, ha dirigido su mirada al espejo retrovisor interior y nuestros ojos se han encontrado en él.

—Tranquilo, Dylan —lo consuela Edmund, colocándole una mano sobre el hombro—. En unos días se habrán olvidado de ti. Volveremos a dar una breve rueda de prensa donde dirás que te encuentras perfectamente, y se irán en busca de otra presa más succulenta.

Algunos empleados de la familia se acercan a la puerta para dejarnos entrar con el coche mientras espantan como pueden a los reporteros y cierran cuando ya estamos dentro. Edmund deja el vehículo frente a la fachada principal y bajamos los tres para acceder sin demora al vestíbulo de la mansión, donde nos espera gran parte del personal de servicio.

—Bienvenido de nuevo, señor Haynes —lo saludan.

Dylan parece ir derrochando amabilidad y simpatía, pues va correspondiendo con saludos a todos, dirigiéndose a ellos por sus nombres. Incluso se dirige a Adeline, que está parada junto a la puerta del pasillo por si Dylan pasa de largo y se puede ir corriendo. Tengo que morderme la lengua para no reír, pues conozco perfectamente la aversión que siente mi empleada por mi marido.

—Hola a ti también, Adeline. —Con afecto, la saluda dándole un suave toque con los dedos en la regordeta mejilla.

—Hola, señor —gruñe.

A pesar de su actitud, no sé si soy únicamente yo la que no acaba de ver a Dylan muy cómodo con la situación. Sonríe, saluda, pero lo noto tenso, como forzado.

Aun así, el resto del personal también ríe con disimulo porque saben lo que piensa Adeline del señor y la están viendo caer bajo su influencia y su hechizo..., aunque las risas quedan congeladas de inmediato cuando ven aparecer a Maura tras la puerta doble del salón. Todos desaparecen como por ensalmo y sólo quedamos los cuatro dentro de la estancia después de que Edmund cierre la puerta detrás de nosotros.

—Hola, mamá —saluda Dylan a Maura.

—Hijo —le corresponde ella antes de abrazarlo—. ¿Cómo estás? No he ido a recogerte también para no llamar más la atención.

—Lo sé, tranquila —responde él al tiempo que deshace el abrazo—. Y estoy bien. Mañana mismo comienzo a trabajar.

No puedo despegar la vista de la mirada de Maura hacia su hijo. Hacía mucho que no la veía tan emocionada y triste al mismo tiempo. Siempre he tenido claro que Dylan es su punto débil y, a la vez, una decepción para ella, pero supongo que el hecho de que lo haya visto a las puertas de la muerte la ha vuelto un poco más humana.

—¿De verdad estás bien? —insiste mi suegra, todavía acariciando la mejilla de su hijo—. ¿Te han tratado como te mereces en ese lugar?

—Más o menos. —Tuerce su bonita boca—. Ha resultado un poco aburrido, pero me ha ido bien para pensar y reorganizar mis ideas. Estoy deseando que llegue mañana y volver a mi rutina diaria.

—Pues no se hable más. —Maura lo agarra del brazo y lo dirige hacia la escalera—. Mañana comenzarás a trabajar, pero debes irte a descansar ahora mismo. Enviaré algo de cena a tu habitación y...

—Un momento —la interrumpe Dylan—, antes quiero hablar con Edmund.

—Pero, hijo, debes de estar muy cansado...

—Sólo será un instante. Edmund —le dice a su abogado mientras abre la puerta—, vayamos a mi despacho.

—Tal vez tu madre tiene razón y debes descansar primero —insiste el abogado—. Tendremos días de sobra para hablar.

—He dicho que tengo que hablar contigo. —De pronto, la expresión de Dylan, tan amable y cordial, se ha vuelto dura y exigente—. Ahora, Edmund.

Éste suspira y obedece. Antes de que los dos se marchen al despacho, Dylan le da un beso en la mejilla a su madre y se despide de ella.

—Buenas noches, mamá. Hasta mañana.

—Hasta mañana, hijo.

—Buenas noches, Cheryl —me dice a mí. No me ha mirado, pero ya estoy acostumbrada a ello.

—Cómo ha cambiado mi hijo —murmura Maura cuando nos quedamos solas—. Lo veo con más carácter y determinación, con más personalidad. —Levanta la barbilla y se marcha, dejándome sola, por fin.

—Yo también lo he notado —murmuro para mí misma—, pero no creo que dure mucho. Hay cosas que no cambian, y Dylan es una de ellas.

Subo la escalera que me lleva a mi habitación y espero a que Adeline me traiga algo de cena, aunque apenas lo pruebo. Se me ha quitado el poco apetito que ya suelo tener.



## Capítulo 8

### *Dylan*

Llevo tantas horas con la mandíbula apretada, fingiendo sonrisas y comportándome de forma tan amable, que creo que se me ha debido de astillar algún diente. Y, al mayor culpable de que esté tan tenso que creo que me partiré en dos en cualquier momento, lo tengo delante de mí, en el que será mi despacho a partir de ahora. Cierro la puerta por dentro y me encaro a él antes de que se le ocurra decir una sola palabra.

—¿Se puede saber de qué coño vas?! —le pregunto, exaltado—. ¿En qué cojones estabas pensando para jugármela de esta manera?!

—No sé de qué me hablas...

—¡Vamos, Edmund, deja de comportarte como un imbécil o de hacerme creer a mí que lo soy! ¡Me refiero a Cheryl, joder!

—Oh —contesta con toda su odiosa tranquilidad—, te refieres a eso. Pues parece que no os ha ido tan mal. Al menos no te ha enviado a la mierda como suele hacer siempre.

—Deja de decir sandeces. ¡Tendrías que haberme avisado, maldita sea! ¡Cuando la he oído hablar a mi espalda, casi me ha dado un infarto!

—No tenía cómo avisarte. Además, ha sido cosa de ella, y no era plan de ponerme demasiado borde o podría haberle hecho pensar algo raro. Al final, tras meditarlo un poco, no me ha parecido mala idea. Encontrarte con alguien de la vida de Dylan sin haberlo planeado podía resultar el mejor examen para averiguar si habías asimilado todo lo aprendido. Considéralo una prueba de fuego.

—¿Prueba de fuego? —le espeto muy cabreado—. ¡Fuego el que me está quemando las venas y me incita a darte un puñetazo!

—Vamos, vamos, no te pongas así. Ya has visto que tu entrada en la casa ha sido todo un éxito. De momento, eres un Dylan de lo más convincente, que es lo que importa. Mañana, la segunda prueba, en el trabajo.

Por instinto, me llevo una mano al bolsillo de la camisa, intentando toparme con el bulto del paquete de tabaco que solía llevar ahí y que hace ya tres meses que no encuentro.

—¿Qué haces? —me pregunta el abogado.

—Necesito un cigarrillo.

—Lo has dejado, Dylan, no vuelvas a caer. Además, sabes que se supone que no fumas, y no sería muy lógico que cayeras en ese vicio justo después del tratamiento en una clínica de desintoxicación.

—Pues seré discreto, pero, por el amor de Dios, Edmund, consígueme un maldito paquete de tabaco. Una cosa ha sido estar solo en aquella casa, aprendiendo a ser Dylan, y otra muy distinta es serlo. ¡He estado encerrado tres meses, sin fumar, sin beber y sin darme de hostias con nadie! ¡Estoy de los putos nervios!

—De acuerdo —contesta exasperado—, te haré llegar algo de tabaco, pero, por lo que más quieras, sé todo lo discreto que puedas.

Aún me tiemblan las manos al recordar el momento en el que esperaba tranquilamente la llegada de Edmund, mientras estaba mirando por la ventana. Cuando he oído el saludo de Cheryl... ¡Madre

mía!, por poco no se me sale el corazón por la boca.

Afortunadamente, durante los segundos que he tardado en darme la vuelta para tenerla de frente, he tenido tiempo suficiente como para reponerme y aparentar normalidad, algo que se ha ido por el desagüe en cuanto nuestras miradas se han encontrado. Si contemplar su imagen en una fotografía me hacía desearla, tenerla delante en persona ha sido como si, de pronto, todas mis células explotaran como pequeños volcanes por todo mi cuerpo. Esa mujer me atrae como un imán al metal y no sé cómo voy a solucionarlo. Lo único que se me ocurre es acercarme con naturalidad a ella, tener algunas conversaciones y acostumbrarme a su proximidad, aunque sea poniéndome borde. A ver si, de esa forma, no me impacta su presencia cada vez que me tope con ella.

—Gracias —le digo—. Y la próxima vez deja que las sorpresas vengan solas —gruño—. Procura no provocarlas tú.

—Está bien —acaba por decirme Edmund—. Lo mejor será dejar que los acontecimientos se vayan desarrollando por sí mismos. Seguro que ya serán suficientemente sorprendentes. —Lanza un suspiro y se dirige a la puerta—. Haznos caso y descansa, Dylan. Mañana será un día duro.

Tiene razón. En cierto modo, es como si me estuviera examinando de todo lo que he estudiado los meses que he estado encerrado en aquella casa y, obviando la sorpresa de la aparición de mi «esposa», he currado muy duro para ser como el ricachón y creo que no va a resultar tan difícil.

Salgo del despacho y me encamino a la escalera que me lleva a la planta superior. He revisado tantas veces esta vivienda de forma virtual que parece como si fuera mi propia casa. Entro en mi habitación y comienzo a desvestirme. Sé que tengo que acostumbrarme a los trajes y las corbatas, pero, en cuanto pueda, aprovecharé para quedarme en gayumbos y camiseta, como he hecho ahora mismo.

Aprovecho también para echar un vistazo a todo lo que me rodea de una manera más real. El dormitorio es muy espacioso y claro, con unos muebles lineales y modernos. Abro el vestidor y descubro una interminable hilera de trajes y camisas que me dejan boquiabierto, lo mismo que cuando voy revisando cajones y me voy encontrando con las corbatas o los zapatos. Y lo más flipante: una caja metálica que simula ser un cofre, en cuyo interior he encontrado todo un arsenal de gemelos, alfileres de corbata y algún que otro objeto personal.

Suspiro al tiempo que levanto mi muñeca y contemplo el pedazo de Rolex que llevo en ella. Creo que no he ganado aún el suficiente dinero en mi vida como para poder pagarme uno de éstos.

De pronto, pienso en mi familia y en Canmore. Según me dijo Edmund al principio, debería tener un teléfono de tarjeta para poder hablar con ellos de vez en cuando, pero aún no he podido hacerlo. Decido salir del vestidor y echar una ojeada por toda la habitación hasta que me llama la atención una especie de cómoda cuyo primer cajón contiene cerradura. Recuerdo haber visto una llave en el interior del cofre, así que voy a por ella y compruebo que coincide con la cerradura. Abro el cajón y, bajo alguna ropa interior, encuentro el teléfono, un paquete de tabaco y un mechero.

—Joder, Edmund —murmuro con una carcajada—, eres la hostia. ¿Cuándo coño has podido poner esto aquí?

Aunque creo que este hombre ha debido anticiparse a mis deseos, acostumbrado como está a hacerlo con los de Dylan.

«Utiliza ambos con medida», dice una pequeña nota dentro del paquete de tabaco, refiriéndose a éste y al teléfono.

Abro la ventana, que, por suerte, da a la parte más oculta del jardín, y me enciendo el cigarrillo.

Dios, ¡qué gusto da sentir el humo atravesar mis pulmones y mi garganta!

Mientras me deleito en fumar, marco en el teléfono el número de Sally.

—¿Sí? —contesta.

—Hola, Sally, soy yo, Dy... Logan —rectifico.

De ésta salgo con doble personalidad, seguro.

—¡Por Dios, Logan, ya era hora! —exclama—. Desde que nos llamaste hace ya casi tres meses no habías vuelto a hacerlo. ¡La abuela ya es mayor, joder!

—Lo siento, Sally, perdona —me disculpo—. Te prometo que no os he llamado porque este trabajo absorbe todo mi tiempo y mis energías, pero no ha sido por falta de ganas. Os echo de menos.

¿Cómo están Clay y los niños? ¿Y Abigail?

—¿De verdad mi sobrino nos echa de menos? —ironiza—. Están todos bien, cielo, gracias por preguntar. Aunque el estado de la abuela te lo puede comentar ella misma.

Percibo un ruido por el cambio de manos y, de pronto, unos gritos que se me clavan en pleno tímpano.

—¡Oye, tú, sinvergüenza! —vocifera Abigail—. ¿Cómo se te ocurre tenernos preocupadas de esta forma? ¡Que sepas que las collejas son acumulables! ¿Me oyes?

—Hola, Abigail. —Sonrío al oír sus regañinas—. Yo también te echo de menos.

—Maldito seas, Logan —vuelve a gruñir—. ¡Más vale que sea un trabajo decente y valga la pena que te hayas largado de aquí!

—No te preocupes por mí —le digo—. Y no os enfadéis si tardo en volver a llamar. No podré hacerlo más que muy de tarde en tarde. Ya os comenté que es un trabajo bien pagado pero que me mantendrá alejado varios meses.

—¿Seguro que todo marcha bien? —me pregunta mi tía, que ha vuelto a ponerse al teléfono.

—Todo está genial, Sally. Dales un beso a todos y os llamaré en cuanto me sea posible.

—No me has preguntado por Madeleine.

Joder, es cierto, Maddy. No he empleado más de cinco minutos repartidos en estos tres meses para pensar en ella. Es como si perteneciera a otra vida pasada; a otra vida de otra persona.

—La verdad, Logan —me recrimina—, dejarla mediante una carta ha sido bastante rastrero. No me infunden mucha simpatía ni ella ni sus padres, pero hacerle eso a la pobre chica...

—Tienes razón, Sally, pero no tenía tiempo ni ganas de explicaciones cara a cara. Ya le he dejado claro que entre nosotros nunca hubo nada profundo y que puede rehacer su vida cuando quiera.

—Su padre se presentó en casa de la abuela con una escopeta. —Suspira—. Por suerte, Abigail no se achanta ante nadie, por muy alcalde que sea y muy armado que vaya.

—Joder —exclamo—. ¿Cómo pudo plantarle cara?

—Pues con otra escopeta que tiene por si la ataca un oso.

Los dos reímos durante unos instantes, pero después entendemos que tengo que despedirme de ella.

—Ten cuidado por esos senderos, Sally. Espero que te hayan puesto un compañero preparado y conocedor del terreno.

—Es bastante bueno y más amable que el anterior. —Ríe—. Cuídate, Logan —me dice como despedida—, por favor.

—Adiós, Sally.

Mierda, no sabía que me iba a sentir tan nostálgico. El maldito abogado llevaba razón cuando me

dijo que lo mejor era no tener mucho contacto con mi otra vida o podría liarme y tener un buen cacao mental.

Le doy una última calada al pitillo, lo apago en el grifo del lavabo, lo envuelvo en papel higiénico y lo lanzo al retrete antes de tirar de la cadena. Me dirijo a un rincón de la habitación, donde se encuentra una butaca que aún sostiene la pequeña mochila que traje con unas pocas cosas, pues se supone que ya dispongo de todo aquí. La abro y deslizo la mano en un pequeño bolsillo interior, de donde obtengo una pequeña cajita. De ella extraigo el único objeto que he podido traerme de mi vida anterior.

Tuerzo el gesto al recordar la discusión con Edmund.

—¿Qué es eso? —me preguntó.

—Un anillo.

—¡Ya veo que es un anillo! —profirió—. ¡Me refiero a qué piensas hacer con él!

—Llévámelo —contesté—. Deja que tenga algo que me recuerde quién soy. Este anillo se lo regaló mi padre a mi madre cuando yo nací y ella siempre me decía que por eso era de los tres, aunque por su medida sólo pudiera llevarlo ella...; algo que casi nunca hacía debido a su profesión, pues no podían lucir adornos que pudieran engancharse y ser un peligro.

—No puedes ponerte eso —insistió—. Dylan nunca llevaba ningún tipo de joya.

—¡Coño, Edmund! —exploté—. ¡Me he dejado cambiar el aspecto y mi forma de moverme o pensar! ¡Hasta he permitido que tatuéis mi cuerpo! ¡Deja que invente algo si alguien me pregunta, hostia! ¡Sólo es un puto anillo!

Al final, decido devolverlo a su caja, pero mañana me lo colocaré en el dedo meñique, que es el único donde me cabe. Al diablo con Edmund.

En fin, ahora sí, será mejor que me tumbe en la cama, vuelva a pensar como Dylan y planeo algunos movimientos para mañana, que, por cierto, serán algo diferentes a los de hoy. Tanta sonrisita y cordialidad acabarían por trastornarme. O pongo un poco de Logan en este asunto o voy directo al manicomio.

# Capítulo 9

## *Cheryl*

El espejo me confirma lo mal que he dormido. He tenido que recurrir al maquillaje y al corrector de ojeras para poder tener una apariencia decente y disimular el rastro de los extraños sueños convulsos que me han mantenido despierta gran parte de la noche.

¿A qué habrá venido soñar con Dylan a estas alturas?

Todavía recuerdo con furia y vergüenza las noches que pasé soñando con él, durante años. Por aquel entonces me sentía furiosa, porque él, a cambio, no se dignara ni mirarme, y avergonzada, porque comencé por tener sueños románticos de adolescente y acabé por tenerlos eróticos, muy eróticos.

Como esta misma noche.

Después de la ducha y la restauración de mi cara, sigo el ritual diario de elegir la ropa que voy a llevar. No sé por qué, le doy más vueltas que de costumbre y comienzo a descartar los sobrios trajes de chaqueta que visto normalmente. Coloco delante de mí algunos vestidos bonitos que tengo y que apenas me pongo, pero, al final, emito un bufido y decido recurrir al socorrido traje sastre con camisa blanca que me otorga la seriedad que me exige la pertenencia a esta familia.

Aún me estoy cepillando el pelo cuando aparece Adeline después de dar unos toques en la puerta. Mi vista se dirige a sus manos vacías, pues, hoy más que nunca, esperaba el primer café del día que me ayuda a funcionar.

—Buenos días, mi niña —me saluda con evidente mal humor.

—Buenos días, Adeline. ¿Qué ocurre? —le pregunto—. ¿Y mi café?

—No lo traigo porque tu marido me ha abordado en la puerta de la cocina. Me ha exigido que haga dos cafés y se los lleve a su despacho antes de comunicarme que te espera.

—¿Qué me estás contando? —me indigno, con rabia—. ¿Esperarme? ¿A mí?

—He estado a punto de decirle que se haga él su café con la punta del pijo, que yo sólo te lo sirvo a ti, pero me ha lanzado una mirada... Parece que ha cambiado su sonrisita de guaperas por la mala hostia de cretino, y no sé cuál odio más.

—Tranquila, Adeline, has hecho bien en obedecerlo. —Abro con fuerza la puerta de mi habitación y me dirijo a la escalera para bajarla a toda prisa—. Es a mí a quien tiene que escuchar decirle un par de cosas.

Cuando llego a la puerta de su despacho, abro y entro en tromba, sin molestarme en llamar.

—¿Se puede saber de qué coño vas? ¿Te crees que, porque vengas de desintoxicarte de tus mierdas, puedes llegar aquí y cambiar mi vida?

—Buenos días, Cheryl —me saluda con un punto de ira—. Creía que en esta casa seguiría manteniéndose la costumbre de llamar a la puerta antes de entrar.

—Y yo pensaba que podría seguir con el único gusto que me permito en esta casa, que es tomarme mi primer café de la mañana en mi habitación, sola.

Me había convencido de que el impacto que recibí ayer al verlo se debía al tiempo que hacía que no lo tenía tan cerca, pero, joder, me ha vuelto a pasar lo mismo y me cabrea muchísimo que me

sucedá esto.

Lo he encontrado removiendo su café con una cucharilla, pero ha parado el movimiento al verme entrar, ha tomado la taza entre sus dedos y se ha dejado caer en el filo de la mesa para pegar el primer trago, en una pose que permite contemplarlo en todo su esplendor. Viste uno de sus carísimos trajes, de color oscuro, sin faltarle detalle, como un par de gemelos de oro a juego con el alfiler de corbata que lleva prendido. Lleva el cabello mejor peinado que ayer, aunque le sigue cayendo un rebelde mechón por la frente. La piel de sus mejillas aparece recién afeitada y fresca, por lo que puedo advertir que su rostro presenta algo más de color que de costumbre. Me parece llamativo que estuviera más pálido antes de ingresar en la clínica que ahora, aunque puede que sea cierto y haya optado por una vida más sana..., algo que a mí me importa una puta mierda.

—Puedes tomar tu café en mi compañía —me dice al señalar mi taza sobre la bandeja—, si no te parece que sea algo demasiado insoportable de aguantar.

—Me gusta tomarlo sola —insisto, aún cabreada—. Nunca te has molestado en ofrecerme tu *preciada* compañía y a estas alturas no me interesa un ápice.

—Tenía que comentar algo contigo —replica, tan tranquilo. Suelta la taza y observo su negro contenido. Me choca, pues todavía recuerdo que siempre ha detestado el café solo y suele exigir un chorro de leche y gran cantidad de azúcar. Deben de haber cambiado sus gustos—, y había pensado hacerlo en un ambiente de cordialidad.

—No tengo nada de que hablar contigo, Dylan, y tu cordialidad te la puedes meter donde te quepa.

—Como quieras —contesta—, pero aun así me vas a escuchar. Me he enterado de que mi madre suele irse con el chófer a la oficina y que tú lo haces después en taxi.

—Llevamos siglos así —le aclaro con mordacidad—. Está claro que llevas demasiado tiempo sin aparecer por la casa porque te encuentras muy cómodo en tu apartamento.

—Pues eso va a cambiar. Mi madre está a punto de bajar, así que nos iremos los tres al trabajo con el chófer.

—No, gracias —rechazo con desdén—. No necesito que ahora te preocupes por mi comodidad. Además, me gusta ir sola.

—Como has dicho antes, llevo mucho tiempo sin aparecer por la casa, pero eso también va a cambiar. Voy a vivir aquí de forma más continuada.

—Pues que te aproveche —le suelto—. Pero, en lo que se refiere a mi vida, nada va a cambiar.

—¿Tan incómodo te resultaría ir al trabajo con nosotros?

—Pues, ya que lo preguntas, sí, me resultaría un enorme fastidio. Me hacéis sentir tan apartada que prefiero ir sola. Tu madre y tú no me tenéis en cuenta para nada, así que deja de comportarte como un marido preocupado a estas alturas. —Me doy la vuelta y me dirijo hacia la puerta para poder salir. Estoy muy enfadada por haberme expuesto tanto y hacerle saber a Dylan lo mal que me hacen sentir. Jamás lo había hecho delante de él.

—Sólo quiero que sepas que algunas cosas serán diferentes de ahora en adelante —insiste.

—¿Como tú mismo? —Vuelvo a girarme para hacerle la pregunta y me cruzo de brazos.

—¿A qué te refieres?

—Por ejemplo, nunca has soportado el café tan negro —le explico—, jamás te has preocupado por saber con quién voy a la oficina y, para colmo, me informas de tu estancia permanente en esta casa cuando llevas años en los que sólo apareces en contadas ocasiones.

Se separa de la mesa y me parece detectar cierta inquietud en él.

—Eso intento decirte, Cheryl. Quiero cambiar algunas cosas, porque yo he cambiado.

—Pues me alegro por ti, Dylan, de verdad —le digo más calmada—, pero no puedes presentarte aquí el primer día e intentar arrastrarme a mí a tu nueva vida. Ya no nos une nada a ti y a mí.

—¿Ni siquiera podemos ser amigos?

—No, Dylan. Nunca lo hemos sido.

—Eso también podría cambiar.

¡Otra vez! De nuevo se acerca, me mira, me traspasa con el rayo de su mirada y provoca que me flaqueen las piernas y se me acelere el corazón. Y no tiene ni idea de lo rabiosa que me pone que me pase esto.

¡Se suponía que hacía siglos que no me afectaba!

—¿Qué quieres de mí, Dylan?

—Tu ayuda.

—¿Mi ayuda? —le pregunto, sorprendida—. ¿Para qué?

—Para recuperar mi vida. No voy a poder hacerlo solo.

Mierda, ya vuelve a ponerme nerviosa su cercanía. Sus ojos oscuros se clavan en los míos y me piden ayuda sincera, como nunca antes había hecho. Y yo... pues me quedo sin argumentos ni réplicas ácidas. Dylan me está pidiendo que le eche una mano y sé de antemano que no voy a poder negarme..., aunque se lo ponga un poco difícil.

—¿Y no puedes pedirle ayuda a Brenda, a Ashley, a Susie, a Holly o a alguna de tus amantes?

—¿Llevas la cuenta de ellas? —suelta mordaz.

—Nunca te has molestado en ser discreto. —Ahora sí, al pensar en sus líos y sus orgías, mejor me voy antes de que le dé un puñetazo y me arrepienta de ofrecerle mi colaboración.

—¿Cuento contigo, entonces? —insiste.

—Si tan empeñado estás en ese cambio de vida que yo no creo que te dure ni un mes...

—Mujer de poca fe. —Tuerce su bonita boca en una mueca un tanto extraña, mitad sonrisa y mitad vergüenza, que ha vuelto a conseguir ponerme cardíaca perdida—. Es tarde —comenta, mirando su reloj—, tenemos que ir al trabajo, pero esta noche seguiremos hablando mientras cenamos.

—Nunca cenas aquí y yo lo hago con Adeline.

—Pues esta noche lo harás conmigo —me indica, decidido—. Ya te diré la hora, cuando compruebe mi apretada agenda del día —añade, como si no tuviese claro que se olvidará de mí, de la cena y de todos sus buenos deseos.

Al pensar en ello, la furia me invade y me pongo de tan mal humor que empiezo a no soportar el intenso olor que desprende su perfume.

—Si tantos cambios piensas llevar a cabo —le digo con la mano ya en el pomo de la puerta—, podrías empezar por cambiar esa horrible colonia que usas.

—¿No te gusta? —pregunta, elevando una de sus cejas.

—Me asquea —afirmo, aunque parezca cruel—. Es tan fuerte que me marea y me produce arcadas.

—¿Y por qué no me lo habías dicho antes?

—¿Y desde cuándo te interesa lo que yo piense?

—Dejémoslo —bufa—. Cambiaré la marca de la colonia, pero no tengo ni idea de esos temas. ¿Podrías elegirla y comprarla tú?

—¿Yo? —exclamo—. Tú eres un experto en perfumes, a pesar de tu pésimo gusto. O, si no,

pídeselo a alguna de tus amiguitas. —Salgo al pasillo y me topo de frente con mi suegra, por lo que doy por zanjada la surrealista conversación con Dylan—. Buenos días, Maura.

—Buenos días, Cheryl —responde mientras dirige la vista a su hijo—. ¿Nos vamos, Dylan? Se hace tarde.

—Ahora mismo, mamá, pero ya le he dicho a Cheryl que viene con nosotros. Es más, iremos juntos cada mañana.

Joder, la cara de Maura es un poema. Me ha mirado como si fuera un insecto y después a su hijo, aunque éste le ha devuelto una mirada con la que parece preguntarle: «¿Algún problema?».

—Está bien —claudica—. Si ése es tu deseo...

Una vez en el coche, sentada en la parte de atrás junto a Maura, decido que, diga lo que diga Dylan, paso de ir con ellos al trabajo cada día. En un taxi voy más tranquila y nadie me hace sentir que sobro..., aunque tampoco voy a preocuparme. Mañana mismo seguro que también se habrá olvidado del tema y, en cuanto me dé la vuelta, ya se habrá largado con su madre o, sencillamente, habrá vuelto a su apartamento de diseño.

El chófer accede esta vez al edificio desde el aparcamiento del sótano para eludir a la prensa. Subimos después en el ascensor y me despido de madre e hijo cuando paramos en mi planta. Una vez atravieso la recepción, donde Julie está atendiendo el teléfono, entro en mi despacho y me dejo caer en la silla con un bufido como nunca he emitido en mi vida. En cero coma un segundos, tengo a tres de mis cuatro amigos alrededor de la mesa.

—¡Cheryl, cariño! —grita Oliver el primero—. ¿Cómo estás? ¿Has venido con el impresentable de tu marido?

—Qué puntual has sido hoy —me burlo al ver aparecer a mi amigo tan temprano en el trabajo, cosa que no sucedía desde la boda del príncipe Harry y Meghan Markle. En esa ocasión estaba tan emocionado por la que, según él, había sido la boda más romántica del siglo, que apenas pudo dormir por las ganas de llegar y comentarla con nosotros.

—Por nada del mundo me perdería ser el primero en conocer tus impresiones sin intermediarios de por medio.

No puedo reprimir la risa al contemplarlo frotándose las manos por tener delante a la protagonista de la noticia. ¡Qué le vamos a hacer si le encanta el cotilleo!

—¿Y qué quieres que te cuente, la pobre? —Es el turno de Valerie—. Nada va a cambiar porque el cabroncete de Dylan haya pasado unas vacaciones en una clínica para ricos.

—Yo acabo de verlo —interviene Julie—, durante un momento, antes de que se cerraran las puertas del ascensor cuando subía contigo —me aclara—. La verdad, ese centro le ha sentado de fábula, porque está más guapo que nunca.

—¿En serio? —exclama Oliver. Los ojos le brillan y se muerde las uñas. Creo que me parece ver un hilillo de baba en la comisura de su boca—. Oh, por favor, qué ganas de verlo.

—¿A ese hijo de puta? —le pregunta Valerie.

—Será un hijo de puta —se defiende nuestro amigo—, lo odio y ojalá pille una sífilis mortal, pero no podéis negar que siempre ha tenido un polvazo.

—Pues ahora aún más. —Julie es una romántica y únicamente ha visto siempre en Dylan a un hombre guapo, encantador y bien vestido—. Me ha mirado durante un segundo, me ha guiñado un ojo y... creo que se me ha parado el corazón durante ese tiempo.

—Joder —gruñe Valerie—, no entiendo qué le veis. Yo no veo más que a un tipo pijo e inmaduro,



un cretino que se cree más que nadie por tener dinero... Vamos, un gilipollas cubierto de seda y trajes a medida.

—Que sí, que sí —replica Oliver con exasperación—, lo sabemos, pero queremos saber por qué Cheryl ha venido con él esta mañana... y con su horrible suegra. —Arruga la nariz de una forma que siempre hace cuando habla de Maura.

—¿Queréis dejar de avasallar a la pobre Cheryl? —Liam aparece para apaciguar la marea que me asalta trayendo vasos con café—. La estáis atosigando más que si hubiésemos dejado entrar a la prensa en la oficina, joder.

—No pasa nada, Liam —lo calmo—. Sólo os puedo decir que sí, esta mañana he venido con Dylan y con Maura, porque mi guapo marido ha tenido demasiado tiempo para pensar en esa clínica y viene cargado de buenos deseos y mejores intenciones. Pero creo, y seguro que vosotros también, que no le durará un suspiro y que, como la cabra siempre tira al monte, no tardará nada en olvidarse de esas intenciones.

—Le doy un mes —comenta Oliver—. Cuando pase ese período, volverá a retomar sus viejas costumbres de ligón empedernido y lo veremos olisqueando bragas por ahí.

—Yo no le doy ni una semana —refunfuña Liam—. Lo siento, Cheryl, pero unos meses de abstinencia no van a cambiar a ese tipo.

—Tranquilo —le digo—, pienso como tú.

—Qué poca confianza, pobrecillo —interviene Julie—. Habéis olvidado que sufrió un accidente de coche y que habrá sabido que una de las chicas que iban con él ha muerto por su culpa... ¿Por qué no pensar que puede haber cambiado?

—No ha cambiado, Julie —insiste Valerie—, ni lo hará; ni durante un mes, una semana o un solo día. En cuanto vea una falda, se lanzará a por ella, a no ser que sea la dueña de la falda la que se le tire a la bragueta... y él, encantado. Posee dinero, belleza y una cara muy dura, una perfecta mezcla para seguir siendo un capullo egoísta y un cabrón putero.

—Tienes toda la razón —coincido con mi amiga, aunque en el fondo me cause tristeza pensarlo.

Su sorpresa al verme aparecer ayer en aquella casa, su deseo de que vengamos juntos por las mañanas al trabajo o su petición de ayuda me han hecho considerar durante algunos instantes que ese cambio sería posible y me apena reconocer que no va a ser así.

\*\*\*

He tenido que dar un par de fuertes palmadas para dar por zanjada la conversación sobre Dylan y que cada uno se vaya a su puesto.

Gracias al trabajo y a que me gusta lo que hago, he sido la primera en olvidar la inquietud que siento recientemente cada vez que pienso en mi futuro exmarido. Ahora mismo, llevamos ya varias horas en la sala central, debatiendo alrededor de unos planos de unas viviendas sociales que ayudaríamos a financiar. A pesar de lo concentrados que estamos en el tema y la conversación, soy consciente de una presencia a mi espalda que me pone de punta el vello de la nuca. Alguien acaba de entrar en el departamento y le está preguntando por mí a Julie.

—Buenos días, señor Haynes —oigo decir a mi amiga, bastante nerviosa—. Cheryl está ahí mismo, junto a los planos y maquetas que nos proporcionó la Fundación Robert Haynes.

—Gracias, Julie.

No cambio mi postura, pero me mantengo tensa mientras observo las caras de sorpresa de mis amigos.

—¿Qué coño hace éste aquí? —susurra Valerie.

—El mismísimo Dylan Haynes acaba de entrar en nuestro triste departamento, chicas. —Oliver está tan alucinado que no deja de agitar sus largas pestañas.

—Joder —interviene Liam—, no recuerdo haberlo visto jamás por esta planta.

—Buenos días —saluda de forma general—. Hola, Cheryl —oigo a mi espalda—. ¿Tienes un minuto?

Me incorporo, me giro y me coloco frente a él con desgana. Por supuesto, ya empiezo a acostumbrarme a fingir que su imponente presencia no me produce ni la más leve impresión... No me hace temblar las piernas, no me acelera el corazón ni provoca una especie de vacío en mi estómago. Nada de nada.

—¿Qué haces aquí, Dylan? ¿Te has dignado pisar la zona pobre del edificio?

—Si fueras tan amable de acompañarme a tu despacho —contesta con evidente furia—, te lo explicaría.

—¿Se trata de algo laboral o personal? —le pregunto, ignorando su petición.

—Un poco de cada —gruñe.

—Pues no tengo secretos para mis amigos.

Dicho esto, me cruzo de brazos y levanto la barbilla, esperando lo que tenga que decirme. Mis amigos parecen contemplar el último minuto de un partido en el que el equipo local acaba de empatar.

—Está bien —bufa—. Esta tarde te espero en el vestíbulo a las siete.

—¿Para qué? —inquiero con sequedad.

Se acerca a mí, ignorando ya el lugar y el público, y se coloca tan cerca que he de levantar la cara para mirarlo.

—Para ir a cenar —responde con una sonrisilla traviesa que produce aleteos dentro de mi vientre. Ni su cargante perfume es capaz de hacerme sentir menos fascinada.

—No creo que pueda —le respondo—. Tengo planes.

—Pues los anulas. Te he avisado a primera hora de la mañana.

—No me da la gana de anular nada. No voy a ir contigo.

—Sí que vendrás —insiste—. Es muy importante. Ya te he dicho que es personal y laboral.

—Me importa un...

—A las siete, Cheryl —me interrumpe.

Hace un gesto con la cabeza con el que se despide de mis compañeros y compone un giro perfecto antes de marcharse y pasar por delante de Julie, que lo mira embobada mientras desaparece del departamento.

—¿Qué coño acaba de pasar? —dice Valerie.

—Que el cabrón de Haynes —responde Liam— acaba de presentarse aquí como un maldito soberano. Sólo ha faltado que nos arrodillemos en su presencia.

—Yo sí que me arrodillaría ante él —murmura Oliver, todavía embelesado—, pero no para hacerle una reverencia, precisamente.

—Dios, Oliver —exclama Valerie—, cállate. Has hecho que te imagine chupándosela, ¡qué puto asco!

—Pero qué asco más alucinante —contesta Oliver de forma traviesa.

—¡Y tú, Julie, guapa! —grita Valerie de nuevo—. ¡Haz el favor de limpiar tus babas del mostrador!

—¡Os lo dije! —replica la aludida—. Antes era encantador, pero ahora, además, tiene un poderío... ¿A que está más guapo que nunca?

—Más guapo —contesta Oliver—, más macizo, más viril, más follable...

—¿Tú no tienes novio? —le pregunta Valerie con fastidio.

—Sí, pero la imaginación es libre, bonita.

—La forma en la que te ha hablado... —me dice de pronto Liam—. He tenido que morderme la lengua para no soltarle que se fuera a su maldito paraíso y nos dejara en paz.

Y mientras todos ellos debaten sus impresiones sobre la visita inesperada del presidente de la corporación, accionista y dueño del edificio en el que estamos trabajando, yo sólo puedo pensar en la expectación que me produce pensar que hoy iré a cenar con él. Lo sé, una gilipollez. Incluso todavía da tiempo a que se olvide o le surja una cita con una guapa modelo..., pero algo me dice que no, que esta vez cumplirá su palabra.

# Capítulo 10

## *Dylan*

Arreglado. No podía seguir más tiempo aguantando visitas, llamadas y reuniones sin solventar el tema pendiente con Cheryl. Ahora, ya puedo volver a concentrarme y seguir con los asuntos laborales. De momento, todo han sido apretones de manos, buenos deseos para mi pronta recuperación y sonrisas aparentemente sinceras. Al menos, nadie ha dado muestras de recelar y todo el mundo parece tener claro que Dylan Haynes ha vuelto.

Las puertas del ascensor se abren de nuevo en la planta cuarenta y camino con aplomo por entre los empleados. Se me acerca uno de los directivos, un tal Derek, quien, según la información que me facilitaron, tiene mi confianza.

—Te veo bien, Dylan —me saluda con un apretón de manos.

—Gracias, Derek. Ya he tenido la oportunidad de revisar algunos de tus números y tu buena mano con la gestión de nuestras empresas de carburantes. Te felicito.

—Gracias, Dylan. Cuando quieras, quedamos, tomamos una copa y me cuentas si has retomado tu agenda de contactos... Tú ya me entiendes. —Me guiña un ojo y yo levanto una ceja.

—¿Tú no tenías mujer y un hijo pequeño? —inquiero.

—Eh... sí, pero...

—Tú haz lo que quieras —le corto—. Yo, de momento, voy a llevar una vida más tranquila —le comunico con seriedad—, pero gracias por tu interés.

El tipo parece haberse quedado bastante sorprendido por mis respuestas, pero me la pela. Debe pensar que acabo de salir de una clínica para superar mis adicciones para volver a emborracharme a la primera de cambio.

—Dylan, por favor. —Oigo a mi espalda la voz de mi abogado—. Necesito hablar contigo. Es urgente.

—Voy, Edmund. —Obedezco y accedo al que es mi despacho desde esta misma mañana. Me siento en el filo de la mesa y él se queda frente a mí—. ¿Va todo bien? —le pregunto.

—Sí, sí, laboralmente va todo genial —contesta—. Ha aumentado la confianza de los accionistas al ver que has regresado en buenas condiciones y hoy mismo se ha dado carta blanca a varias inversiones. Las acciones también han comenzado a subir.

—Vaya, pues de puta madre, ¿no? —contesto complacido—. Ése era vuestro objetivo al contratarme, supongo.

—Por supuesto. Pero, cambiando de tema, ¿qué hablabas con Derek Mathews?

—Nada importante —contesto—. Lo felicitaba por su gestión en mi ausencia. Recuerdo que era alguien de mi confianza. ¿Por?

—Por nada..., pero no te fies mucho de él.

—¿En qué sentido?

—En ninguno.

—Edmund... —insisto, mosqueado—, sabes algo y no me lo estás contando.

—Tú procura mantener únicamente una relación laboral con él y punto. Por cierto, si me he

reunido contigo es por otro tema. ¿Has bajado a hablar con Cheryl?

—¿Me has puesto un dispositivo de seguimiento? —ironizo—. Sí, he bajado a su departamento, que, de verdad, me ha parecido una pasada. La he invitado a cenar esta noche.

—De algo así quería hablarte —prosigue—. Se trata de la, digamos, extraña relación que mantienes con tu mujer.

—Ve al grano, Edmund.

—Maura y yo hablamos y llegamos a la conclusión de que nos favorecería a todos que te mostraras amable con Cheryl, puesto que, si permanece a tu lado, tu adaptación te resultará más fácil.

—Eso es lo que estoy intentando, incluso le he pedido que me eche una mano, pero esa mujer no me lo pone nada fácil —gruño—. Está claro que Dylan era bastante cabrón con ella y me va a costar trabajo que me permita acercarme.

—Pedirle ayuda es una buena estrategia —añade—. Ella se ablandará, porque es una buena chica, a pesar del rencor que te profesa.

—En ello estoy —suspiro—. Espero que cenemos hoy juntos y comencemos a ser amigos, al menos.

—Pero no demasiado —me suelta.

—Joder, Edmund —me quejo—, me dices las cosas con cuentagotas. ¿A qué demonios te refieres con eso?

—Que está bien que os llevéis mejor, pero sólo por ahora. Llegado el momento, la cuestión de vuestra separación tiene que seguir adelante. No pretendemos una reconciliación, puesto que más tarde ella ha de seguir pensando en divorciarse de ti.

—Entiendo —contesto—. Únicamente queréis un buen rollo pasajero, pero luego pretendéis sacárosla de encima.

—Suená mal, pero has acertado. Según el acuerdo de divorcio que pienso preparar, Cheryl se irá con una mano atrás y otra delante... Sin embargo, si siguiera casada con Dylan, en el momento de su inminente fallecimiento, ella pasaría a ser su viuda y por tanto tendría derecho a una abultada compensación.

—Me parece una gran putada por vuestra parte —protesto.

—Si no hubiese ocurrido el accidente —me explica—, seguramente la habríamos convencido de permanecer casada, ya que un divorcio nunca es bueno para la imagen de la familia. No obstante, la muerte de Dylan será un hecho irremediable y eso cambia mucho las cosas.

—Sigo pensando que os estáis pasando tres pueblos con ella.

—A ti no debe importarte un carajo —me suelta—. Limitate a hacer tu trabajo y déjanos los problemas familiares a nosotros.

Qué asco acabo de sentir. Esta gentuza, ricachones de los cojones, creen que son Dios y que pueden manipular a su antojo a las personas. Pienso en Cheryl, en su mirada enigmática y profunda, en su derecho a rehacer una vida que le arrebataron, y se me llevan los demonios. Aun así, el maldito abogado tiene razón en cuanto a que no deberían importarme una mierda estos rollos familiares. Seré un Dylan Haynes perfecto, cobraré mi pasta y desapareceré de sus vidas para siempre.

—No te preocupes —le digo—. Como ya te he explicado, hoy cenaré con Cheryl e intentaré llevarme bien con ella, nada más.

—De acuerdo —sentencia—. Me parece perfecto. Además, dentro de pocos días tendrá lugar la fiesta que celebramos cada año para conmemorar el aniversario de la fundación que lleva el nombre

de «tu padre» y nos vendrá de perlas que os llevéis bien.

—¿Una fiesta? —planteo, sorprendido.

—Exacto. Esa fiesta es de las pocas ocasiones en las que tú y Cheryl aparecéis juntos en público. Sin duda, será el lugar ideal para que la alta sociedad neoyorquina compruebe con sus propios ojos que estás estupendamente.

—No me gustan las fiestas —gruño.

—Pues a Dylan le encantaban —me aclara tras darme una palmada en la espalda—, así que espabila y sigue ensayando sonrisas y saludos frente al espejo.

—Genial —rezongo.

\*\*\*

Como he podido comprobar en mi reloj, ya son las siete, y todavía me tienen enredado en la sala de reuniones. Si bien es Edmund quien va adelantando propuestas, yo debo corroborar sus palabras, firmar documentos... Aunque, ahora que lo pienso: se supone que soy Dylan Haynes, el jefe de esta corporación, el presidente, el que puede decidir largarse de aquí si le sale de los huevos...

—Señores —los informo mientras me levanto de mi silla—, lamento dejarlos, pero tengo una cita. Si me disculpan... —Miro a Edmund y asiente con la cabeza. Sabe que él es quien debe seguir en la reunión, lo mismo que está al tanto de mi cita con Cheryl—. El señor Sanders se ocupará de continuar en mi lugar.

—Por supuesto, señor Haynes —responde Edmund—. Váyase tranquilo.

Por lo visto, todo el mundo está al tanto de las correrías de su presidente y a nadie le ha extrañado mi petición.

Cuando llego al vestíbulo, ya son las siete y diez. ¡Maldición! Espero que Cheryl haya tenido la paciencia de esperarme, o tendré que empezar a ganármela de otras maneras que ninguno de estos millonets entendería.

# Capítulo 11

## *Cheryl*

Sin poder evitarlo, desvío por enésima vez la vista hacia el reloj digital situado sobre la mesa de mi despacho. Faltan diez minutos para las siete y, de nuevo, me sube una especie de burbujeo desde el estómago al pecho, pensando en mi cita con Dylan.

Lo sé, parezco una adolescente esperando su encuentro con el chico popular del instituto, pero no puedo remediarlo.

Con tranquilidad pero sin pausa, apago el ordenador, guardo mis cosas en los cajones de la mesa y me voy directa al baño. Cojo mi neceser y saco un par de brochas para darme unos leves toques en los párpados y las mejillas. Unas gotas de perfume y...

—Oh, por el amor de Dios.

La exclamación de Valerie hace que dé un respingo y se me caiga de las manos el pincel del *gloss* de labios, que ha dejado salpicaduras de color rojo por todo el espejo.

—¿Qué pasa? —pregunto con irritación.

—Te estás arreglando para tu marido.

Pone los ojos en blanco y cruza los brazos en una actitud claramente irritante.

—Voy a cenar a un buen restaurante. —Sé que va a ser así porque Dylan siempre se mueve en los ambientes más sofisticados—. Por eso me retoco un poco.

—Di que sí —interviene Julie. Está claro que ha llegado el final de la jornada y nos estamos reuniendo todos en el baño, incluido Oliver, que ha cogido el cepillo para pasármelo por el pelo—, aunque sea sólo porque vas a salir.

—Estás divina, cariño —señala mi amigo mientras me peina—, pero ni se te ocurra caer en las redes de ese *follatodo*.

—¿*Follatodo*? —preguntamos a coro.

—Está más que claro —nos dice—. Ese golfo se lo folla todo, desde crías en una discoteca a señoras casadas en un cóctel, aunque sus favoritas sean las modelos polioperadas. Y tú puedes ser su próxima víctima.

—¡Oh, por favor! —grito exasperada mientras le arrebató a Oliver el cepillo de las manos—. ¿Os estáis oyendo? Parece mentira que no me conozcáis, joder. Ya os he contado que voy a darle a Dylan un tiempo para adaptarse a su nueva vida, pero Sanders ya puede estar redactando la demanda de divorcio o la redactaré yo misma, que para eso soy abogada. ¿Alguna pregunta más?

—Sí —salta Oliver—. ¿Llevas condones en el bolso?

—Que te den, capullo —replico mientras salgo del baño entre las risas de los demás.

—No te enfades, mi reina. Sólo te prevengo de los hombres machos y viriles como tu marido.

—Lleva años sin apenas hablarme —rezongo al tiempo que pillo mi bolso—. Dudo bastante que intente algo más.

—Pues por eso mismo —responde Valerie—. No estás acostumbrada a su supuesto *sex appeal*. Algo que, por supuesto, yo no veo por ninguna parte.

—Podría ser una trampa. —De pronto, de la nada, surge Liam. El que faltaba, la voz de la

prudencia y la sensatez.

—Tal vez lo sea —le digo con ironía—. Puede que pretenda llevarme a la cama a estas alturas para hacer una nueva muesca en su cabecero y después abandonarme. ¡Qué miedo!

—Lo digo en serio, Cheryl —persevera mi amigo—. ¿No os parece un poco raro que, justo cuando se cumplen los cinco años del matrimonio, él tenga un accidente y te pida ayuda para llevaros mejor?

—Oh, claro —insisto en la ironía—... Quizá, que una de sus amantes haya muerto, otra esté grave, Maura pase por el trance de una rueda de prensa y la corporación haya entrado en receso, sea sólo para joderme a mí. —Emito un bufido—. Adiós, chicos, me voy a cenar con mi futuro exmarido... y, tranquilos, llevo un espray de pimienta en el bolso.

Por descontado, cuando salgo del departamento, Oliver y Julie siguen mis pasos. Al menos, la parejita de *follamigos* ha decidido otorgarme algo de privacidad.

—¿Qué hacéis aquí? —les pregunto en el interior del ascensor.

—Cuidar de ti —responde Oliver.

—Veros juntos —dice Julie entre suspiros.

—Madre mía... —murmuro cuando se abren las puertas y accedemos al vestíbulo.

Me voy derecha a la puerta de entrada, aunque permanezco en el interior del edificio. A estas horas, docenas de personas van y vienen, suben y bajan, y me veo rodeada de altos ejecutivos y ejecutivas con trajes y maletines que dan por terminada su jornada laboral. Le echo un vistazo a mi reloj. Ya son las siete y cinco, pero Dylan, obseso de la puntualidad, no ha aparecido todavía.

—Os lo dije, chicos —les anuncio a mis amigos, apostados a mi espalda, camuflados tras una gran planta del atrezo del vestíbulo—. Sabía que no vendría.

—Yo que tenía la ilusión de veros salir juntos... —se lamenta Julie.

—Malnacido —gruñe Oliver—. Será mejor que nos vayamos —añade—. ¿Te vienes con nosotros?

—No, gracias —suspiro—. Tengo que hacer una llamada y aprovecharé ahora, así me despejo un poco de la mala hostia. Hasta mañana, y gracias por vuestra compañía.

—¡No hay de qué! —gritan mientras desaparecen por la gran puerta acristalada.

Mentira, no tengo que hacer ninguna llamada, ni habría forma posible ahora mismo de despejarme de la furia que me quema por dentro. Y no es que esté enfadada con Dylan, sino conmigo misma, por haber pensado que él podría necesitarme, cuando él sólo necesita cualquier pretexto para largarse de fiesta. Seguro que esta tarde se ha cruzado con cualquier empleada que lo ha sobado un poco y ya deben de estar echando un polvo en su exclusivo apartamento.

No se puede ser más tonta.

Tras realizar un par de inspiraciones, salgo a la calle y me voy en busca del portero del edificio para que me llame un taxi.

—Enseguida, señora Haynes.

Un minuto después, el hombre me señala el vehículo apostado junto a la acera y le agradezco su ayuda.

—Un placer, señora Haynes.

Más vale que deje de acostumbrarme a tanto peloteo. Muy pronto volveré a ser Cheryl Harper y se habrán acabado las reverencias. Presiento el divorcio de forma inminente.

Me introduzco en el interior del taxi y, antes de cerrar la puerta, una fuerte mano me impide el



movimiento.

—¡Espera, Cheryl! —Dylan ha aparecido corriendo y se sienta junto a mí sin esperar mi aprobación. Llega con las mejillas arreboladas, el flequillo más despeinado de la cuenta y la respiración acelerada—. Perdona el retraso. Es mi primer día y tengo mucho trabajo acumulado. — Se dirige al taxista—. Al 195 de la calle Broadway, por favor.

—Ya, trabajo... —El vehículo ya se ha puesto en marcha y yo intento ignorar la rabia que me invade al verlo aparecer con el aspecto que suele dejar un revolcón rápido.

—¿Qué sucede, Cheryl? Ya te he dicho que lo siento.

—No hace falta que te disculpes, Dylan. Por mí, como si vienes de follarte a todas las secretarias de la planta veinte.

Dylan, de pronto, clava sus ojos en mí, tan intensamente que creo que siento el pinchazo en cada una de mis córneas. A continuación, emite una orden al taxista.

—Pare el coche ahora mismo.

—Pero señor...

—¡He dicho que pare el coche!

El pobre hombre obedece y se detiene en medio de Park Avenue y de todo un coro de pitidos de coches e insultos varios de conductores cabreados.

—¿Qué haces?! —exclamo.

—¿Crees que te estoy mintiendo? —me pregunta—. Porque, si es así, no reanudaremos la marcha hasta que me creas.

—¡Por favor, Dylan! ¡Ni que fuera algo tan descabellado! ¿Acaso no recuerdas la fiesta de la fundación del año pasado?

Me mira con asombro y con duda.

—Ahora resulta que se te ha olvidado —ironizo—. No te preocupes, ya te recuerdo yo que, a la hora de ofrecer nuestro baile, tú habías desaparecido. ¡Hasta que te encontré en uno de los baños, tirándote a la mujer de uno de los mayores accionistas!

—Lo siento de veras, Cheryl —se lamenta, pasados unos segundos sin decir nada. Sólo me mira y consigue que una pequeña mariposa, una muy pequeña, emita unos imperceptibles aleteos en mi vientre. Porque jamás me había mirado así, de una forma tan directa, tanto que me siento desnuda y expuesta—. Sólo puedo decirte que ya no soy aquel hombre..., que él quedó tirado en mitad de una carretera y se puede decir que murió.

Nunca había visto así a Dylan. Me ha hecho sentir una conmoción difícil de explicar, como tampoco puedo explicar que sea capaz de creerlo.

—Si te digo que vengo de trabajar —insiste—, es porque es verdad.

Coloca su mano sobre la mía y percibo la calidez de su palma. Por instinto, cierro mis dedos alrededor de los suyos y siento la fuerza interior que me transmite. Algo insólito, pues Dylan jamás ha tenido de eso. No era más que un envoltorio atractivo sin un ápice de honestidad.

—Está bien —contesto—. Te creo... de momento.

Sin más demora, Dylan da la orden al taxista para que continúe con la ruta, algo que el tipo agradece con un suspiro de alivio. Su taxi corría el peligro de ser apedreado.

Observo que nuestras manos todavía permanecen unidas, por lo que retiro la mía como si la suya quemara. En el proceso, no he podido evitar que la vista se me desvíe hacia un anillo que adorna su dedo meñique.

—¿Y esto? —le pregunto mientras lo rozo con mis dedos—. Nunca te ha gustado llevar joyas.

—No es una joya —responde, claramente perturbado—. Sólo es un recuerdo.

—¿Un recuerdo? ¿De quién?

—No tiene importancia —murmura.

Decido no seguir indagando. Debo aceptar que Dylan ha vivido demasiado a pesar de sus treinta y dos años, y no me va a convertir en su confidente por llevarnos un poco mejor.

Después de pagar la carrera, accedemos al suntuoso local. Cómo no, se trata de un exclusivo restaurante de sushi donde van a comer celebridades, ricos y famosos, y donde no es necesario que Dylan reserve mesa porque es alguien importante.

—Señor Haynes —lo saluda el *maître*—, y compañía. Les prepararemos una mesa muy especial.

—Ella es mi esposa —lo corrige.

Y yo, pues, alucinada. Nunca jamás me había presentado a nadie como su esposa, aunque también es verdad que nunca habíamos ido a ninguna parte juntos.

El pobre hombre parpadea y palidece ligeramente. Debe de estar tan acostumbrado a ver a Dylan con otras mujeres que no ha sabido cómo reaccionar al saber que la de hoy es la oficial.

—Por supuesto, señor y señora Haynes. Si me acompañan...

Ocupamos una mesa al fondo del local y Dylan, muy seguro de sí mismo, pide varios platos especiales. Mi primera sorpresa me la llevo cuando rechaza la botella de vino.

—Para mí, agua, por favor. Sólo vino para la señora.

—No —intercepto al camarero—. Para mí agua también, gracias.

—Te lo agradezco —me dice Dylan, una vez solos.

—Me pediste que te ayudara —le explico—, y ésta será la primera norma. Yo no beberé si tú no bebes.

Nos sirven los pequeños platos con una variedad exquisita de ensaladas de algas, rollitos, tempura de langostinos y varias salsas, tanto de soja como la especial de la casa.

No es que me matara la comida japonesa hace unos años, pero con el tiempo he aprendido a apreciarla. Cojo un par de palillos y Dylan hace lo mismo, aunque yo comienzo a tomar algunos brotes de la ensalada mientras él no hace otra cosa que mirar los platos como si fueran a comérselo a él y no al revés.

—¿Qué ocurre, Dylan?

—Esto... —titubea mientras remueve en el plato—, ¿qué es?

—¿Bromeas? ¿Acaso has perdido la memoria? —Río, pero pronto dejo de hacerlo cuando continúa haciendo muecas extrañas—. Son algas y brotes de soja, una ensalada.

—¿Algas? —exclama—. ¿Eso se come? ¿Dónde están las ensaladas de lechuga y tomate?

Consigue hacerme reír. Incluso diría que me entenece verlo de una forma tan indefensa, casi inocente.

—Y todo esto —prosigue mientras golpea con los palillos el resto de comida—, ¿qué diablos es?

—¿Voy a tener que instruirte sobre el proceso del sushi? —le pregunto, divertida.

—Claro, pescado crudo —bufa—. Pensé que en esta maldita ciudad habría de todo en los restaurantes.

—No me lo puedo creer —exclamo, sorprendida—. ¿No te gusta el sushi?

—Sólo de pensarlo, me dan arcadas —gruñe al tiempo que tira los palillos sobre el exótico mantel.

—Yo... creía que te encantaban este tipo de restaurantes. ¿Para qué hemos venido aquí?

—Para impresionarte —confiesa. Ha torcido la boca en una mueca tan extraña e infantil que no puedo evitar soltar una carcajada.

—Dios, Dylan. Si queremos caernos bien, vamos a tener que confesarnos algunas cosas. ¿Qué te apetecería comer?

—No sé... Hamburguesas, filetes con patatas...

—Entonces —dejo los palillos yo también y me levanto—, sé de un sitio que te va a encantar.

Pagamos la cuenta y salimos del restaurante, tomamos de nuevo un taxi y nos dirigimos a Madison Square Park, donde sé que se ubica un sencillo restaurante que sirve unas de las mejores hamburguesas de la ciudad.

—Lamento que aquí tengamos que hacer cola —le digo mientras nos colocamos detrás de una fila de gente—. En este lugar no se puede reservar mesa ni nos vale nuestro ilustre apellido. —Río.

—No importa —contesta—. Sólo de aspirar el olor a fritanga me está entrando un hambre de oso.

—¿De oso? ¡Si tú no habrás visto un oso en tu vida! —Me ha hecho tanta gracia su comparación que no puedo evitar reír a carcajadas.

De nuevo, sus labios se estiran para formar una mueca que empieza a encantarme. Me sorprende que Dylan se quede sin argumentos o parezca frágil. Tal vez el accidente de verdad haya sacado lo mejor de él, eso que nunca había mostrado al mundo.

—No has comentado nada del accidente. —Me atrevo a tocar ese tema mientras esperamos nuestro turno—. Lo siento de veras, Dylan, por tus amigas.

—No he comentado nada porque no me apetece hablar de ello —dice, tenso—. Prefiero pensar que las cosas suceden por algo. En mi caso, para tener una segunda oportunidad. La vida, a veces, se comporta como una cabrona y te deja sin ganas de seguir adelante..., pero, luego, cuando contemplas tan de cerca la muerte, decides que merece la pena continuar, aunque tengas que hacerlo a base de hostias y golpes.

No puedo apartar la vista de su rostro. Oírlo hablar de esta manera me conmueve a la par que me sorprende.

—¿Por qué me miras así? —me pregunta.

—Porque tú y yo nunca hemos hablado de nada importante —confieso—. Y acabo de descubrir que ha sido una pena, porque me gusta hacerlo.

—Tendremos tiempo, ya lo verás.

La cola ha ido desapareciendo con rapidez y ya nos encontramos sentados en una pequeña mesa, rodeados de otras muchas y de la algarabía del resto de comensales, que devoran sus bocadillos con ímpetu.

—Dios —exclama Dylan cuando da el primer bocado—, hacía tiempo que no comía algo tan bueno.

—Te lo he dicho —le recuerdo, muy ufana—. Y por sólo siete dólares por cabeza.

—Joder —gruñe con la boca llena y las manos cargadas de patatas fritas—. En el restaurante japonés, por ese dinero, no te daban ni el cuenco para lavarte las manos. Le pueden dar por culo al sushi y a su puta madre.

Estallo en risas, y qué bien me sienta. Jamás habría imaginado que Dylan fuera a hacerme reír de esta forma y que su personalidad no fuera como yo había imaginado. Me duele no haberlo conocido antes, pero me alegra haber tenido la oportunidad de hacerlo, aunque sea un poco tarde.

—¿Dónde has dejado tus impecables modales? —le chincho, tras dar un sorbo a mi bebida con la pajita.

—Oh, siguen ahí, pero esta noche paso de sacarlos. El lugar y la compañía hacen posible que me comporte de una forma más relajada. Gracias por traerme aquí, Cheryl.

Una ola de calor baja desde mi vientre hasta mis piernas, haciendo que flaqueen. Es una auténtica locura, lo sé, sentirme así con Dylan, el cabrón que más veces me ha hecho sentir desgraciada en mi vida..., pero es que este Dylan que tengo delante, devorando una enorme hamburguesa con queso, chupándose los dedos manchados de ketchup y pendiente de que no me falte Coca-Cola en el vaso, poco o nada tiene que ver con aquél. Supongo que, como él mismo ha dicho, depende de las putadas que te haga la vida para que la valores más.

Saciada ya nuestra hambre, nos vamos a casa. Suena extraño que los dos volvamos a la misma, después de no haberlo visto aparecer en muchos meses. Cuando llegamos a la bifurcación del pasillo superior, nos despedimos, pues nuestras habitaciones están situadas cada una en un extremo de la planta.

—Lo he pasado genial, Dylan.

—Yo también, Cheryl, y gracias a ti. —Sonríe—. Si hubiese tenido que zamparme toda esa mierda cruda, habríamos tenido que volver corriendo para lanzarme directo al baño y sentarme en el retrete durante el resto de la noche con una diarrea aguda.

Tengo que taparme la boca y morderme el interior para que no se oigan mis risas.

—Menuda imagen acabo de regalarte —me dice, torciendo sus labios.

Lo que me acaba de regalar es otro momento delicioso. Haberlo conocido mejor, poder disfrutar de su compañía, reír con él... Me siento triste porque la noche haya terminado.

—Buenas noches, Cheryl.

—Buenas noches, Dylan.

\*\*\*

No puedo abrir los ojos debido al cansancio y las emociones del día, por lo que las sensaciones se vuelven más intensas. Las terminaciones nerviosas de mi piel se alteran ante el simple roce de la sábana y me remuevo al notar el calor que recorre mi cuerpo.

De pronto, la puerta de mi habitación se abre y siento una presencia. Alguien ha entrado y se ha colocado entre la ventana y mi cama, pues su sombra ha tapado el tenue resplandor que entraba de la luna. Abro los ojos y sonrío, pues no podía ser otro que Dylan, alto, fuerte... y desnudo, mostrando su cuerpo en todo su esplendor. Admiro el llamativo tatuaje que adorna parte de su tórax y salivo sólo de pensar en lamerlo. Se inclina sobre mí y acerca su hermoso rostro. Sonríe, pero al mismo tiempo parece embargado de la misma emoción intensa que siento yo: deseo. Un deseo que explota dentro de mis venas en cuanto sus labios se posan en los míos y abre mi boca para introducir su lengua, húmeda y caliente. Recorre con ella cada hueco de mi boca mientras se coloca sobre mí. El tacto y el peso de su cuerpo me excitan hasta el punto de hacerme emitir un fuerte suspiro dentro de su boca. Sus fuertes brazos me rodean, el vello de su pecho se clava en mis senos, la aspereza de sus piernas me envuelve y la rigidez de su miembro se hinca en mi sexo.

—Cheryl —susurra—, te deseo. Te deseo...

Inexplicablemente, no puedo hablar para contestarle que yo lo deseo igual. Abro la boca una y

otra vez, pero no puedo emitir sonido alguno... como cuando estás soñando...

Con un golpe de rodilla abre mis piernas y, mientras observo su cara tan cerca de la mía, siento el impacto de su penetración. Me siento llena, completa, al tiempo que un fuego ardiente se instala en cada vaso sanguíneo, en cada músculo y en cada centímetro de mi piel. Clavo mis dedos en sus glúteos para que no deje de embestir, con acometidas lentas y profundas que me hacen arquearme sobre la cama. Cuando empiezo a sentir los primeros espasmos de mi orgasmo, me abrazo a su cuello con fuerza, para sujetarme mientras caigo por un abismo interminable de placer...

El fuerte suspiro de gozo que emito me despierta. Abro los ojos y contemplo mi habitación vacía. Dylan no es más que la almohada que estoy abrazando, y la presión que siento en mi sexo y que me ha producido un maravilloso orgasmo no es más que mi propia mano.

—Mierda —rezongo.

Vuelta a mis tiempos de universitaria, en los que no dejaba de soñar con él..., pero ya han pasado diez años desde entonces. Tengo veintiocho y muchas cosas han cambiado. Por ejemplo, que ya no tengo edad para ser tan patética. Dylan seguirá siendo Dylan, por muy encantador que haya estado esta noche, por muchas veces que me haya hecho reír, por muchas mariposas que haya hecho volar en mi vientre.

Nada cambiará el hecho de que acabaremos divorciados en muy poco tiempo. Yo misma he aceptado ayudarlo para que pueda adaptarse a una vida más sana y relajada antes de separarnos definitivamente.

De pronto, esa idea me entristece.

## Capítulo 12

### *Dylan*

Ha sido una semana intensa de viajes y visitas a diversas propiedades de la corporación. He estado en tierras de pasto en Montana y en un yacimiento petrolífero en Texas, al tiempo que he recorrido diversas fábricas en el camino. La verdad, me he sentido bastante más útil que cuando me paso las horas metido en mi despacho sin ver más cielo que el que se contempla desde mi ventana. Al menos, he podido escuchar de primera mano a ganaderos que explicaban sus pérdidas por los duros inviernos de esta zona del noroeste del país, o el aumento de producción de los yacimientos por las mejoras tecnológicas.

Ahora, sentado de nuevo en mi despacho, escuchando a Derek mientras me muestra diversos documentos que he de firmar, resuelvo que la ciudad comienza a asfixiarme, empezando por este maldito traje. La corbata me constriñe, y la rigidez de los puños sujetos por gemelos me da ganas de arrancármelos.

El tal Derek me ofrece su pluma y me señala los lugares de las firmas.

—Lo firmaré cuando lo haya leído —lo informo.

—Pero... son trescientas páginas de informes...

—Como si son tres mil. Te he dicho que, cuando le haya echado un vistazo, firmaré.

Cojo los documentos y me pongo en pie, a ver si el tipo entiende que ya puede largarse.

—Nunca los has leído, Dylan —me dice—. Suponía que confiabas en mí.

—Las cosas han cambiado —respondo—. Ahora me preocupo más por los detalles. Hasta luego, Derek —lo invito a salir.

Se marcha algo contrariado al tiempo que yo también salgo y me dirijo al despacho de «mi madre». Pido permiso, entro y cierro por dentro, como ya acordamos, por seguridad.

—Hola, Maura. Aquí te traigo los nuevos informes. Me he negado a firmarlos hasta que les echemos un vistazo.

—Por supuesto. Déjalos sobre la mesa.

Antes de marcharme, aunque no acabo de encontrarme demasiado cómodo en su presencia, decido preguntarle por la situación.

—¿Cómo va todo, Maura? Me refiero a mi presencia desde mi supuesto regreso.

—Oh, va todo bien, no te preocupes. —Por fin parece haber decidido mirarme, algo que suele costarle, aunque creo entender por qué—. Sufrimos un leve receso, pero, poco a poco, todo parece volver a la normalidad.

Continúa mirándome. Creo que suaviza ligeramente su serio semblante cuando lo hace y se puede apreciar la belleza que todavía mantiene casi intacta a su edad.

—Siéntate, Logan, por favor. Hace tiempo que tú y yo no hablamos. —Me señala una silla frente a ella y obedezco, tomando asiento de forma que su mesa queda entre los dos—. Aprovecho para felicitarte por tu trabajo. A veces, según Edmund, no parecías demasiado convencido.

—Gracias, Maura. Supongo que la peculiaridad de la situación me producía cierto recelo.

—Vaya. —Sonríe—. Veo que se te ha pegado, incluso, una forma de hablar bastante más fina.

—No te creas. —Sonríó también—. En ocasiones suelto cada perla...

Tras unos instantes de silencio algo incómodo, decido que no puedo irme sin preguntarle por su hijo.

—¿Cómo está él? —inquiero, evitando intencionadamente nombrarlo.

—Ése es el verbo en cuestión —suspira—. Porque se puede decir que mi hijo ya no está. Únicamente lo mantienen vivo con todas esas máquinas y tubos.

—Lo siento.

—Tú no tienes la culpa. —Se encoge de hombros—. ¿Sabes una cosa, Logan? Tengo que permanecer tan fría y entera por la corporación que incluso los médicos creen que mantengo vivo a Dylan sólo por ella, cuando, en realidad, lo hago porque, aparte de empresaria, soy una madre que se resiste a ver morir a su hijo.

Siento una presión en el pecho al oír sus palabras, porque la entiendo a la perfección. Cuando pierdes a una persona querida, venderías tu alma al diablo por seguir teniéndola contigo.

—Cuando perdí a mis padres —le cuento sin saber por qué—, me sentí tan vacío y los echaba tanto de menos que me parecía verlos en cualquier parte. Me daba la vuelta y ahí estaba mi madre, sonriente, con su anorak rojo y sus trenzas hasta la cintura. Y, en cuanto salía de casa, mi padre aparecía ante mí con otra sonrisa mientras soltaba el hacha y dejaba de cortar leña para saludarme.

—Lo siento mucho —me dice Maura. Ha vuelto a mirarme de una forma que hace que se me ponga el vello de punta.

—Ahora —continúo—, al cabo de tres años, empiezo a creer que no volveré a verlos.

Nervioso y algo incómodo, me paso la mano por el pelo y la mandíbula, esperando encontrar una barba que ya no poseo.

—Perdona —se disculpa—, me he quedado embelesada mirándote..., pero debes entender que cada día te pareces más a Dylan. En un principio, el parecido se limitaba al aspecto físico, pero, conforme han ido pasando los días, se ha ido transformando en algo más..., gestos que haces, muecas que pones, tu forma de cruzar los brazos cuando algo te ha ofendido o las veces que te tocas la nuca y retuerces el dedo alrededor de un mechón de pelo.

—Son poses estudiadas, Maura. Me pasé tres meses encerrado, viendo fotografías y vídeos de tu hijo.

—Lo sé —suspira—. Aun así, sigo opinando que te pareces más a él de lo que creí en un principio. Y, aunque te parezca una tontería, tenerte cerca me está haciendo más llevadero el dolor. Me concedo la ilusión, durante pequeños instantes, de que vuelvo a tener a mi hijo dando órdenes en la oficina o en casa de nuevo.

Me quedo sin réplica, claro. No quiero seguir insistiendo en la idea de que yo no soy Dylan, como tampoco deseo contrariar a una madre que está sufriendo, aunque sea a su peculiar manera.

—Bueno —prosigue—, dejemos a un lado las cosas tristes. Debo seguir siendo la implacable Maura Haynes, y no quisiera que esa imagen cambiara. —Se repone y alza el mentón para volver a ofrecer su aparente dureza—. ¿Recuerdas el próximo baile del aniversario de la fundación?

—Por supuesto.

—Verás a mucha gente a la que se supone que no ves desde hace un año, y serán muchas las caras que te vas a encontrar de golpe. ¿Podrás salir airoso?

—Estate tranquila, Maura. —Aprovecho para ponerme en pie—. No he dejado de repasar con Edmund. Y, si alguna vez dudo, siempre dispondré del recurso de hablar del accidente. La gente se

conmueve y olvida el error que haya podido cometer.

—Bien. —Se recuesta en su sillón, satisfecha—. También veo que has hecho progresos con Cheryl. Recuerda que el sábado, en la fiesta, abriréis la recepción con un baile, como cada año, y muchos ojos no os perderán de vista.

—Por supuesto, todo controlado.

Desaparezco del despacho de Maura despotricando mentalmente.

«Mierda, con tanto viajecito no he tenido tiempo de hablar con Cheryl sobre el temita de la fiesta y el maldito baile.»

Cojo el ascensor para bajar con rapidez hasta su departamento y paso sin detenerme en la recepción para entrar en tromba en su despacho, donde está hablando por teléfono en presencia de dos de sus compañeros, Oliver y Liam. El primero diría que me mira con lujuria; el segundo, con desaprobación.

—¡Dylan! —exclama Cheryl al tiempo que cuelga el teléfono—. ¿Qué haces aquí? ¿Ya has vuelto de tu viaje?

—Sí, esta mañana —contesto—. Pero ahora necesito salir del edificio y necesito que me acompañes.

—¿Ahora? Tengo mucho trabajo, Dylan...

La agarro de la mano y hago que se levante de la silla y salga del amparo de su mesa. No tengo muy claro si Dylan actuaría así, pero, como la relación entre ellos dos era inexistente, supongo que tendré que proceder por instinto.

—Tus empleados podrán ayudarte. ¿No es cierto? —pregunto mientras los miro a los dos.

—Vete tranquila, cielo —responde el tipo que me ha desnudado con la vista—. Nosotros podremos encargarnos de todo.

El otro no suelta prenda. Únicamente se limita a mirarme con evidente ira.

—¡Luego hablamos! —les grita Cheryl mientras se cierran ante nosotros las puertas del ascensor. Después me mira y suelta de un tirón la mano que aún le sujeto—. No sé a qué viene esto, Dylan. No puedes entrar en mi despacho y sacarme a rastras.

—Claro que puedo. Sigo siendo el presidente, y, por ende, tu superior.

—No digas sandeces —gruñe—. Además, no estoy acostumbrada a dejar solos a mis compañeros.

—Serán tus amigos, Cheryl, pero siguen siendo tus empleados y tú, su jefa. Por cierto, ¿el de la barbita tiene algo contigo? Me ha mirado como si se hubiese quedado con las ganas de retorcerme los huevos.

—Últimamente sueltas cada chorrada, Dylan...

Salimos del ascensor, atravesamos el vestíbulo y salimos a la calle para parar un taxi. Una vez dentro, le comunico el destino al taxista.

—A Central Park, por favor.

—Muy bien. —Cheryl se coloca en el asiento de forma que quedemos frente a frente y me mira bastante furiosa—. Ya que me has secuestrado, explícame por qué apareces de pronto después de días sin saber una mierda de ti, me sacas a la fuerza de mi trabajo y me llevas a Central Park.

Creo entender su frustración. Se suponía que, desde nuestra cena informal, habíamos conectado bastante, pero desaparecí justo al día siguiente y no me dio tiempo a informarla.

—Tuve que salir de viaje y no he tenido tiempo ni de rascarme —le explico.

—¿Y lo de la salidita a Central Park?



—Estaba hasta los huevos de la oficina y de este maldito traje. —Agarro el nudo de la corbata y tiro de él hasta que queda medio deshecho. Después me deshago de los gemelos para poder remangarme los puños de la camisa.

—¡Pero si tú siempre has vestido de traje hasta para estar por casa!

—Estos últimos meses, no —me justifico—. Durante mi período de ingreso en el centro, descubrí el confort de la ropa cómoda e informal.

—Pues menuda sorpresa —suelta, al tiempo que coge los gemelos que yo no sé dónde meter—. Dame eso, los guardaré en mi bolso.

En sólo cinco minutos bajamos del vehículo para acceder al parque. Es el primer lugar al que se me ha ocurrido venir, después del tiempo que llevo entre el edificio de Park Avenue, aviones, aeropuertos, el coche con el chófer y Edmund... Cada día echo más en falta un poco del aire de Canadá, así que, hoy, lo he decidido en un santiamén: acercarme a este parque, aunque sea para ver unos cuantos árboles.

—Ya estamos en Central Park —comenta Cheryl—. Y, ahora, ¿qué?

—Ahora —me encojo de hombros—, pues nada. Sólo quería pasear un poco.

—¿Tú? ¿Pasear?

—Vamos, Cheryl, deja de protestar y de rezongar. ¿Me acompañas o prefieres volver al trabajo?

—Claro que no. —Sonríe—. Mi trabajo me encanta, pero no vayas a creer que soy tan abnegada que lo cambio por un paseo al atardecer.

—Y en buena compañía —le digo, guiñando un ojo, con lo que vuelve a sonreír.

—Sí —ríe—, en muy buena compañía..., aunque ésta se olvidara de mí durante una semana. Pensé que, para aquella ayuda urgente que necesitabas, habías tenido suficiente con que te invitara a una hamburguesa.

—De eso nada —replico, divertido—. Vas a tener que currártelo un poquito más.

Tras pasear unos minutos, observo una elevación del terreno cubierta de hierba y coronada por un frondoso árbol. Le hago el gesto a Cheryl para que me acompañe y, una vez junto al tronco, me dejo caer en la hierba.

—¡Te vas a dejar los pantalones hechos unos zorros! —me advierte, asombrada al ver lo que hago.

—Pues, si hace falta, me los quito y en paz. —Ya sentado, me deshago de los zapatos y los calcetines y los pongo a un lado, y luego me quito la chaqueta—. Joder, ¡qué ganas tenía de esto!

Por un diminuto instante pienso en los bosques canadienses que tanto he amado, en los lagos y los caminos, pero luego recuerdo la soledad de mis días, lo observado que me sentía, las caras de desaprobación de los vecinos cuando me veían bajar de mi camioneta después de que Sally me rescatara por millonésima vez...

Todo eso ha acabado ya. Ahora estoy en la ciudad más venerada del planeta y pienso aprovechar mi tiempo aquí, donde cualquiera podría perderse y desaparecer si le diera la gana.

Cheryl ríe, esta vez más fuerte y más despreocupada. El sonido cristalino de su risa se introduce en mi pecho y llega directamente hasta mi estómago, donde tiene lugar una especie de presión que no recordaba haber sentido desde mis tiempos de instituto, cuando aceptó salir conmigo la chica que me gustaba.

—¿Me acompañas? —le pregunto.

—¡Por supuesto! —exclama—. ¡No voy a quedarme de pie!

Se deja caer a mi lado, se descalza igualmente y se apoya también en el tronco del árbol. Ni siquiera parece recordar que lleva una vaporosa falda blanca y que acabará teñida de verde y marrón. Me encanta que no se preocupe por ello.

Cruza las piernas y observo la fina piel que luce desde las rodillas hasta los tobillos. Lleva las uñas de los pies pintadas de color rosa y sus dedos juegan entre la hierba. De pronto, imagino que se sube más la falda para poder contemplar lo que hay debajo y la presión comienza a bajar del estómago a lugares más difíciles de controlar.

—Tendrías que verte —continúa diciendo ella, riendo mientras me señala—: Tirado en el suelo, descalzo, en mangas de camisa, remangado y con toda la ropa arrugada, por no hablar de la mancha que aparecerá en tu culo. ¿Dónde está el Dylan que no soportaba una mísera arruga en la camisa?

—¿Te parece que el nuevo Dylan ha perdido su atractivo? —me atrevo a preguntarle.

Cheryl, de repente, cambia su risa por una expresión mucho más seria. Me mira con una intensidad aplastante, tanto que un repentino escalofrío ha sacudido toda mi columna vertebral.

—No —susurra—, no lo has perdido. Es más, has ganado mucho, Dylan. No sólo has vuelto cien veces más atractivo, sino que eres mejor persona y mucho más hombre que antes.

Joder, si antes sentía presión en la entrepierna, ahora estoy empalmado del todo. Jamás una mujer me había dedicado un piropo tan elocuente, y menos una mujer como Cheryl, que posee belleza, carácter, inteligencia... Es un pedazo de mujer en toda regla.

Aun así, me repongo, como haría Dylan ante un cumplido como ése. Ella baja un poco la mirada y descubro un tenue rubor en sus mejillas

—No hace falta que te ruborices al decir eso.

Acaricio la fina piel de sus pómulos con el dorso de mis dedos, obligándola a cerrar los ojos.

—No estoy acostumbrada a piropo a los hombres —se excusa—, pero ha sido algo instintivo... eso de decirte el cambio que has sufrido a mejor y que nadie está pasando por alto.

—Yo tampoco estoy acostumbrado a recibir cumplidos.

Hago una mueca porque creo que he metido la pata. No hablaba de Dylan, sino de mí mismo. Más vale que me centre, pues Cheryl consigue hacer que pierda la concentración.

—¿Estás de broma? Tú recibes cumplidos a diario, Dylan. Las mujeres te persiguen a todas horas.

—Me refería a que nunca los he recibido de ti.

Para hacerle olvidar el desliz, continúo acariciando su rostro y, al ver que ella no hace nada por impedirlo, rozo con mis dedos también su barbilla y su mandíbula, los bajo después por su cuello y acabo enredándolos en un mechón de su cabello castaño. Tanta suavidad acaba por hacerme olvidar por qué estoy aquí y hasta quién soy en realidad, porque, en este momento, sólo consigo imaginarme besando a esta mujer. Incluso soy capaz de decírselo...

—Me apetecería tanto besarte ahora mismo, Cheryl.

—Dylan, por favor... —susurra.

—Si no hubiera nadie a nuestro alrededor —la interrumpo—, te tumbaría sobre la hierba y te quitaría la ropa para besar cada centímetro de tu cuerpo y hacerte el amor bajo ese cielo que comienza a volverse naranja.

—Se acabó, Dylan.

Furiosa, me da un manotazo en la mano con la que la acariciaba, se pone en pie y se coloca los zapatos para volver al camino.

—¡Espera, Cheryl! —grito. Cojo los zapatos y el resto de la ropa y echo a correr tras ella,

clavándome cada piedra en las plantas de los pies—. ¡Para, por favor! —La sujeto de un brazo y hago que se detenga mientras intento aguantar el equilibrio para poder calzarme.

—¿Toda esta estrategia es para llevarme a la cama, Dylan? —pregunta, muy enfadada—. ¿Y por qué ahora, si puede saberse? ¡Si has tenido años para hacerlo y me has ignorado por completo!

—¡No! —contesto—. Bueno, sí... No sé qué me pasa. Se supone que quería que fuésemos amigos, pero, de repente, no puedo estar cerca de ti sin desearte.

—Vamos a divorciarnos pronto, Dylan.

—Lo sé —suspiro, al tiempo que me paso la mano por entre el pelo—, perdona. No puedo evitarlo.

De repente, estoy muy nervioso. Sin ser consciente de lo que hago, comienzo a palparme los bolsillos de la camisa y busco en la chaqueta, intentando encontrar un paquete de cigarrillos. Mis movimientos son compulsivos y Cheryl los detecta al instante.

—¿Qué te ocurre? ¿Qué buscas?

—Nada —gruño.

—¿Nada? —ironiza—. Pues yo diría que estás loco por un cigarrillo.

Detengo mis movimientos de golpe. Mierda, no debería haber sucumbido a los nervios. Se supone que nadie debería saber que fumo...

Pero, oye, se acabaron tantos remilgos. Si con el accidente y la rehabilitación tengo excusa para tantas cosas, para esto también... y a Edmund que lo jodan. Seguro que él tiene algún vicio por ahí escondido.

—Para poder quitarme de otras adicciones, he acabado sucumbiendo al tabaco. —Emito un hondo suspiro y la miro directamente a los ojos.

—Joder. —Se acerca a mí y me coge de las manos—. Vamos, inspira con fuerza. Coge aire varias veces y suéltalo muy poco a poco.

La obedezco y, sorprendentemente, me encuentro mejor.

—Gracias —le digo.

—No voy a acostarme contigo, Dylan —me aclara.

—Lo sé. ¿Seguirás ayudándome?

—Claro. ¿Qué más necesitas?

El aire acaba de llenarse de unas lejanas pero claras notas musicales. Debe de haber algún cantante callejero cerca de aquí y hasta nosotros llega la envolvente melodía, lo que hace que recuerde el otro tema que necesitaba hablar con ella.

—Se trata de la fiesta del sábado —le explico.

—¿Qué pasa con ella? ¿Estás buscando una excusa para escaquearte?

—¿Podría hacerlo? —Elevo una de mis cejas.

—Ni hablar, Dylan. A aguantar el rollazo como hacemos todos. Y, ahora, dime qué quieres.

—Pues... No sé si tomar tanta mierda haya podido trastornar mi memoria o mi aparato locomotriz, pero no recuerdo cómo debemos abrir el baile.

Una excusa atroz, lo sé, pero no había otra forma de decirle «Perdona, pero, como no he bailado en mi puta vida, no sé cómo coño voy a abrir el baile contigo».

—¿Sólo es eso? —pregunta con los brazos en jarras.

—¿Te parece poco? Un montón de gente va a estar mirándonos y no me gustaría que pensaran que las drogas me han secado el cerebro. Quedaría en ridículo, cosa que a mí me importa una soberana

mierda, pero no sería justo para mi madre.

Menudo papel dramático me acabo de montar.

—Está bien —refunfuña—. No teníamos que bailar un vals ni nada parecido, sólo nos cogíamos y nos dejábamos llevar por la música. Dame la mano derecha y coloca la izquierda en mi espalda.

—¿Así?

—Acércate más.

La obedezco y pego completamente mi cuerpo al suyo. Ya he envuelto su pequeña mano con la mía y he rodeado su cintura con el otro brazo. El calor que me infunde su cercanía es algo tan intenso que me produce un ligero vértigo, por lo que fijo mis ojos en los suyos para poder concentrarme, aunque no puedo evitar bajar la mirada hasta su boca de vez en cuando. Sus labios están ligeramente abiertos y sus grandes ojos verdes parecen velados, como si estuvieran en trance. Abro más la mano que apoyo en su espalda para poder abarcar su cintura y percibir la tibieza que emana de su cuerpo. Aún me acerco más a ella y acabo notando sus pechos clavados en mi tórax, lo mismo que mi miembro duro y rígido está pegado a su vientre.

—Sólo tienes que dejarte llevar —susurra—. El movimiento de los pies es mínimo. Tú mírame y olvida al resto del mundo mientras estemos bailando. —De pronto, sonrío.

—¿Qué ocurre? —le pregunto—. ¿Tan mal lo hago?

—No —me dice—. Es que reconozco la melodía. La canción es *Thinking out loud*, de Ed Sheeran, uno de mis cantantes favoritos.

Y eso acabo haciendo, olvidarme del resto del mundo y de todo. Todavía pasa gente a nuestro lado, pero eso tiene Nueva York, que sus habitantes nunca parecen sorprenderse ya por nada.

Está anocheciendo y nuestros rostros permanecen envueltos en sombras, pero vuelven a estar tan cerca que es imposible seguir impasible. Y como me suele pasar cada vez más en compañía de esta mujer, olvido el motivo de estar con ella e inclino la cabeza para acercar mi boca a la suya. Sin atreverme demasiado, rozo sus labios con los míos, de forma sutil, como un aleteo de mariposa. Ella no me rechaza, es más, cierra los ojos y abre su boca en clara invitación, por lo que aprovecho para fusionar nuestros labios y buscar su lengua, que acaba enredada en la mía. En cuanto su sabor estalla en mi boca, siento la necesidad visceral de estrecharla entre mis brazos con fuerza, pero no quiero asustarla o cabrearla, por lo que el beso se alarga pero de forma lánguida. Tengo que contenerme lo que no está escrito para no estamparla contra el primer árbol que encuentre y lamer y morder su boca salvajemente, antes de abrir su blusa para chupar sus pechos y levantarle la falda para bajarle las bragas. Sólo de pensar en la humedad de su sexo, mi polla salta, ávida por salir de su encierro y penetrar en ese lugar perfecto.

Cuando despegamos nuestros labios, tengo que inspirar muchas más veces que cuando necesité un cigarrillo. Esta vez necesito algo más adictivo: a Cheryl y su cuerpo. Inhalo rápidas bocanadas de aire y termino apoyando mi frente en la suya con nuestros ojos cerrados.

—Lo siento —acabo por decirle—. No entiendo qué me pasa ahora contigo.

—Yo tampoco lo entiendo —susurra—, pero menos me entiendo a mí misma, porque yo también deseaba ese beso, Dylan, y no hoy, sino desde que volviste. Y me parece una auténtica locura que debemos parar.

—Lo sé —susurro también.

Por supuesto, esto ha de parar. A simple vista podríamos parecer, sencillamente, un hombre y una mujer que se desean, y no habría nada de malo en acostarse y disfrutar, pero los dos sabemos que

sería un gran error, por el tema del divorcio, la familia, la prensa...

Y sólo yo sé que, además, no soy quien ella cree. Si terminara haciendo el amor con ella, ni yo mismo me lo perdonaría.

# Capítulo 13

## *Cheryl*

—Estás espléndida, mi niña.

Los halagos de Adeline me emocionan más que nunca. Me contemplo en el espejo y me veo verdaderamente hermosa y atractiva, pues hemos puesto más esmero que en cualquiera de las anteriores fiestas de la fundación que lleva el nombre de mi difunto suegro. Sé que es un evento muy importante, que la flor y nata norteamericana, sobre todo neoyorquina, siempre acude a este evento esperando a su vez encontrarse con lo más florido. Por eso, en las dos ediciones anteriores, siempre intenté estar a la altura, con vestidos de diseñadores importantes y joyas prestadas por alguna firma de moda.

Sin embargo, hoy, a pesar de que sigo la línea exigida por el protocolo familiar —mejor dicho, por Maura—, he decidido ponerme algo que realmente me siente bien. He cambiado los sobrios vestidos negros o de lentejuelas por uno más juvenil y atrevido. Sencillamente, hace unos días fui de tiendas con Valerie, Julie y Oliver por la Quinta Avenida y este vestido me dijo «cómprame» nada más verlo en el escaparate. Así que, por supuesto, le hice caso. Y ahora, aquí estoy, luciendo esta maravilla de color champán, de exquisito encaje con suave caída, finos tirantes y un pronunciado escote que, junto a mi pelo recogido, acentúa la elegancia del cuello y los hombros.

Además, será cuestión de aprovechar para tener cosas bonitas, antes de que vuelva a ser solamente Cheryl Harper y ya nadie me invite ni a una fiesta en un chiringuito de playa.

Suspiro al pensar en Dylan y en nuestro divorcio. Mientras Adeline me coloca unas cuantas horquillas más en el pelo, alargo la mano y abro el pequeño joyero que adorna mi cómoda. Lo abro y extraigo el par de gemelos de oro que Dylan me dejó para que se los guardara. Ni siquiera me los ha pedido, pues está claro que para él no tienen importancia. Posee tantas cosas que no le da el valor suficiente, y ése es su mayor problema.

Aun así, mientras acaricio estas pequeñas joyas que le pertenecen, mi mente no puede evitar trasladarse a Central Park durante aquel atardecer. Sus risas, su despreocupación por tirarse al suelo, pedirme que bailara con él sin importarle la gente, el beso...

Sacudo la cabeza para tratar de evitar pensar en ello, o mi corazón volverá a acelerarse. Tengo que obligarme a recordar el tipo de vida que llevaba y que con seguridad volverá a retomar en poco tiempo. Lo único que está haciendo es camelarme para que esté a su lado en el trance de su desintoxicación y, en cuanto me dé la vuelta, estará de nuevo con alguna impresionante modelo prendida de su brazo.

«¡Despierta, Cheryl! —me digo—. ¡No puedes volver a colgarte del mismo tío! ¡Ya no tienes veinte años!»

—Ya está. —Adeline me devuelve a la realidad. Hace que me levante de la silla frente a la cómoda y me ponga en pie para que vea mi reflejo en el espejo del vestidor—. Sensacional, cariño.

—Esperemos que Maura no me suelte uno de sus bufidos por no ponerme un vestido de su diseñador personal.

—Oh, por favor, mi niña..., a Maura que la parta un rayo. Ella tiene más de cincuenta años y tú no

has cumplido ni los treinta. En cuanto te divorcies del canalla de su hijo, te pegará una patada y no le importará una mierda.

—Me pidió ayuda para que le echara una mano a Dylan a adaptarse a su vuelta al mundo de la sobriedad —le explico—, y yo acepté.

—Deberías haberla enviado a freír espárragos —gruñe—. Me parece el colmo que te pidiera un favor.

—No lo estoy haciendo por ella, sino por Dylan. Él... ha cambiado bastante.

—Lo sé. —Suspira—. Hasta yo me he visto unas cuantas veces sonriendo ante una de sus ocurrencias, pero no es más que un espejismo, cariño. No te habrá dado tiempo a pestañear y ya se estará metiendo alguna mierda por la nariz mientras se tira a un par de tetonas con más silicona que cerebro.

—Adeline...

—Vale, vale. Ojalá me equivoque, pero...

Unos toques en la puerta interrumpen la pesimista diatriba de Adeline. Ella misma abre y aparece, precisamente, mi marido.

Durante varios segundos creo quedarme sin respiración, sin gravedad bajo mis pies y sin la capacidad de moverme. Dylan está parado ante nosotras en el vano de la puerta, vestido con un impecable esmoquin. Su cabello oscuro brilla, sus mejillas están recién afeitadas y sus ojos desprenden una intensa luz. Me estremezco al pensar que pueda ser por verme a mí.

—Estás preciosa, Cheryl.

—Gracias —le respondo, a pesar de la sequedad de mi boca—. Tú también estás espectacular, como siempre.

Ciertamente, en los dos bailes anuales pasados, estaba igual de impresionante. La diferencia estriba en el aura tan diferente que parece rodearlo, como si hubiese madurado a marchas forzadas en los últimos meses. Antes daba toda la impresión de un niño consentido, mientras que ahora es un hombre, más serio y más maduro, a pesar de conservar un leve retazo de inocencia. La mezcla de todo ello lo convierte en un hombre casi perfecto. Al menos, hasta que vuelva a caer en la oscuridad y el desenfreno.

—Mi niña Cheryl —Adeline llama mi atención—, ¿necesitas algo más?

—No, Adeline, gracias. Puedes marcharte.

—¿Estás segura? —Cruza los brazos sobre su prominente pecho y me mira con indisimulada hostilidad.

—Hasta luego, Adeline. —Me sabe mal despedirla de una forma tan brusca. Supongo que cree que me ha de seguir protegiendo de Dylan.

Una vez solos, él se acerca unos pasos más a mí. Diría que parece nervioso, sobre todo porque comienza a meter las manos bajo la chaqueta en busca de algo que ya supongo.

—¿Qué te ocurre, Dylan?

—Nada, nada. Es sólo que... bueno, imaginar a tanta gente pendiente de mí...

—Eso nunca te ha importado. —Frunzo el ceño ante esa afirmación—. Es más, siempre te ha encantado ser el centro de atención.

—Ya... —se pasa la mano por el pelo y éste acaba ligeramente despeinado—, pero esta noche me harán sentir como un mono de feria.

—Levanta esos brazos. —Él me obedece y nos tomamos de las manos—. Inspira con fuerza y

espira hasta que notes que no queda nada de aire en tus pulmones.

Mientras hace lo que le indico, no deja de mirarme, y yo no puedo hacer otra cosa que ahogarme en esos ojos oscuros y rasgados. El calor que desprenden sus palmas llega a traspasar todas mis capas y se instala en mi sangre, repartiendo su ardor hasta el último rincón de mi cuerpo.

—¿Estáis listos? ¡No podemos llegar tarde a nuestra propia fiesta!

La voz de Maura, que ha abierto mi puerta por todo el morro, ha hecho que demos un respingo y nos separemos de golpe. Lo peor llega... cuando mi suegra advierte mi vestimenta.

—¿Y ese vestido? —me suelta con reprobación—. No tiene ninguna pinta de ser de mi colección.

—No lo es —afirmo, alzando mi barbilla—. Lo vi en un escaparate, me gustó y me lo compré.

¿Algún problema, Maura?

Antes de contestar, dirige su mirada a su hijo y éste responde con una sonrisa.

—Está guapísima, mamá. ¿No te parece? Y ahora —abre sus brazos y nos los ofrece para que tomemos uno cada una—, mis señoras favoritas, vayamos a esa maldita fiesta. Cuanto antes empiece, antes acabará.

\*\*\*

Por tercera vez, vuelvo a sentirme una estrella de cine, cuando bajamos del coche y varios periodistas de sociedad nos esperan para inmortalizar el momento disparando sus flashes en mitad de la noche. Los primeros en aparecer bajo la marquesina del Four Seasons son Maura y Edmund cogidos del brazo. Detrás de ellos, como siempre, avanzamos nosotros, igualmente cogidos, aunque percibo la mano de Dylan demasiado clavada en mi antebrazo. La aprieto con la mía y parece relajarse ligeramente mientras accedemos al interior.

Por supuesto, la enorme sala donde tiene lugar el evento vuelve a estar espectacular. La suave música de fondo proveniente de la orquesta, la infinidad de luces que realzan los llamativos trajes y vestidos, las docenas de camareros de blanco impecable paseándose por entre la multitud cargados con bandejas llenas de copas y canapés...

Dylan suelta mi brazo y coge mi mano, como si no quisiera separarse de mí ante algún eventual peligro. Caminamos así durante unos pocos minutos, saludando a la gente, pero, como ya presagiábamos, pronto se agolpan a nuestro alrededor. Están ansiosos por ver de cerca al protagonista de la historia morbosa que acapara las páginas de sociedad. Sin apenas darnos cuenta, varios de ellos arrastran a Dylan y lo arrancan de mi lado, para darle unas cuantas palmaditas en la espalda en el caso de los hombres y para tenerlo cerca y sobarlo un poco en el caso de las mujeres.

Me lanza, durante un instante, una mirada interrogante.

—Tranquilo —le susurro—. A las diez en punto hemos de abrir la fiesta con el baile, así que sólo tienes que dejarte tocar durante treinta minutos. —Sonrío al advertir el resoplido que casi le levanta el divertido mechón que cae por su frente.

«Sobrevivirás, Dylan —pienso—. Como siempre has hecho en tu mundo.»

Está claro quién es la parte atrayente de esta pareja. En cuanto Dylan desaparece con la multitud, vuelvo a quedarme sola.

Me acerco, mientras tanto, a uno de los camareros para tomar una copa de champán, pero recuerdo el problema de mi marido y decido pedir un agua tónica.

—Vuelvo a encontrarte sola —oigo a mi espalda—, y yo vuelvo a venir en tu rescate.



—¿Qué haces aquí, Derek? —Le planteo la pregunta mientras me cercioro de la soledad de mi entorno.

—Te recuerdo que soy uno de los ejecutivos de tu esposo.

—Me refiero a qué haces hablando conmigo.

—Yo también me alegro de verte —replica con una mueca—. Por cierto, esta noche estás más espectacular que nunca.

Aún soy incapaz de entender cómo he podido mantener una aventura durante tanto tiempo con este tipo. Sí, vale, es bastante guapo, con su ondulado cabello claro, sus ojos grises y su bonita sonrisa de niño, además de que no soy de piedra y necesito un poco de sexo de vez en cuando, como todo ser viviente... pero, desde que me di cuenta del error que estaba cometiendo y decidí acabar con la relación, no puedo soportarlo. Es superior a mis fuerzas. Lo veo y me provoca un rechazo infinito.

—¿Dónde te has dejado a tu esposa? —le pregunto sin apenas mover los labios, mientras dirijo sonrisas forzadas a todo el que pasa por nuestro lado—. ¿En casita con tu hijo?

—¿Y dónde has dejado tú a tu marido? —contraataca—. Mejor dicho, ¿con quién?

—Vete a la mierda, Derek —le espeto, furiosa—. Márchate ahora mismo de aquí y búscate a cualquier otra con ganas de escuchar tus chorradas.

—El problema —replica muy ufano, después de darle un sorbo a su copa— es que ninguna otra está tan sola como tú. Se repite el patrón del año pasado, cariño, y puedes elegir igual que entonces: quedarte aquí languideciendo por un tipo que te encontrarás de nuevo follando con cualquiera... o venirte conmigo después de la fiesta. ¿Recuerdas lo bien que lo pasamos? Fue nuestro primer polvo y resultó tan espectacular que todavía no he logrado olvidarlo.

—Escúchame, gilipollas. —Estoy tan rabiosa que tengo que disimular como jamás en mi vida para no soltarle una bofetada aquí en medio—. No vuelvas a recordarme aquella noche, en la que había bebido más de la cuenta y me encontraba demasiado frustrada. Me hubiese valido cualquiera.

Lo dicho. Simplemente, me encontré tan sola y desamparada que refugiarme en los brazos de Derek me pareció que sería la solución a mi baja autoestima. Por fortuna, descubrí a tiempo que valgo demasiado como para ser el rollete de un hombre que aún tiene más problemas emocionales que yo.

—No fue la única vez, cariño —insiste—, ni el único polvo. Desde entonces nos vimos durante un buen tiempo. No lo pasarías tan mal.

—¿De qué coño vas, Derek? Te dije que se había acabado. ¿Qué necesitas para entenderlo?

—Oh, sólo tiempo, cielo. —Se me acerca para poder susurrarme al oído—. En cuanto descubras que tu marido sigue sin respetarte, volverás a mí. Ya lo he visto riendo con un par de rubias espectaculares que se lo comían con los ojos. Tal vez vuelva a darte plantón en el baile, como el año pasado.

—Que te jodan —le espeto.

Justo en este instante, aparece Dylan como surgido de la nada.

—¿Ocurre algo? —pregunta mientras nos mira alternativamente.

—Nada, Dylan. Derek sólo me ofrecía su compañía.

—Bonita fiesta, jefe. —El muy capullo levanta su copa, da un trago y desaparece de nuestra vista.

—No acaba de caerme bien —me comenta Dylan mientras lo vemos alejarse.

—Siempre habéis sido amigos.

—Lo sé, pero desde mi vuelta lo encuentro algo arrogante... como si supiese algún secreto que yo

desconozco.

—Queda muy poquito para nuestro baile —lo interrumpo antes de que sigamos hablando de Derek y sus secretos.

Lo tomo de la mano en el momento en el que la música cesa y Edmund coge el micrófono.

—Buenas noches, señoras y caballeros. —Se dirige a los elegantes invitados desde el atril—. Por tercer año consecutivo, nos encontramos aquí para celebrar el aniversario de la Fundación Robert Haynes, creada por su esposa, Maura, quien, a la muerte de su marido, decidió llevar a cabo esta gran labor filantrópica. Y de nuevo, su hijo y presidente de Haynes Corporation, Dylan, abrirá la recepción con un baile junto a su encantadora esposa, Cheryl. Gracias a todos ustedes por su asistencia y no olviden hacer sus donaciones, que para eso invitamos a los más ricos de la ciudad.

Se oyen algunas risas entre la concurrencia y todos se apartan para dejar el suficiente hueco libre para nosotros.

Los acordes de una bonita melodía que reconozco al instante comienzan a sonar y Dylan y yo comenzamos a bailar, tal y como ensayamos en Central Park.

—Has recordado lo que me gusta este cantante —le susurro, emocionada por el detalle de haberle pedido a la orquesta que cante *Perfect*, uno de los temas que interpreta mi pelirrojo favorito.

—Para algunas cosas tengo una memoria infalible. —Sonríe.

Durante los dos anteriores bailes, apenas me dedicó una mirada o una sonrisa, y mucho menos una palabra. Se limitó a moverse un poco mientras miraba por encima de mi cabeza. Y yo, únicamente, aproveché ese momento de cercanía para fantasear con la idea de ser la esposa de facto de Dylan Haynes.

Pero, esta noche, como esperaba, nada es igual. Dylan mantiene su rostro casi pegado al mío y ni siquiera tengo idea del ritmo de la música porque estoy perdida en la profundidad de sus ojos oscuros. Lentamente, se ha ido aproximando más a mí, hasta que su sien está pegada a mi sien. Me decepciona un poco que con este gesto deje de admirar su rostro y de disfrutar de sus intensas miradas, pero, a cambio, obtengo el roce de su pelo en mi mejilla, el calor de su aliento en mi cuello y el aroma de su perfume que nos invade. Es un nuevo olor, fresco y más juvenil, pero intenso y muy masculino al mismo tiempo. Es como imaginarlo desnudo en medio de un lago.

—¡Dylan! —le susurro, separando un poco nuestras cabezas para poder mirarlo—. ¿Has cambiado tu perfume?

—Sí —me contesta con una mueca—. La verdad, tenías razón. El que he usado siempre es fuerte y seco. ¿Te gusta más éste?

—Me encanta —respondo mientras hago una profunda inspiración—. Te va perfecto. ¿Lo has elegido tú?

—No, se lo comenté a Julie. Ella sabe de estas cosas y se entusiasmó en cuanto se lo pedí.

Me tenso y casi me convierto en el palo de una escoba. No me esperaba este jarro de agua fría.

—¿Te has acostado con ella para pagarle el favor? —No he podido parar mi lengua ante la imagen de ellos dos juntos.

—No —se limita a decirme... sin aspavientos o malas caras; sencillo y directo, como se ha vuelto él mismo últimamente.

—Lo has intentado muchas veces con ella —le recuerdo.

—Lo sé, pero ya no me apetece. Sólo es una amiga tuya y trabajadora de la empresa, nada más.

—¿Y por qué si puede saberse? —insisto—. ¿Las rubias altas, guapas y de grandes tetas ya no te

interesan?

—No, ya no me interesan —contesta exasperado—. Ahora sólo me gusta una mujer, y no es rubia.

—¿Quién? —pregunto, con el corazón en un puño. Me mira de una forma muy intensa, pero no puedo hacerme ilusiones, no debo. Al mismo tiempo, se pega mucho más a mí, de forma que mis pechos quedan incrustados en su tórax. Vuelve a bajar la cabeza para poder susurrarme con tranquilidad.

—Tú, Cheryl. Ahora sólo me gustas tú.

—Creo que es un poco tarde para eso —contesto sin mirarlo. Es una locura que mi corazón se haya desbocado ante una afirmación que no se cree ni él.

—Yo sólo sé —continúa susurrándome al oído— que ya no tengo ojos para otras mujeres, que sólo te deseo a ti. ¿Lo sientes? —Se aprieta contra mí hasta que puedo notar la rigidez de su miembro excitado—. ¿Sientes mi deseo?

¿Cómo lo hace para conseguirlo? ¿Qué tiene este hombre que vuelve a hacerme perder la cabeza tanto tiempo después?

Porque así me encuentro ahora, sin una pizca de raciocinio que pueda advertirme del peligro de volver a sentirme atraída por Dylan. Simplemente, me siento en la gloria entre sus brazos. Por unos instantes, creo olvidar el lugar donde nos hallamos y la gente que nos rodea, y yo misma me construyo una especie de cúpula que nos separa del resto, en cuyo interior borramos todo el pasado y los malos momentos para convertirlos en nuevos y mejores.

—Si estuviésemos solos —vuelve a susurrar—, te besaría de inmediato. —Ha levantado ligeramente el rostro y su boca está a un centímetro de la mía, emanando su aliento en mis labios entreabiertos.

—Ojalá estuviésemos solos —le respondo.

No me importa que sepa que yo también lo deseo, porque sé que nunca pasará nada. Si todo es una burda treta de las suyas para conseguir un fin, yo ya estaré preparada.

—Pues tus anhelos deben ser respetados.

Poco a poco, de manera casi imperceptible, me arrastra entre la multitud de parejas que bailan, atravesando la concurrida pista. Sin que nadie haya advertido su propósito, nos encontramos delante de una puerta, cuyo pomo gira para poder abrir. Echa una ojeada y, tras comprobar que no hay nadie, accedemos a una estancia que parece una sala de estar, para reuniones más privadas, con una mesa, varios sillones y estanterías con libros, flores y algunos licores. Nos basta la luz de los focos del jardín que entra por el ventanal, donde ondean unas vaporosas cortinas blancas.

—Ya estamos solos.

Delante de la misma puerta, me rodea con sus brazos y acerca su boca a la mía. En un principio, el roce de sus labios es suave y cálido, aunque algo indeciso, y pienso que tal vez sea porque no está del todo seguro de si yo soy lo que desea realmente.

—Tienes la boca más suave que he besado en mi vida —susurra con sus labios aún pegados a los míos.

Me quedo sin respiración ante sus palabras, pero su indecisión me advierte de que algo falla.

—No sigas, Dylan. No creo que debamos hacer esto.

—Yo también lo pensaba, Cheryl —su voz suena como si sintiera dolor—, pero ya no puedo reprimirlo más. Te deseo, te deseo con tanta desesperación que temo perder la poca cordura que me queda.

—Por favor, Dylan —ruego—, deja de decirme esas cosas. Ambos sabemos que tuviste tu oportunidad y la desaprovechaste, porque no soy lo que buscas en una mujer.

—Yo ya no busco nada —continúa susurrando—. Lo único que sé es que, si te hago el amor, tal vez desaparezca este continuo dolor que siento cuando estoy contigo, cuando te tengo cerca.

Observo sus ojos oscuros y suplicantes y me parece admirar a un hombre distinto del que conocía. Me late tan fuerte el corazón que me duele todo el pecho por reprimir lo que tanto tiempo llevo deseando.

—Bésame, Dylan —le suplico—. Bésame y que sólo pase lo que tenga que pasar.

Emite un ronco gemido antes de lanzarse contra mi boca y abrírmela con su lengua para lamer mis labios, mis dientes y mi propia lengua. Mi cuerpo tiembla como nunca al sentir que sus manos se enredan en mi pelo y van bajando por mi cuello mientras su pelvis se incrusta en la mía y produce ansiosas palpitaciones en mi sexo. Pero a nada puedo comparar el estremecimiento que me recorre el cuerpo cuando desliza los finos tirantes de mi vestido por mis hombros y deja al descubierto mis pechos desnudos.

Dylan deja unos segundos de besarme para admirarlos. Mis pezones se han vuelto tan duros que temo que exploten bajo su lujuriosa mirada. A continuación, acerca su cabeza y se introduce uno de ellos en la boca para chuparlo, lamerlo, succionarlo.

—¡Dylan! —Soy incapaz de frenar el grito que surge de mi garganta cuando mi cuerpo entero se torna caliente y pesado.

Dylan abre más la boca para chuparme más profundamente mientras con una mano abarca el otro pecho, que reclama también su parte de caricias.

Mi respuesta es mover las caderas en busca de lo que ansío. Mis manos tiemblan cuando se lanzan a desabrochar sus pantalones y me hago un pequeño lío con los botones por lo nerviosa que estoy, por lo que decido introducir una mano bajo la cinturilla y buscar el miembro hinchado y palpitante de Dylan. Cuando lo encuentro y lo acaricio, su boca emite un profundo lamento.

—Dios, Cheryl —jadea.

Vuelve a mi boca y me besa de forma todavía más intensa, casi ruda, mientras yo no dejo de trajinar con sus ropas e intento extraer su pene. Siento mi cuerpo en llamas al imaginarlo dentro de mí, al imaginar su piel desnuda junto a mi piel desnuda... Está claro que el deseo nubla mi mente y sólo puedo pensar en que me penetre ahora mismo, sea donde sea que nos encontremos.

Él tampoco deja de temblar. Percibo su agitada respiración mientras sigue lamiendo mis pechos con desesperación. Ya no puedo soportar más la espera y comienzo a deslizar mi mano con más fuerza sobre la suave piel de su erección.

Y, entonces, emite un brutal gemido y se aparta de mí con brusquedad. Está respirando con esfuerzo y sus ojos negros brillan más que nunca, pero no de la misma forma que antes. Parece querer absorber cada partícula de oxígeno que se encuentre suspendida en la habitación para poder recuperar su capacidad de respirar.

—¿Qué te ocurre, Dylan? —pregunto, preocupada.

De pronto, recuerdo su accidente y sus problemas con las drogas. ¿Y si le está dando un infarto o algo parecido?

—No me pasa nada —responde, algo más apaciguado—. Es sólo que creo que debo irme. Esto que estoy haciendo no está bien, no está nada bien. No puedo hacerte esto, Cheryl. Es un grandísimo error.

Recompongo a duras penas sus ropas, abre la puerta y desaparece tras ella, dejándome medio desnuda y con la piel aún ardiente.

\*\*\*

Llevo varios minutos en la misma postura, observando la puerta por donde se ha marchado Dylan, preguntándome qué coño ha pasado. Con esfuerzo por la rigidez de mis dedos, llevo los tirantes del vestido a su sitio para cubrir mis pechos, que todavía palpitan de deseo insatisfecho, lo mismo que mi sexo, húmedo y ansioso.

¿Qué he hecho mal? ¿Por qué tantos escrúpulos en un hombre que se ha acostado con un número insospechado de mujeres?

La respuesta a todas mis preguntas no puede ser otra que admitir que no me desea lo suficiente. Seguramente había pensado seducirme para tenerme en el bote, pero, cuando se ha visto en el ajo, le ha sido imposible seguir... como aquella vez... como en nuestra noche de bodas.

Intentando reprimir las lágrimas a toda costa, me miro en el cristal de una vitrina de la estancia y procuro rehacer mi moño en la medida de lo posible. Observo en la penumbra mi rostro desencajado y patético.

¡Otra vez! ¿Es que no voy a escarmentar en la vida?

Lo sabía, sabía perfectamente que volver a sucumbir ante Dylan era una mala idea, pero me ha parecido tan diferente, tan cambiado, tan decente...

Hace diez años que comencé a desear a Dylan, y creo que siempre he albergado cierto deseo por él en mi interior, que he intentado reprimir continuamente. En su momento me ilusioné, más tarde me decepcioné, luché contra ese deseo y vencí... hasta hoy.

Y, de nuevo, la gran decepción ante su frío y cruel rechazo.

«¿Y qué esperabas, gilipollas? ¡Es Dylan, por el amor de Dios, y eso no va a cambiar nunca!»

Abro la puerta para escapar del aire irrespirable que me rodea, intentando tragarme la vergüenza de volver a desearlo, la rabia de saber que se habrá reído a mi costa. Alzo la barbilla y me voy en busca de un camarero que tenga algo más fuerte para beber que una copa de champán. Cuando me sirve un whisky, le arranco el vaso para que no se moleste ni en echarme hielo y me lo bebo de un trago. El ardor que me baja por el esófago parece recomponer mi cuerpo y termina de hacer desaparecer cualquier resquicio de deseo por el cerdo de mi marido.

—Vaya, vaya. —De nuevo, la voz insidiosa y cargante de Derek vuelve a joderme la velada—. Parece que ya no estás tan contenta como antes del baile. ¿Será porque tu marido te ha dejado para largarse con una de sus amantes?

—Déjame en paz, Derek.

—No lo digo por decir —continúa pinchando—. Sal por la puerta cristalera del pasillo que da al jardín, ve en busca del mirador y lo comprobarás por ti misma.

Odio a Derek, pero, en este momento, odio mucho más a Dylan. Deseando sacármelo de la cabeza, hago caso a mi examante y camino hacia dicha puerta acristalada. La abro con cuidado, salgo al jardín, recorro un sendero de gravilla hasta el mirador... y ahí está, envuelto entre las sombras de la noche mezcladas con el resplandor plateado de la luna. Es Dylan, besándose con una mujer, abrazados los dos sobre un banco de piedra. Ella está encima de él, intentando quitarle la chaqueta, y, posiblemente, si me quedara unos minutos más aquí, sería testigo de una escena sacada de una

película porno.

Furiosa, asqueada, dolida, me doy media vuelta y voy en busca de mi bolso, de mi fular y de Derek.

—Llévame a casa, por favor —le pido—. No soporto ni un solo segundo más aquí.

# Capítulo 14

## *Dylan*

Mierda. Mierda, mierda y mierda. ¿Se puede saber qué coño me pasa y en qué cojones estoy pensando? ¿Voy a tener que hacerme un nudo en la polla para poder seguir con este maldito trabajo?

Hablando de nudos y de pollas, me duele todo el cuerpo por la frustración. Mi corazón todavía bombea sangre a toda velocidad y tengo que inspirar con todas mis fuerzas para restablecer el ritmo normal. Mis entrañas aún se sacuden y el deseo insatisfecho sigue latiendo en mis venas.

Mientras trato de abrocharme la ropa y arreglarme el pelo con los dedos, camino a grandes zancadas después de dejar a Cheryl sola en la sala donde hemos estado a punto de hacer el amor. Dios, no podré olvidar jamás la expresión de duda y dolor que ha asolado su rostro cuando le he dejado claro que no continuaría y que me marcharía.

No puede ser, ¡no puede ser! Esto no es más que un trabajo y no puedo seguir pensando en follarme a la mujer menos indicada del mundo... a la que estoy engañando, a la que tengo que utilizar para mis propios fines —o los de Edmund y Maura—, ¡de la que se supone que voy a divorciarme!, aunque ni siquiera estoy casado con ella ni con nadie...

Joder, esto es de locos. Si antes ya estaba mal de la cabeza, después de llevar a cabo esta maldita sustitución acabaré para que me encierren.

Pero es que hacía tanto tiempo que no sentía nada parecido... Cheryl acaba con todas mis razones, con todos los motivos que tengo para no enredarme con ella. Sé que, cuando me mira de la forma en que lo hace, en realidad no me desea a mí, a Logan Cavanagh, el más desastroso de los hombres, sino a Dylan, o al personaje que yo he creado, mezcla de los dos. Pero, aun así, no puedo resistirme a ella, a su piel blanca y suave, a sus ojos verdes, a su sonrisa sincera... Admiro su carácter y su lucha continua por sobrevivir entre la hostilidad de una familia para la que no cuenta una mierda, su honestidad, su tesón..., su cuerpo perfecto, que no puedo dejar de tocar porque su cercanía empieza a ser una necesidad más adictiva que cualquier vicio que yo arrastrara...

Vale, está claro que no me la merezco. En realidad, no merezco ni una puta papeleta del sorteo.

Para despejarme, decido salir un rato al jardín, ubicado en la parte posterior del hotel. Atravieso una de las puertas cristaleras del pasillo y, en cuanto pongo un pie fuera...

—¡Dylan! ¡Cariño!

Hostia, otra tía de la lista de amantes del ricachón. Son tantas que, aunque intenté aprenderme sus nombres, ya me he liado. Voy a tener que crear unas cuantas carpetas y agruparlas por color de pelo, altura o tamaño de sus tetas. Desde que llegué a su vida, el móvil me echa humo por las continuas llamadas y mensajes. Y ya se me han tirado encima tantas veces que se me han terminado las excusas para que me dejen tranquilo.

—Lo siento, preciosa —le digo pasando de largo—, pero me están esperando.

Antes de alejarme del edificio, vuelve a interceptarme otra, tan buenorra como la anterior. Tampoco recuerdo su nombre, a pesar de que se me acaba de pegar como una lapa. Tengo sus tetas casi metidas en la boca.

—Dylan, ¿cómo estás? No contestas a mis mensajes ni a mis llamadas. Te echo de menos, tesoro.

—Yo también a ti, cielo, pero me pillas muy liado... —Como puedo, la arranco de mi chaqueta, pero parece insistente, por lo que trato de despistarla escabulléndome entre las sombras de los arbustos que nos rodean.

Parece que lo he conseguido. Diviso una especie de mirador y decido sentarme un rato en uno de los bancos de los que dispone. Reclino hacia atrás la cabeza y dejo que la humedad de la noche refresque mis malos pensamientos sobre la inutilidad de mi vida.

—Hola, Dylan. Llevo rato intentando verte a solas.

Abro los ojos al advertir la voz y la presencia femenina. La reconozco. Es Brenda, una de las chicas que acompañaban al millonetero la noche del accidente; evidentemente es la que sobrevivió. Parece ser que esta atractiva modelo resulta ser algo más importante para Dylan que el resto de las chicas de su extensa lista.

—Hola, Brenda —la saludo. Siento lástima al contemplar su tristeza y los resquicios de las heridas que siembran la piel de su bonito rostro. Sólo son ya cicatrices, pero parece que son las que no se ven las que más perduran—. Perdona por no haberme puesto antes en contacto contigo. El ingreso en el centro, el trabajo, la prensa, que no me deja en paz...

—Tranquilo, lo entiendo. —Se sienta a mi lado y deposita su pequeña mano en mi mejilla—. Dios, qué ganas tenía de tocarte y sentir tu calor para cerciorarme de que sigues vivo.

—Yo también me alegré al saber que te recuperarías. —Rodeo con mis dedos su fina muñeca y deposito un suave beso en su mano—. Siento mucho lo de Erika.

—Todo fue por mi culpa. —Dos gruesas lágrimas brotan de sus ojos grises y se deslizan sobre sus aterciopeladas mejillas—. Nunca debí convencerte para ir a esa estúpida fiesta.

—No fue culpa de nadie, Brenda. —Enjugo sus lágrimas con la yema de mis dedos—. Tendremos que tratar de olvidar y proseguir con nuestras vidas.

—Tienes razón. —Suspira—. Ahora que has vuelto, sólo necesitamos volver a estar juntos. —Se incorpora para sentarse en mi regazo y rodea mi cuello con sus brazos—. Todos estos meses, primero en el hospital, después la rehabilitación... sólo el recuerdo de tus besos y tu cuerpo me mantenía con fuerzas.

Se acerca y posa su boca en la mía. Sus labios abren con destreza los míos en busca de mi lengua, que no puede hacer nada ante su asalto. Permito que recorra todo el interior de mi boca en espera de alguna idea y, antes de que pueda reaccionar, está intentando quitarme la chaqueta.

—Espera, espera —la detengo—. Por favor, Brenda, aquí no me parece que sea el lugar idóneo.

—¿Estás de coña? —me suelta, sorprendida—. Eso es lo que nos gusta a nosotros, Dylan. —Coloca una de sus manos sobre mi bragueta y comienza a acariciar mi miembro por encima de la tela. Seguro que lo nota duro todavía por el encuentro con Cheryl—. Nos excitan los lugares públicos, la posibilidad de que nos vean, los tríos y el sexo en grupo... ¿Ves? Ya estás empalmado. —Vuelve a besarme y dejo que su lengua se enrede con la mía unos instantes más mientras intento pensar en algo.

—Ya, bueno —titubeo, mientras aparto su boca y sus manos—, pero algunos de mis gustos han cambiado.

—No lo entiendo —me dice, exasperada—. ¿Cómo pueden variar tanto unos gustos? ¿Cómo pueden cambiar tanto las personas? ¡Incluso tus besos resultan fríos y mecánicos!

—Vamos, Brenda...

—¡Y una mierda, Dylan! —me corta—. ¡Eras capaz de hacer que me corriera con sólo besarme! ¿Qué coño te ocurre?



—Joder, Brenda, ¿te parece poco cambio tener que dejar el alcohol y las drogas? ¡Pues claro que he cambiado!

—Hasta has cambiado de perfume —dice, todavía contrariada—. ¡Siempre dijiste que te encantaba ese perfume porque era mi favorito!

—¿Te vas a cabrear porque he cambiado de colonia?

Intento tranquilizarla colocándola de nuevo sobre mi regazo. No me conviene en absoluto que esta mujer sospeche nada.

—Perdona —suspira—, pero es que... te veo tan distinto...

—Hemos estado a punto de morir, Brenda. Erika está muerta.

—Sí, sí, lo siento. Pero necesito tenerte para olvidar, para volver a sentir los latidos de mi corazón. Hagamos el amor, Dylan, por favor...

—Deja que termine con unos asuntos y después te llamo, cariño.

Una excusa torpe e infantil, pero sólo necesito ganar algo de tiempo.

—Está bien —vuelve a suspirar—, pero ha sido una pena. Hubiésemos cumplido una de tus mayores fantasías.

—¿Una de mis fantasías?

—Sí. —Nos ponemos en pie y ella desliza su lengua por mi oreja antes de susurrarme algo que le parece muy divertido y excitante—. Follar delante de tu mujer.

Un frío repentino congela hasta el último de mis huesos.

—¿A qué te refieres? ¿Has visto a Cheryl?

—Exacto. —Ríe satisfecha—. Estaba ahí, mirándonos. ¿Crees que se habrá excitado? Aunque no lo creo, porque se ha largado pitando.

—¡Mierda!

Me marcho corriendo del lugar en busca del edificio principal. Lo atravieso y, cuando llego a la salida, sólo me da tiempo a contemplar un coche donde se acaban de montar mi mujer y el capullo de Derek.

—¡Cheryl! —la llamo, pero el vehículo desaparece sumergido en la oscuridad de la noche.

—¡Joder —exclamo mientras introduzco mis dedos entre mi pelo y le doy unos cuantos tirones—, menuda cagada!

—Y de las gordas. —La voz de Edmund a mi espalda eleva un grado más mi irritación. Va acompañado de Maura, para más inri.

—Que te jodan, Edmund —le suelto, cabreado.

—No vayas detrás de ella —interviene Maura—. Sería algo demasiado extraño en Dylan. Te aconsejo que te instales un par de días en tu apartamento hasta que se le pase.

Observo cómo ambos se meten en el coche de la familia y se alejan del hotel y de mí. Genial. La noche no me ha podido ir peor.

En fin, creo que seguiré el consejo de «mi madre». Intentar aclarar las cosas ahora con Cheryl resultaría bastante complicado.

# Capítulo 15

## *Edmund y Maura*

—Te habrá parecido extraño que te haya pedido que viniésemos al hospital después de la fiesta.

—No importa, Maura. Puedes venir las veces que quieras. Yo te acompañaré cada una de ellas.

Todavía con su vestido de cóctel y sus perlas, Maura se sentó en la butaca que había junto a la cama de su hijo. Tomó su mano inerte y la envolvió con la suya, como siempre hacía. No hablaba, apenas pensaba. Únicamente se recostaba en la butaca, cogiendo la mano de Dylan, y se dedicaba a mirarlo. No era agradable verlo bajo aquella sábana blanca, con todos aquellos tubos introducidos por su boca y su nariz, rodeado de monitores y del silbido del respirador artificial..., pero era su hijo, y adoraba mirarlo de todas las maneras posibles.

Él siempre había sido tan guapo... Desde la adolescencia, montones de chicas del colegio hacían lo posible para pasar por delante de la casa para tener la oportunidad de verlo, y siempre supo que su hijo no sólo disponía de atractivo físico, sino también de encanto, carisma y una sonrisa que derretía a niñas, a jovencitas y hasta a las madres de ambas.

Edmund advirtió su congoja y se sentó en una silla para estar cerca de ella y tomarle la mano libre.

—Maura...

—¿Recuerdas, Edmund —lo interrumpió—, el primer día que ocupó su despacho en la empresa? Su padre estaba tan orgulloso...

—Yo también lo estaba —murmuró el abogado—. Hablando del pasado, ahora mismo tengo una clara imagen en mi mente: Robert acababa de contratarme como su abogado personal y tuve que presentarme en vuestra casa para ciertos asuntos de la corporación. Tú estabas en el salón, sentada en un sillón, esperando impaciente la llegada de tu marido para anunciarle tu embarazo. Hace más de treinta y dos años de eso y todavía recuerdo a la perfección el impacto que sentí al verte. Me enamoré de ti justo en aquel instante.

—Edmund, por favor, no vuelvas con eso. No es el momento.

—Perdona —suspiró—, pero quiero que entiendas que comparto tu dolor. Dylan es, en parte, hijo mío, porque siempre lo he querido, como he querido a su madre. Lo he visto nacer y crecer.

El silencio volvió a instalarse en la habitación de hospital. Como de costumbre, pasaron varias horas, aprovechando en aquella ocasión que fuera festivo al día siguiente. Sólo el murmullo de las entradas y salidas de las enfermeras que comprobaban los monitores les hacían creer que no estaban absolutamente solos.

—Es muy tarde, Maura —acabó diciéndole Edmund—. Vas a destrozarte la espalda si sigues ahí.

—Lo sé —suspiró ella mientras se levantaba—, pero las posibles dolencias de mi espalda me parecen una nimiedad cuando pienso en que vuelvo a dejarlo solo. Tengo tanto miedo de que muera solo...

—Vayamos, al menos, a tomar algo a la cafetería. Podemos regresar luego.

—De acuerdo. —Maura besó con fuerza la mano de su hijo antes de volver a colocarla sobre la cama.

—Hasta ahora, cariño.

Ambos se sentaron en una de las mesas de la cafetería, que a esas horas permanecía casi desierta. Sólo una pareja joven ocupaba una de las mesas, bebiendo de sus tazas en absoluto silencio mientras no miraban nada en concreto a través de la ventana que daba a la oscuridad de la noche.

Una empleada les sirvió un café a cada uno.

—Seguro —comenzó a decir Maura por romper el silencio mientras movía la cucharilla— que te estarás preguntando hasta cuándo voy a permitir esto.

—Sabes que nunca he cuestionado tus decisiones —respondió Edmund—, y mucho menos lo voy a hacer ahora. Es tu hijo y tienes todo el derecho a mantenerlo con vida. Este hospital recibe generosas donaciones de tu parte y no se atreverán a negarte los cuidados que deban profesarle a Dylan.

—Gracias, Edmund.

Maura alargó una mano y la depositó sobre la de su abogado y amigo.

—Lo que sí temo es la manera en que pueda afectarte esto, Maura. A veces creo que alargar la agonía es peor que cerrar este capítulo y pasar página.

—Lo sé, pero también está el tema de la corporación. Hasta que no sepamos qué está pasando realmente, que todo está atado y en buenas manos, no podemos correr el riesgo. Logan está aquí para tapar la grieta que se ha formado, pero no podremos mantenerlo aquí eternamente.

—Ése es otro asunto que te puede estar trastornando.

—¿A qué te refieres?

—Vamos, Maura... Sabes perfectamente que te estás aferrando a ese chico como si en cualquier momento pudiese convertirse en tu hijo. He visto cómo lo miras, cómo le hablas. Tienes que alejarte de su influjo y de...

—Edmund —lo interrumpió—, te agradezco de veras tu preocupación por mí, pero hay ciertos aspectos de mi vida que son míos y pienso solucionarlos como mejor me convenga.

—Oh, claro. Ahora sólo falta que me digas que únicamente soy tu maldito abogado y que no me preocupe tanto por ti.

—Por supuesto que no. Eres mi amigo, siempre lo has sido.

—Pero es que yo me he sentido más que tu amigo, Maura. Te quiero. Te sigo queriendo después de todos estos años. Y sé que tú aún sientes algo por mí. La noche que pasamos juntos fue tan maravillosa...

—Hace siglos de eso —lo interrumpió de nuevo—. Nunca quise engañar a Robert.

—Lo sé, pero el corazón, a veces, consigue que hagas cosas que tu propia razón no entendería. Nos enamoramos a pesar de tenerlo todo en contra, pero no podíamos hacer nada, porque estabas casada; eso lo entiendo... pero ¿y ahora? Tu marido murió hace tres años; estamos solos, la vida pasa y no espera.

—Creo que será mejor que dejemos esta conversación que no nos lleva a ninguna parte.

Retiró su silla y se puso en pie.

—Nunca entenderé —replicó Edmund— que, siendo la mujer más valiente, inteligente y racional que he conocido, te comportes de una forma tan cobarde a la hora de admitir tus sentimientos. Únicamente eres capaz de demostrar tu amor materno, y eso siempre que no haya nadie delante.

—Márchate de aquí ahora mismo —exigió Maura enfurecida—. Voy a pasar la noche con mi hijo y no te necesito para nada.

Con una mezcla de tristeza y rabia, Edmund observó cómo Maura desaparecía por el corredor, dejando atrás la estela del sonido de sus tacones, la vaporosa tela de su vestido y el perfume que llevaba acosando sus sueños desde hacía más de treinta años.

# Capítulo 16

## *Cheryl*

La ira que me inunda hace que lo vea todo de color rojo. El problema es que esa ira no está provocada únicamente por el cabrón de Dylan, sino por mí misma, por la puta situación que todavía mantengo con él.

Maldito sea el día en que acepté casarme con él. Y maldito sea el día en que volvió y lo creí más encantador que nunca. ¡Lo odio ahora más que antes!

Derek continúa conduciendo su BMW. No deja de mirarme de reojo, seguro que esperando el momento para soltarme alguna de las chorradas que tanto me enervan. Estoy tan furiosa que tengo ganas de cometer alguna gilipollez, alguna locura. Estoy cansada de que me ninguneen, harta de que jueguen conmigo y hastiada de no poder tomar mis propias decisiones.

—Para el coche, Derek.

—¿Ahora? Todavía faltan un par de manzanas para llegar a tu casa.

—¡He dicho que pares el puto coche, joder!

—Está bien, está bien. —Me obedece y estaciona junto al bordillo. Estamos en una de las tranquilas calles residenciales de Queens. No se oye un alma y ninguna de las farolas de la calle proyecta su luz sobre nosotros.

De pronto, y ante la estupefacta mirada de Derek, bajo los tirantes de mi vestido y dejo expuestos mis pechos desnudos.

—Fóllame, Derek —le exijo—. Fóllame ahora mismo.

—¿Aquí? ¿En el coche?

—¿Tienes algún problema por follar en tu coche?

—Dios, Cheryl —gime mientras se deshace del cinturón de seguridad y se lanza sobre mí—. Lo sabía. Sabía que me seguías deseando. No dejes que ese cabrón te haga creer algo que no existe. Yo existo, Cheryl, y estoy aquí.

Emito un jadeo cuando siento el peso de su cuerpo sobre mí. Su boca ha aterrizado directamente sobre la mía, lo mismo que sus manos en mis pechos. Lame y muerde mis labios y mi lengua al tiempo que pellizca y retuerce mis pezones. Cierro los ojos cuando el placer comienza a invadirme, aunque sólo sea porque imagino que son otras manos y otra boca las que me lo producen.

Y todavía me cabreo más al tener esos pensamientos. Desesperada por mi propia rabia, comienzo a forcejear con sus pantalones mientras él me sube el vestido y me baja las bragas para acariciar mi sexo. Sus dedos conocen el camino a la perfección y se adentran con pericia en el interior de mi cuerpo al tiempo que baja su cabeza para lamer mis pechos.

—No hagas que me corra así —le ordeno cuando sus dedos bombean en mi vagina—. Quiero tu polla dentro de mí...

—Joder, cariño. Haces que arda entero. Me vuelves completamente loco de deseo...

Derek cesa sus caricias y me deja tan fría que creo que acabo de despertar de un sueño absurdo.

—¿Qué coño haces? —le grito—. ¿Por qué paras?

—Estoy buscando los condones —responde mientras abre la guantera del coche y trajina en su

interior—. Creo que tengo una caja por aquí.

Y, exactamente, eso acabo de hacer, despertar de un sueño irracional.

—Joder —gruño mientras me subo los tirantes del vestido y las bragas, y me bajo la falda—.

Estoy fatal de la cabeza.

Abro la puerta del vehículo, salgo a la calle y comienzo a caminar por la calzada. El eco del sonido de mis zapatos retumba entre los coches aparcados, los árboles que bordean las aceras y las casas apagadas y dormidas.

—Estoy loca —no dejo de murmurar—, loca de remate. No sólo me pongo a follar en un coche, sino que lo hago con Derek. Maldito Dylan, que tenía que volver para desquiciarme del todo.

—¡Cheryl! —grita Derek desde su BMW—. ¿A dónde vas?

—A casa, capullo.

—Maldita sea —se desespera y vuelve a arrancar el motor para perseguirme a la velocidad de mis pasos—. Deja que te lleve yo, al menos.

—No quiero —respondo sin dejar de andar—. Necesito que me dé el aire. Creo que he debido de tener un ataque de locura si he intentado follar de nuevo contigo.

—Te lo dije, Cheryl —insiste—. No hace falta que entre nosotros haya nada serio, pero sí podemos consolarnos mutuamente. A mí no me importa que vuelvas conmigo cada vez que te la juegue el cabrón de tu marido.

Freno en seco y me giro hacia la ventanilla desde la que me habla.

—No necesito consuelo, Derek, ni de ti ni de nadie. No te necesito a ti, ni a Dylan ni a ningún hombre. Quiero estar sola. ¿Puedes entenderlo?

—No hace falta que me lo recalques como si fuera imbécil —me recrimina—. Que intente hacerte reír, satisfacerte o que vuelvas conmigo no significa que sea un completo gilipollas.

Lleva parte de razón. He pagado todas mis frustraciones y mis malas decisiones con él, que lo único que desea es estar conmigo.

—Lo siento —suspiro—, pero es lo que intentaba decirte todo este tiempo, Derek. Tengo demasiados problemas como para añadir una aventura sexual con un hombre casado. Además, no es eso lo que quiero. Siempre he anhelado una relación verdadera, con amor real; compartir mi vida con una persona que quiera compartir la suya conmigo. Y si no tengo eso, prefiero no tener nada.

—Si cambias de opinión —me dice antes de aumentar la velocidad—, ya sabes dónde estoy.

Su coche desaparece calle abajo mientras contemplo las brillantes luces traseras difuminarse en la oscuridad.

\*\*\*

Hacía tiempo que no me molestaba la presencia de Adeline un sábado por la mañana. No me apetece levantarme o desayunar, mucho menos tener que encontrarme con ningún habitante de la casa.

—Mi niña Cheryl —me dice mientras abre las cortinas—..., sabes que no acostumbro a venir a tocarte las narices cuando sé que estás durmiendo, pero casi es mediodía, y tú no sueles estar tanto tiempo en la cama.

—No estoy durmiendo —rezongo—. Estoy perezosa, nada más.

—Pues podrías aprovechar para moverte por la mansión sin tener que toparte con ningún Haynes —me confiesa, divertida.

—¿A qué te refieres? —Aparto la sábana y me levanto de la cama—. ¿No está Maura?

—Pues no —contesta, muy ufana—. La señora no ha vuelto todavía.

—Qué extraño... —murmuro antes de hacer la siguiente pregunta, la que más temo—. ¿Y Dylan?

¿Tampoco está?

—Me temo que no, mi niña. Su dormitorio está vacío y su cama, sin deshacer.

Claro. Debe de haber vuelto a su apartamento con su amante, o amantes. Menudas preguntas estúpidas hago de buena mañana.

—Tienes razón, Adeline —le digo mientras busco ropa cómoda en mi vestidor—. Voy a darme una ducha mientras me preparas café. Bajaré a tomármelo al porche trasero.

—Ahora mismo te lo hago. Ah, y atiende a tu teléfono. Lleva vibrando toda la mañana.

Me lanzo en pos del preciado aparato cuando Adeline se marcha. Creo que, en lo más recóndito de mi corazón, brilla una triste y leve esperanza que me crea la ilusión de pensar que pueda encontrarme con algún mensaje de Dylan.

Pero la única triste aquí soy yo, porque los mensajes son de mis amigos, que exigen unos cuantos cotilleos sobre el baile de la fundación. Mi respuesta es decirles que pueden escucharme contarles todo en persona si se presentan en mi casa. Les aclaro que yo soy la única Haynes que la ocupa ahora mismo, puesto que la presencia de Maura suele incomodarlos bastante. Mejor dicho: cuando ella está, ni se acercan.

Bajo con rapidez la escalera, atravieso la cocina y salgo al frescor del porche situado en la parte de atrás de la casa. Sobre la mesa, tengo preparada una gran jarra de café y todo un servicio para tomarlo. Con la taza llena del oscuro líquido, me reclino en la hamaca acolchada y voy dando pequeños sorbos mientras espero a mis amigos, que tardan un suspiro en aparecer. Bueno, sólo las chicas y Oliver. Liam suele cooperar con otras entidades durante el fin de semana para ayudar a la población de los barrios más marginales de la ciudad.

—Oh, oh —suelta Oliver nada más sentarse en otra de las hamacas—, menuda cara me llevas, guapa. Ni con una piscina llena de ese café podrías quitarte las ojeras y ese careto de mala pécora estreñida. ¿Problemas con tu follable marido?

—Y tan follable —gruño—. Anoche lo volví a pillar durante la fiesta echando un polvo al aire libre con su amante favorita.

—¿Con la viciosa y depravada Brenda? Oh, cariño, *je suis désolé*<sup>1</sup> —dice mi amigo con un aspaviento cargado de pluma—. Pensé que, cuando volviera a caer, lo haría con un poco más de clase.

—Y esta noche no ha dormido en casa por primera vez desde su supuesta rehabilitación —les aclaro.

—Pedazo de cabrón miserable y retorcido —se queja Oliver—. ¿Cuánto ha tardado en caer? —le pregunta a Valerie.

—Algo más de un mes —bufa ésta.

—Lo siento, cariños míos —dice Oliver mientras se aplaude a sí mismo y extiende su mano—, pero me debéis veinte dólares cada una.

Las chicas, entre quejas, sacan los billetes de sus bolsos y se los ofrecen a Oliver mientras lo acribillan a insultos.

—¿Qué significa esto? —exclamo alucinada—. ¿Habéis apostado dinero a mi costa?

—No tiene nada que ver contigo, corazón mío, sino con tu marido *follatodo*. Aquí, nuestra

Valerie, apostó que volvería a las andadas en menos de dos semanas. Yo calculé un mes, y Julie, como no podía ser de otra forma, dijo que tu comestible marido había cambiado definitivamente.

—Aún lo sigo creyendo —interviene la aludida—. Puede ser un malentendido o que lo que viste no fuera realmente...

—Deja de soñar, querida —replica Valerie—. Que te pidiera consejo para comprarse un perfume que le gustara a Cheryl no significa que, de pronto, vaya a convertirse en san Dylan Mártir.

—Qué desilusión —suspira Julie.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —me pregunta Valerie—. Dudo mucho que te hayan quedado ganas de seguir haciendo de guía espiritual de Dylan.

—Hablaré con Edmund —respondo—. Si me redacta un buen acuerdo de divorcio, firmaré a tal velocidad que no tendrán tiempo ni de ver cómo hago las maletas. Si me pone trabas, lo redactaré yo misma y obligaré a Dylan a firmarlo si no quiere que le haga la vida imposible, a él y a su madre.

—El horrible señor Sanders —murmura Oliver mientras se lleva teatralmente la mano a la garganta—. Me parece un hombre tan siniestro...

—No digas chorradas —contesta Valerie—. Aunque, en todo caso, a mí tampoco me parece muy de fiar.

—Yo ya no me fío de nadie en esta casa —farfullo—. Empezaba a hacerlo en Dylan y ya habéis visto.

—¿Por qué no haces una cosa? —De pronto, Oliver nos sorprende con su repentina intervención—. ¿Por qué no te presentas en su estiloso apartamento y lo pillas in fraganti en una de sus orgías?

—¡Claro! —lo apoya Valerie—. ¡Una puta prueba de infidelidad! ¿Por qué no lo habremos pensado antes?

—En su día llegamos a un acuerdo —les confieso—. Cada uno haría su vida, sin tener que molestar al otro. Por no hablaros del anexo que me hizo firmar su padre, en el que me comprometía, en caso de divorcio, a no enturbiar la dignidad de ninguno de los miembros de la familia. Estaba claro que conocía ya a su hijo.

—Yo iría de todas formas —insiste mi amiga—. Sería una buena forma de abrirte los ojos y aceptar de una vez por todas que no hay nada que hacer.

—Seguro —prosigue Oliver— que te lo encuentras desnudo, rodeado de mujeres y hombres igualmente desnudos, desparramados sobre camas, sofás, suelos y demás superficies, fornicando como bestias salvajes que...

—¡Por el amor de Dios, Oliver! —lo acalla Valerie—. ¡Cállate antes de que se te haga la boca agua!

—Uf, lo siento, me he venido arriba.

—De todos modos, tenéis razón —comento—. Nunca he estado en su apartamento y me gustaría ver de primera mano el antro que se tiene montado para sus fiestecitas sexuales. Es más. —Me pongo en pie—. ¡Pienso ir ahora mismo!

—¿A dónde piensas ir?

Mis amigos congelan sus risas y yo casi me tambaleo cuando oímos a mi espalda la voz imponente de Maura.

—Al apartamento de Dylan —afirmo sin titubeos.

Ella permanece en silencio unos segundos y, después, emite su respuesta encogiendo sus hombros.

—Me parece bien. Y ahora —dice, mirando a mis amigos con hostilidad—, voy a acostarme y no



quiero el más mínimo ruido.

¿Le parece bien, me ha dicho?

—¡Dios —murmura Oliver cuando Maura desaparece—, qué susto! Casi me caigo de la silla al ver aparecer a Cruella de Vil.

—¿Y esas ropas? —comenta Julie—. Iba demasiado elegante para ser mediodía. ¿Era el vestido que llevaba anoche en el baile?

—Pues sí —respondo con el ceño fruncido—. Tienes razón. No se ha cambiado desde ayer.

—Está clarísimo —interviene Valerie—. ¿No lo veis? Viene de pasar la noche con su inseparable abogado.

—Han estado follando horas y horas y se deben de haber quedado dormidos —se mofa Oliver, riendo—. Parece que la arpía es humana, a pesar de todo.

—Que hagan lo que les dé la gana —les digo—. Si no os importa, voy a cambiarme. Tengo que hacer una visita sorpresa.

—Sí, sí, por supuesto —responde Valerie mientras los tres se ponen en pie—. Una vez ha llegado la gran señora, nosotros abandonamos el castillo.

# Capítulo 17

## *Cheryl*

Me encuentro ya en el interior del lujoso edificio donde se ubica el apartamento de Dylan. Las puertas del ascensor se han abierto en el elegante vestíbulo que precede a su ático, el único de la última planta. Me acerco a la puerta y dejo la mano suspendida en el aire unos instantes antes de tocar el timbre. A pesar de haber imaginado cientos de veces lo que hay al otro lado de esta puerta, no puedo evitar sentir una fuerte congoja en el pecho al comprender que voy a comprobarlo en este momento. Tengo que convencerme a mí misma de que no puedo pasarlo mal porque Dylan haya elegido esta vida. Lo más probable es que abra la puerta cualquier mujer en bragas y me confunda con otra de sus amiguitas.

Echo un vistazo a mi indumentaria, más moderna e informal que de costumbre. Llevo un *short* vaquero, un *top* blanco y unas sandalias planas, así que, sí, resulta factible que vayan a tomarme por una nueva integrante de la bacanal.

Por fin, toco el timbre. No oigo ni una mosca al otro lado y están tardando en abrir. Seguro que están todos tan ocupados que no se enteran de nada, o tan cansados que siguen durmiendo, por lo que decido aporrear la puerta a puñetazo limpio. Tras unos pocos golpes, finalmente, la puerta se abre... pero no es ninguna chica medio desnuda la que aparece, sino el propio Dylan.

Dios, creo que se me ha secado la boca por la falta de sangre, pues mi corazón acaba de pararse ante semejante visión. Es cierto que Dylan es todo un monumento vestido con trajes caros, pero no estaba preparada para encontrármelo con un simple pantalón de algodón y una ajustada camiseta blanca. Sus pies asoman descalzos, su cabello está revuelto y su mandíbula presenta un asomo de barba que jamás se había dejado.

Joder, me dan ganas de llorar por asumir que este hombre no es mío, que jamás ha sido mío. Siento una corrosiva envidia por todas y cada una de las mujeres que han conseguido adorar su cuerpo, algo que yo nunca tendré.

—¿Cheryl? —pregunta con voz ronca, sorprendido ante mi intromisión.

—¿Qué tal, Dylan?

Decidida, paso por su lado, apartándolo para que me deje entrar, y accedo al salón principal de la vivienda. Cierra la puerta mientras contemplo mi entorno.

Estoy un poco desconcertada, pues esperaba encontrarme con una escena como la descrita por Oliver, pero no hay ni rastro de eso. El estiloso salón está perfectamente ordenado y sus muebles de diseño permanecen vacíos. El único síntoma de vida es la luz y el sonido que desprende la gran pantalla de televisión que hay colgada en una de las paredes. Están emitiendo un antiguo *western* de Gary Cooper.

—¿Ocurre algo, Cheryl? —me pregunta.

—Nunca había estado aquí —le confieso mientras me acerco al resto de las habitaciones para echar un vistazo. Por cierto, nada que se acerque a una reciente noche de desenfreno: ni una copa, botella, prenda de ropa interior o un solo objeto fuera de su sitio.

—Lo sé —contesta.

—Supongo que nunca he pintado nada en este lugar.

—¿Por qué has venido? —insiste.

—Te vi con Brenda, tu amante, en el jardín del hotel... después de que me dejaras tirada en aquella habitación; desapareciste, Dylan. Aunque supongo que debería estar acostumbrada a esos desplantes tuyos. Ni siquiera sé qué estoy haciendo aquí. —Me llevo una mano a la frente y al pelo.

—¿Pensabas encontrarme aquí con ella? —me plantea—. No pasó nada.

—¿Me vas a decir que no te lo montaste con ella en el mirador? —le suelto—. Por el amor de Dios, Dylan, no me creas idiota. Os vi. Aunque ¡qué más da! Me importa una mierda lo que hagas. Quiero el divorcio ya, Dylan. No voy a esperar ni un día más.

—Estás nerviosa, Cheryl. ¿Por qué no te sientas y hablamos?

—¡No! —grito fuera de mí—. ¡No quiero sentarme! ¡Quiero divorciarme!

Respiro con dificultad y las lágrimas comienzan a quemar mis ojos. ¡Joder! ¿Cómo puede estar ahí, tan tranquilo y tan perfecto? ¡Me dan ganas de matarlo!

—Levanta los brazos —me dice de pronto. Estoy a punto de soltarle un puñetazo, pero acabo decidiendo hacerle caso—. Dame tus manos y respira profundamente.

Enlazamos nuestras manos, cierro los ojos e inspiro hasta que no puedo más.

—Ahora, suelta el aire despacio.

Vuelvo a obedecer y empiezo a tranquilizarme un poco.

—Alguien me enseñó esta técnica y suele funcionar. —Sonríe.

Esa maldita sonrisa llega a producirme hasta dolor cuando la siento clavarse en el centro de mi pecho. Suelto sus manos de forma brusca y me aparto de él antes de que caiga rendida a sus pies.

—Deja de hacer eso.

—¿El qué?

—¡Comportarte como si yo fuera una de tus admiradoras o tus amantes! ¡Una mujer dispuesta a todo por acostarse contigo!

—Tú no eres una de ellas —afirma—. Eres especial, diferente, mil millones de veces mejor. Ni siquiera se me ocurriría compararte con nadie.

Me siento derrotada, pero a la vez dispuesta a todo. Ya no tengo nada que perder, por lo que exponerme a Dylan no creo que vaya a perjudicarme más.

—¡Pues resulta que todas ellas se han acostado contigo! —grito de nuevo—. ¡Pero a mí me manoseas un poco y decides que ya no puedes seguir! ¿Qué te ha pasado, Dylan? ¿Te han entrado asco o remordimientos?

—Por Dios, Cheryl, cómo puedes pensar algo así...

—¡No sé, dímelo tú, que eres el que me ha dejado tirada medio desnuda! Jamás me habían hecho sentir más poca cosa, Dylan, y mira que tú y tu madre sois expertos en eso.

—Lo siento, de veras —se disculpa al tiempo que titubea y se pasa una mano por su áspera mandíbula—. Pero te juro que no es por nada de lo que piensas. No he podido seguir adelante por motivos que no entenderías, pero...

—¡Oh, cállate! —lo interrumpo—. ¡Ni se te ocurra inventarte cualquier tipo de excusa barata! Quedas mejor diciendo que ha sido porque soy especial. ¡Tan especial que ni siquiera me has rozado en cinco años!

—Sé que hace mucho tiempo que tú y yo no estamos juntos, pero...

—¿De qué coño hablas, Dylan? ¿Mucho tiempo? Al final va a ser cierto que las drogas te han

secado cada puta neurona. ¿Acaso no recuerdas que tú y yo jamás consumamos nuestro matrimonio?

Parece sorprenderse, pero, al segundo, su rostro adopta una expresión de arrepentimiento. Por mí, se lo puede meter donde le quepa.

—¡No me mires con esa cara de inocente! No tuvimos noche de bodas, a pesar de que te esperé toda la noche en la cama. —Intento calmarme mínimamente para no parecer una histérica—. ¿Y sabes cuándo volviste? A la mañana siguiente. Apareciste con síntomas de haber bebido, con olor a perfume femenino y manchas de carmín hasta en las orejas. Todavía llevabas puesto el traje de boda... —Intento recomponerme antes de ponerme a llorar como una tonta—. Te pregunté dónde habías estado y me contestaste: «Follando, como todo el mundo en su noche de bodas».

Dylan aún permanece quieto y callado, como si permitiese que me desahogara evocando mis amargos recuerdos.

—Yo te dije —prosigo— que se suponía que debías haber estado haciendo eso, justamente, pero con la novia, que era yo. Y tu respuesta, como deberías recordar, fue: «¿Contigo? Por favor, Cheryl, sería como hacerlo con mi hermana. Nunca te he visto de otra forma; nunca te he deseado como mujer».

«Nunca te he deseado como mujer... », repito en mi mente.

Dios, todavía me duelen aquellas palabras como cuchillos afilados en mi corazón, pero para él debió de ser poco más que una anécdota. Ni siquiera las recuerda.

—No sé qué decirte —me confiesa—, excepto que ya no soy aquel hombre, que he cambiado.

Sin apenas darme cuenta, comienza a dar pasos lentos para acercarse poco a poco a mí. Todavía permanezco en tensión, con los puños apretados, luchando a muerte por no llorar.

—Que, como ya te dije, no me interesan todas esas mujeres; que, a pesar de luchar contra ello con todas mis fuerzas, te deseo tanto que he descubierto lo mucho que llega a doler —muy despacio, levanta un brazo y acaricia mi mejilla con las yemas de sus dedos. Una ola de calor trepa por mi espalda con la sutil caricia—; que me parte el alma verte así.

—Así, ¿cómo? —le pregunto cansada.

—No sé... Triste, enfadada, abatida.

—Di más bien asqueada, Dylan —confieso—. ¿Y sabes lo mejor? O lo peor, según se mire. Que nada más verte, cuando has abierto la puerta, mi primer sentimiento no ha sido de rabia, odio ni nada parecido. Ha sido de envidia.

—¿De envidia?

—¡Sí, joder, de envidia! He envidiado a todas esas mujeres que pudieron tocarte, que lograron besarte, que consiguieron follarte. ¡No imaginas las veces que he fantaseado con ser una de ellas y me he preguntado por qué no podías mirarme de la misma manera!

De pronto, Dylan se convierte en un borrón. A velocidad imposible, se lanza sobre mí, me agarra de la cintura y me estampa contra la pared. Su rostro se ha vuelto implacable, sus ojos parecen más oscuros que nunca y su apariencia, tan salvaje que apenas parece él mismo.

—Pues entonces —susurra con voz ronca—, entenderás cómo me siento yo. Porque llevo tanto tiempo deseándote que, si no te follo ahora mismo, soy capaz de cometer una locura.

A la mierda todo. Acabo de olvidar el divorcio, sus amantes, sus dañinas palabras en la noche de bodas... todo. Sólo soy capaz de pensar en su mirada de lujuria, en mi ardiente deseo por tocarlo. Decidida, agarro el borde de su camiseta y tiro de ella para sacársela por la cabeza.

Oh, Dios. Tengo que cerrar y abrir los ojos varias veces para cerciorarme de que lo que tengo

delante es real, que no es uno de mis ardientes sueños. Levanto la mano y coloco mi palma sobre el magnífico tatuaje que siempre he ansiado tocar, pero que apenas he pedido ver de pasada. Con toda el ansia acumulada en años, me lanzo sobre su pecho y comienzo a lamer y morder su piel tatuada.

—Cheryl... —gime mientras hunde sus dedos en mi pelo.

Dios, sabe a gloria. Sería capaz de pasarme así la vida, besando y lamiendo su hermoso cuerpo. Él parece pensar lo mismo, porque levanta mi cabeza y busca mi boca para besarme con una pasión incontrolable. Su lengua penetra hasta lugares de mi boca que jamás han sido explorados, y yo respondo con la misma ansia. Deja de besarme un instante para sacarme el *top* por la cabeza y, a continuación, el sujetador, para devorar mis pechos como haría un hambriento. Mientras tanto, sus manos tiran con fuerza hacia abajo de mis *shorts* y mis bragas y me deja desnuda en un suspiro.

Mi respuesta es hacer lo mismo, pues agarro el borde de su pantalón para bajarlo hasta sus tobillos y que él se deshaga de él de una patada. Todo es tan rápido, tan salvaje, tan alucinante...

Nos permitimos un receso para que él abra el cajón de un mueble y saque un preservativo de su interior. Debe de ser que los hay por todas partes, pero no quiero pensar. Hoy no. Sólo puedo deleitarme en admirar a Dylan, desnudo, poderoso. Quedan superadas todas mis fantasías, pues la visión de su cuerpo es única e incomparable. Jamás lo imaginé tan musculado y perfecto.

Me está mirando mientras se coloca el condón. Su rígido y grueso miembro apunta hacia mí y no puedo dejar de contemplarlo, embelesada.

—Voy a follarte, Cheryl —me anuncia, sin titubeos—, aquí mismo, de pie, contra la pared, porque no voy a esperar ni un segundo más. Si has cambiado de opinión, vete antes de que pueda arrepentirme.

—No me iría de aquí —le respondo— por nada del mundo.

Apenas he pronunciado la última sílaba, Dylan levanta mi pierna izquierda, la coloca alrededor de su cintura y, de un certero golpe de cadera, me penetra hasta la empuñadura.

—¡Dylan! —grito cuando me siento atravesada por semejante fuerza.

Él no dice nada. Se limita a mirarme, mejor dicho, a devorarme con su mirada, mientras comienza a embestir a una velocidad que jamás imaginé que pudiera existir. Sus golpes de pelvis provocan que mi sexo arda, que mis entrañas se estremezcan y que de mi garganta surjan gemidos incontrolables del placer abrasador que siento.

Me aferro con ambas manos a sus glúteos, aunque apenas puedo clavar mis uñas por la dureza de sus músculos. Pero necesito agarrarme a algo, porque no sé si me produce más placer su mirada ardiente, que no pierde detalle de mis expresiones, o los golpes incesantes de su polla en lo más hondo de mi anatomía. Mis pechos rebotan en su tórax, su boca expulsa sus gemidos en mi boca, su lengua se desliza por mis labios...

Y ya no puedo soportarlo más. Mi cuerpo se parte en infinidad de partículas brillantes cuando me alcanza el orgasmo. Grito, jadeo, resuello, pero Dylan no tiene piedad y continúa bombeando, con la misma fuerza, al mismo ritmo. De pronto, mi pierna derecha ya no puede aguantar el peso y cede, por lo que no puedo hacer otra cosa que dejarme caer, deslizando mi espalda por la pared, hasta quedar tendida en el suelo con el pesado cuerpo de Dylan sobre el mío. Él sigue penetrándome sin piedad, sin descanso. Me aferro esta vez a su pelo, a su espalda y, cuando creo que ya no me quedan fuerzas, vuelvo a explotar en un segundo orgasmo, tan intenso y maravilloso que todo mi ser se sacude violentamente. Al mismo tiempo, Dylan alcanza su propio clímax. Emite un grito ensordecedor, clava sus manos en mi carne, se convulsiona, y acaba cayendo sobre mí.

Ambos permanecemos varios minutos así, enredados, sudorosos, agotados, desmadejados sobre la dureza del suelo del salón. Apenas tengo constancia de dónde acaba mi cuerpo y dónde empieza el suyo.

—Jamás imaginé —le digo, transcurrido ese tiempo— que fuera éste tu secreto para atraer tanto a las mujeres a tu cama.

—¿A qué te refieres? —me pregunta, aún sin moverse.

—A que siempre pensé que serías un amante elegante, comedido, apasionado..., pero resulta que tu estrategia es dejarlas destrozadas de puro placer salvaje. Seguro que mañana tendré agujetas.

Se incorpora un poco apoyando un codo en el suelo para poder mirarme. Yo todavía permanezco en una extraña postura, pero me siento incapaz de mover un músculo. Sus ojos ya no están tan oscuros, sino un poco más brillantes. Y, como no podía ser de otra forma, ese brillo me está produciendo infinidad de aleteos en mi vientre.

—Ven conmigo —acaba diciendo, al tiempo que se deshace de mi pegajoso cuerpo para poder levantarse y cogerme en brazos.

Me lleva hasta el baño, cuya enorme ducha ocupa todo un lateral. Abre la mampara y nos introduce a ambos en el interior del habitáculo, repleto de orificios para dejar salir el agua. Me apoya en una de las paredes cubierta de gresite y activa una palanca para que nos alcancen los chorros laterales. El agua comienza a caer sobre nuestras cabezas mientras Dylan me cubre con sus brazos. Me siento en la gloria.

—Humm —murmuro—, tampoco imaginaba que las trataras tan bien después de echarles tu polvo salvaje especial. Tu éxito con las mujeres es totalmente merecido.

De pronto, Dylan vuelve a cortar el agua. Abro los ojos cuando lo percibo y puedo observar su rostro impregnado de furia contenida.

—¿Podrías dejar de hablar de otras mujeres? Ahora mismo estoy contigo y no pienso en nadie más, ni te he comparado con nadie, ni he pensado qué estrategia seguir mientras te hacía el amor. Te deseo a ti, Cheryl, única y exclusivamente a ti. ¿Tanto te cuesta entenderlo?

No sé si será el rey de la mentira o un buen actor, pero a mí me parece que sus palabras están cargadas de sinceridad. Además, no tengo por qué echarle nada en cara. Nadie ha hablado de futuro, de proyectos ni de nada. Estamos aquí, siguiendo nuestros deseos, sin pensar en la extraña situación que protagonizamos. Él me desea, lo ha dejado más que claro. Y yo lo he deseado durante más de diez años. Si dejé de hacerlo durante un tiempo, he vuelto a desearlo a su vuelta con mucha más fuerza.

Está claro que mis palabras no han tenido otro cometido que atacarlo y ayudar a desahogarme, por todo lo que me ha hecho pasar todos estos años..., pero tiene razón al decir que él, en ningún momento, ha ido de experto follador nato.

Dylan parece un poco molesto cuando sale de la ducha. Se seca y me ofrece una toalla mientras se coloca el pantalón de algodón que llevaba puesto. Yo me pongo su camiseta, que me cubre prácticamente el trasero. Para relajar un poco la situación, me dirijo a la cocina para mirar dentro de la nevera por si encuentro algo de beber. Ríe cuando me encuentro varias estanterías repletas de botellas de agua, con o sin gas. Aunque frunzo el ceño cuando distingo algo al fondo de uno de los estantes. Introduzco la mano, aparto unas cuantas botellas y localizo la bebida «intrusa».

—¿Qué es esto, Dylan? —le digo—. ¿Una lata de cerveza?

Se me quedo mirando sin saber qué decir. Hasta diría que ha palidecido un poco. Y no puedo

evitar reír por dentro al verlo casi indefenso ante lo que supone mi ataque.

—¿Cómo es posible? —insisto—. ¿Dylan Haynes rebajándose a beber latas de cerveza? Pensé que sólo bebías el mejor champán francés o el whisky escocés más caro.

Tengo que morderme el labio inferior para intentar no reírme.

—Incluso diría —prosigo, ante sus gestos titubeantes—, que al entrar en tu apartamento me ha llegado olor a tabaco. Pensaba que serían restos del olor de tus fiestas pasadas, pero no. Creo que era olor reciente, demasiado reciente. Me atrevería a decir que por eso has tardado en abrirme, para deshacerte de la prueba del delito.

—Te prometo que he dejado las drogas duras y los alcoholes destilados —confiesa—. Te lo juro, Cheryl..., pero a veces necesito...

—Dylan —le corto—, era broma. Sólo lo decía porque antes no lo hacías. Creo que siempre te pareció una bajeza beber cerveza en lata o fumar en público. No ha sido mi intención echarte un sermón; sólo me ha hecho gracia.

Coloco la palma de mi mano sobre su áspera mejilla. Me estremezco cuando recibo decenas de descargas eléctricas a través de mi palma por los suaves pinchazos de su incipiente barba.

—Nunca te había visto con la barba tan crecida —comento—. Te queda bien. Te hace parecer más humano y menos inaccesible.

—Había pensado en dejarme crecer la barba. —Sonríe—. Estar tan pendiente de afeitarme para tener la piel siempre perfecta me hace perder demasiado tiempo.

—¿Tú? —exclamo—. ¿Con barba?

—No te gusta, supongo.

—No es eso. No sé... Lo único que te puedo decir en este momento es que, si por no afeitarte un día me has raspado la piel al besarme, no quiero ni imaginar cómo me dejarías si te dejases barba.

Ambos reímos y creo que he aligerado el ambiente. Incluso diría que Dylan me está mirando de una forma muy maquiavélica mientras avanza hacia mí y me hace retroceder.

—Así que te he raspado al besarte —me dice, travieso—. ¿Nunca te han dado «el beso de la vieja»?

—¿Qué es eso? —pregunto mientras me alejo.

—Ven aquí, querida —dice imitando la voz de una anciana—, que voy a darte un beso. No me tengas miedo, sólo es un beso...

Antes de que pueda escaparme, se lanza sobre mí y coloca su barbilla encima de mi ojo para comenzar a restregar su aspereza contra mi piel.

—¿Qué te parece mi besito, guapa? ¿Te gusta?

—¡Basta! —le pido entre risas—. ¡Me vas a dejar la cara hecha una mierda!

Entre forcejeos, acabamos cayendo al suelo. Dylan continúa torturándome con sus pinchazos, imitando la voz de la viejecita.

—Toma más besitos, mi niña. Toma, toma...

—¡Para ya, Dylan, por favor! —jadeo sin poder dejar de reír. Pataleo sobre el suelo mientras él está tumbado sobre mí, pero soy incapaz de hacer nada contra su peso y su fuerza.

Tras unos minutos de risas e infructuosa lucha por mi parte, Dylan deja de martirizarme y me mira, todavía riendo a carcajadas, tirados los dos sobre las baldosas de la cocina.

—Muy gracioso —le digo—. Me habrás dejado el ojo como un tomate maduro.

—Tranquila, sigues estando preciosa.

Silencio. Ahora sólo se oyen nuestras respiraciones y casi el impacto de nuestras miradas. Ambos sabemos que es la primera vez en nuestra vida que hacemos el tonto, jugamos y reímos juntos de esta manera en un momento tan íntimo, y ese pensamiento nos ha afectado. Al menos sé que me ha pasado a mí, porque el dolorcillo que sentía en el vientre desde que he entrado en este apartamento se acaba de transformar en un dolor punzante, agudo y profundo.

Dios, me estoy colgando de nuevo de Dylan y eso me da un pánico atroz. Porque, todos estos años, me ha sido muy fácil olvidar al hombre egoísta, mujeriego y esnob en el que se había convertido; sin embargo, apartarme del nuevo Dylan, mucho más cercano, sincero y sencillo, que a la postre no cesa de perseguirme, va a resultarme muy duro.

—Deja de agasajarme y levántame de aquí —le digo—. Por si no lo habías notado, seguimos tirados en el suelo.

Me hace caso y tira de mí hasta ponernos de nuevo en pie.

—Bueno, Dylan. ¿Al final piensas invitarme a esa cerveza o qué?

—Yo...

—Vamos, sólo una para los dos. Entiendo perfectamente que te sea difícil renunciar a todo lo anterior y que te des el gusto de una cerveza y un cigarrillo. Seguro que tu médico no te pone ningún impedimento si lo haces de forma comedida.

—Me ha dicho que no pasa nada.

Sonríe mientras tira de la anilla y me ofrece la lata. Doy un generoso trago y se la devuelvo para que haga lo mismo.

—Y a un pitillo, ¿vas a invitarme?

—Eres una mala influencia, cariño.

Se gira, abre un armario de la cocina y saca un paquete de tabaco y un mechero camuflados en una lata de galletas.

Por cierto, me ha llamado «cariño»... y ha sonado tan natural...

No parece haberse dado ni cuenta. Extrae un cigarrillo del paquete, me lo ofrece y me lo coloco entre los labios para que me lo encienda. Doy una larga calada y expulso el humo mientras él hace lo mismo con el suyo.

—Sentémonos aquí mismo.

Dylan se sienta en una de las sillas de diseño de la cocina y yo lo hago en su regazo. Me rodea la cintura con un brazo, colocamos los pies sobre la barra y continuamos bebiendo cerveza y fumando. Me parece una escena tan espontánea y cotidiana, que, por un diminuto instante, me da por pensar en la posibilidad de seguir juntos, de continuar casados.

Lo sé, lo sé, me he vuelto loca. Él es Dylan, y pensar en una quimera así sólo puede ser debido a un ataque de locura.

—¿Fue muy duro tu tiempo en la clínica? —decido preguntarle aprovechando la intimidad y la cercanía que parecemos haber conseguido.

—Bastante —suspira tras dar una calada y expulsar el humo—. Lo peor era estar encerrado entre aquellas paredes, sin poder salir, sin poder hablar casi con nadie. Sobre todo, no poder ver a ciertas personas que echaba mucho de menos.

Su expresión se vuelve lúgubre y perdida, y me conmueve a la vez que me entristece por no conocer sus pensamientos más íntimos, por no formar parte de sus preciados recuerdos.

¿Quiénes serían esas personas a las que echaba tanto de menos?



—Lo siento mucho, Dylan —me lamento—. Pero ya acabó. Saliste y tu vida ha mejorado muchísimo. Mírate, ni siquiera pareces el mismo.

—¿Por qué dices eso? —pregunta algo incómodo.

—Pues porque estás aquí tirado, en tu cocina, dando tragos de cerveza en lata y fumando cigarrillos baratos. No llevas traje y corbata, estás descalzo y hoy no te has afeitado. ¿Te parece poco?

—No parece un cambio muy agradable —comenta con una mueca.

—A mí me encanta —murmuro después de dar la última calada y tirar la colilla a la lata vacía—.

Y, por si todo eso no te parece suficiente, acabas de hacer el amor conmigo.

—¿Eso es lo que más te ha gustado de mi cambio? —pregunta con una sonrisilla engreída.

—No seas capullo. —Le doy un puñetazo en el hombro y volvemos a reír.

—Por cierto, ¿podrías guardarme este secretillo? No le digas a Edmund ni a mi madre que escondo cervezas y tabaco en casa.

—¿Cómo un adolescente rebelde? —suelto elevando ambas cejas.

—No te lo tomes a broma —me pide con un mohín—. Aguantar sus sermones es algo que me saca de quicio.

—Te entiendo, y me halagas —le digo, emocionada—. Nunca imaginé que sabría algo de ti que ni tu madre ni tu abogado supieran. Guardaré tu secreto encantada.

No tiene ni idea de lo que supone para mí que me ponga por encima de ellos. Mi pecho acaba de hincharse, mis músculos se han derretido y mi corazón bombea litros de felicidad.

—No te aproveches ahora de mí y utilices mis secretos en mi contra —comenta, bromeando conmigo.

—Bueno... —hago ver que pienso—, lo de aprovecharme de ti no me parece mala idea. —Tiro del bajo de la camiseta que llevo puesta y me la saco por la cabeza para quedarme totalmente desnuda sobre su regazo—. O podrías aprovecharte tú de mí —susurro antes de bajar la cabeza para besarlo.

—Nos aprovecharemos mutuamente —murmura contra mi boca.

Sus manos se posan sobre mis pechos y los masajean antes de pellizcar mis pezones. Me retuerzo sobre su regazo hasta que me pongo a horcajadas con cuidado de no caernos de la silla. La incomodidad del lugar no hace sino más excitante el momento.

Porque vuelvo a desearlo, y no entiendo esta fuerza de mi deseo, que me quema por dentro sólo de pensar en tocarlo. No sé si han sido los años de espera y frustración o el cambio sufrido por él, que lo ha transformado en una mezcla perfecta de belleza y corazón.

Y ahora sé que él también me desea a mí con una fuerza parecida.

—Cheryl... —gime mientras besa mis pechos y me sujeta por las caderas—, me pasaría la vida adorando tu cuerpo. Eres tan hermosa... Te deseo, y te deseo a ti, únicamente a ti.

Clava ligeramente sus dientes en mis pezones y una oleada de placer inunda mis venas. Y cuando aparta sus labios para recorrer mi cuello y acabar hundiendo su lengua en mi boca, mi sexo vuelve a humedecerse y a llenarse de ansia por él. Aparto el elástico de su pantalón mientras él alarga la mano hacia el cajón de la mesa, saca un preservativo y se lo pone.

Vale, tengo que volver a obviar que este hombre guarda condones en cada rincón de su casa. Es más que posible que haya follado justo donde ahora nos encontramos, pero soy experta en apartar ese tipo de pensamientos y sobrepongo la idea de saber que ahora está conmigo, que me desea a mí; que

ha conseguido que cambie un fuerte sentimiento de odio, albergado durante años, por una nueva emoción que me da miedo pronunciar.

—Cabálgame, Cheryl —gime con voz ronca—. Disfruta conmigo.

Me coloco sobre su miembro y bajo de un golpe hasta sentirme totalmente empalada. Me agarro a sus hombros, él busca mi boca, lame mi lengua, mis pechos, acaricio su tórax y vuelvo a besarlo..., y todo ello sin dejar de subir y bajar a gran velocidad sobre su grueso miembro. Tras varias acometidas más, Dylan se pone rígido, yo me arqueo y ambos estallamos en un dulce orgasmo que nos asalta al mismo tiempo.

Al cabo de un minuto de resuello, estoy a punto de decirle que la incomodidad me está ganando, pero me interrumpe el sonido del timbre de la puerta.

—¿Esperas a alguien? —le pregunto mientras intento desligarme de su abrazo.

—No. —Frunce el ceño y se sube con rapidez el pantalón mientras yo me pongo la camiseta. Me quedo en la retaguardia cuando él camina hasta la puerta y la abre.

—¿Brenda? —le oigo exclamar—. ¿Qué haces aquí?

—Me dijiste que me llamarías, Dylan, pero me he cansado de esperar y he decidido venir por mi cuenta.

# Capítulo 18

## *Dylan*

No puedo ni describir el impacto que acabo de recibir con la sorpresa de la visita de Brenda. No se puede ser más inoportuna, presentándose justo en el momento en el que estoy con Cheryl, cuando acabamos de hacer el amor por segunda vez. No me da tiempo a reaccionar, y ella, muy segura y sonriente, entra en el apartamento como la que está acostumbrada a hacerlo cuando le viene en gana. Sin embargo, la sonrisa se le congela de forma automática en cuanto advierte la presencia de Cheryl, que está apostada junto al marco de la puerta de la cocina.

—¡Joder, Dylan! ¿Qué hace ella aquí?

—Cheryl está ahora conmigo —contesto con total convicción—. Será mejor que te vayas, Brenda.

—¡No puedes estar hablando en serio! —grita de forma despectiva—. ¿Con tu mujer? ¡Eso es imposible! ¡Me dijiste muchas veces que ella jamás pondría un pie en este lugar!

Mis ojos ya han volado hacia Cheryl y el dolor se agita dentro de mí cuando contemplo su expresión triste y decepcionada.

—Estoy hablando en serio, Brenda. Y, como puedes comprobar, sí, es posible.

—Pero ¡qué coño le pasa al mundo! —grita desquiciada—. ¡Y qué coño te pasa a ti! ¿Ya no recuerdas lo que me decías de ella?

—Por favor, Brenda —trato de apaciguarla para que se calme y no siga hablando.

—¡No te preocupes, yo te lo recuerdo! —De pronto, se aparta de mí y camina hacia Cheryl. Mi pánico va en aumento—. O, mejor, se lo digo directamente a ella.

La pobre sigue pálida y sin decir una palabra.

—Tú nunca has significado nada para Dylan —le espeta—. No eres más que un bulto en su vida. Sólo le sirves para mantener el paripé al que le obligó su padre para ser el presidente de la corporación y espera con ansia el momento de vuestro divorcio para poder presentarme como su novia oficial. Se deshará de ti como de un grano molesto.

—Cállate, Brenda —le ordeno, cabreado—. Eso era antes del accidente. Ahora las cosas han cambiado. Yo he cambiado.

—Eso es lo único que sabes decir, que has cambiado —me escupe con desdén—. Nadie cambia tanto, Dylan. Te reías de ella, ¿no te acuerdas? —me dice señalando a Cheryl—. Pues yo sí recuerdo las veces que decías lo patética que te resultaba, que no sabías qué te producía más, pena o aversión; que te daba grima pensar en tocarla, pero que sentías lástima porque sabías que acabaría en el mismo agujero de donde tu padre la sacó.

—Creo que será mejor que me vaya.

Cheryl comienza a buscar y recoger sus cosas. Observo perfectamente cómo tiembla de indignación.

—Tú no te vas a ninguna parte. —La agarro de un brazo y la hago detenerse—. Escúchame, Brenda, porque no te lo voy a volver a repetir: te aprecio, pasamos buenos momentos juntos, pero mis sentimientos ya no son los mismos. Quiero rehacer mi vida y hacerlo junto a mi mujer. Voy a alejarme de la vida autodestructiva que llevaba antes, algo que sólo puedo hacer alejándome de ti y

de las drogas.

De pronto, la mirada de Brenda se torna oscura, ominosa y cargada de ira. Se acerca, se coloca frente a mí y clava sus ojos en los míos como si pudieran chupar y aspirar mis pensamientos. Incómodo, desvío la mirada.

—Mírame, Dylan. ¡Mírame! —La obedezco y mantenemos durante varios segundos los ojos puestos el uno en el otro. Después, ella misma los aparta y se dirige a Cheryl—. Me voy, pero no por lo que pensáis, sino porque lo que está pasando aquí es demasiado extraño.

—Márchate, por favor —le pido mientras abro la puerta y le indico el camino. Ella me obedece, pero después de despedirse soltando lo que más estoy temiendo.

—Yo que tú —se dirige a Cheryl—, me aseguraría de quién es este tipo antes de hacerme ilusiones... porque yo no creo que sea Dylan. Y tú —insiste—, ¿estás segura de que es tu marido? Piénsalo. —Y desaparece por el vestíbulo hasta el ascensor.

Cierro la puerta y me quedo clavado en el suelo. Apenas me atrevo a mirar a Cheryl, después de oír la terrible sospecha que ha lanzado Brenda. Cuando me atrevo a girarme hacia ella, contemplo su figura estática, sus miembros rígidos y su mirada perdida.

No debo darle tiempo a que piense, y mucho menos a que analice las palabras de Brenda.

—Cariño —le digo mientras doy dos rápidos pasos y abrazo su cuerpo frío y tenso—, no le hagas ni caso. Está cabreada y lo ha pagado contigo. Lo siento, lo siento mucho.

—Tenía la sensación de sobrar aquí —contesta, aún dentro del abrazo—, de estar presenciando una pelea de enamorados.

—Ya no hay nada entre ella y yo —la tranquilizo.

—Pero fue importante para ti, lo mismo que tú para ella.

Cheryl se aparta de mí, aunque deja que la siga cogiendo de los brazos.

—No te lo voy a negar —le explico—, pero eso sólo fue mientras mi existencia se basaba en las fiestas y la diversión. Pensar en Brenda es pensar en aquella vida, y ya no la quiero, Cheryl. Quiero esta vida, la que estoy comenzando contigo.

—No me digas esas cosas, por favor.

Ahora sí que se aparta del todo. Creo que está haciendo un enorme esfuerzo por no llorar y eso me parte el corazón... porque la estoy convenciendo de algo que no voy a poder cumplir. Le voy a prometer cosas que no pueden suceder jamás. Creía que lo hacía por mandato de Edmund y Maura, para que Cheryl no exigiera el divorcio demasiado pronto, pero empiezo a pensar que, cuando la consuelo o la reconforto, lo deseo de verdad, y empiezo a temer estar volviéndome paranoico.

Porque yo no soy Dylan, y tampoco me comporto como él. He usurpado su identidad, pero le hago sentir y pensar como Logan, y empiezo a no saber ni quién soy.

—¿Me oyes, Dylan? —me grita cuando me ve divagar—. ¡No me hagas esto!

—¿El qué? —le pregunto, cogiéndola de nuevo de los brazos—. ¿Decirte que no puedes ni debes sentirte mal por culpa de unas personas que no te merecen? ¿Decirte que a mí sí me importas?

—Deja de decir eso —susurra—. Tú únicamente me has deseado como a un juguete nuevo, pero nada más. Sé que sólo ha sido sexo, Dylan, porque sé cómo eres, cómo has sido siempre y cómo seguirás siendo.

—¿Estás segura de lo que estás diciendo? —Aparto un mechón castaño de su cara y se lo coloco detrás de la oreja, por lo que se hace más evidente su expresión de desaliento. Dios, daría cualquier cosa por confesarle que me gusta y me importa de verdad, a pesar de no ser quien digo ser; que ella

es la única verdad en medio de una gran mentira—. Para mí no ha sido sólo sexo, Cheryl, y sé que para ti tampoco. —Vuelve a dejarse abrazar por mí.

—No puede ser, Dylan, esto que está pasando...

—Deja que suceda, cariño. No pasa nada, no tengas miedo.

Siento cómo sus brazos se afianzan con más fuerza a mi cuerpo y me traspasan el miedo que realmente está sintiendo. Y lo sé porque es el mismo miedo que siento yo.

## Capítulo 19

### *Cheryl*

—¿Qué te ocurre, mi niña?

Adeline me conoce tanto que sabe que no estoy bien. Ha visto cómo he entrado en casa y me he dirigido directamente a mi cuarto, donde sigo dándole vueltas a tantos impactos recibidos en tan poco tiempo. Así que se ha presentado en mi habitación, se ha sentado en mi mullida butaca de color blanco y ha tirado de mí para que me siente en su regazo. Como cuando era niña, me he refugiado en su pecho mientras ella peina mi cabello con sus amorosos dedos.

—Vamos, cuéntaselo todo a Adeline.

—Tengo miedo —confieso, abrazándola más fuerte.

—Es por ese marido tuyo, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he visto cómo lo miras, o la mirada perdida que pones cuando piensas en él, algo que no veía desde que eras casi una chiquilla, cuando te enamoraste de Dylan. Nunca te había vuelto a ver así, ni con ese *pichafloja* de Derek, ni con ninguno de esos novios inútiles que alguna vez te has echado.

—Porque sólo he estado enamorada una vez en la vida, Adeline, y, como tú has dicho, sólo era una niña. Y ahora, una década después, vuelvo a enamorarme, para colmo del mismo hombre. La idea no puede resultar más aterradora. De nuevo, enamorada de Dylan Haynes. ¿Cómo ha podido pasarme esto?

—Porque, a pesar de ser el mismo hombre, no es la misma persona.

—¿A qué te refieres?

Envarada, le hago la pregunta al recordar las perversas palabras de Brenda... «¿Estás segura de que es tu marido?», pero las alejo rápidamente de mi cabeza. Su antigua amante estaba tan cabreada que sólo ha ido para hacernos daño.

—Me refiero a que su cambio ha sido tan grande que ha conseguido caerme bien. —Ríe—. En serio, mi niña, tengo que admitir que se está ganando nuestro corazón, sobre todo el tuyo. Lo que no sé es si esto será definitivo o tiene fecha de caducidad.

—Eso es lo que temo. —Suspiro—. No quiero hacerme ilusiones, Adeline. No sé si creerle y confiar en él, o es que lo deseo tanto que lo acabo creyendo. Han sido tantos años soñando con este cambio, que ya no tengo claro si soy objetiva.

—Eres muy joven para pensar tanto —me dice—. La vida me ha enseñado que no puedes hacer demasiados planes. Yo me pasé mucho tiempo planificando el futuro de mi hijo y mi propio futuro junto a mi marido, para que luego Dios decidiera arrancarlos de mi lado. Te aconsejo que no le des tantas vueltas, mi niña, que vivas y disfrutes hasta que los designios del Señor te señalen el camino.

—Creo que el Señor tiene demasiadas cosas que hacer como para preocuparse por mí —replico con una mueca.

—No me seas blasfema —me riñe—. Deberías venir más a la iglesia conmigo. Un domingo de éstos te obligaré a acompañarme.

—Está bien —río—, pero sólo para oírte cantar góspel en el coro de tu iglesia. Ella refunfuña y yo vuelvo a reír. Objetivo cumplido.

\*\*\*

Al pasar junto a la recepción, saludo a Julie, que ya está absorta en las continuas llamadas telefónicas que recibimos a primera hora de la mañana. Me saluda con un gesto con el que me comunica que más tarde tendremos que ponerla al día.

Por supuesto, hoy tengo que dar el parte, al menos, a dos que yo me sé.

Saludo también a Liam, que conversa con uno de los nuevos contables, y entro en mi despacho. Ahora, sólo tengo que contar hasta diez. Uno, dos, tres...

—¡Buenos días, mi capullo de rosa! —Por supuesto, Oliver vuelve a ser puntual. Y, como ya esperaba, viene cargado con una inmensa caja de donuts de todos los sabores y un gran capuchino—. Tenemos tiempo de desayunar un poco antes de empezar a trabajar, ¿verdad, corazón?

—Yo no pienso montar el numerito de gay cotilla —gruñe Valerie—. Pienso preguntarte directamente qué coño pasó con el cretino de tu marido e inminente exmarido. Aunque seguro —bufa— que tanta amabilidad por parte de Oliver es para sonsacarte detalles sobre las escenas de sexo que pudiste encontrarte al llegar.

—Perdona, bonita, pero no soy tan depravado. Lo que más me interesa es mi amiga. —Se dirige a mí—. Pero ¿te encontraste al semental de Dylan en pleno polvo? ¿Había más gente? ¿Tenía montado un trío con la viciosa de Brenda y alguna de sus amiguitas?

—Ya veo tu interés. —Valerie pone los ojos en blanco.

—Pues no, Oliver —contesto sonriente. Me llevo a la boca mi donut favorito, el de chocolate, y mastico satisfecha—. No había nada de eso. Dylan estaba solo. Completamente solo.

—Ay, Dios —murmura Valerie—. Conozco esa cara: sonrisa tonta, ojos perdidos, mejillas sonrosadas... ¡Es la cara de haber follado! Recuerdo perfectamente que fui yo quien descubrió tu lío con Derek, porque te vi esa misma cara al día siguiente de la fiesta del año pasado. Joder... —refunfuña con los ojos muy abiertos—. ¡Te has tirado a Dylan!

Siento un calor repentino en las mejillas. Mierda, no he podido evitar ruborizarme.

—¡Mala pécora! —exclama Oliver—. ¡Y estás tan tranquila comiendo donuts! ¡Escúpelo todo ahora mismo!

—No entiendo tanto alboroto —les digo—. Vosotros mismos me habéis aconsejado docenas de veces que tenga sexo y, a poder ser, que no sea con ninguno de los tipos casados con quien lo suelo tener.

—Pues éste también está casado. —Oliver me mira con una expresión tan excitada, que me dan ganas de saltar y reír con él.

—Pero conmigo. —Río.

—Tú... —interviene Valerie, con menos ganas de broma—, ¡estás loca, joder! ¡¿Cómo se te ocurre?! ¡Acostarte con Dylan! ¿Se te ha olvidado todo lo que has sufrido por él?

—No, no lo he olvidado —contesto, envarada—, pero ya habéis visto que ha cambiado. Me ha dicho que ahora sólo quiere estar conmigo y quiero descubrir si es cierto.

—¿Y el revolcón con Brenda? —insiste—. ¿Te lo follaste después de verlo haciéndoselo con ella?

—Un malentendido —explico.

—¿Y lo creíste?

—¿Quieres parar de echarle la bronca —exclama Oliver— y dejar que dé algunos detalles?

Cheryl, cariño, explica algo. Apíadate de este ser ávido de conocimiento.

Ignoro a mi amigo.

—Sí, lo creí. Brenda se presentó en el apartamento y él la echó a patadas de allí.

—Te creía más inteligente, Cheryl. —Valerie se cruza de brazos y me mira con una lástima que se me clava en el pecho—. A pesar de enamorarte de él al principio, supiste ver el hombre que era, con el que no tenías nada que hacer. Pero me da la impresión de que siempre soñaste con que un día cambiaría y se daría cuenta de que existías. Ese día llega porque se la pega con su Ferrari y decide dejar de drogarse, pero sólo es algo temporal, Cheryl. Te hará daño y lo sabes. Volverás a llorar por su culpa, y entonces ya no me conformaré con despotricar e insultarlo. Iré a por él y le daré tal patada en los huevos que se le quitarán las ganas de joder en todos los sentidos.

—Me ha dolido sólo de oírlo.

Todos nos giramos cuando captamos la varonil voz de Dylan. Estábamos tan absortos en nuestra conversación que ni siquiera hemos notado que se abría la puerta.

—¿Dylan? —le pregunto—. ¿Qué haces aquí, aparte de escuchar conversaciones ajenas?

—Invitarte a cenar. —Se inclina ante mí y apoya las manos en mi mesa—. Tengo mucho trabajo y tal vez no tenga tiempo ni de hacerte una llamada, por eso he preferido bajar e invitarte en persona. —Su sonrisa acaba de iluminar toda la estancia, y su presencia y su ancho cuerpo han llenado todo el espacio. Y sus ojos oscuros... Dios, me siento absorbida por ellos—. ¿Qué me dices? ¿Tienes planes?

—Hoy no. —Sonrío—. Podemos quedar a las siete.

—Perfecto.

En su tierna expresión puedo leer que desea besarme pero que prefiere no hacerlo con público. Se retira de mi mesa, se aleja hacia la puerta y, antes de marcharse, se dirige a Valerie.

—Cheryl es ahora mismo la única mujer de mi vida. Si un día la hago llorar, dejaré que me des esa patada que has prometido. —Dicho esto, desaparece tras la puerta.

—Puedes estar seguro —murmura mi amiga.

—¡Nunca lo hubiese imaginado! —Oliver ya estaba tardando demasiado en hacer su aportación—. ¡Le gustas, mi capullo de gardenia! ¡Ese hombre está loquito por tus huesos!

—Se te ha llenado la boca con la palabra «hombre» —gruñe Valerie.

—Es que ése es mucho hombre, bonita.

—¿Cómo sabes que le gusto? —le pregunto.

—¿Perdona? —Máximo gesto con pluma, pestañeo incluido—. ¿He sido el único en advertir cómo te ha mirado? Ese hombre guapo y viril acaba de hacerte el amor con la mirada, guapa. Sus ojos negros eran como dos grandes penes que suplicaban penetrarte aquí mismo.

—¡Por favor, Oliver! —suelta Valerie—. ¡Deja de ser tan cerdo! ¿Tu novio no te da caña?

—Ya quisieras tú, bonita. Lo que pasa es que no reconoces el romanticismo ni aunque lo tengas delante de tus narices.

—¿Dónde está el romanticismo cuando hablas de enormes penes penetrando?

De pronto, dejo de escuchar la absurda conversación de mis amigos. Sólo soy capaz de pensar en mi cita de esta noche con Dylan. Porque, como ya les he dicho a ellos, pienso averiguar si de verdad



puedo tener alguna esperanza con él.

\*\*\*

Un poco antes de la hora acordada con Dylan, hago todo lo posible por escabullirme de mis amigos. No es por nada, pero sé que me van a acribillar a consejos y, aunque comprendo perfectamente que lo hacen porque me quieren, en estos momentos prefiero no dejarme influenciar por ellos. Quiero descubrir poco a poco y por mí misma las intenciones de mi atractivo marido.

Después de atravesar el abarrotado vestíbulo, salgo a la calle, donde hemos quedado por un mensaje de WhatsApp. Me coloco las gafas de sol y oteo el horizonte en busca de Dylan o de un taxi en el que me pueda estar esperando, pero no lo localizo. No quiero entrar en pánico. Tal vez vaya a retrasarse por alguna reunión o llamada a última hora...

—¡Cheryl!

Oigo mi nombre y reconozco su voz. Llama mi atención levantando un brazo, mientras se deja caer sobre un coche apostado junto a la acera. Camino hacia él y, mientras lo hago, contemplo su impresionante figura.

Si siempre me había parecido el hombre más atractivo de la tierra, ahora, que he probado su cuerpo, que lo he disfrutado, siento una honda emoción al contemplarlo. Es una sensación que me oprime el pecho, pero que, al mismo tiempo, me produce un increíble sentimiento de libertad. Me siento liberada al comprender que, por fin, no tengo que restringir mis deseos ni mis emociones.

Me planto delante de él, que sigue apoyado en el capó de su coche. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho, su mechón sigue tan rebelde y me mira con una fascinante expresión, entre dulce, traviesa y lujuriosa. Lo desnudaría aquí mismo y lo adoraría.

De pronto, frunzo el ceño cuando vuelvo al mundo y comprendo lo que significa que me esté esperando junto a un Ferrari.

—¡Dylan! —exclamo, preocupada—. ¿Vas a conducir? Pensaba que no te apetecería hacerlo debido al accidente.

—Me apetece hacerlo ya. —Sonríe, sin cambiar la postura—. No puedo pasarme toda la vida evitando hacer algo que me produce miedo. Cuanto antes me enfrente a ello, mejor. Ya me he dado una vuelta en él y no lo hago tan mal. ¿Qué me dices? —Me abre la puerta del acompañante y me invita a entrar con un gesto—. ¿Confías en mis cualidades? Te aseguro que hoy no he bebido ni una sola cerveza. Ni siquiera he fumado. Mis reflejos están a tope, nena.

—Claro que confío en ti. —Río mientras me meto en el coche—. Sabes que no es ése el problema.

Él cierra la puerta y rodea el vehículo para colocarse en su sitio.

—No te preocupes —dice sonriente. Se pone las gafas de sol, arranca el motor y salimos disparados hacia el tráfico—. No voy a tener ningún mal momento. Sólo quiero disfrutar del placer de conducir y de tenerte a mi lado. Si te remangas un poco más la falda, me harás el hombre más feliz.

—Qué tonto eres. —Le doy un manotazo en el hombro, aunque consigue hacerme reír de nuevo.

Yo también dejo que el placer de verlo conducir me invada. Me recuesto en el asiento y lo observo embobada. Por un diminuto instante, sueño con la fantasía de que sigue conduciendo y conduciendo sin parar, para llevarme a cualquier otro lugar lejos de aquí, para volver a empezar y

poder ser los definitivos señor y señora Haynes... Un sueño que sólo me ha durado hasta que hemos llegado a nuestro destino.

—¿Dónde me has traído esta vez? —le pregunto mientras le lanza las llaves del Ferrari a un empleado y accedemos a la entrada del restaurante—. No querrás volver a impresionarme con comida exótica...

—Nada de eso. —Alucinada, contemplo cómo enlaza su mano con la mía mientras seguimos al camarero hasta nuestra mesa—. Esta vez ni comida cruda ni hamburguesas, por muy buenas que estén. Hoy cenaremos algo más tradicional, si no te importa que ya no sea tan imprevisible ni haga las locuras que antes solía cometer.

—Pues claro que no. Me gustas más así. —Sonrío y le hago sonreír. Joder, cada vez está más guapo cuando sonrío.

Cenamos sin dejar de conversar de cualquier tema de actualidad, desde las insensateces del presidente Trump hasta tendencias de moda. Entre comentario y comentario, va incluyendo alguno de sus chistes mordaces y no puedo parar de reír. Tiene un humor algo ácido, incluso macabro a veces, pero le surge de manera natural y espontánea.

Sin embargo, eso no quita que, de vez en cuando, capte su semblante algo pensativo y triste. Son segundos en los que parece estar lejos de mí.

—¿Algo te preocupa, Dylan? —le planteo tras dar un sorbo a la copa de agua.

—Eres muy observadora —me dice torciendo la boca en una adorable mueca—. Bueno, últimamente me da por pensar en cómo las personas echamos de menos cosas a las que antes no le dábamos importancia. Te pasas años creyendo que tu vida es una mierda y una gran putada, que lo mismo te da vivir que morir, que la has cagado tanto que te mereces todo lo malo que te está pasando, y, de pronto, un día te levantas dando gracias por lo que tienes sólo por el mero hecho de estar vivo.

—Todo ese razonamiento, ¿tiene algo que ver con que no pares de tocarte tu anillo todo el tiempo? —No he dejado de percibir cómo lo hace rotar con la otra mano.

—No me había dado cuenta. —Suspira.

—¿No me puedes contar su historia? ¿Por qué es tan importante para ti?

—Tal vez algún día... —Su mirada vuelve a tornarse algo perdida y lejos de aquí.

—A pesar de tus cambios —le digo—, sigues siendo todo un misterio para mí, Dylan. Continúas sin confiar demasiado en la gente.

—No es ésa mi intención. —Coloca su mano sobre la mía, que descansa encima de la mesa—. No quiero ir de misterioso por la vida, pero me gusta mantener cerrada cierta parte de mí ante el resto de la gente.

—Lo sé —comento—, en eso no has cambiado, pero no importa. Creo que ya no puedo exigirte más. Ojalá te hubieses comportado como ahora mucho antes.

Nos mantenemos en silencio unos instantes hasta que suelta una repentina pregunta.

—¿Conoces Canadá?

—¿Canadá? Pues... sólo he estado en Vancouver, hace ya algunos años, en casa de una amiga, aunque no me dio tiempo a hacer mucho turismo. ¿Por qué?

—Yo sí he estado y he visto lugares asombrosos. Me gustaría tanto llevarte y enseñártelos...

—Me encantaría. —Aparto su mechón con los dedos—. Cuando quieras puedes llevarme.

A pesar de su anterior alegría, vuelve a oscurecer su semblante.

—Ojalá pudiera —murmura.

No sé qué le ocurre y me apena no poder ayudarlo, pero él mismo ha de luchar contra sus propios fantasmas del pasado. Entiendo que sea difícil para él asimilar un cambio tan radical en su vida, por lo que haré todo lo que esté en mi mano para apoyarlo. De momento, intentaré aligerar la conversación.

—A donde sí puedes invitarme es a tu apartamento... —le digo—... si es que te apetece.

Ya ha regresado de nuevo. Lo noto porque vuelve a mostrarme sus succulentos labios, que se tuercen en una sonrisa, y su mirada oscura y ardiente.

—Tú me apeteces mucho, señora Haynes —murmura—. Pienso tumbarte en mi cama, desnudarte poco a poco y adorarte el resto de la noche. O, si lo prefieres, puedo follarte salvajemente después de amordazarte y atarte al cabezal. Tú decides.

—Vaya —me quejo en broma después de tragar saliva al imaginarme cualquiera de las escenas—, ¿en una simple cama? Esperaba que, después de oír hablar sobre las famosas fiestas y las orgías que te montabas, se te ocurriera algo más excitante y fuera de lo común.

Lo sé, lo sé, se me acaba de ir la pinza. No debería recordarle su pasado y darle a entender que le estoy recriminando sus actos. Ni en mis mejores sueños hubiese imaginado lo que nos está pasando. Voy a tener que dejar de ser tan vengativa, olvidarme del pasado y centrarme en pensar en un posible futuro.

El rostro de Dylan parece haberse congelado; no se mueve ni dice nada, únicamente desprende rayos letales con los ojos, que acaban impactando en mí hasta llegar a la médula de mis huesos.

—Ven aquí. —Se levanta de la silla y me obliga a hacer lo mismo tirando de mi brazo. Intento seguir sus grandes zancadas mientras atravesamos el local entre las mesas y los comensales hasta llegar a la salida. Una vez en la calle, me arrastra hacia una parte de la fachada envuelta en las sombras de la noche—. Escúchame bien, porque quiero que te quede claro. Puede que haya hecho todo lo que cuentan de mí, o quizá la realidad sea aún peor, pero eso fue antes, con otras mujeres que no me importaban una mierda. Pero resulta que ahora estoy contigo y, si esperas que te comparta con otro hombre o mujer, ya puedes darte con un canto en los dientes, porque no pienso hacerlo. En mi cama, en mi silla de la cocina o en mi puto suelo, sólo estaremos tú y yo, nadie más. ¿Te ha quedado claro?

Su arrebató de posesión me ha dejado sin palabras. Todavía me continúa mirando enfebrecido, incluso me sigue sujetando el brazo con tanta fuerza que acabará dejando marcas en mi carne.

—Lo siento —gruñe al tiempo que me suelta y peina con los dedos su alborotado cabello—. No era mi intención ponerme tan borde.

—No has sido borde —lo corrijo, totalmente conmocionada—. Para mí, en este justo momento —me miro el reloj—, a las 21.00 horas del miércoles 11 de octubre, tú, Dylan Haynes, acabas de dejar de ser el niño inmaduro que eras, para pasar a ser un hombre. Me encanta el hombre en el que te has convertido y espero que sea él el que me bese ahora mismo o seré la primera mujer del mundo que muera de deseo en mitad de la calle.

—Joder, Cheryl —murmura antes de lanzarse sobre mi boca y besarme como nadie lo ha hecho nunca. Sus labios lamen mis labios, sus dientes chocan contra mis dientes, su lengua penetra mi boca hasta cortarme el paso del aire. Es un beso salvaje, brusco, casi rudo, pero capaz de hacerme desearlo como no he deseado nada en la vida—. Si quisieras algo excitante —me murmura entre besos frenéticos—, podría hacerte el amor aquí mismo, de pie. Te levanto la falda y...

—Prefiero tu apartamento —lo interrumpo, casi sin aire en mis pulmones—. A ti no te gusta lo de compartirme y a mí no me convence lo del exhibicionismo.

—¿Eliges lo de adorarte o lo de atarte? —me susurra.

—Humm... —hago ver que me lo pienso—, ¿crees que podría ser un poco de cada?

Dylan suelta una carcajada que me calienta el corazón. Después vuelve a dedicarme su depredadora mirada y su sonrisa torcida mientras sus dedos se pasean por mi cuello y mi escote.

—Veré lo que puedo hacer, cariño. Voy a pedir el coche.

Mientras él se aleja unos metros para hablar con el empleado del restaurante, yo aprovecho las sombras de nuestro refugio para sacar un pequeño espejo del bolso y observar el estropicio de mi cara. Me da la impresión de que a Dylan la barba le tarda cada día menos en aparecer y deja mi piel irritada y enrojecida.

Mientras vuelvo a guardar el espejo, apenas he reparado en que una persona acaba de salir del restaurante. Es una mujer y se dirige a Dylan. Debe de tener unos cuarenta y muchos años y viste de forma elegante, aunque se haya olvidado de taparse un poco las tetas. Supongo que ella tampoco ha reparado en mí, porque le habla con total familiaridad.

—Dylan —llama su atención—, no sólo no me has hecho caso ahí dentro cuando me he cruzado contigo, sino que llevo meses esperando una llamada tuya o un mensaje, desde tu regreso. Espero que te encuentres bien.

Dylan la mira con una expresión titubeante y temerosa, mirando de reojo hacia el lugar donde me ha dejado. Está claro que vuelve a encontrarse con una antigua amante y le incomoda ahora que está conmigo.

—Perdona —le dice Dylan—, pero no es el momento. Estoy acompañado.

—Por Dios, cariño —contesta ella—, si no fuera imposible diría que no me has reconocido. ¿Qué ha pasado con nuestro plan?

## Capítulo 20

### *Dylan*

Joder, ¿quién coño será esta tía? Por más que rebusco en mi mente e indago en la multitud de imágenes y fotografías que memoricé, no puedo encontrar a nadie que se le parezca. Se la ve muy convencida y no parece ser una simple amante, porque no se limita a ponerme ojitos o sobarme el paquete, sino que me habla de una relación más consolidada, más seria. Creía que ese lugar lo ocupaba la lujuriosa Brenda, pero parece ser que el ricachón guardaba algún que otro secreto. Por ejemplo, que además de las perfectas y jovencitas modelos, parecían gustarle mujeres que se acercan más a la edad de su madre.

Por cierto, ¿plan? ¿De qué plan me habla?

Tendré que utilizar alguna de mis estrategias para salir del paso cuando no conozco a alguien que se me acerca.

—Ya te he dicho que éste no es momento ni lugar —afirmo—. Estoy con mi mujer.

Cheryl se ha quedado atrás y ha debido decidir permanecer oculta en cuanto ha sospechado un encuentro con otra de mis antiguas amantes. No me gustan nada estas situaciones y espero que ella sea capaz de entenderlo, como siempre. Maldito sea el millonetis y maldita sea su polla por no permanecer en su sitio.

—¿Con tu mujer? Oh, claro —susurra, después de la sorpresa inicial—. Supongo que una aparente reconciliación con ella debe de ser para despistar.

Ni puta idea de lo que me habla.

—Tengo que irme —le digo cuando el empleado del restaurante aparece con mi coche. No dejo de mirar hacia atrás, esperando ver a Cheryl en cualquier momento salir de su improvisado escondite para mandarme a la mierda o darme una patada en los huevos—. Contactaré contigo cuando pueda.

Si no fuera por Cheryl, a veces siento unas enormes ganas de volver a la vida de Logan, mucho más mierda pero bastante más tranquila.

La mujer se me acerca hasta colocar su mano en mi hombro y su boca junto a mi oreja. Percibo cómo, con disimulo, acaba de introducir algo en el bolsillo de mi chaqueta.

—Contáctame a este número, más seguro —me susurra—. Y procura no volver a hacerme esperar tanto. Recuerda que te quiero. —Posa sus labios sobre mi cuello y me besa de una forma íntima y sensual, deslizando su lengua por el latido de mi pulso—. ¿No vas a decirme lo mismo? Sabes que siempre espero que me correspondas.

Estoy tan tenso que podría partirme por la mitad ahora mismo. ¿Esta mujer y Dylan estaban enamorados? No entiendo nada, y, por mucho que intento esforzarme en mi papel, no me sale decirle nada romántico. Por suerte, Cheryl parece haber captado mi llamada de socorro y acaba de salir de entre las sombras.

—Mi mujer nos está mirando.

Me deshago de su abrazo y la aparto de mí. Ella mira a Cheryl con el mayor desdén del mundo y luego me mira a mí.

—Claro —murmura—. Adiós, cariño. —Y desaparece de nuevo tras la puerta del restaurante.

Ahora mismo parezco un idiota aquí plantado, con las llaves del Ferrari en las manos, mirando a Cheryl. No soy capaz de averiguar qué significa su neutra expresión, aunque apostaría por la lástima.

—Lo siento, cariño —me disculpo—. Me costará un poco deshacerme de tantos años de esta clase de vida.

—Lo sé —murmura ella mientras se acerca—. Pero te he visto, y he captado lo incómodo que estabas.

—Le he dicho que estaba contigo, pero, aun así, le ha importado un carajo acercarse a besarme. Debí haberle hecho alguna promesa en su día, ni siquiera lo recuerdo...

—Chist. —Coloca un dedo sobre mis labios y me hace callar—. No importa, Dylan, déjalo, no necesito más explicaciones. Si has decidido cambiar a tantas mujeres por una sola, debe ser que sientes, aunque sea, un poquito de afecto por mí.

—Cariño... —Me lanzo sobre ella y la abrazo con toda la fuerza de la que soy capaz, por si fuera posible fundirme con ella.

Dios, ¡qué suavidad y qué calidez! Me pasaría media vida abrazándola, envolviéndola entre mis brazos, sintiendo la tibieza de su piel y su pelo. Experimento de pronto un inminente deseo de protegerla, de alejarla de tantas personas que no la tratan bien. Ella se merece mucho más que la porquería de vida que lleva y el entorno hostil que la rodea. Si pudiese hacer algo... Pero ¿qué puedo hacer yo? Dentro de muy poco tiempo volveré a ser un maldito guía turístico, un borracho y un inútil, y dudo mucho que entonces pudiese gustarle a una mujer como ésta.

Porque ella está enamorada de Dylan, no de mí.

Pero, de momento, yo soy Dylan, y haré todo lo posible para que mis días junto a Cheryl sean perfectos.

—Dime que esta noche te quedarás conmigo —le pido—, a pesar de merecerte algo bastante mejor.

—Pues claro que me quedo contigo —afirma—. Montémonos en tu coche y llévame a donde tú quieras.

—¿A donde yo quiera? —pregunto de forma maquiavélica. Le doy un beso en los labios y tiro de ella para introducirnos en el vehículo. Lo arranco y comienzo a conducir a través de la ciudad—. Pues entonces —anuncio—, te llevaré rumbo a las estrellas.

—¿A las estrellas? —me pregunta, divertida.

—Ya lo verás.

Continúo conduciendo. Durante los primeros días fui reticente a conducir uno de los tantos coches de los que disponía el ricachón, un absoluto obseso de la marca del Cavallino Rampante. Sin embargo, comprendí que, un día u otro, debía llevar uno de éstos si quería hacerlo más verosímil, puesto que él disfrutaba pavoneándose conduciendo sus llamativos coches.

Pero, como estoy haciendo con la mayoría de sus cosas, al final, intento sacar la mayor ventaja posible de la situación... y debo aceptar que conducir uno de sus Ferrari es una auténtica pasada. Nada que ver con mi vieja y destartada camioneta. Si me vieran ahora Sally y Abigail...

Durante el trayecto, Cheryl y yo creamos una especie de burbuja íntima dentro del coche. Sólo con miradas nos decimos muchas cosas, puesto que, con palabras, sería incapaz de expresar lo que ahora mismo siento. Sólo sabría decir que, por primera vez en mucho tiempo, no me siento solo.

Minutos más tarde, llegamos a nuestro destino. En varias ocasiones he decidido escaparme algún rato para buscarlo más parecido a las montañas y los valles de Canmore, como una maldita Heidi.

Por supuesto, nada semejante puedo hallar en la ciudad de los rascacielos, a pesar de sus muchos y extensos parques, pero he acabado encontrando un lugar que me ha hecho sentir un poco más cerca de casa: Bear Mountain.

Bueno, no exactamente en mitad del parque, puesto que, con un Ferrari, me quedaría atascado en el primer bache, pero sí puedo parar justo en la cima de la primera elevación.

Parecemos estar en medio de la nada cuando descendemos del vehículo y nos apoyamos sobre el capó para poder mirar hacia el oscuro cielo salpicado de cientos de puntos de luz.

—Guau —murmura Cheryl—. Ahora entiendo lo de llevarme a las estrellas. Me encanta este lugar. Me apena no haberlo descubierto antes.

—Yo lo descubrí hace poco —confieso—. Aquí te sientes pequeño, pero, al mismo tiempo, te sientes recargado de energía.

—Me emociono cuando te oigo hablar así —me confiesa—. He pensado que, en lugar de llevarme a tu apartamento, podríamos quedarnos aquí. Siempre sería hacerlo en la calle, aunque nadie pueda vernos.

—Ya lo había pensado —le digo con mi voz algo ronca. Su proposición me hace temblar de deseo—. Mi intención era traerte a ver las estrellas para poder subirte al cielo.

La sangre acaba de acelerarse en mis venas y, con un rápido movimiento, me levanto y la dejo a ella sobre el capó. Ya no quiero perder más el tiempo. El tiempo es para nosotros algo demasiado valioso...

Y vuelvo a cabrearme cuando pienso en ello, cuando recuerdo que lo que ha surgido entre nosotros es algo limitado, finito. De forma brusca, abro su blusa rasgando la tela y bajo las copas de su sujetador para dejar al aire sus redondos y firmes pechos. Sus pezones apuntan hacia mí, duros y erectos, suplicando que los chupe. Cheryl me mira con muda desesperación, haciéndome ver su urgencia.

—Tal vez esto no sea algo demasiado excitante —me dice con un jadeo— si ya has tumbado a demasiadas mujeres sobre tu coche.

—Me importa una mierda —respondo con furia— a las mujeres que me haya tirado aquí, ni siquiera las recuerdo ahora. Es excitante porque tú eres excitante. Eres la mujer más deseable que he tenido el placer de follarme en mi vida.

Cheryl ahoga un gemido antes de que coloque mis manos sobre sus pechos y me apodere de su boca. Su lengua está tan húmeda y caliente como la mía y puedo degustar el intenso sabor de su propio deseo. Enfebrecido, aprieto sus pechos bajo mis palmas y pellizco sus pezones, con fuerza, casi con rudeza, porque no busco ternura, aunque la sienta. Ahora mismo sólo deseo desfogar la furia que me produce el saber que, más pronto que tarde, tendré que dejar a esta preciosidad y olvidarme de ella.

—Dylan... —gime cuando bajo la cabeza para atrapar un pezón con la boca. Lo chupo, lo muerdo, lo vuelvo a lamer...

Ya no puedo más. El deseo de Cheryl es tan intenso que la siento maleable bajo mi cuerpo. Agarro el bajo de su falda, se la subo hasta la cintura y le arranco las bragas. Aferro sus piernas para empujarla hacia atrás, se las abro y me inclino para hundir mi cabeza en su húmedo sexo.

—¡Dylan! —grita y se retuerce sobre el coche mientras deslizo mi lengua por toda la abertura, parando después sobre el endurecido clítoris. Lo chupo, lo muerdo, lo saboreo, mientras ella introduce las manos en mi pelo y tira de él entre gemidos de placer. Sé que ha alcanzado el orgasmo

cuando siento cómo su sexo impacta contra mi cara y sus caderas se arquean sobre el capó. Termino de beberme su esencia antes de levantarme para poder admirar su rostro bañado de placer.

—Aún no he acabado contigo, cariño —le anuncio.

Sin demora, abro mis pantalones, aunque ella ha decidido que no va a ser una simple espectadora, pues abre mi camisa de un tirón y se lanza a acariciar mi piel tatuada y a lamer mis pezones.

—No imaginas —me confiesa entre caricias— las veces que soñé con esto, con lamer tu tatuaje, con acariciar tu pecho, con saborearte entero.

En mi mente maldigo una y otra vez, porque ella no me desea a mí, desea a otro, quiere a otro, a pesar de que sea yo quien esté en estos momentos disfrutando de ese deseo. Más furioso todavía, la tumbo de nuevo sobre el capó, saco un condón de mi cartera y me lo pongo y me coloco entre sus piernas para penetrarla de un solo golpe. Con mis rápidas acometidas, mi corazón late con violencia hasta producirme dolor en las costillas. Cheryl me mira, a pesar de sus fuertes gemidos, y puedo admirar sus preciosos ojos verdes, su expresión de adoración por mí, o por el otro que ella cree que soy...

«¡No, no es por otro, es por mí!», grito en mi cabeza para hacérmelo creer a mí mismo.

Acelero mis embestidas, me hundo aún más en ella y echo hacia atrás la cabeza cuando todos mis músculos se tensan. Un placer glorioso recorre mis venas y acaba estallando en un increíble orgasmo. Al mismo tiempo, Cheryl se tensa, se arquea y vuelve a gritar cuando estalla en su clímax. Gruño y jadeo y acabo abrazándome a ella para que cesen los temblores que ambos estamos sintiendo. Finalmente, le doy un tierno beso en la frente y otro en los labios, que me dejan en la lengua el regusto salado de su sudor.

—Vuelvo a comportarme como un energúmeno —le digo mientras aparto las gudejas húmedas de su rostro.

—No lo hubiese querido de otra forma —me susurra—. Hoy no.

—¿Quieres acabar de pasar la noche en mi apartamento? —le pregunto.

—Creo que no —me contesta con una sonrisa tan tierna que se me queda pegada en el corazón—. Ni tú ni yo descansaríamos en toda la noche y mañana tenemos que trabajar. Podemos dejarlo para el fin de semana.

Una proposición bastante acertada, contando con que Sanders todavía está de viaje y aún no ha podido dedicarme uno de sus sermones.

—Tienes razón. —Sonrío—. Ahora soy un hombre responsable y decente.

Los dos reímos ante mi afirmación, aunque ambos sabemos que es cierta.

Nos arreglamos las ropas, nos montamos en el Ferrari y ponemos rumbo otra vez a Nueva York, la ciudad que nunca duerme.



# Capítulo 21

## *Edmund y Maura*

Tras una intensa jornada de trabajo, no había nada más agradable para Maura que meterse en la bañera y dedicarse un buen baño de burbujas. Aunque, esa tarde en concreto, ya tenía concertada la visita de su peluquero y estilista, así que salió de su enorme bañera, se puso una bata cruzada sobre el cuerpo y se sentó frente al espejo de la cómoda. Leo ya la esperaba con todo su arsenal de los mejores productos del mercado y comenzó a desenredar su húmedo cabello.

—Maura, querida, tienes un pelo divino. ¿Lo de siempre?

—Sí, gracias, Leo.

—Si me lo permites, te aclararía un poco la zona que rodea tu cara para darle un poco más de luz a tu mirada.

—Lo dejo en tus manos, pero ya sabes que no me gustan los grandes cambios.

—Por supuesto, querida.

El peluquero procedió a dar unos mágicos toques con su pincel a varios mechones y los envolvió con papel de aluminio. Mientras el tinte hacía su efecto, esparció sobre la piel de su rostro una mascarilla revitalizante y repasó la manicura de sus manos. Después del tiempo requerido, lavó su pelo y se lo secó con sus expertas manos, dando un último toque con un poco de maquillaje.

—¿Qué te parece el resultado? —le preguntó, satisfecho de su obra.

—Tal vez un poco atrevido...

—Paparruchas —la interrumpió—. Tenía que resaltar esos maravillosos ojos que tienes, querida. Se te ve muy hermosa.

—Deja de agasajarme. —Pretendía cohibir a su estilista, aunque su brillante mirada delató que sus cumplidos la satisfacían—. Puedes marcharte, Leo.

—Un placer, querida.

Una vez que se hubo ido el peluquero, Maura se mantuvo unos minutos sentada frente al espejo. En realidad, se veía muy guapa, aunque no tuviera a nadie en su vida que se lo recordara. Bueno, sí lo tenía, pero...

Con un suspiro, se puso en pie y se dirigió a su extenso vestidor. Varios focos se encendieron y pudo contemplar en los espejos su figura de cuerpo entero.

Se quedó quieta, observándose, antes de llevar sus manos al cinturón de su bata para deshacer el nudo. La prenda se abrió y dejó a la vista su imagen desnuda, bastante agradable todavía de ver, pues un único embarazo apenas había dejado huellas visibles en su cuerpo, excepto la diminuta cicatriz que le recordaba que había sido por cesárea. A sus cincuenta y cinco años se la podía considerar una mujer elegante y hermosa a la par que deseable.

Maura se mordió el labio inferior. Le costaba bastante ser consciente de su cuerpo, pero, con un toque de osadía, llevó una mano a uno de sus pechos y se lo acarició. Sus ojos se cerraron ante el contacto y emitió un leve gemido. Hacía tanto tiempo... Sobre todo, si contaba la única vez que había disfrutado de verdad.

Por mucho que su mente quisiera negarlo, sí tenía a alguien. Un hombre la deseaba desde hacía

años... demasiados. Volvió a cerrar los ojos y se imaginó que sus manos eran las de Edmund, que acariciaban su cuerpo deseoso y anhelante.

Podría hacer simplemente eso, como otras veces, acariciarse y pensar en él para obtener un poco de placer..., pero nunca era placer auténtico, sólo un sucedáneo.

Se llevó una mano a la frente y suspiró. Sí, su vida no pasaba por un buen momento, teniendo que volver a levantar la corporación que su marido llevara a la cumbre en su día y que su hijo se había encargado de hundir cada día un poco más.

Dylan... Su hijo, su mayor alegría y a la vez su gran decepción, en ese momento se estaba muriendo. Ahogó un sollozo y pronto ya no pudo dominarlo. Se dejó caer en medio del vestidor, todavía medio desnuda, dejando que las lágrimas estropearan su favorecedor maquillaje. Lloró durante minutos a su hijo perdido, por su prematura e inminente muerte, por no haber sido nunca el hijo que ella esperaba.

De pronto, observó en uno de los espejos su reflejo. Era una imagen patética, la de una perdedora, y ella no lo era. Había sido capaz de mantener, y hasta de mejorar, el legado de su marido, incluso teniendo que guardar su pena en lo más profundo de su alma para que nadie viera flaquear a la temible Maura Haynes.

¿Qué le faltaba a su vida?

Únicamente un poco de calor humano. Y ella conseguía siempre lo que se proponía.

Decidida, se puso en pie y eligió su mejor traje de chaqueta, de color verde agua, una blusa de encaje color marfil y unos altos zapatos a juego. Arregló el estropicio de su maquillaje, se colocó unas pocas joyas y llamó a su secretaria para que le consiguiera un vuelo a Chicago, donde Edmund estaba en esos momentos cerrando un acuerdo con unos empresarios de la ciudad.

Revitalizada como nunca, sólo unas horas más tarde aterrizó en el aeropuerto O'Hare y cogió un taxi hasta el Waldorf Astoria, donde sabía que estaba alojado su abogado. A pesar de su atrevimiento, los nervios la acosaron durante unos instantes, sobre todo después de subir hasta su habitación y tocar a la puerta. Ya era muy tarde y seguramente lo despertaría, pero esperaba que él no se molestara por ello, precisamente. Mientras aguardaba, volvió a sentirse como aquella mujer diez años más joven que concertara una cita ilícita con el hombre del que se había enamorado, a escondidas de su marido. Ahora, éste ya no estaba y era libre de tener ese encuentro que jamás volvió a repetir.

Por fin, la puerta se abrió. Maura sonrió con una timidez que no preveía al encontrarse a Edmund frente a la puerta con sólo un pantalón sobre su cuerpo y una camisa con la que se peleaba para poder cubrir su tórax, todavía duro y apetecible.

—¡Maura! —farfulló, con el mayor desconcierto de su vida reflejado en sus ojos grises—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué no me has avisado de que venías?

—Quería que fuese una sorpresa —respondió ella—. Ha sido un arrebató, lo he hecho sin pensar y...

—Deberías haberme llamado, Maura.

Edmund salió un poco más al pasillo e intentó cerrar la puerta a su espalda. Algo no le cuadraba a Maura, puesto que se había imaginado ese encuentro durante todo el vuelo y sin duda no se parecía en nada a lo que estaba viviendo. No la había abrazado, ni besado... Ni siquiera la miraba con aquel anhelo con el que llevaba mirándola tantos años.

—¿Piensas dejarme aquí fuera toda la noche? —acabó preguntándole de forma directa.

—Maura, yo...

De repente, se precipitaron una serie de acontecimientos que ella jamás esperó presenciar. Para empezar, oyó una voz femenina proveniente de la *suite* pronunciando el nombre del hombre que tenía delante y que ella siempre había considerado como suyo de alguna forma. Decididamente, nunca lo había sido.

—Edmund, cielo, ¿quién es? ¿Por qué no vienes a la cama?

A continuación, la puerta se abrió y apareció una mujer bastante guapa y algo más joven que ella, de unos cincuenta años como mucho, cubierta únicamente con una de las sábanas de la cama.

—Oh, es Maura Haynes —dijo ésta al verla—. ¿Algún problema con el trabajo, querido? ¿Tienes que marcharte?

—No, Lindsay —contestó Edmund—, no voy a marcharme, pero déjame hablar un minuto con Maura.

—Claro. Te espero en la cama, no tardes.

Se dice que una sola mirada puede decir mucho. En aquel momento, la de Edmund reflejaba tristeza, impotencia, desolación, y la de Maura expresaba rabia, pero no por la situación inesperada que le acababa de explotar en la cara, sino por haber sucumbido a unos sentimientos que creía tener controlados. Ella era Maura Haynes, una mujer que estaba por encima de cualquier debilidad, y sentirse triste en aquel momento sólo podía aflorar un carácter débil que ella no poseía. No se lo podía permitir.

—Perdona, Edmund. Creo que he venido en mal momento.

Hizo el amago de darse la vuelta, pero su abogado la sujetó por un brazo.

—Maura, por el amor de Dios, ¿qué esperabas? Soy un hombre, maldita sea. No puedo esperar más de treinta años a que te decidas siquiera a mirarme. No soy ningún monje.

—Lo entiendo. —Maura apenas tenía nada que decir. Sólo estaba deseando marcharse de allí. Se deshizo del agarre de Edmund y le dedicó una sonrisa torcida—. Que seas feliz, Edmund. —Se dio la vuelta y comenzó a sembrar con sus rápidos pasos la alfombra del pasillo.

—¡Maura, joder!

Fue lo último que le oyó decir Maura a Edmund, acompañado de un fuerte golpe de la puerta. Ella se limitó a seguir caminando.

## Capítulo 22

### *Dylan*

De nuevo, sentado en la sala de reuniones ante ejecutivos y accionistas que debaten cuestiones serias de la corporación, vuelvo a sentirme útil en un trabajo que no me gusta demasiado, pero que admito que no se me da del todo mal. Me contrataron para esto, para que un gran entramado de empresas siguiera adelante y se mantuviera unido por el apellido Haynes, ese que ahora he de defender. Tal vez no tenga el carisma del ricachón, pero a veces no sabes hasta dónde te pueden llevar unas capacidades que tampoco sabías que tuvieras. Puede, sólo es una remota posibilidad, que sirva para algo más que para trepar por montañas con un grupo de urbanitas estresados detrás.

De momento, sigo sin aparecer por la casa familiar. Vivir en el estiloso apartamento me da una independencia e intimidad de las que no dispongo en la mansión. Únicamente vivía allí por Cheryl, pero ahora nos vemos todo lo que deseamos sin necesidad de tener como espectadores a mi supuesta madre y a la sobreprotectora Adeline.

Sí, lo sé. Se me empieza a ir un poco la olla. No debería darle esperanzas de futuro, mucho menos la posibilidad de pensar que va a seguir casada con Dylan y que todo se arreglará entre ellos, pero es que, cuando estoy con Cheryl, olvido el verdadero objetivo que debo perseguir. Sólo puedo pensar en ella y casi llego a imaginar que entre nosotros hay algo real.

Mientras los integrantes de la reunión continúan con sus exposiciones, miro de reojo a Edmund, que está a mi lado, como siempre, vigilante ante cualquier aparición mía a pesar de saber que me las he arreglado bastante bien en su ausencia.

Esta mañana, al acceder al edificio, me ha ofrecido un saludo frío y distante. Al preguntarle, se ha limitado a decirme que había surgido esta reunión urgente y ya no hemos tenido tiempo de hablar. Con todo, sé que será lo que hagamos en cuanto salgamos de aquí, dada la mirada que acaba de lanzarme, con la que me indica que vayamos sin demora a mi despacho tan pronto como damos por finalizada la reunión.

—¿Qué sucede, Edmund? —inquiero, una vez sentado detrás de mi mesa y él frente a mí—. ¿Todo ha salido como esperabas en tu viaje?

—Nada tiene que ver mi mosqueo con mi viaje, no te hagas el loco. Cuando pasaste un primer fin de semana con Cheryl en tu apartamento ya debería haberte advertido, pero confié en tu raciocinio. Craso error por mi parte, porque las noticias que me han ido llegando confirman mis sospechas: estás saliendo con ella, con todo lo que conlleva esa afirmación.

—Supongo que tienes ojos en todas partes —gruño—. ¿Es mi madre quien espía para ti?

—¡No digas «mi madre»! —grita—. ¡Maura no es tu madre!

—¡Perdone usted —chillo también— por tomarme en serio un trabajo por el que recibo una pasta! ¡Una pasta que mi «no madre» se encarga de pasarme cada mes!

—Te estás tirando a Cheryl, por el amor de Dios. ¡Eso es tomarse el trabajo demasiado en serio! ¡No me jodas, Logan!

—Hacía tiempo que no me llamabas Logan —le digo, contrariado.

—Porque, a pesar de que te pedimos que te convirtieses en Dylan, no puedes apropiarte de su

vida. Ésta que estás viviendo no es tu vida, Logan, es una vida prestada que tendrás que devolver en poco tiempo.

—¡Pues dime cuándo, joder! —exclamo—. ¡No puedo pensar en presente o en futuro si no tengo ni puta idea de dónde se encuentra cada uno!

Me llevo las manos a la cara y al pelo. No sé si éste era un gesto mío o es calculado y copiado de Dylan. ¡Me cago en la puta! ¡De verdad voy a volverme loco!

Hostia, soy un hombre adulto y me paso la vida recibiendo broncas de los que me rodean, sea cuál sea mi identidad. Como Logan, las recibo de mi tía, cuando va a buscarme a los calabozos donde me dejo encerrar; de mi abuela, por desperdiciar mi vida; de mi novia, porque no le hago caso... Y como Dylan, tres cuartos de lo mismo. De una forma u otra, soy un absoluto desastre.

—Sólo un mes más, Logan —me comunica Edmund—. Durante ese tiempo, tendrás que seguir con tu logrado papel en la corporación y deberás alejarte poco a poco de Cheryl.

—Todavía no se habrán cumplido los seis meses, tras los tres de formación, de nuestro contrato —le recuerdo.

—No te preocupes, te pagaremos el dinero acordado.

—Todo lo arreglas con pasta —gruño—. ¿Y qué pasará con Cheryl?

—Eso a ti no te importa un carajo. Ella no es nada tuyo, recuérdalo.

—Si la dejáis tirada en la calle, juro que...

—¿Qué, Logan? —me dice con un desprecio que nunca le he visto mostrar—. ¿Qué puedes hacer tú para evitarlo?

De pronto, la ira me invade. ¿Qué cojones se ha creído este tipo? Está convencido de tener la sartén por el mango, cuando resulta que soy yo la pieza necesaria en este juego. Podría volver ahora mismo a Canmore y seguir con mi anodina vida, ni lo temo ni me importa... pero ¿y ellos sin mí? ¿Perderían empresas?, ¿dinero?, ¿prestigio? Está claro que en cualquier momento tendrán que comunicar la muerte del ricachón, pero necesitan cumplir unos plazos, lo que supone un tiempo que sólo pueden obtener gracias a mí.

Nunca me había sentido mejor.

—Sí puedo hacer algo, mi querido Edmund —comienzo a decirle con sorna—. Puedo exigirte ahora mismo que el acuerdo de divorcio incluya para Cheryl respetar su puesto de trabajo, un apartamento y una compensación económica que acordéis. Más que nada —añado, esta vez de forma un poco más dura—, para compensar los años de mierda que le habéis hecho pasar y la vida que le habéis robado.

—No —se limita a contestar.

—Está bien. —Me levanto de la silla y suelto sobre la mesa la documentación que me acredita como Dylan, mis llaves de la casa, el apartamento y el coche—. Pues entonces me largo.

—¿Qué coño haces? —exclama Edmund, contrariado—. ¡No puedes largarte! ¡Tienes un contrato!

—¿Y a quién me piensas denunciar? —replico mirándolo a sus furiosos ojos grises.

—No me jodas, Logan. Puedo arruinarte la vida y lo sabes.

—Por mí, como si decides enviar a un sicario a cortarme el cuello. Olvidas que todo me da igual, Sanders. Yo tengo muy poco que perder; en cambio, vosotros...

—Eres un malnacido.

De pronto, nuestra discusión es interrumpida por la persona que acaba de entrar en tromba en mi despacho.

—Tenéis suerte de que sea mi despacho el que está pegado a éste y sea yo la única que ha advertido las subidas de tono. —Maura accede a la estancia con toda la libertad—. ¿Se puede saber qué está pasando aquí?

—Tu «hijo» —gruñe el abogado—, que se cree que puede exigirnos aún más de lo que le damos.

—¿Qué ocurre, Dylan?

Me mira y nadie es capaz de contrariarla por seguir llamándome así.

—Únicamente le estaba pidiendo a Edmund un buen acuerdo de divorcio para Cheryl.

—Pues lo tendrá —contesta.

—Pero... Maura... —interviene su abogado—. Todos estos años has dejado bien claro que esa mujer vino sin nada y se iría de la misma forma.

—Pues he cambiado de opinión —tercia Maura—. Sólo se trata de un poco de dinero, y nos podemos permitir dárselo. ¿Algún problema más?

—¿Te parece poco que tu querido «hijo» se esté acostando con Cheryl?

—No pasa nada. No hay que darle tanta importancia al sexo hoy en día. Además, Dylan es mi hijo y tal vez no esté bien que lo diga, pero, como marido, era un horror y no me extraña que Cheryl lo odiara a él pero haya acabado sucumbiendo ante un hombre bastante más decente y honesto.

Cierro la boca para no tener que decir que lo de honesto suena a cachondeo.

—Y ése es el siguiente problema —suspira Edmund—, que tú también te has encariñado con Logan, cuando sabes que, en poco tiempo, desaparecerá de tu vida.

—Deja que yo decida de quién me encariño. —Maura, de pronto, se vuelve la mujer fría e insensible que me pareció que era la primera vez que la vi—. Límitate a hacer tu trabajo, Edmund.

—Yo... —El abogado parece contrariado mientras mira a la mujer para la que lleva trabajando tantos años—. Mi única intención ha sido siempre complacerte, Maura.

—Por supuesto —afirma ella con rotundidad—, y lo seguirás haciendo. Por eso seguirás mis instrucciones con respecto a mi nuera y a mi hijo.

—No mezcles las cosas, Maura. —Edmund, furioso, se aleja hasta la puerta con la intención de marcharse—. Esto no tiene nada que ver con nosotros, sino con la corporación. Si estás cabreada conmigo, no lo pagues con el trabajo.

—¿Quién ha dicho que esté cabreada contigo? —replica ella—. Me importa un comino tu vida personal, Edmund. Pienso hacer todo lo posible para que las acciones vuelvan a estar donde deben, y para eso necesito a mi hijo, así que deja de amenazarlo.

—¡No es tu hijo! ¡Maldita sea! ¡No es tu hijo!

Tras el arrebató de furia, el abogado deja el despacho y desaparece con un portazo.

—Lo siento, Maura —me disculpo cuando estamos solos—. No era mi intención que tuvierais problemas.

—No pasa nada. —Se acerca hasta uno de los sofás de cuero negro y me hace un gesto para que la acompañe—. Son ya muchos años juntos y nos entendemos perfectamente a pesar de nuestros continuos diferentes puntos de vista.

—Gracias por interceder por lo de Cheryl —le digo—. Entiendo que debe de haber sonado bastante pretencioso por mi parte exigir algo, pero...

—Pero te has enamorado de ella —me corta.

Silencio. Mi cuerpo se ha quedado paralizado, incluyendo mis músculos, mis huesos, mis cuerdas vocales y creo que hasta mi corazón.

Enamorado. No puede haber otra explicación a las gilipolleces que estoy haciendo, a los inútiles motivos que yo mismo intento darme por mi excéntrico comportamiento. Ha sido únicamente el amor que siento por Cheryl el culpable de que actúe en contra de mis propios principios, si es que he tenido de eso alguna vez.

—Vamos, querido —ríe y bromea Maura—, no vaya a darte un colapso. ¿Acaso no lo has estado nunca?

—No de esta forma; no en mi vida adulta. —Por fin, soy capaz de articular unos cuantos sonidos—. Lo siento, Maura, lo siento mucho. Creí que sería sencillamente un trabajo, pero lo he hecho como el culo al implicarme emocionalmente. Soy un maldito desastre que no sirve para nada. Ni siquiera a ser inmune a unos ojos bonitos.

—Sé que mi nuera es mucho más que eso. —Suspira—. Confieso que al principio no me pareció suficiente para mi hijo, como nos pasa a muchas madres. Después, al comprobar que no me tenía miedo y se enfrentaba a mí sin problema, empecé a desearle lo peor. Al final, no he tenido más remedio que aceptar que se ha comportado de una forma bastante más responsable que Dylan. Ojalá se hubiesen llevado bien y se hubiesen acabado enamorando como vosotros.

—¿Qué debo hacer entonces, Maura? —le pregunto.

Ahora mismo, es lo más parecido a una madre que puedo llegar a tener y espero su consejo como si fuese lo más normal del mundo pedírselo a ella.

—Tienes dos opciones. —Suspira—. La primera, aguantar un mes más y contárselo después todo a Cheryl, por si no le importa tu gran mentira, cosa que dudo... además de que pondrías en peligro todo aquello por lo que tanto hemos luchado.

—Imposible —sentencio con una mueca de horror al imaginarme la cara de Cheryl después de contarle lo que he sido capaz de hacer por intentar cambiar de vida y obtener un puñado de dólares—. ¿Y la segunda?

—Hacer que sea ella la que se aleje de ti, aunque incluya decepcionarla de nuevo.

—A cuál peor —bufó—, pero no me queda más remedio que hacerlo. No puedo ser Dylan de por vida y un futuro con ella está descartado, así que lo más sensato es alejarla de mí, aunque me duela el pecho sólo de pensarlo.

—Lo soportarás, y ella también.

Maura se pone en pie y me mira de una forma bastante menos maternal, mucho más seria.

—Supongo que sí —le digo al recordar que ella misma está aguantando la lenta muerte de su hijo.

«Un mes —pienso—. Un maldito mes.»

Qué largo se me va a hacer.

\*\*\*

Por fortuna, he acabado hablando con Maura sobre temas laborales. Parece ser que Edmund ha descubierto algunas incongruencias en ciertos informes y he de saber de cuáles se trata, por lo que decido obviar la anterior discusión con Sanders y dirigirme a su despacho. El trabajo no cesa y no se pueden aparcar tantos intereses por dejarnos llevar por nuestros problemas personales.

—Siento la discusión de antes, Edmund —me lamento—. Me he tomado demasiadas libertades con todo esto, pero deberías saber que no pido nada para mí, sino para Cheryl.

—Lo sé, lo sé —gruñe—. Yo también siento haberme puesto tan tajante, pero es que Maura me

volverá loco algún día.

Me muerdo el labio para no soltar lo que tengo ahora mismo en mente. O sea, decirle que estamos los dos perdidos por culpa de una mujer.

—¿De qué problema me ha hablado Maura? —le planteo, cambiando de tema.

—Se trata de la Texas Oil. Algunos números no me cuadran, por lo que tienes que exigirle a Derek Mathews, que es quien lleva ese asunto, que te dé toda la documentación. Sólo tú, como presidente, puedes hacerlo.

—Claro, sin problema —respondo y me dirijo hacia la puerta—. Por cierto —añado antes de marcharme—, la otra noche me topé con una mujer a la que no reconocí. Me habló con mucha familiaridad, pero no me dio la sensación de ser una amante de tantas... y encima mencionó algo de un plan.

—¿No te dijo su nombre?

—No, y no me pareció buena idea preguntárselo. Debe de tener unos cuarenta y tantos, cabello castaño, aproximadamente un metro sesenta, muy elegante y sofisticada...

—Ni idea sobre quién puede ser —dice Edmund, pensativo—. ¡Qué extraño!

—Me dio un número de teléfono. —Le ofrezco la servilleta de papel que la susodicha me entregó—. A ver si puedes averiguar algo a través de él.

—Lo haré.

Salgo del despacho y, de camino al mío, paro en la mesa de Derek.

—Necesito la documentación completa de la Texas Oil. En mi despacho en cinco minutos.

—¿Para qué? —me pregunta, visiblemente molesto.

—Para lo que me dé la gana. Ahora sólo te quedan cuatro minutos.

Camino hasta mi despacho y, antes de que pueda cerrar la puerta, Derek se cuelga en la estancia y cierra después de entrar.

—No entiendo que me pidas parte de mi trabajo a estas alturas —comenta—. ¿Acaso no confías en mí?

—No —respondo con tranquilidad. Este tipo podía ser amigo de Dylan, pero a mí me cae como el culo y paso de disimularlo.

—¿Qué problema tienes conmigo, Dylan? Has vuelto en un plan que parece esperar que todos extendamos una alfombra roja a tu paso.

—No, Derek... Tú tienes un problema si resulta que encontramos algún error en esa documentación.

—No sé de qué me estás hablando —murmura, tan nervioso que no deja de retorcerse las manos y de sudar copiosamente.

—Pues te hablo de la posibilidad de alterar ciertas cifras en tu propio beneficio, Derek.

—No puedes estar hablando en serio, Dylan. ¡Tú y yo sabemos que no soy el único! ¡Si me destapas, yo haré lo mismo contigo!

Debería haberlo imaginado. Aquí hay tanta gente metiendo la mano en el cajón del dinero que cualquiera puede lucrarse, empezando por el propio ricachón, como si no tuviera ya bastante con lo que tiene..., pero los millonarios nunca tienen suficiente.

Por cierto, empiezan a mosquearme tantos secretos de Dylan. Sospecha de cuentas en paraísos fiscales, una mujer misteriosa que no aparece en ninguna fotografía ni informe...

—Me importa un carajo, Derek. Trae la puta documentación y deja de lloriquear.



—Esto es por venganza, ¿verdad? —De pronto, la expresión de pánico de Derek se transforma en otra llena de odio—. Es por Cheryl, ¿no es cierto?

—¿Qué demonios tiene que ver ella en todo esto?

—Sabes que me la he estado tirando y no lo soportas, aunque siempre te haya importado una mierda tu mujer.

—Retira eso ahora mismo —le exijo. Todos mis músculos han quedado petrificados ante tamaña afirmación—. Ni se te ocurra volver a mencionarla.

—Parece que ahora eres tú el jodido, ¿verdad, Dylan? —Su mueca de satisfacción me está inundando de una ira como no recuerdo experimentar desde hace mucho tiempo—. ¿Te jode enterarte de que a tu mujer se la folle un tipo con el que te cruzas cada día? Somos amantes desde hace un año, colega. Si tú no le dabas caña, otro se tenía que encargar de ese asunto.

Ahora ya lo veo todo rojo. Un fuego de furia recorre cada nervio de mi cuerpo, que me obliga a descargar mi rabia concentrada en los dedos de mi mano. Con toda mi fuerza, estampo un puñetazo en la cara de Derek, borrándole de un plumazo esa expresión complacida que me ha provocado ganas de matarlo.

—¡Hostia, Dylan! —grita al verse despedido contra la pared. Su nariz aparece casi aplastada y la sangre brota a borbotones de ella—. ¿Qué coño haces?

—Debería matarte —le suelto, mientras respiro afanosamente.

—¡Ni siquiera he sido el único! —grita mientras saca un pañuelo de su bolsillo y se tapa la nariz para detener la hemorragia—. ¡Tu lujuriosa mujercita parece sentir especial predilección por los tipos casados! ¡Encontrarás unos cuantos sin salir de este edificio! ¡Tus cuernos no caben ni por la puerta de entrada!

Próximo movimiento: puñetazo directo a la mandíbula. Creo que me han crujido un par de nudillos. Derek, esta vez, ha acabado tirado en el suelo, arrastrando consigo una mesa, una silla y un jarrón con flores naturales que ha causado un gran estrépito de cristales rotos. Antes de seguir hablando, lanza un par de escupitajos sanguinolentos y vuelve a mirarme con su odiosa sonrisa.

—Quién hubiera dicho lo bien que se te da comportarte como un vulgar matón —me espeta—, pero, por muchos puñetazos que me des, nada cambiará el hecho de que me haya follado a tu mujer. La noche del baile, sin ir más lejos, se me abrió de piernas en mi coche y me suplicó que me la follara, lo mismo que el año anterior.

—¡Hijo de puta!

En esta ocasión la ira me impide reaccionar a tiempo. No me esperaba que Derek se pusiera en pie y se lanzara de cabeza contra mi estómago, para acabar esta vez los dos en el suelo, rompiendo con la caída una pequeña mesa de cristal. Tanto el golpe de Derek como la caída me acaban de dejar sin respiración, momento que él utiliza para devolverme unos cuantos puñetazos. Siento cómo brota la sangre de mi nariz y mis labios.

—¿Qué coño está pasando aquí?!

Entre golpe y golpe me parece oír la voz de Sanders. Derek también se distrae y aprovecho ese nanosegundo para lanzarme de nuevo contra él y descargar mi puño en su cara y su cuerpo. Una vez, y otra, y otra...

—¡Basta, Dylan! —grita Edmund al tiempo que nos separa—. ¡Basta o lo matarás!

—¡Tú lo sabías! —le recrimino—. ¡Lo sabías, maldita sea!

—¿Que estaba liado con Cheryl? ¡Pues claro! ¡Todo el mundo aquí lo sabía!

—Vete al infierno, Edmund —le suelto antes de dirigirme a la salida en dos zancadas.

—¿A dónde vas? —vocifera—. ¡No es momento para discutir! ¡Estás demasiado fuera de control!

Pero yo no escucho ni quiero hacerlo. Sin pararme a pensar, a dudar o a razonar, me lanzo en pos del ascensor para bajar a la cuarta planta. Todo el que se cruza conmigo se aparta de mi camino al ver el aspecto grotesco de mi cara magullada y sangrante.

Una vez dentro del departamento, camino sin mirar por delante del mostrador de Julie y me cuelo directamente en el despacho de Cheryl, que habla por teléfono y cuyo auricular suelta al verme aparecer.

—¡Dios, Dylan! ¿Qué te ha pasado?

—¡Te estás tirando al idiota de Derek! —afirmo sin ni siquiera preguntar.

Cheryl palidece de repente, con lo que no necesito más pruebas ni confirmación para cerciorarme de la verdad.

—¿Có... cómo lo has sabido?

—Oh, el muy imbécil me lo acaba de confesar él mismo. No eres capaz de imaginar su cara de satisfacción al decírmelo..., ¡al ver mi cara de estúpido!

—Acabé con él hace tiempo...

—¿De verdad? Pues no hace precisamente muchos días del baile de la fundación, cuando te desnudaste en su coche y le pediste que te follara.

—Mierda... —se lamenta, cerrando los ojos—. Siento que te hayas tenido que enterar de esta forma, pero...

—¿Qué es lo que sientes, Cheryl? —la interrumpo—. ¿Follarte al que sabes empleado de tu marido, o que te describan como una zorra lujuriosa que se tira a los tipos casados que trabajan en el edificio, en la corporación?

Algo acaba de transformar la cara de perplejidad de Cheryl en una expresión de puro odio. Se aparta de su mesa, la rodea y se enfrenta a mí, colocándose a un palmo de distancia.

—No tienes ningún derecho a hablarme así, Dylan. Tú, el mayor vicioso, al que llaman *follatodo*... ¿Cómo te atreves a cuestionarme? ¡¿Debería haberme quedado en casita estos malditos cinco años mientras tú te tirabas a tus modelos de silicona?! ¡Vete al infierno, Dylan!

—Oh, claro, y lo mejor era ponerte a mi altura. Si yo me lo follaba todo, tú te bajabas las bragas con cualquiera y ya estábamos en paz.

—No te doy ahora mismo una patada en los huevos porque veo que Derek ya te ha dado suficiente. —Si antes sus ojos destilaban puro odio, ahora desprenden desprecio, incluso asco—. Pero lárgate de inmediato de mi vista, Dylan. Sabía que tu egoísmo no tenía límites, y me acabas de demostrar que en eso no has cambiado absolutamente nada.

Ahora mismo sigo sin poder razonar. Los golpes, la pelea, recibir la impactante noticia por boca del propio Derek, la corroboración por parte de Cheryl... No puedo soportarlo más.

—¡Fuera de aquí, joder! —me grita.

—Por supuesto que me largo. No soporto compartir más tiempo contigo, ni el mismo maldito oxígeno.

Desaparezco sin mirar atrás. De forma mecánica, bajo hasta el vestíbulo, salgo a la calle y el portero del edificio se me acerca corriendo para poder solventar cualquiera que sea mi deseo.

—Un taxi, por favor.

—Inmediatamente, señor Haynes. —El hombre intenta apartar la vista de mi cara hecha un cristo,

así como de las manchas de sangre de mi ropa.

Una vez en el vehículo, le pido al conductor que arranque y que se aleje todo lo posible de Manhattan. Estoy hasta los huevos de este lujo, de la gente, de las prisas, de la hipocresía que me rodea. ¿La ciudad de los sueños? ¡¡Ja!!

—¿A dónde se dirige, señor? —me pregunta el taxista.

—¿Eres de Nueva York? —le pregunto.

—Sí, señor; soy de Brooklyn y allí mismo sigo viviendo.

—Pues entonces llévame a Brooklyn, a cualquier bar donde nadie me haga preguntas y donde pueda beberme una maldita cerveza y eructar si me sale de los cojones.

—Va usted demasiado elegante para eso —me dice.

Cabreado, me arranco la corbata, me quito la chaqueta y me revuelvo el pelo.

—¿Suficiente? —le pregunto.

—Con esa cara tan aporreada, supongo que sí.

El taxi me deja frente a un bar y entro para dirigirme directamente a la barra y pedir una cerveza. Me la bebo de un trago y golpeo el mostrador con la jarra para pedir otra sin demora. A continuación, sintiendo que no es suficiente, pido un whisky y voy alternando las dos bebidas. En cuestión de una hora, rodeado de vasos vacíos, me siento flotar, ingrátido, envuelto en una espesa nube etílica. Hace demasiado tiempo que no bebo apenas una cerveza y estoy acusando los meses de abstinencia. Ya no sirvo ni para beber.

De repente, en medio de los vapores etílicos, mi mente es capaz de recordar un hecho que me haría mucha gracia si no fuera porque me encuentro en un lugar demasiado inhóspito hasta para mí.

—Tengo... un... pro... blema, amigo —le comunico al barman, con la sensación de que la lengua no me cabe en la boca—. Recuerdo haber guardado la cartera en mi chaqueta... y mi chaqueta la he dejado en el taxi. —Seguidamente, suelto un eructo que me da la sensación de haberme vaciado por dentro.

—Pues sí, tiene un problema —me suelta al tiempo que hace un gesto con la cabeza hacia el fondo del bar, donde únicamente hay un par de tipos jugando al billar. Al cabo de unos segundos, los tengo a ambos flancos. Uno de ellos lanza un escupitajo negruzco al suelo y el otro hace tintinear una cadena que cuelga de su cinturón.

Maldigo haber estado tan furioso que no se me ocurriera pensar en el puto dinero.

—Bonito reloj —me señala uno de los tipos.

Mierda, el Rolex de Dylan. Cierro los ojos y la bruma del alcohol parece disiparse ante la urgencia de la situación. Soy una ruina de hombre, un desecho, un auténtico pedazo de mierda.

—Creo que con esto habría suficiente. —Saco mi teléfono del bolsillo y lo dejo sobre la barra—. Es un móvil de dos mil dólares.

—No está mal —dice el barman, observando detenidamente el objeto—, pero prefiero el reloj.

—No jodas —objeto—. Con este reloj puedo comprar tu puto bar.

Intentando escabullirme, me escurro entre los matones y corro hacia la puerta, pero mis reflejos y mi velocidad no pasan por el mejor momento, por lo que me atrapan y me hacen caer de bruces sobre la acera. Ya es noche cerrada y nadie pasa por la calle, aunque me da la sensación de que tampoco cambiaría mucho la cosa.

Arrancan el reloj de mi muñeca y me propinan un par de patadas en el estómago que me hacen soltar un lastimero gemido. No puedo resultar más patético. Al final, ni teléfono ni reloj. Me dan

ganas de reír cuando pienso que no tengo ni idea de cómo coño voy a volver a casa.

—¡Joder, Harry! ¡No te pases con el pobre tipo! ¡Mira, tengo su cartera!

Sólo puedo abrir un ojo, pero creo que reconozco al dueño de esa voz. Es el taxista que me ha traído hasta aquí. No puede ser que tenga tanta suerte. Ni siquiera me la merezco.

—Vamos, Tom, no me fastidies el negocio —protesta el dueño del bar—. Este tipo ha pretendido largarse sin pagar, y eso no puedo permitirlo.

—Lo sé, lo sé —se lamenta el taxista—. ¿Qué podemos esperar de un blanquito como éste, un ricachón que no debería salir solo más allá de su maldito distrito financiero...?, pero lo único que pretendía éste era beber un rato y olvidar, como la mayoría de nosotros. Vamos, Harry, coge el dinero. Con lo que hay aquí puedes compensar las consumiciones y restablecer tu dignidad —ironiza.

—Está bien —bufa al tiempo que saquea mi cartera y la deja limpia de billetes.

—Y ahora devuélveme su reloj.

El tipo del bar obedece y, entre maldiciones, acaba entrando en el local flanqueado por sus ayudantes.

—Vamos, levanta —me dice el hombre mientras me ayuda a incorporarme. Me duelen todos los huesos, aunque creo que es un dolor más profundo y menos físico el que siento—. Te llevaré a casa.

—¿Quién eres tú? —le pregunto una vez en el interior del coche—. ¿Mi maldito ángel de la guarda?

—No —sonríe mientras arranca y nos alejamos del lugar—, sólo soy un pobre taxista cuya conciencia no quedó tranquila al dejar en este lugar a un idiota blanco como tú.

—¿Has vuelto para buscarme?

—Exactamente. Sobre todo cuando me di cuenta de que te habías dejado la chaqueta con la cartera. Supe al instante que tendrías graves problemas.

—No tendrías que haberte molestado —gruño—. Valgo demasiado poco como para que te arriesgues tanto.

—Conozco a Harry desde hace años —me explica—. No es mal tipo, pero debes entender que en esta jungla tienes que hacerte fuerte si no quieres dejarte devorar.

—Gracias, Tom. —Recuerdo que así lo ha llamado el tal Harry—. Creo que eres la primera persona buena con la que me cruzo desde que llegué a esta maldita ciudad.

—¿Tan mal te ha ido? —me pregunta.

—Peor que mal. Para empezar, he sido un auténtico capullo con una mujer que no se lo merecía.

—¿Por ella has venido a beber al peor barrio de la ciudad?

—La culpa es sólo mía —rezongo.

Omitiendo la parte más escabrosa de mi historia, le cuento por encima mi problema con Cheryl. Al hacerlo, yo mismo descubro que me he comportado de una forma tan egoísta que empiezo a pensar que estoy poseído por el espíritu de Dylan Haynes.

—Pídele perdón —me recomienda el hombre—. Cuando las cosas se dicen de corazón, la otra persona lo percibe.

—No es tan fácil —suspiro, al tiempo que observo que ya estamos a las puertas de la mansión y salgo del coche.

—Que no se te olviden tus cosas. —Me señala la chaqueta, la corbata, y me devuelve el teléfono y el reloj a través de la ventanilla.

—Eres una gran persona, Tom —le digo—. Me has dado una buena lección, por eso querría que

tuvieses esto. —Le ofrezco el costoso Rolex de Dylan. Total, nadie de esta puta familia lo va a necesitar ya.

—¿Cómo has dicho que te llamabas? —me pregunta.

Yo, como un imbécil, titubeo ante una pregunta aparentemente tan trivial.

—No importa, amigo —me dice—, pero no puedo aceptar tu regalo. Reconozco el modelo Sky de Rolex. ¿Tú te imaginas a un negro como yo paseándose con esa cosa de cuarenta mil dólares colgando de su muñeca?

—Podrías venderlo...

—Me detendrían a los cinco minutos. —Ríe—. Tranquilo, «señor importante que no puede decirme su nombre». Me agenció unos cuantos billetes de tu cartera sabiendo que Harry la dejaría pulida. Espero que no te importe.

—Claro que no. —Río.

—Pues, entonces, que tengas suerte —se despide de mí antes de arrancar su taxi.

—¡Gracias otra vez, Tom! —grito mientras la oscuridad de la noche lo envuelve y lo hace desaparecer.

\*\*\*

De forma flemática y lenta, todavía en los vestigios del colocón, subo los escalones que me llevan a la planta de la mansión donde está mi habitación, que permanece en absoluto silencio a estas horas intempestivas. Al llegar a la bifurcación del pasillo superior, dudo un instante acerca de mi próximo movimiento. Si me largara ahora mismo a mi cuarto y pasase de Cheryl, sería el mejor modo de obtener ese alejamiento del que me hablaron Maura y Edmund. Sería la excusa perfecta para que ella me odiara más de lo que ya me odia.

Pero esa opción choca de frente con otra que martillea mi cabeza. Porque, en el fondo de mi alma, no puedo permitir que Cheryl esté sufriendo por mi culpa. En cuanto Edmund y Maura me digan que mi trabajo ha llegado a su fin, desapareceré del mapa y en paz... aunque siga siendo una opción nefasta..., o eso me grita mi puta voz de la conciencia, si es que tengo de eso.

A pesar de la facha que llevo, no pienso parar a ducharme o cambiarme porque entonces acabaré muerto de cansancio bajo el chorro del agua. Camino hasta la puerta de la habitación de Cheryl y doy unos golpes con los nudillos para avisar de mi presencia. Tarda unos segundos que se me hacen eternos, en los que me dejo caer en el marco de madera blanca, pensando que tal vez esté tan dormida que ni siquiera me oiga..., pero parece que sí lo ha hecho, porque la puerta se ha abierto y aparece ella, Cheryl, cortándome la respiración con su hermosa presencia.

Lleva un camisón y una bata de color rosa claro, y me ha parecido un ángel etéreo recién caído del cielo..., un ángel de pelo castaño y enormes ojos verdosos... aunque no sea precisamente angelical su recibimiento.

—¿Qué coño haces aquí, Dylan?

## Capítulo 23

### *Cheryl*

Doy un respingo cuando unos golpes se adentran en mi sueño. Abro los ojos y me percató de que me he quedado dormida en una butaca, con los pies sobre el alféizar de la ventana, todavía abierta. Parece ser que me quedé mirando las estrellas, que, irremediabilmente, me recordaron la noche que hice el amor con Dylan sobre el capó de su coche.

No puedo ser más tonta... ni él, más capullo.

En fin, será mejor que abra la puerta. Seguro que es Adeline, que me echó la bronca por no tocar la cena y viene a traerme un vaso de leche con galletas. Pobrecilla, me sabe mal que se desviva tanto por mí, pero tendré que decirle que ahora sólo necesito dormir un poco.

Abro, pero no es Adeline. Es Dylan, que ha dejado caer la cabeza sobre el marco de la puerta. Su incipiente barba casi le cubre toda la mandíbula; su cabello está revuelto, restos de sangre rodean su nariz y su boca y manchan su camisa. Tiene un pómulo hinchado, apesta a alcohol y a tabaco... y, aun así, me paso varios segundos admirando la belleza de su rostro, al que la expresión taciturna que lo envuelve no hace sino sumarle atractivo.

—¿Qué coño haces aquí, Dylan?

—Pues... no lo sé. —Se encoge de hombros—. Verte, hablar contigo, pedirte disculpas...

—Te las puedes ahorrar. —Con toda mi mala leche, le doy un empujón a la puerta para cerrársela en las narices, pero no lo consigo porque él, antes, pone un pie junto al marco y se cuelga dentro de mi dormitorio.

—Déjame explicarte, Cheryl...

—Todavía se te traba la lengua —le digo con desdén—, y apesta a bar de mala muerte.

—Lo sé. —Se pasa las manos por la cara y el pelo, que acaba más enredado todavía—. Siento haber montado el numerito de celos, pero no podía soportar seguir escuchando detalles de lo tuyo con Derek.

—¿Celoso tú, Dylan? Entonces, ¿qué debería haber hecho yo? ¿Matarte?

—Yo no he estado con otra mujer desde mi vuelta —afirma, muy serio, mirándome fijamente—. Sólo contigo.

—¡Pero te recuerdo que la noche que decidí liarme con Derek fue hace un año, en la fiesta de la fundación, cuando te encontré tirándote a otra en un puto lavabo!

—Según él, lo hicisteis también en su coche durante la última edición, hace tan sólo unas semanas.

—¡Te pillé liándote con Brenda! —Tener que recordarle tantos detalles me exaspera—. ¡Estaba dolida!

No pienso sacarlo de la duda de si llegué a acostarme con Derek en su coche. Que se joda y pruebe de su propia medicina.

—Ya... —suspira—. Parece ser que me lo merezco.

—Oh, por favor —exclamo alzando las manos al techo—, deja de compadecerte y de parecer tú el agraviado. Tú puedes pasarte la vida de juerga en juerga, pero, cuando me toca el turno a mí de pasar un buen rato, resulta que es diferente. ¿Ofende tu ego masculino que tu mujer se tire a otros?!

—No es eso, Cheryl...

No lo dejo ni acabar. Estoy tan furiosa, tan harta, que las palabras me surgen de la boca como un torrente que crece tras una tormenta.

—¡Pues sí, Dylan! ¡Me tiro a otros! ¡No me he metido a monja! ¡Y sí, suelen ser tipos casados! ¿No quieres saber por qué?

—No —contesta envarado.

—¡Me importa una mierda lo que tú quieras! ¡¿Es que no lo ves, acaso?!

—¿Qué es lo que tengo que ver? —pregunta con un nuevo suspiro.

—Te creía más inteligente —le suelto con desprecio antes de volver a estallar—. ¡Únicamente me he liado con casados porque no podía permitirme el lujo de enamorarme de nadie ni de tener una oportunidad! ¡Porque estaba atada a ti hasta que un maldito divorcio nos separara!

Creo que siento la humedad brotar bajo mis párpados, lo que aumenta mi furia muchos grados más. Odio sentir ganas de llorar; odio ver que Dylan parece impasible frente a mí.

—Siento haberte hecho tan desgraciada —se lamenta.

—Sí, me hiciste muy desgraciada —mierda, ya estoy llorando—, pero no pienses que fue antes de tu accidente cuando peor me has hecho sentir. No, Dylan. Ha sido ahora, después de tu vuelta, cuando me has hecho creer que teníamos una oportunidad, cuando me has hecho pensar que te habías convertido en alguien decente...

Siento las lágrimas resbalar por mis mejillas. Dylan intenta acercarse, pero se lo impido.

—... cuando has conseguido que vuelva a enamorarme de ti, después de la primera vez..., después de diez años —acabo confesando entre lágrimas y sacudidas de mis hombros—. ¡Después de creerme inmune a ti, voy y me enamoro de ti de nuevo! ¡Sí, capullo, no me mires así! ¡Soy una imbécil porque te amo, Dylan! ¿Me oyes? Maldito seas... ¡Te amo, joder!

Ahora la visión es demasiado borrosa, porque las lágrimas me la empañan. Los espasmos de mis hombros acompañan los sollozos y acabo dejando que Dylan se acerque y me envuelva en sus brazos.

—Cheryl, cariño —susurra mientras besa mi frente y mi pelo—. Yo también te quiero. —Me abraza más fuerte y deposita sus besos por todo mi rostro, como si pretendiese hacer desaparecer mis lágrimas—. Te quiero, te quiero...

¿Cómo es posible que sea en los brazos de este hombre donde mejor me siento? Su calor, su tibieza, sus palabras de aliento... Es Dylan, sí, el capullo, el egoísta, el inmaduro..., pero no importa. ¡No me importa! Él ahora es mi puerto, mi refugio, y sólo sé que, en este momento, mi único anhelo es tocarlo, sentirlo, besarlo...

Aunque creo que se ha pasado con su afirmación, por maravillosa que me parezca.

—Tú nunca has querido a nadie, Dylan —replico aún envuelta por su cuerpo—, únicamente a ti mismo.

Deja de abrazarme un instante para que pueda mirarlo a la cara y observar su expresión atormentada.

—Nunca he querido a nadie porque nunca tuve a nadie como tú, Cheryl. Y no te tuve porque me faltó la oportunidad de conocerte. Sabes que yo no necesito nada —insiste—, que tengo en esta vida todo lo que se me antoja..., pero, cada vez que imagino mi vida sin ti, siento que mi cuerpo queda vacío, como una puta cáscara inerte, sin corazón, sin pulmones, sin alma. Te quiero, Cheryl, y te lo repetiré las veces que haga falta, hasta que se te grave a fuego.

—Dios —susurro conmovida—, ojalá sea verdad.

—Jamás he dicho mayor verdad en mi maldita e inútil vida.

Sus palabras me siguen emocionando, creando un nudo dentro de mi pecho que casi me impide respirar. Pero ya no quiero seguir hablando, ni escuchando. Deseo fundirme con su cuerpo hasta que sólo seamos uno, hasta que no haya límites entre los dos. Por eso busco su boca con desesperación, obviando el gesto que él me hace por apartarse al recordar su aspecto.

—Perdona —murmura mientras trato de alcanzar sus labios—. Debo apestar y resultar bastante desagradable a la vista.

—Eso nunca —susurro—. Me gusta que no siempre desprendas olor a perfume o a ropa nueva, sino que huelas a ti. —Desabrocho los botones de su camisa y se la deslizo por los hombros—. Y jamás me parecerías desagradable a la vista. —Pongo mi mano sobre su pecho y resigo con mis dedos el contorno del lobo que lo adorna—. Desde que puedo disfrutarte, me pareces aún más hermoso de lo que te imaginé nunca.

Dylan cierra los ojos y emite un suspiro entrecortado, como si sintiera dolor con mis caricias y mis palabras. Sobre todo cuando cambio mis dedos por mi lengua y la deslizo sobre toda la superficie de su tórax, desde el tatuaje, pasando por sus pezones y acabando en su nuez de Adán, que se mueve compulsivamente.

—Recuerdo ahora el momento en que te vi por primera vez desde tu vuelta —sigo susurrando mientras mis manos se posan en su cintura y acarician sus costados—. Mirabas por una ventana y te diste la vuelta para verme. Nada más contemplarte, te deseé. Ansié colocar mi boca sobre tu cuello y aspirar tu esencia, hundirme en ti.

Y eso hago ahora mismo. Beso el lugar donde le late el pulso y clavo mis manos en sus hombros desnudos. Deseaba tanto hacer esto...

Aunque Dylan no parece muy dispuesto a seguir siendo la parte pasiva. Agarra mis brazos para apartarme ligeramente y me mira con sus penetrantes ojos oscuros. Nunca imaginé que su mirada pudiese llegarme tan adentro, ni que pudiese expresarme esa especie de vulnerabilidad que desprende.

—Yo también te deseé en ese instante —me dice—. Y a partir de entonces no he dejado de hacerlo, cada día, cada hora, cada maldita noche.

Parecemos haber decidido los dos que ya ha expirado el tiempo de las confidencias y que deseamos pasar a la acción. Me desprendo de mi bata y mi camisón para quedar desnuda, y lo mismo hace él cuando se quita los pantalones y el resto de ropa interior. Nos fundimos en un abrazo, fusionando nuestros cuerpos, nuestras pieles y nuestras lenguas mientras nos besamos con codicia. Nuestras manos no cesan de tocar el cuerpo del otro y, trastabillando, acabamos tirados sobre mi cama.

—Esta vez —jadea Dylan mientras me mira con deseo desgarrado— no querría ser tan brusco. Me gustaría hacerte el amor más despacio, saborearte, dibujarte, pero creo que no voy a poder. — Sus jadeos aumentan de cadencia.

—Pues hazlo como tú quieras —respondo—. No intentes ser de otra forma. Ámame como te guíe tu instinto.

Y su instinto no lo deja ser suave, pero tampoco me importa. Con su cuerpo sobre el mío, besa mi boca, mi cuello, mis pechos, mientras yo me retuerzo de placer sobre las sábanas. Baja a besar mi vientre, mis caderas, mis muslos, hasta acabar besándome entre las piernas, saboreando y lamiendo mi sexo con deleite. Me arqueo sobre la cama, retuerzo las sábanas entre mis manos y gimo de placer



cuando absorbe mi clítoris entre sus labios y al mismo tiempo introduce un dedo en el interior de mi vagina. Un fuego abrasador me quema por dentro y me veo obligada a colocar mis pies sobre su espalda y a enredar mis manos entre su pelo mientras el orgasmo se apodera de mí, denso, caliente, intenso. Dylan continúa lamiendo hasta que finaliza el último resquicio de placer.

Cuando se incorpora y me mira, resuelvo que mi deseo es demasiado grande como para sentirme satisfecha, por lo que lo cojo por los hombros y lo pongo de espaldas sobre la cama al tiempo que me doy la vuelta y me coloco sobre él a horcajadas. Me inclino hacia delante y lo imito en sus anteriores movimientos, como besar su boca, su garganta, su pecho y su vientre. Enredo mi lengua en el vello ensortijado de su sexo y la deslizo por la suave piel de su miembro, percibiendo el tacto de sus venas y la humedad que brota de su extremo.

—Fóllame ya, Cheryl —gime, al tiempo que me sujeta por los brazos para incorporarme—. Ahora, joder.

Complacida por su urgencia, ubico su miembro en la entrada de mi cuerpo, aunque él detiene el movimiento justo antes de que lo ejecute.

—Un momento —me dice con la respiración acelerada—. ¿No tienes...?

—Utilizo otros métodos —le anuncio—, así que no importa. Hoy quiero sentirte hasta el final.

Tras mi última palabra, me dejo caer con fuerza sobre su erección y emito un fuerte jadeo cuando me siento totalmente atravesada por él. Sus fuertes manos me cogen por las caderas y aceleramos cada vez más el ritmo de nuestras embestidas. A pesar de nuestra premura y del fuego que nos domina, ambos conservamos los ojos abiertos para no perdernos cada gesto de placer del otro. Siento sus golpes de pelvis en mis glúteos, sus dedos clavados en mis caderas, sus ojos penetrando los míos.

Y es en este instante cuando compruebo que esta vez tiene algo diferente a las otras. Estamos compartiendo algo más que placer. Siento cómo, a través de nuestras miradas y gestos, él me está ofreciendo parte de su alma y absorbiendo al mismo tiempo parte de la mía. Y, sobre todo, me siento feliz, muy feliz. Por eso grito cuando el orgasmo me vuelve a alcanzar, esta vez mucho más potente, repartiendo miles de chispas a través de cada una de mis venas para acabar explotando en mi sexo. Dylan, para acallarme, me enmarca el rostro para besarme y poder descargar en mi boca los gemidos de su propio clímax, al tiempo que sus caderas se elevan y acaban incrustadas en mí. Segundos después, ambos caemos sobre las sábanas arrugadas y húmedas, para acabar entrelazados, unidos, como hemos deseado hacer desde que nos hemos dicho que nos queríamos.

Durante varios minutos, no hablamos. Nos limitamos, después de taparnos con las sábanas, a yacer abrazados y despiertos hasta que el cansancio y el sueño comienzan a recordarnos que ya estaban ahí, que sólo los hemos olvidado durante unas horas. Pero antes de quedar dormida, consigo hacerle una pregunta.

—¿Qué vamos a hacer, Dylan?

—No lo sé —contesta, con tono apesadumbrado—. No lo sé, cariño.

Me da un dulce beso en el pelo y nos acurrucamos juntos en mi cama. Sin embargo, no puedo evitar dejar de pensar en su parca respuesta.

¿Por qué me responde que no lo sabe? ¿Tan difícil es decir que podríamos intentarlo?, ¿que no es necesario que nos divorciemos?, ¿que, si nos queremos, podemos continuar casados?

Caigo en un dulce sueño antes de seguir pensando en ello.

Dicen que la felicidad se compone de pequeños y sencillos momentos, como el que yo misma estoy viviendo ahora. Permanezco bajo las sábanas de mi cama, envuelta en el calor del cuerpo de Dylan. Sus manos cubren mi espalda, sus piernas rodean las mías y su aliento calienta mi pelo. Con los ojos apenas abiertos, me acurruco un poco más en su pecho y poso mis labios sobre su tibia piel. Me siento tan bien...

—Humm —murmura con la voz ronca del sueño—, no pares, cariño. Puedes seguir besándome todo lo que quieras. Y si es un poquito más abajo, mejor que mejor.

—Por mí, encantada —susurro al tiempo que desciendo una mano y la coloco sobre su miembro ya excitado—. Seguro que no hay mejor forma de empezar el día.

—Seguro que no —gime él antes de colocarse sobre mí. La dureza de su erección presiona mi sexo y no puedo evitar arquearme para buscar el contacto. Rodeo sus hombros con mis brazos, busco su boca para besarlo, abro las piernas y...

—¡Niña Cheryl! —oímos al otro lado de la puerta. El pomo gira hacia uno y otro lado, provocando el traqueteo de la madera—. ¿Por qué te has encerrado por dentro?

—Mierda —farfulto—. Es Adeline con el desayuno. ¡Rápido, sal de aquí!

—¿Estás de broma? —se sorprende Dylan, sin moverse aún—. ¿Por qué voy a tener que irme?

—Porque no me apetece que Adeline nos pille así. Por raro que te parezca, nunca me ha visto en estas circunstancias.

—Soy tu marido, por el amor de Dios...

—No te cuesta nada, cariño...

—¡Cheryl! —insiste la mujer—. ¿No estás despierta? ¡Se te hace tarde para ir a trabajar!

—¡Por favor, Dylan! —Con la fuerza que me otorga la situación, coloco mis manos sobre sus hombros y lo empujo con la intención de que se aparte de mí y de la cama, aunque creo que me he pasado un poco con el empujón y acaba cayendo de espaldas directamente sobre el suelo.

—¡Joder! —protesta—. ¡Me has tirado al suelo!

—¡Métete debajo de la cama!

—¿Qué ha sido eso, Cheryl? —grita Adeline—. ¡He oído un golpe!

—¡No es nada! —grito también—. ¡Me había quedado dormida! ¡Enseguida te abro!

Me apresuro a ponerme el camisón y la bata, estiro un poco las sábanas y recojo con premura la ropa de Dylan hasta hacer una bola con ella y lanzarla junto a él debajo de la cama.

—Cheryl —sigue murmurando—, esto no tiene sentido...

—Cállate, anda. Enseguida se irá.

Me acerco a la puerta, abro el cerrojo y aparece Adeline con un desayuno completo. Se me hace la boca agua al ver las tostadas, el zumo, la fruta y los bollos. Está claro que el ejercicio nocturno ha sido el mejor remedio para abrirme el apetito.

—Qué buena pinta tiene esto. —Dejo que coloque la bandeja sobre la cómoda y me llevo un brioche a la boca—. Estoy hambrienta.

—No me extraña, si anoche no comiste nada. —Pone sus manos sobre su amplia cintura—. ¿Se puede saber por qué te has encerrado?

—Lo hice sin pensar, no me di cuenta.

Me sirvo zumo en el vaso, extendiendo una buena cantidad de mermelada sobre una tostada y le doy

un gran bocado.

—Deberías abrir la ventana y ventilar esta habitación —gruñe mi antigua cocinera—. Huele a cueva de oso.

—Sí, he sudado un poco —contesto después de tragar de golpe el pedazo de comida sin masticar.

—¿Te pasa algo? —me pregunta achicando los ojos—. Te veo extraña, como nerviosa.

—No me ocurre nada —contesto mientras la cojo amorosamente de un brazo—. Y ahora, si me disculpas, voy a darme una ducha.

—Buena falta te hace —comenta mientras se encamina a la puerta. De pronto, antes de salir de la habitación, se gira y dirige su vista a la cama—. Por cierto, señor Haynes, ¿desea usted también algo de desayuno?

—¡No, gracias, Adeline! —grita el aludido desde su escondite—. Tomaré algo del de Cheryl y me iré rápido al trabajo, que me espera un día muy complicado.

El muy capullo sale de debajo de la cama, tapando su desnudez con el revoltijo de su ropa.

—Como quiera, señor Haynes. —Tan campante, Adeline sale de la estancia y cierra la puerta.

Imposible resistirse a un ataque de risa.

—Por favor —suelto entre carcajadas—, menudas pintas tienes.

Verlo ahí, desnudo, con el pelo revuelto, la barba crecida y el ceño fruncido, me remueve por dentro. Como otras veces, despide cierta fragilidad que lo hace más adorable todavía.

—Por tu culpa —refunfuña—. ¿A quién se le ocurre enviarme debajo de la cama?

Saltando sobre un solo pie, hace el intento de enfundarse los pantalones.

—¿Qué planes tienes para hoy? —le pregunto antes de llevarme a la boca una taza de café.

—No era una excusa para Adeline. —Me arrebató la taza y le da un largo trago hasta dejármela vacía—. Tengo un día a tope. No creo que podamos quedar hoy. Sólo te prometo alguna visita rápida para verte.

—No importa —suspiro—. Yo también tengo mucho trabajo acumulado. Y ahora recuerdo que había quedado con el grupo para tomar algo a la salida del trabajo.

—Intentaré escaparme. —Coge un bollo de la bandeja y, con la boca llena, me da un beso en la mejilla—. Hasta luego, cariño. —Y desaparece por el pasillo con el resto de la ropa colgando del brazo.

—Hasta luego, Dylan —murmuro al verlo esfumarse.

No puedo evitar la terrible sensación de que se vuelve a alejar de mí, de que se me escapa como la arena entre los dedos.

## Capítulo 24

### *Edmund y Maura*

Esa visita a su hijo estaba siendo la más difícil, si alguna de las anteriores se podía tildar de lo contrario. Tras la pesimista conversación con el doctor Ávalos, Maura se apartó del cuerpo inerte de Dylan y se acercó a la ventana. Las vistas desde el Presbyterian eran impresionantes. Todo Manhattan se alzaba ante ella, aunque en ese momento no viese nada en realidad.

—Lo siento, Maura.

Edmund se acercó por detrás y posó su mano en el hombro de la mujer a la que aún amaba. El doctor lo había dejado claro: la muerte cerebral de Dylan era irreversible y el desenlace fatal no tardaría en llegar.

—No me han dicho nada nuevo —murmuró Maura sin dejar de mirar al vacío de la ventana—. Lo supimos desde el principio. Mi hijo ya estaba muerto. Únicamente lo conservamos aquí por egoísmo, para ocultar su fallecimiento y que nos diera tiempo a buscarle un sustituto. Me odio por ello.

—No te castigues —intentó calmarla su abogado—. Robert y tú siempre fuisteis personas fuertes, capaces de sobreponer vuestras obligaciones a los sentimientos y la familia. Pero no fue culpa de tu marido ni ahora lo es tuya. Simplemente, anteponéis la razón al corazón. Nadie debería juzgaros por hacer las cosas como mejor os ha guiado vuestro instinto.

Maura se dio la vuelta y observó el rostro del que era su amigo desde hacía más de tres décadas.

—Siempre te las has arreglado para no cuestionarme —comentó, emocionada—. Sólo lo has hecho con todo este tema de Dylan y Logan, pero, como siempre, llevabas razón. Siento hacia ese muchacho una afinidad difícil de explicar. La única justificación posible es el deseo de mantener vivo a Dylan a través de él.

—Es lo más lógico, Maura. A cualquiera le habría pasado lo mismo. —Edmund la cogió de la mano—. Llevas todo el día aquí, deberías descansar un poco.

—Es que ya no me fío, Edmund. Dylan se irá para siempre en cualquier momento. Sé que la corporación me necesita, pero...

—No digas sandeces, Maura. La corporación va viento en popa. Porque tú quieras estar unos días en el hospital junto a tu hijo, nada se va a resentir. Yo me encargo de que todo funcione. Y, por supuesto, la presencia de nuestro sustituto lo facilita todavía más.

—De algo tenía que servir la loca idea que tuvimos.

—Vamos, te llevaré a casa.

Maura le dio un beso a su hijo y siguió a Sanders hasta su coche, que mantenía aparcado en el estacionamiento subterráneo, fuera de posibles miradas indiscretas.

—Por favor, Edmund, no me lleves a casa —pidió Maura—. No me apetece estar allí. Llévame a la tuya.

—¿A la mía?

—Si no te importa.

—Claro que no.

Al acceder al apartamento de Edmund, Maura se vio asaltada por un cúmulo de recuerdos y

sensaciones. Nada había cambiado y, a la vez, todo era distinto.

—No entrabas aquí desde hacía...

—Diez años —lo interrumpió Maura.

Ése era el tiempo exacto que hacía que Maura había sucumbido por primera y única vez al deseo por un hombre; por el único hombre que había deseado de verdad.

—¿Quieres que te prepare algo? —preguntó Edmund—. ¿O prefieres echarte un rato en la cama?

—Lo segundo suena mejor. —Sin que se lo esperara, Maura se acercó a él, cogió su rostro entre las manos y le dio un dulce beso en los labios.

—¿Qué significa esto, Maura? —quiso saber el abogado, visiblemente perplejo.

—Necesito estar contigo, Edmund —confesó—. Te necesito a ti.

Edmund contempló a Maura unos instantes. Lo más natural era pensar que estaba cansada, triste, necesitada de afecto. Llevaba meses velando a un hijo que estaba muerto desde el principio; eso era demasiado duro de soportar hasta para un corazón fuerte e impenetrable como el de Maura..., pero él llevaba muchos años amando a aquella mujer, a pesar de estar casada, a pesar de ser el hombre de confianza de su marido, a pesar de convertirse en la sombra de ella y de su hijo. No quiso presionarla cuando Robert murió, pero esperaba que, pasado el duelo, ella se acercara a él de una forma más personal que profesional, algo que nunca ocurrió.

—Sabes lo que siento por ti, Maura —le dijo. Tomó una de sus manos y besó su palma—. Te amo desde que me alcanza la memoria, sería capaz de cualquier cosa por ti, pero no sé si soportaría tenerte para volver a dejarte ir, como ya me pasara hace diez años.

—Entonces estaba casada —le recordó Maura mientras acariciaba su mandíbula—. Me sentí fatal por haber engañado a Robert, pero nunca me arrepentí de lo que sucedió.

—Deberías saber que tu marido no era un santo, precisamente.

—Lo sé. Sin embargo, cada uno actúa como le dicta su conciencia. Él era discreto, únicamente andaba con fulanas, nunca se encaprichó de ninguna en concreto. En cambio, lo que yo sentía por ti era distinto.

—Nunca me has aclarado tus sentimientos, Maura...

—No quería darte falsas esperanzas, y no podía confesarte que te amé desde el principio, que llevaba enamorada de ti todos esos años, porque podríamos haber cometido cualquier locura. Estaba la corporación, mi hijo, el nombre de la familia... Todo eso se habría ido al garete si Maura Haynes se hubiese liado con el abogado de su marido.

—Lo habría entendido, Maura —replica Edmund bastante molesto—, y hubiese respetado tu decisión, pero, ¡maldita sea!, podrías haberme dicho que también me querías. No imaginas lo que es vivir amando a otra persona y no saber si eres correspondido. Si al menos aquella única vez que nos acostamos me hubieses confesado algo, no me habrías dejado tan perdido después de que te marcharas y actuaras como si no hubiese sucedido nada. Llegué a odiarte por menospreciarme, Maura. Y me odié a mí mismo por amarte tanto.

—Te lo he aclarado. No podía decirte nada para no complicar las cosas.

—¿Y cómo has podido vivir así? —demandó Edmund—. ¿Te hiciste un nudo en el corazón?

—No seas injusto. —Maura elevó la barbilla, claramente dolida—. Me volqué en mi hijo y en mi trabajo.

—Me parece perfecto, Maura —el abogado se apartó de ella—, pero no voy a volver a acostarme contigo sólo porque yo sea el único consuelo que tienes a mano. Prefiero seguir queriéndote sabiendo

que nunca serás mía a tenerte sólo unas horas.

Ella volvió a acercarse y cogió una de sus manos.

—No voy a pedirte perdón por lo que hice, por mi escala de valores o por ser como soy. Sólo puedo decirte que, esta vez, te quiero a mi lado, Edmund, te necesito. Ya no puedo más. Me siento muy sola.

—Nunca te pediría que cambiaras. —Edmund acunó el rostro de Maura—. Te quiero como eres. No cambiaría absolutamente nada de ti. Y, por supuesto, estaré a tu lado, siempre. —Bajó la cabeza para besarla, pero ella colocó un dedo sobre los labios de él.

—Únicamente te pido que seamos discretos —comentó Maura.

—¿Como un par de amantes furtivos? —planteó Edmund con una sonrisa—. Me encanta. Hará que me vuelva a sentir joven otra vez.

Maura retiró su dedo para que Edmund pudiese besarla. A pesar de los años transcurridos, volvía a sentir el mismo burbujeo en las entrañas, el mismo ardor en sus venas, el sabor de su lengua, el tacto firme de su espalda y sus hombros... Al mismo tiempo, las manos de Edmund recorriendo su cuerpo volvían a hacerla sentir querida y deseada, como nunca otras manos consiguieron hacer.

Él la cogió de la mano tras finalizar el beso y la llevó a su dormitorio, donde comenzó a desabrochar su blusa y su falda.

—Ya no estoy igual que entonces —confesó Maura al observar cómo él se deshacía de sus prendas hasta dejarla en ropa interior—. Tengo cincuenta y cinco años, los suficientes como para que el tiempo haya hecho estragos en mi cuerpo.

—Y yo tengo sesenta —reveló él al tiempo que se deshacía de su propia ropa—, pero te juro que soy capaz de sentir, de amar y de disfrutar como cuando tenía veinte años menos. Además —añadió mientras la tumbaba sobre la cama—, me sigues pareciendo la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Ante aquellas bonitas palabras, Maura sintió una opresión en el corazón que le produjo ganas de llorar. Lo malo era que no estaba segura de si se las producía la emoción de sentirse tan amada por un hombre o se trataba de la congoja que llevaba instalada en el pecho por los últimos acontecimientos.

Edmund se tumbó al lado de ella y, poco a poco, le quitó el sujetador y las bragas. Sus manos obraron su magia, comenzando por acariciar los pechos femeninos, por lo que Maura cerró los ojos y se arqueó sobre la cama cuando sintió la humedad de la boca de él sobre sus endurecidos pezones y sobre su estómago para acabar en su sexo.

Dios, aquello era tan maravilloso... La congoja fue en aumento cuando recordó la cantidad de tiempo que se había negado aquel placer de la vida, aunque la olvidó momentáneamente cuando la lengua de su amante la llevó a experimentar un dulce pero intenso orgasmo.

Edmund trepó por su cuerpo y se acomodó sobre ella, para poder deleitarse en su rostro de placer, en la mirada satisfecha de una mujer que acaba de disfrutar después de muchos años de abstinencia sexual. Al menos, aquel placer había sido producido por un hombre y no por sí misma. A continuación, la besó, hundiendo su lengua hasta el fondo de su garganta al tiempo que le abría las piernas y buscaba la entrada a su cuerpo.

—Mírame, Maura —susurró después de besarla—. Dime que deseas esto, que me deseas a mí.

—Te deseo, Edmund —susurró ella—. Y deseo esto más que nada en el mundo.

Edmund se chupó un par de dedos y se los impregnó en saliva para tantear la entrada al cuerpo de

Maura y prepararla. Sabía del tiempo que debía hacer desde su última relación sexual y de la falta de lubricación producida por la edad. A continuación, sustituyó sus dedos por su miembro y empujó hasta sentirse completamente enterrado en ella. Ambos emitieron un gemido cuando se sintieron unidos.

—La próxima vez —gimió él— tendré preparado un lubricante para facilitarte la penetración.

—Estoy bien —sonrió ella—, estoy mejor que nunca.

Edmund, feliz por las palabras de Maura, comenzó a embestir de forma rítmica, haciendo que prendiera cada terminación nerviosa. Ella cerró los ojos y se abrazó a la ancha espalda de su amante mientras el todavía duro tórax masculino golpeaba sus pezones y la hacía gemir de placer. De forma experta, el abogado continuó entrando y saliendo de su cuerpo, acariciando su clítoris y besándola al mismo tiempo. De esa forma, Maura alcanzó un nuevo orgasmo y tembló y jadeó mientras Edmund experimentaba su propio clímax. Cuando los retazos de placer se fueron difuminando, ambos permanecieron acostados entre el remolino de sábanas.

—Te quiero —susurró Edmund, aunque sintiera ya la respiración acompasada de Maura, dormida tras el placer vivido, anhelado durante tanto tiempo.

Edmund se mantuvo despierto. La maldita providencia se había encargado de que, justo cuando Maura derribaba todos sus muros y confesaba sus sentimientos, él guardase en su corazón un secreto inconfesable. Un secreto que, de salir a la luz, no sólo los llevaría a separarse, sino a que Maura lo odiara para siempre.

## Capítulo 25

### *Cheryl*

—¡Vamos! ¡Adentro, chicas!

Valerie, Julie y yo pillamos nuestro tercer chupito de tequila y lo mandamos al fondo de nuestras gargantas para golpear después la barra con el vaso y exigir un cuarto. Las risas se apoderan de nosotras al sentir la euforia propia del alcohol, aunque no hayamos hecho más que empezar y todavía podamos absorber bastante más.

¡Y cuánto necesitaba esto!

Al final, Dylan ha cumplido su promesa y este mediodía se ha presentado en mi departamento para arrastrarme y llevarme a toda prisa a comer un perrito caliente en un puesto callejero. Hemos comido, reído, nos hemos inundado de besos con sabor a mostaza y hemos tenido que volver a nuestras obligaciones pocos minutos después. Eso es lo que yo llamo tiempo bien invertido.

Lo que no ha podido ser ha sido vernos por la tarde, ni quedar para después del trabajo, pues Edmund apenas ha aparecido hoy y Maura lleva una temporada que se escaquea demasiado y, por todo ello, a Dylan le ha sido imposible esquivar la reunión en la que todavía debe de estar metido.

Qué le vamos a hacer, las obligaciones son las obligaciones. Sé que Dylan me debe una conversación y una solución a lo nuestro, pero, de momento, intento no pensar en ello y distraerme con mis amigas. Faltan los dos chicos, pero seguro que no tardarán en llegar.

Por cierto, ahí viene Oliver. ¿A quién habrá visto este chico, que viene corriendo, apartando la marea de gente que abarrota el local y con una cara de importante que no se aguanta, aquella con la que nos avanza alguna noticia fresca? En tres segundos tendremos la primicia: a la de una, a la de dos y a la de...

—¡Chicas, chicas, chicas! —exclama sin resuello por las prisas cuando, por fin, aterriza en la barra—. ¿Queréis saber a quién acabo de ver?

—Y si no queremos saberlo, lo soltarás de todas formas —interviene Valerie con su habitual mal humor.

—Qué desaborida llegas a ser, hija —le gruñe Oliver antes de volver a ponerse interesante—. Ahí va, chicas: acabo de ver por la calle un coche en el que iban Cruella de Vil y el conde Drácula...

—¿Quién? —pregunta Julie.

—Nuestra jefa suprema —le aclara Valerie— y su maldito abogado.

—Dejadme acabar, por favor —pide Oliver—. Tachán, tachán... ¡Y se estaban besando!

—¡No jodas! —exclama Julie.

—Menuda noticia —bufa Valerie—. Como si no supiésemos ya el lío que se traen esos dos.

—¿Estás seguro? —pregunto. Sé lo de los rumores que planean sobre ellos, pero nunca he tenido una prueba que los confirmara.

—Te lo juro por el culito de mi novio —suelta Oliver—. No hay ninguna duda de que eran ellos.

—Hala —exclama Valerie—, pero qué cerdo eres. Eres único a la hora de hacer volar la imaginación.

—Pues haz volar la tuya más a menudo, bonita, que falta te hace, con esa cara de culo apretado



que me llevas.

—¿Sólo sabes hablar de culos? Bueno, aparte de lo obvio...

—Voy a ignorarte —le dice Oliver con un mohín—. Prefiero escuchar las buenas nuevas de mi querida Cheryl y el buenorro de su marido.

—¿Qué queréis que os diga? —No puedo evitar ponerme también un poquito interesante. Exceptuando a Valerie, que seguro que ha discutido con Liam, es más que probable que mis otros dos amigos estén deseando oír cualquier noticia relacionada conmigo y con Dylan.

—Pues ese rollito raro que te traes con tu maridito, mala pécora.

—La verdad, un poco raro sí es —confieso al recordar que ninguno de los dos ha hablado del tema del divorcio—. Pero, por lo demás, me siento feliz, chicos, muy muy feliz. Dylan siempre me ha gustado, pero ahora es mucho más fuerte que eso. Me duele cada vez que pienso en él. ¿Imagináis la típica carita del niño al que le han negado un dulce durante demasiado tiempo y sólo se puede permitir mirarlo a través de un escaparate? Pues ésa era yo, la que observaba su preciado dulce tras un cristal y, al final, lo ha conseguido.

—¿Conseguido? —Oliver ríe—. ¡Menudo bocado le has soltado! Con la cara de felicidad que llevas, no deben de haber quedado ni las migas, bonita.

—¿Seguiréis casados, no? —pregunta Julie, en su romántica línea.

—No lo hemos hablado —respondo—, pero imagino que sí. Siempre he sido yo la que me he planteado la posibilidad de divorciarnos.

—¡Y no estaría mal siempre que sea para volver a casaros! —Julie vuelve a sentirse eufórica por fabular esa posibilidad que, para qué vamos a engañarnos, me encantaría. Sería una boda tan distinta a la anterior, que ya me la estoy imaginando.

Vale, se acabó pensar como una puñetera princesa Disney.

—¡Una boda! —exclama Oliver—. Oh, Cheryl, ¿crees que sería un problema para los Haynes que me pusiera mi traje rojo con lentejuelas en la solapa de la americana?

—Pues...

—¡Queréis hacer el favor de dejar de decir chorradas? —salta Valerie—. ¿De verdad seguís creyendo en la metamorfosis de Dylan Haynes? Por favor...

—¿Se puede saber qué te pasa? —le exijo—. ¿Eres tan poco feliz que te sientes mejor si haces que yo no lo sea?

Mierda, menuda crueldad acabo de soltarle.

—Lo siento, Valerie —me disculpo al tiempo que la rodeo con un brazo y le doy un beso en la mejilla—. No quería decir eso, pero resulta que, en el trabajo, ya he tenido que aguantar los bufidos de Liam y me duele que estéis como siempre.

—Seguro que Liam te ha pedido una relación más convencional —interviene Oliver—, pero tú, como mujer moderna e independiente que eres, lo has mandado a la mierda. Como si lo viera.

—Pobre Liam... —suspira Julie.

De pronto, nuestra amiga se pone en pie y nos mira a los tres con evidente ira.

—¿De dónde coño sacáis eso? ¿Pobre Liam? ¿Por qué? ¿Por qué se supone que yo soy la parte mala en esta historia?

Los tres nos miramos. Lleva toda la razón. Ni siquiera nos hemos parado a pensar en otra posibilidad y eso nos hace sentirnos tremendamente culpables.

—¡Es él, joder! —vocifera Valerie—. Es él quien no quiere compromiso. Soy yo la que lleva

siglos intentando convencerlo de que vivamos juntos, de que salgamos de forma convencional y no sólo para follar. —La tristeza por verla llorar nos oprime el pecho—. ¡Soy yo la que se arrastra! Pero, claro, la tía dura del pelo corto que viste botas militares tiene que ser la chungu, no el sensato y callado Liam, ese que todos creéis el novio perfecto. ¡Pues perfecto, una mierda! ¡Por su culpa soy la tía más borde del mundo y no dejo de pagarlo con mis amigos, hostia!

—No pasa nada, preciosa.

Sus tres amigos nos lanzamos sobre ella para abrazarla y consolarla. Menuda lección acaba de darnos sobre no dejarse llevar por las apariencias.

—Vaya con Liam —gruñe Oliver—, tan circunspecto él, tan callado, y resulta que es un *pichabrava*.

Valerie mezcla la risa con las lágrimas, igual que nosotras.

—Siento haber estado tan borde con vosotros —se lamenta—. Sobre todo contigo, Cheryl, cuestionando todo el tiempo tu relación con Dylan cuando yo soy mil veces peor, una imbécil enamorada que llora por un tío, como cualquier mortal. ¡Que se vaya a la mierda, Liam!

—No pasa nada —la consuelo—, tranquila..., pero deberías habernos contado algo antes.

—Por cierto —murmura Julie—, por ahí viene el aludido.

Levantamos la cabeza de nuestro corrillo y vemos a Liam acercarse entre el barullo de gente que ríe, charla y bebe. No le pasa desapercibido el ambiente algo espeso que nos rodea y compone una mueca en su atractivo rostro mientras pide una cerveza.

—¿Ocurre algo? —pregunta tras darle un trago a su botella.

—Sí —salta Oliver—, que eres un capullo sin sentimientos. —Sin mediar palabra, Valerie le da un codazo en las costillas que le hace soltar un aullido—. ¡Au, bestia parda! Me habrás dejado un hematoma como una cancha de grande.

Es el momento oportuno que encuentra Valerie para disculparse y marcharse con la excusa de que es tarde.

Liam bufá, deja el botellín sobre la barra y se pasa la mano por su oscuro y brillante cabello.

—Creo que hay cosas personales que no os incumben, chicos. Os aprecio, pero mi vida personal y, sobre todo, sexual, son problema mío.

—Tienes razón —acepto—, pero, como somos tus amigos y también lo somos de Valerie, nos preocupamos por vosotros. Ah, y porque, si tienes amigos, te toca tener que soportar su constante acoso, como me pasa a mí. Así que, ya lo sabes, desembucha ahora mismo por qué estabas con ella y por qué no te gusta para algo más que un polvete.

—Porque paso de novias formales —contesta, exasperado—. Ya tuve una, con la que iba a casarme, y todo se fue a la mierda, pero no sin antes haber metido a la familia por medio. Así se lo expuse a Valerie y aceptó. Si ahora ha cambiado de opinión, no es mi problema.

—¡Capullo insensible! —exclama Julie, con lo que nos deja a todos alucinados por la falta de costumbre de verla así de alterada—. ¡Se ha enamorado de ti!

—Pero yo no lo estoy de ella. —Con esa seca respuesta nos acaba de asestar un hachazo en mitad de la cabeza—. Es divertida y buena en la cama. Punto.

Qué chafados acabamos de quedarnos. Está claro que los sentimientos no se pueden forzar, y que, por mucho que queramos a ambas partes y que nos parezca que forman una bonita pareja, no podemos obligar a que se quieran los dos. Nos sentimos tristes, pero entendemos que Liam hable con sinceridad. El corazón es sabio y, si no palpita ante la presencia de otra persona, no altera tu sangre

cuando la rozas, no sonrías de felicidad al verla o no te deja un inmenso vacío cuando la pierdes..., pues no estás enamorado. Así es la realidad.

—Siento chafaros vuestras ganas de vernos juntos —nos dice—, pero así son las cosas.

—Sí —suspira Oliver—, así es la vida de puta a veces.

Todavía nos esperan los chupitos de tequila sobre la barra, pero nadie ha tenido ganas de beber ya. Liam sigue con su cerveza, Julie ha ido al baño, Oliver habla por teléfono con su novio y yo aprovecho para salir a la calle y pedir un taxi. La noche está bastante fría y deja ya mantos de humedad sobre los coches. Me refugio en mi abrigo de cuadros y le doy una vuelta más al fular que me rodea el cuello. Antes de acercarme a la calzada para levantar una mano, una persona se aproxima a mí, aprovechando la intimidad que nos ofrece el halo de oscuridad debido a una farola fundida. Es una mujer y la reconozco enseguida, por lo que me envaró al recordarla por hablar muy íntimamente con Dylan una de las noches que fuimos a cenar. Me sigue sorprendiendo que una de sus examantes sea ya de cierta edad y, lo que es más insólito todavía, que parezca normal e inteligente.

—Perdona... Cheryl, ¿verdad?

—¿Qué quieres? —le contesto de la forma más brusca posible.

—Sí, supongo que no te alegra verme; a mí tampoco, créeme, pero tenemos que hablar.

—¿Nosotras? ¿De qué? —pregunto de forma despectiva.

—Mira, guapa, no tendría por qué contarte nada, pero tengo la impresión de que ambas podemos estar siendo engañadas y me siento en la obligación de decírtelo. No me gusta que me tomen por tonta y me imagino que a ti tampoco.

—Suelta lo que tengas que decirme —le espeto— y déjame tranquila.

—Tu marido, o el que dice serlo, no lo es.

—¿Perdona?

—Atiéndeme, jovencita. —Se acerca un poco más a mí, mira a su alrededor y baja un punto el volumen de su voz—. El hombre con el que ahora pareces llevarte tan bien, el que dirige la prestigiosa Haynes Corporation, no puede ser Dylan Haynes.

Un frío inesperado recorre mis venas. Lo que dice me parece lo más absurdo del mundo, pero ya van dos personas que insinúan algo parecido. Bueno, Brenda lo insinuó, pero esta mujer lo afirma con toda rotundidad.

No las creo, por supuesto. Están dolidas porque Dylan pasa de ellas, porque ha vuelto a mí, porque ahora es un hombre decente...

Sin más, me doy media vuelta e intento seguir con mi idea de pedir un taxi. Esta tía no merece ni que la envíe a la mierda.

—¿Me has oído? —insiste—. Te estoy diciendo que tu marido no es tu marido, que es un impostor, joder.

Ahora ya me ha cabreado del todo.

—Déjame en paz —le exijo furiosa—. ¿Tanto te molesta que pase de ti y haya vuelto conmigo? ¿Tan cabreadas estáis todas sus amantes que inventáis injurias para que os vuelva a dejar el campo libre?

—¿Amante? —La mujer suelta una risotada que me produce escalofríos—. Yo no era una simple amante, querida, yo era algo más que eso..., pero lo más importante es que tuvimos un acuerdo comercial además de sexo, y por eso no me cuadra que no me reconociera la noche que coincidimos en el restaurante.

—Ha olvidado algunas cosas de su depravada vida antes del accidente —lo justifico.

—¿De verdad? —Sonríe—. Pues yo te digo que ese hombre no era el mismo con el que follé y llegué a un acuerdo unos pocos meses atrás. Es imposible que lo haya olvidado.

—Me voy —corto la conversación—. Y te exijo que no vuelvas a molestarnos.

—No te preocupes —me dice—. Únicamente me sirve el verdadero Dylan, no un vulgar sustituto.

—Dylan es mi marido —le recuerdo, alzando la barbilla—, y eso es lo que no soportas. —Ahora sí, me doy media vuelta, aunque vuelve a increparme antes de que desaparezca de su campo de visión.

—¡Haz una prueba! —me reta—. Coméntale algo muy personal. Hazle la pregunta adecuada. Tú misma podrás comprobarlo.

Camino con premura a lo largo de la acera. Un taxi está pasando y aprovecho para hacerle el gesto de que se detenga. Oliver y Julie están en la puerta del local, esperando otro, así que nos montamos todos en el mismo. Ambos me hablan de Valerie y Liam, pero no les presto ninguna atención. A pesar de estar completamente segura de que esa mujer actúa por despecho, no puedo evitar meditar en esa posibilidad.

No, imposible, me habría dado cuenta..., aunque está claro que yo lo conocía bastante menos que cualquiera de sus amantes, por eso Brenda lo mencionó la primera. En realidad sería la última en darme cuenta..., pero no hay nada de lo que darse cuenta. Simplemente, Dylan ha cambiado. Se ha rehabilitado de sus adicciones, ha decidido darle un sentido a su vida, comportarse de una forma mejor...

Joder, mis amigos siguen hablando y yo no me entero de nada.

\*\*\*

Vaya novecita he vuelto a pasar sin dormir o, lo que es peor, teniendo pesadillas. Las ojeras me llegan a la boca y he tenido que maquillarme para no parecer un cadáver andante. Por aprovechar el tiempo, he decidido levantarme y ducharme para marcharme al trabajo. Maura está durmiendo todavía —ahora me creo más que nunca lo de sus noches tórridas junto a Edmund— y Dylan debe de haber dormido menos que yo, puesto que su cama está deshecha pero no hay rastro de su presencia.

Precisamente, es al pasar por su habitación cuando paro un instante y decido entrar en ella. Echo un vistazo general, abro su vestidor, miro algunos cajones... ¿Qué estoy buscando? Pues no tengo ni idea. Creo que intento hallar alguna respuesta entre su ropa. ¿Respuesta a qué? Pues a nada. No voy a volverme una paranoica por un par de antiguas amantes despechadas.

Aunque un cajón que se cierra con llave no ayude, precisamente, a tranquilizarme. Como una detective de pacotilla, busco a mi alrededor algo con lo que poder abrirlo, algo con lo que poder hacer palanca, una lima de uñas, unas tijeras...

—¿Buscas algo, querida?

Joder, la voz de mi suegra por poco no me provoca un infarto. He dado tal respingo que casi me caigo de culo.

—Maura, yo... Estaba buscando a Dylan, pero parece que se ha ido muy temprano.

—Sí —comenta, sin dejar de mirarme fijamente. Mierda, me está poniendo nerviosa ese escrutinio y su estática figura envuelta en un salto de cama—. Hay mucho trabajo en el despacho.

Me dan ganas de responderle que no lo diré por ella, precisamente, que últimamente se pasa la

vida de picos pardos, con amante incluido, pero me muerdo la lengua.

—Claro —contesto—, yo voy a aprovechar también y, aunque no son más que las siete, me voy a marchar ya para ir adelantando. —Paso por su lado sin rozarla y me escaqueo escaleras abajo—. ¿Vendrás pronto tú también o puedo llamar al chófer?

—No, hoy tampoco iré —me comunica—. Puedes llamarlo.

De todas formas, me parece bastante extraño que el hecho de que Maura se acueste con Edmund sea motivo suficiente como para que se ausente tan a menudo de la corporación.

En fin, no voy a preguntarle ni quiero saber los detalles de su romance. El chófer ya me ha dejado junto a la entrada del elegante edificio, he atravesado el vestíbulo y subido en el ascensor hasta la cuarta planta, donde me recibe una silenciosa y desértica recepción, pues no es ni la hora de empezar de Julie. Bufo al entrar en mi despacho y suelto el bolso con el hastío que me produce el saber la montaña de trabajo que me espera.

De repente, la puerta de mi despacho se cierra y oigo el sonido de la cerradura interior. Me giro con rapidez y no me da tiempo ni a abrir la boca cuando ya me encuentro sentada sobre mi mesa y envuelta entre el calor y el olor fresco de Dylan.

—¿Qué haces aquí tan temprano, cariño? —me pregunta mientras roza mi mejilla con su nariz. Cierro los ojos ante el asalto a mis sentidos y me dejo seducir por su tacto y su voz.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —susurro al tiempo que rozo yo también su cuello y aspiro su aroma.

—Tengo mis fuentes —murmura antes de pasar su lengua por mi oreja, provocando ese dulce escalofrío que siempre producen en mi cuerpo cualquiera de sus caricias.

—¿Ah, sí? —inquiero cuando enlazo su cuello con mis brazos y busco su boca—. ¿Tienes esbirros que me espían?

—Más o menos —responde.

Las palabras cesan cuando su boca abre mi boca y nos besamos con la misma ansia de siempre. Su sabor estalla en mi lengua y puedo saborear su deseo, ese deseo que nos atrapa con desmesurada facilidad. Ahora mismo somos un volcán en plena erupción, pues, lo mismo que lava incandescente, siento la sangre desplazarse por mis venas. Y en medio de esa vorágine de labios, dientes y lengua, sus manos viajan hasta mi blusa, de la que desabrochan un par de botones para dejar a la vista mi sujetador de encaje blanco. Sin despegar sus labios de los míos, atrapa mis pezones entre los dedos de una mano, primero uno y después otro, y me acaricia por encima de la tela, mientras, con la otra mano, sube a tirones mi falda hasta remangarla en mi cintura. A continuación, coloca su palma sobre mi sexo y comienza a acariciarlo con destreza.

Oh, Dios, voy a hacer el amor con Dylan en la mesa de mi despacho, y el mero pensamiento me produce un placer indescriptible, aunque creo que, más que el hecho en sí, me emociona que mi marido haya decidido algo tan alucinante.

Mi marido...

Es sólo un diminuto instante, pero las palabras de la mujer que me asaltó ayer a la puerta del bar me vuelven a martirizar. Arranco a Dylan de mi boca —literalmente— y procuro aspirar un poco de aire antes de poder hablar.

—¿Qué ocurre? —me dice con la respiración acelerada.

—¿De verdad me deseas tanto que vas a follarme en mi despacho? ¿En el interior del majestuoso edificio de Haynes Corporation?

—¿En serio me haces esa pregunta? —contesta con la voz ronca—. ¿De verdad necesitas que te lo demuestre?

Ante mi deleite visual, comienza a aflojar la hebilla de su pantalón y a desabrocharse los botones de la bragueta. Abro los ojos al máximo cuando contemplo el bulto bajo la tela de sus bóxers color morado. Seguidamente, se abre el elástico, agarra mi mano y la introduce bajo la cinturilla para que pueda palpar la suave y caliente piel de su erección.

—Métete en esa cabecita tuya —me dice, con la mirada más ardiente posible— que esto que tocas está así por ti..., que mi cuerpo reacciona únicamente por ti. Y, sí, he bajado a toda velocidad para poder follarte en tu despacho, porque estoy teniendo unos días de mierda que sólo pueden mejorar con el recuerdo de haberte hecho mía en este maldito edificio.

Como siempre, se me vuelve a erizar todo el vello del cuerpo ante la emoción que me producen las palabras ardientes y directas de Dylan. Es una emoción que apenas puedo describir con palabras, una mezcla de felicidad y lujuria. Me calienta, me excita, me estremece... Dios, cuánto lo quiero.

—Pues, entonces —le respondo—, alégranos un poco el día a los dos. Hazme el amor aquí y ahora, cariño.

Qué maravilloso es comprobar cómo dibuja en su rostro la pasión que siente. De forma contundente, aparta mis bragas de un tirón, extrae su miembro y lo introduce en mi cuerpo con un único movimiento. Intento reprimir el jadeo que me produce sentirme penetrada por Dylan sobre mi propia mesa. Él responde haciendo a un lado todos los objetos que nos rodean con la intención de apoyar mi espalda en la superficie, pero yo lo detengo un instante.

—¿Qué ocurre? —pregunta impaciente.

—Nada —respondo—. Sólo quiero mirarte un instante.

Acerco mi mano a su cara y, con las yemas de mis dedos, resigo el arco de sus cejas, el puente de su nariz, sus pómulos y su marcada mandíbula. Lo toco, lo observo, lo siento...

Sí, es él, es Dylan, no tengo dudas. Entiendo que el cambio de vida y las decisiones tomadas hayan alterado ligeramente su expresión, pues ahora sonríe menos, habla más y más claro, es más directo y su mirada es más profunda. Es menos cínico, más sincero y no despilfarra el dinero porque le da más importancia a las cosas...

No sé, tal vez veo lo que quiero ver.

—Si me sigues mirando así —me dice como si lo estuvieran torturando—, voy a terminar antes de tiempo. Te recuerdo que estoy dentro de ti y a punto de estallar.

Me dejo caer sobre mi mesa, rodeo su cintura con mis piernas y lo invito sin palabras a que se mueva. Extrae su pene casi en su totalidad y después empuja hasta enterrarse totalmente en mí. Cierro los ojos un instante ante la explosión de placer que tiene lugar en mis entrañas. Dylan vuelve a repetir el movimiento, una y otra vez, y otra más, y con cada golpe me parece sentir que su duro miembro golpea mi útero. A pesar de la rapidez y el lugar, nunca habíamos vivido un encuentro tan intenso. Al final, juntos alcanzamos el orgasmo y acabamos jadeando sobre la mesa. Su cabeza descansa en mi pecho y aspiro el aroma a limpio de su cabello.

—Mierda —gruñe—, me quedaría así todo el día, pero tengo demasiadas cosas que hacer.

—Yo también —suspiro mientras peino su pelo con los dedos—. Además, en cualquier momento se presentará el personal y comenzarán a aporrear mi puerta, que nunca suele estar cerrada.

—Tienes razón. —Separa nuestros cuerpos y nos aseamos como podemos mientras nos observamos y no dejamos de reír. Cuando hemos recompuesto nuestras ropas, se me acerca para

darme un beso en la mejilla antes de marcharse.

—Espera un instante, Dylan.

Lo sé, tal vez no es el momento. Acabamos de hacer el amor, tenemos prisa, mis compañeros están a punto de entrar..., pero tengo la sensación de que, a veces, dispones de un solo segundo en tu vida para hacer algo o te arrepentirás el resto de tus días.

—¿Qué va a pasar con lo de nuestro divorcio?

Dylan se queda quieto, incluso ha borrado la sonrisa de su cara. Parece meditar unos instantes su respuesta, cosa que me hace pensar unas cuantas ideas de lo más terroríficas. Luego, sin embargo, se me acerca, desplaza un mechón de mi cabello detrás de mi oreja y pasa sus nudillos por mi mejilla mientras compone una expresión dulce y conmovedora, aunque algo apesadumbrada.

—Lo único que puedo asegurarte es que no nos vamos a divorciar. Te lo prometo.

Sonrío, conmovida, y deposito un beso en su mano, que ya se retira de mi rostro. Sin embargo, sé que aún hay más, que con esa pregunta y su respuesta perfecta no voy a tener suficiente. Es inevitable. Los humanos somos curiosos por naturaleza y no podemos dejar pasar la ocasión de saber, de indagar, de comprender... sobre todo si alguien se encarga de sembrar dudas en nuestra frágil seguridad.

Qué manera de complicarnos la existencia...

—¿Sabes? —le comento como de pasada—. He vuelto a ponerme el anillo que me regalaste por nuestro compromiso. —Le señalo la joya que rodea mi dedo anular: un despampanante anillo que emite brillantes destellos contra la luz del sol que entra por la ventana.

Dylan pasa sus dedos sobre el relieve de la piedra, me mira dulcemente y sonrío.

—Siempre he tenido buen gusto para todo. —Me da un beso y desaparece por la puerta.

Nunca he sentido más frío en toda mi vida. Jamás habría imaginado que, literalmente, se pudiese sentir cómo el alma se le cae a uno a los pies.

El anillo que le acabo de enseñar a Dylan es una baratija que me compré hace poco en una tienda de Chinatown. El verdadero anillo de compromiso que me regaló era de su madre y yo misma se lo tiré a la cara tras la noche de bodas que tampoco pareció recordar.

## Capítulo 26

### *Dylan*

—Dichosos los ojos, Edmund.

Tras mi fugaz pero satisfactorio encuentro con Cheryl, lo único que podía hacerme el día más llevadero era encontrarme de nuevo con el abogado. Lleva unos días bastante desaparecido, lo mismo que Maura, y me han dejado a la vanguardia demasiadas jornadas, colocándome en la primera línea de fuego.

—Las visitas a Dylan en el hospital se han incrementado —me comunica, cabizbajo—. Es cuestión de pocos días que ni las máquinas puedan mantenerlo con vida.

—Lo siento —respondo.

Nunca había tenido plena conciencia de la muerte, ni siquiera arriesgándome cada día en las escaladas imposibles a las cimas más altas de Canadá. No fue hasta que murieron mis padres que me vi obligado a concienciarme a golpe de realidad..., pero, en este instante, vuelvo a sentir un escalofrío difícil de explicar. Pensar que se muere la persona a la que estoy sustituyendo es como si una pequeña parte de mí muriera con él.

—Tenemos que concretar tu situación. —Suspira—. No podemos seguir alargando tu estancia aquí, no tendría sentido. Hemos logrado el objetivo que nos propusimos, que ha sido que los accionistas vuelvan a confiar en nosotros. Será inevitable anunciar la muerte de Dylan y la designación de Maura como nueva presidenta de la corporación, pero habremos conseguido que *tu* imagen y, por ende, la de la familia Haynes, haya quedado impoluta. Enviaremos un comunicado a la prensa y a los accionistas y les haremos creer que Dylan ha sufrido un accidente de coche mortal.

—Sé que sólo soy un extraño —le digo mientras cojo un vaso del mueble bar y lo lleno de agua del dispensador— y que no tengo derecho a preguntar ciertas cosas, o que no tengo la preparación suficiente, pero sé perfectamente que no me lo habéis contado todo. Si el objetivo era, sencillamente, que Maura sustituyera a su hijo, ¿para qué contratar a un sustituto?

Edmund se acerca también al mueble bar para coger un vaso, pero, en su caso, lo llena de cubitos de hielo y vierte en él una pequeña cantidad de licor. Da un trago, lo saborea y después me mira.

—Es lógico que lo vieras, tarde o temprano. ¿Recuerdas la mujer que te topaste a la salida del restaurante?

—¿Qué tiene ella que ver?

—Dylan estaba robando a la corporación —me suelta de sopetón—. Esa mujer era su cómplice y su instigadora. Helena McCarty, exesposa del senador McCarty, es una mujer avariciosa y temperamental que se aprovechó del ansia de Dylan por emanciparse de alguna forma de su madre. Él creyó que, con algún que otro juego sucio, como reclamar créditos impagados por nuestras recientes inversiones, los accionistas se verían obligados a vender las acciones, éstas bajarían y sería él mismo quien las iría comprando para hacerse con la mayoría... Ése era su plan.

—¿Y no lo hablaste con él? —pregunto, alucinado.

—Me di cuenta al remover papeles tras el accidente. Ni siquiera sabía quién podía ser su cómplice hasta que me comentaste lo de la mujer del restaurante. No podíamos correr el riesgo de



que todo saliera a la luz y que el nombre de Dylan quedara manchado por una estupidez suya. Por eso necesitábamos tiempo.

—Por eso me necesitabais a mí —afirmo, viéndolo ahora todo un poco más claro.

—No te agobies, Logan —me dice. Algo va mal cuando me llama por ese nombre—. Ahora, en lo único que debes pensar es en ti. Dispones de dos, máximo tres días, para marcharte y volver a tu vida, antes de que haya más amantes por ahí perdidas que puedan detectar la sustitución. Hemos ingresado en tu cuenta lo pactado, como si hubieses concluido el contrato, más un plus.

—¿Qué pasará con Cheryl?

—No te preocupes; quedará bien protegida, tal y como pediste. Se convertirá en la viuda de Dylan y será tratada como tal.

—Creerá que he muerto... quiero decir, Dylan... yo, o sea... Mierda, ya no sé lo que digo.

—Tranquilo, te entiendo. —Coloca su mano sobre mi hombro y me mira con una paternal expresión comprensiva—. Creo que será lo mejor. Lo pasará mal durante un tiempo, pero es una mujer fuerte y sabrá reponerse. Lejos de la mansión, lejos de Maura y de todo, podrá empezar de nuevo y seguro que le irá bien.

Me exaspera que este hombre sea tan práctico y tan cínico. A veces pensaría que es una especie de androide sin sentimientos... si no fuera por lo que veo en sus ojos cuando mira a Maura, o la nostalgia que evoca cuando habla del ricachón.

En mí, sin embargo, no deja de crecer un nudo grande y pesado que me presiona el pecho hasta provocarme falta de aire. Maldita sea mi suerte, que la mejor versión de mí mismo se haya dado en una vida prestada.

\*\*\*

Cada vez se me hace más duro mentalizarme de que voy a dejar todo esto. Miro a mi alrededor y contemplo mi despacho... Vale, no es mi despacho, nunca lo ha sido. Ni una maldita hoja de papel es mía..., pero, joder, me he pasado meses haciéndome a la idea de que yo era la persona dueña de todo, desde que un competente abogado me instruyera. Lo único que le faltó a Edmund fue enseñarme cómo olvidarlo, instruirme sobre cómo volver a ser el de antes.

Sin levantar la vista de los últimos documentos que tengo que firmar, doy permiso para entrar a la persona que acaba de dar unos toques en la puerta.

—¿Puedo pasar?

—Claro, Maura.

Dejo la pluma sobre la mesa y frunzo el ceño cuando entra en el despacho y se dirige directamente a la ventana. La luz de la tarde incide en su rostro y delata las arrugas que suele disimular con maquillaje. Su semblante, cansado y apesadumbrado, tiene un obvio motivo, pero hago un esfuerzo por no preguntarle acerca de ello.

—Te he estado llamando Dylan, igual que a mi hijo —comienza a decirme, sin apartar la vista de la calle—, y resulta que, en cuestión de pocos días, os voy a perder a los dos.

—Lo lamento mucho. —No se me ocurre otra cosa que expresar. Nunca he sido muy locuaz, y mucho menos he sabido consolar con bonitas palabras—. Por cierto —añado para cambiar de tercio—, es evidente que tú serás la presidenta de la corporación, pero... ¿y después de ti? Me refiero... Si no quedan herederos, se perderá el apellido Haynes.

—Hay un sobrino de mi marido —me explica, aún algo ausente—. Nunca he mantenido ningún tipo de relación con mi familia política, pero, en esta ocasión, no me quedará más remedio que aceptar que ese chico va a ser el legítimo heredero. Sólo tiene veinte años, todavía está en la universidad y ni siquiera se imagina que su futuro está tan marcado. Se suponía que sería Dylan quien, tras casarse, un día tendría hijos, pero...

—No te preocupes, Maura —le digo sin esperar un segundo a que la conversación se vuelva un drama—. Seguro que Edmund lo coge por banda como hizo conmigo y lo convierte en un ejecutivo de narices. Mírame a mí, ¿quién me lo iba a decir? No tenía ni puta idea de lo que era una acción y ahora las compro y vendo como si fueran piezas de recambio de mi vieja camioneta.

Ambos reímos unos segundos y después se instala en el ambiente un pesado silencio. Por suerte, es ella quien saca otro tema.

—Al final —me dice, ahora dirigiendo su mirada hacia mí—, no fuiste capaz de comportarte mal con Cheryl para que se alejase de ti.

—Lo sé, Maura, pero he decidido que, al fin y al cabo, voy a desaparecer de su vida y creará que estoy muerto. Por mi parte, debo regresar a mi otra vida y me dejaré un pedazo de mi alma en Nueva York. ¿No es ése ya suficiente castigo para los dos?

Ahora se acerca. Me he levantado de la silla y ambos estamos frente a frente. Me mira con una expresión que no sería capaz de descifrar ni en mil años, porque, si fuera sincero, juraría que lo hace con... ¿admiración?

—Ojalá mi hijo hubiese tenido una milésima parte de honradez que tú. Mi único consuelo es pensar que siempre quedará un poquito de Dylan en ti.

He acertado, lo que hace que me sienta conmovido como hacía tiempo que no me pasaba. Mi mente retrocede al pasado y me parece encontrarme frente a mi madre, mi verdadera madre, en una de las veces en las que me elogiaba y me decía lo orgullosa que estaba de mí. Maldita sea, qué duro fue perderla... ¡Qué duro fue perderlos a los dos!

Pero esta que tengo delante no es mi madre, a pesar de la inexplicable conexión que hemos llegado a sentir.

—Maura, sólo dices algo así porque me parezco físicamente a tu hijo, tanto, que entiendo que a veces hayas fantaseado con que lo fuera..., pero no lo soy. Sólo soy un extraño que lo ha sustituido, un mero suplente, un impostor. Si te sirve de algo, yo he llegado a veros como una especie de familia. Perder esta vida, perder a Cheryl, perderos a vosotros, será lo más duro que experimente en mi vida después de perder a mis padres.

¡Mierda! Hacía demasiado tiempo que no me sentía tan triste. Tengo que inspirar fuerte y apretar los puños para que la emoción no me venza.

—Pero seremos capaces de seguir adelante —me reconforta—, tanto tú como nosotras. Los tres hemos tenido más obstáculos de la cuenta en nuestro camino, pero hemos sabido hacernos fuertes.

—Qué remedio nos queda.

—Procura no volver a dejarte vencer —me dice—. Sé que, de vez en cuando, te emborrachabas y te metías en líos.

—Intentaré que no sea así —suspiro—, aunque no te prometo nada los primeros días. Estaré un poco desubicado, no tengo claro ni dónde voy a vivir...

—Me gustaría que conservaras este aspecto —me interrumpe, al tiempo que peina mi pelo con sus dedos—. Eres atractivo de cualquier manera, pero me pareces más guapo así, sin todos esos pelos

por la cara.

—Tampoco puedo prometértelo. —Sonrío.

—En todo caso —extiende su mano hacia mí—, habrá sido un placer conocerte, Logan Cavanagh.

—Lo mismo digo, Maura Haynes.

Yo también alargó mi mano y la estrecho con la suya.

## Capítulo 27

### *Cheryl*

Soy una mujer práctica. Bueno, posiblemente mucha gente no lo vea así, después de ver con quién me casé, lo que he tenido que aguantar y la clase de familia con la que he tenido que vivir. Vale, acepto que otra se hubiese cansado antes y hubiese enviado a los Haynes a la mierda hace tiempo, pero fue el último deseo de mi padre y tampoco lo he llevado tan mal. En realidad, estos años me han hecho más fuerte de lo que pensaba.

Tras la impresión que me he llevado hace tan sólo unos minutos con Dylan, he decidido que no puedo perder más el tiempo. Necesito averiguar qué es lo que está ocurriendo y necesito hacerlo ya. Por eso he llamado a Liam, la persona que puede ayudarme sin hacer demasiadas preguntas.

—Dime, Cheryl —me pide al entrar en mi despacho y cerrar la puerta.

—Necesito que me hagas un favor —le explico—. Necesito que emplees tus dotes de *hacker* de nuevo para hacer unas averiguaciones.

—Por supuesto —me contesta, aunque algo sorprendido—. Dime qué secreto nacional deseas saber. —Le da un toque burlón para hacer mi petición algo menos seria.

—Quiero que te metas en las cuentas bancarias de Dylan y de Maura.

—Vaya. —Emite un silbido—. ¿Problemas en el paraíso con tu marido?

—No puedo contarte nada, Liam, lo siento.

—Perdona —suspira—, no debería haberte dicho esa chorrada. Si me estás pidiendo algo tan serio es porque de verdad lo necesitas. Ahora mismo me pongo, Cheryl. ¿Qué he de buscar, más o menos?

—No tengo ni la menor idea —contesto—. No sé, algo que te llame la atención, cualquier cosa rara. Sólo puedo decirte que es confidencial y urgente, muy urgente.

—En media hora te comento algo.

Mi amigo sale por la puerta y me dejo caer en mi silla. Me paso la mano por la frente, las sienes y los ojos. En realidad, es cierto lo que le he dicho: no tengo ni idea de lo que estoy buscando. Únicamente sé que tenía que empezar por algún lado.

\*\*\*

—Tengo algo, Cheryl, aunque no sé si te servirá. Es llamativo, al menos.

No es la primera vez que Liam se ha de meter en cuentas ajenas. Es un hacha con los ordenadores y en sólo quince minutos me trae algunos resultados.

—Cuéntame —lo animo.

—Para empezar, la cuenta de Dylan no ha experimentado cambio alguno en los últimos ocho meses. Ni ingresos, ni pagos ni transferencias. Nada de nada. Ha sido congelada.

—Pero ¿cómo es eso posible? —exclamo—. Ha tenido que cobrar su propio sueldo y sus beneficios, lo mismo que también habrá tenido que desembolsar dinero para muchos de sus gastos.

—Pues, según sus nulos movimientos bancarios —insiste—, es como si Dylan hubiese dejado de

existir desde que ingresó en la clínica tras el accidente.

«Como si Dylan hubiese dejado de existir...»

—Pero ya sabemos —continúa Liam— que sigue por aquí, tocándonos los huevos a todos, así que yo tampoco lo entiendo, puesto que aparece la firma de Sanders en la orden de congelación de la cuenta.

—¿Edmund? —pregunto, más para mí misma que otra cosa—. Qué extraño... ¿Y qué me puedes decir de la cuenta de Maura? —pregunto para tranquilizarme y paliar el temblor de piernas que no puedo controlar—. ¿O también está intacta?

—Pues no, precisamente. La cuenta de tu suegra se mueve más que Tarzán con ladillas. —Levanta la vista para mirarme, esperando mi respuesta a su chiste, pero yo estoy en otra parte—. Vale, lo sé. No tengo ni puta gracia.

—Describeme alguno de esos movimientos —le pido, obviando su comentario.

—Pues, por ejemplo, desde esa misma fecha que te he comentado, Maura ha desembolsado cada mes la cantidad exacta de veinte mil dólares, ingresándolos en una cuenta bancaria desconocida... y además, hace un par de días, aparte de esa bonita suma, ha hecho una transferencia a dicha cuenta de noventa mil más. O sea, doscientos cincuenta de los grandes en total.

—¿Has averiguado algo de esa cuenta?

—Eso sí que no me ha sido posible, Cheryl. Únicamente te puedo decir que pertenece a una entidad bancaria de Canadá, nada más. Por lo que veo, no se han molestado en ocultar esos movimientos, pero sí han querido tapar la identidad de la persona a la que iban dirigidos esos pagos.

Mientras mi amigo habla y habla, no paro de darle vueltas y de analizar posibilidades: chantaje, extorsión, antiguas deudas... Mi mente va a toda pastilla y, ahora mismo, aunque soy incapaz de darle una explicación plausible a todo esto, vuelvo a ser práctica y decido el próximo paso que debo dar.

—Gracias por todo, Liam —le digo mientras busco en la agenda de mi teléfono el número que quiero marcar.

—No hay de qué, Cheryl. Cualquier cosa, ya sabes. —Con su habitual discreción, se da media vuelta y desaparece del despacho.

Por mi parte, he marcado ya el número que buscaba. Se trata de mi amiga Susan, que estudió derecho conmigo y después se marchó a vivir a Vancouver para poder estar cerca de su novio, con el que se acabó casando. Trabaja de funcionaria en el Ministerio de Justicia y, con un poco de suerte, podrá ayudarme.

—¡Cheryl! —contesta a mi llamada—. ¡Cuánto tiempo! ¡Dime que vas a venir a visitarme otra vez!

—No puedo —suspiro—, pero te recuerdo que hay la misma distancia de ida que de vuelta y que tú también podrías venir a verme.

—¿Para alojarme en esa casa donde vives? No, gracias.

—Gracias por recordarme mi mierda de existencia.

—Lo siento, Cheryl, pero no aguanto a esa gente. ¿Cómo llevas lo de Dylan? Lo último que me contaste fue lo mucho que había cambiado.

—Ahora nos llevamos bien —me limito a decirle, prudente.

—¿Eso es lo único que vas a contarme? —me dice con retintín—. Te recuerdo yo ahora que me has llamado tú y que aquí son las seis de la mañana, por lo que tengo a Anthony refunfuñando a mi lado.

—¡Joder! —exclamo—. Ya no me acordaba de que ahí es tan temprano... Lo siento, Susan.

—Bah, no importa. Debe de creer que he vuelto a tener ganas de hacer pis.

—Es verdad, tu embarazo... ¿Todavía estás trabajando?

—Pues sí, de momento me encuentro genial. Aún me faltan cuatro meses para despotricar y quejarme... de mi barriga, del estreñimiento y las hemorroides, de los tobillos hinchados y de mis tetas de vaca.

—Basta —río—, o no tendré hijos en mi vida.

—Claro que los tendrás. —Ríe también—. Somos muy cabezotas, no lo olvides.

—Necesito un favor, Susan —le suelto, sin más rodeos—. Necesito que me consigas el nombre del titular de una cuenta bancaria. Ni siquiera sé la ciudad a la que pertenece, sólo que es de Canadá.

—Veré lo que puedo hacer —contesta, decidida a ayudarme—. Pásame los datos por correo electrónico y te contestaré lo antes posible.

—Gracias, Susan —le digo, conmovida porque tampoco me haya hecho preguntas—. Es muy importante para mí.

—Lo imagino. —Siento que sonrío al otro lado—. Pero te voy a pedir a cambio que estés aquí para el nacimiento de mi bebé. ¡Y no se admitirán excusas!

—Cuenta conmigo —acepto, antes de despedirnos y colgar.

Ahora, me toca esperar.

\*\*\*

Oigo una musiquilla estridente en mi cabeza que no reconozco hasta pasados unos segundos. Abro los ojos cuando soy consciente de que estaba durmiendo y que la melodía procede de mi móvil. Alargo el brazo hasta la mesilla y observo la pantalla. Es Susan.

—¿Te has desquitado despertándome a las... —miro la hora— cinco de la mañana?

—Por supuesto —responde riendo—. Tenía que aprovechar este momento en que me ha dado un calambre y he tenido que levantarme para andar descalza a la pata coja. —Vuelvo a reír a pesar de estar medio dormida—. Lo siento —se disculpa, ahora en serio—, no he podido llamarte antes. He tenido que mover unos cuantos hilos y pedir otros tantos favores, pero tengo lo que me pediste. Te envíé los datos del titular a tu *e-mail*. Por cierto, está fichado, menuda pieza. ¿Qué relación puedes tener tú con este tal Logan, un camorrista borracho y pependenciero?

Mientras mi amiga habla, cojo el portátil que tenía sobre la alfombra y me lo coloco sobre las piernas para iniciarlo.

—No lo conozco de nada —le explico—. Es sólo alguien relacionado con unos movimientos extraños en las cuentas de la corporación.

—¿Y no tenéis abogados que se encarguen de esas cosas?

—Apenas confío en nadie. —Suspiro—. Ahora mismo eres la única persona que conoce la identidad del tipo sospechoso, pero no te preocupes..., en cuanto eche un vistazo y lo vea claro, hablaré con Edmund.

—Uf, Sanders —gruñe—, ¡otro que tal baila! Ese tipo sería capaz de venderte por un puñado de dólares si con ello salvara la reputación de los Haynes. Tampoco te fíes mucho de él; lo conozco bastante, a pesar de la distancia.

—Yo también —bufo—, así que por eso estoy averiguando esto por mi cuenta.

—Ten cuidado, Cheryl, no vayas a meterte en algún lío.

—Descuida, Susan, y gracias por todo.

—¡Te espero dentro de cuatro meses! —exclama antes de nuestras risas y de que cortemos la comunicación.

Continúo con la mirada puesta en la pantalla del ordenador. Busco mi bandeja de correo electrónico y abro el último recibido, el de mi amiga, donde encuentro dos adjuntos. Abro el primero, en el que aparecen los datos del titular de la cuenta, un tal Logan Cavanagh, con domicilio en Canmore, provincia de Alberta, Canadá. Guía turístico de profesión, soltero, treinta y dos años... O sea, nada que justifique la entrada de un cuarto de millón en una cuenta que no pasaba de los cincuenta dólares antes de que Maura comenzara las transferencias.

A continuación, abro el segundo, una copia de una ficha policial. Tal y como ha mencionado mi amiga, tiene antecedentes por alteración del orden público, destrozo de inmuebles y mobiliario ajeno, conducción ebria...

¿Qué relación puede tener este tipejo con Maura y Dylan?

No he puesto mucho interés en la fotografía que acompaña la ficha, por lo entusiasmada que estaba leyendo, pero de pronto desvío la vista y me fijo en ella.

Frunzo el ceño. Joder, no puede ser. ¿Estoy viendo visiones o este tipo es Dylan con el pelo largo y barba?

Joder, joder, joder. ¿Dylan con barba? ¡¿Es que no lo ves, Cheryl, maldita sea?! Incluso reconozco el rebelde mechón que cae sobre su frente.

Me quedo quieta, como si de pronto mis músculos se hubiesen atrofiado y no pudiesen moverse por más que recibieran la orden de mi cerebro..., pero es que mis neuronas tampoco están por esa labor, sino que tratan de recomponer las piezas que andaban sueltas y que desean encajar, aunque no pueden porque nada tiene sentido.

Hasta que empiezo a retroceder ocho meses atrás en el tiempo y logro ir colocando alguna que otra pieza en su lugar. Aun así, sigo sin comprender, sin encontrarle el sentido a nada.

Me apoyo en el cabezal de mi cama y centro la vista en la fotografía. La miro y la vuelvo a mirar, incapaz de asimilar todo lo que mi mente va analizando. O quizá es que me cuesta aceptar la única verdad posible: que aquellas mujeres tenían razón, y que Dylan no es Dylan.

¡Pero eso es imposible! ¿Por qué va a sustituir a Dylan un tipo borracho y matón residente en Canmore, Canadá? Y, si es así, ¿dónde está Dylan?

Me tiembla todo el cuerpo. Para colmo, si he llegado hasta aquí ha sido a través de los pagos regulares que realiza Maura desde su cuenta corriente. ¿Está siendo chantajeada? ¿Este tío cobra de los Haynes a cambio de algo?

«¡Claro! ¡Por hacer de Dylan, no te jode!»

Mierda, mierda, mierda. Cierro el portátil y lo hago a un lado para poder llevarme las manos a los oídos, incapaz de soportar más voces que me gritan lo que no quiero oír.

«¿Estás segura de que es tu marido?» «Ese hombre no puede ser Dylan Haynes.» «Un vulgar sustituto...»

Pasan los minutos y tengo que reaccionar, aunque todavía esté en estado de *shock*. Si no averiguo la verdad ahora mismo, me dará un pasmo. Necesito una puta explicación.

Procurando templar los nervios que me hacen temblar, salgo de la cama y busco en mi armario lo primero que pillo para ponerme, en este caso, un pantalón de algodón y una camiseta azul. Me lavo la

cara y me recojo el pelo en una coleta, evitando mirarme al espejo para que no me asuste la palidez de mi piel. No me molesto en ponerme en los pies más que unos calcetines.

Miro el reloj: son las siete de la mañana, la hora a la que Dylan se suele levantar últimamente. Anoche llegó muy tarde de una visita a una de las plataformas petrolíferas que posee la corporación, pero, aun así, se pasó por mi habitación para darme un beso y acariciarme el pelo. Me hice la dormida, pues, con todo lo que estoy intentando averiguar, no me pareció congruente hablar con él como si nada, o, lo más probable, acabar haciendo el amor. De todos modos, no pude evitar estremecerme al sentir el calor de sus labios en los míos o el tacto de sus dedos en mi piel y mi pelo. Su cercanía y su olor estuvieron a punto de hacerme mandar al carajo cada una de mis dudas y despertarme para abrazarlo, tocarlo, besarlo, amarlo...

Por suerte, aguanté, lo que me ha permitido llevar a cabo este último movimiento.

Salgo de la habitación en busca del largo corredor que conduce al ala opuesta de la casa, donde se encuentran los dormitorios de Maura y su hijo. Aunque ni siquiera me es necesario caminar más que unos cuantos pasos, puesto que Dylan ya se ha vestido y se dirige a la planta baja por la escalera. Me distraigo un instante observando la camisa blanca que cubre su ancha espalda, sus movimientos mientras se termina de hacer el nudo de la corbata, su cabello húmedo por la reciente ducha y su indomable mechón, aquel que jamás descubrí en él antes del accidente, antes de todo...

Mierda, mientras divago lo he perdido de vista. Bajo deprisa, amparándome en mis pasos silenciosos por ir descalza, y lo atrapo justo antes de entrar en la cocina. No hay nadie, ni siquiera Adeline ha aparecido todavía. Inspiro con fuerza y pronuncio mis próximas palabras antes de que se dé la vuelta.

—Logan Cavanagh.

Y, entonces, el hombre que tengo justo delante de mí detiene sus pasos. Sus anchos hombros aparecen rígidos, como todo su cuerpo, incluso diría que oigo su pesada respiración. Prácticamente se acaba de delatar, pero, mientras continúa dándome la espalda, no ceso de repetirme la misma plegaria, una y otra vez: «No te gires, no te gires...».

Pero sí, se da la vuelta. Y me mira a los ojos con los suyos, tan oscuros y turbulentos como un pozo profundo e insondable.

—Cheryl...

—No puede ser... —titubeo—. Dime que te has dado la vuelta por instinto; dime que esto es una locura; ¡dime que tú eres Dylan, por favor!

—No puedo mentirte más, cariño —responde, envarado, aunque con una mirada limpia y directa—. Mi nombre es el que acabas de pronunciar. Me llamo Logan Cavanagh. No soy Dylan Haynes.



## Capítulo 28

### *Logan*

—Logan Cavanagh.

Jamás esas dos palabras, que, sencillamente, evocan mi nombre, me han resultado tan aterradoras como en este momento... y todavía más si reconozco a la persona que las pronuncia. Eso es realmente lo desalentador: la mujer que acaba de llamarme por mi nombre.

Siento cómo mi cuerpo acaba de convertirse en piedra. Sin embargo, mi corazón late con fuerza, lento y pesado, hasta hacer que sienta los latidos en mi garganta. Mi respiración se ha vuelto igualmente tan pesada que me parece ver en el aire mi propio aliento dibujando volutas de vaho.

A pesar de la impresión, casi me dan ganas de reír. Esto es justicia divina. Cheryl me ha descubierto y ya no hay motivo para seguir mintiendo.

Poco a poco me doy la vuelta para enfrentarla, hasta que mis ojos impactan contra los suyos para poder leer la decepción que brota en ellos tras el movimiento que no esperaban y que quizá no deseaban.

—Cheryl... —susurro.

Ya está. Lo sabe. En el fondo, siempre supe que ella lo averiguaría, más tarde o más temprano.

—No puede ser... —titubea—. Dime que te has dado la vuelta por instinto; dime que esto es una locura; ¡dime que tú eres Dylan, por favor!

¿Alguien ha experimentado alguna vez el dolor que produce un corazón al quebrarse? Yo sí. Ahora mismo.

—No puedo mentirte más, cariño —respondo, sin ocultar nada, sin fingir más—. Mi nombre es el que acabas de pronunciar. Me llamo Logan Cavanagh. No soy Dylan Haynes.

Sé que lucha contra su tristeza, pero Cheryl es una mujer fuerte y valiente que lo que más desea en este instante es saber... y comprender, aunque su imagen sea ahora frágil, pues va descalza, está pálida y lleva el cabello recogido. Está más enfadada que triste y eso me alegra.

—Si no eres Dylan, ¿quién coño eres?

—Ya te lo he dicho. Me llamo Logan.

—¿Y qué haces aquí? ¡¿Cómo has llegado aquí?!

—Me contrataron para hacer de Dylan.

Todavía seguimos parados, uno frente al otro. Me gustaría acercarme, tocarla, abrazarla, pero me da la impresión de que eso no va a suceder jamás.

—¿Quién te contrató? —exige saber.

—Edmund.

—Claro —ríe mordaz—, no podía ser otro que ese canalla. ¡Debería denunciaros a los dos!

—Maura también lo sabe —intento explicarle.

—Pues, entonces, ¡debería denunciaros a todos! —grita—. ¿Y dónde está Dylan, dime? ¿Qué habéis hecho con él?

—Nosotros no hemos hecho nada. —Procuro hablar con tranquilidad antes de que se rompa—. Dylan no superó el accidente. Está en coma desde hace ocho meses, en el Presbyterian, pero los

médicos sólo le dan unos días de vida. Se puede decir que murió aquel día. Lo siento.

—¿Dylan está en coma? —exclama ahogando el llanto—. ¿Va a morir? Oh, Dios mío...

Como imaginaba, su resistencia acaba mermando y se acaba quebrando. Sus bonitos ojos se inundan de lágrimas, que acaban rebosando para caer sin control por sus suaves mejillas, por lo que no puedo evitar acercarme para consolarla, abrazarla...

—Cheryl, cariño...

—¡No te acerques! —chilla—. ¡Ni se te ocurra tocarme!

Obedezco. Tiene todo el derecho, a eso y a cosas peores.

—No llores, por favor...

—¡No llores por ti! —suelta—. ¡Lloro por el verdadero Dylan, no por un maldito desconocido! Joder... —bufa, de pronto—, sólo de pensar las cosas que hemos hecho, lo que nos hemos dicho...

—Estoy enamorado de ti, Cheryl.

Ni sé cómo he sido capaz de decir eso en este momento.

—¡Que te jodan, quien coño seas! He visto tu ficha policial —me dice de manera cruel—, y no eres más que un maldito borracho vividor que se pasa media vida en la cárcel. Qué bicoca ha debido de resultarte este trabajo. Total, ya estabas acostumbrado a joder a la gente.

Si hace un tiempo alguien me hubiese dicho algo así, me hubiese importado una mierda. Ahora, sin embargo, sus palabras no pueden hacerme más daño.

—¡Qué asco haber follado contigo, por Dios! —continúa apuñalándome—. Jamás en la vida seré capaz de deshacerme de la repugnancia que siento en este instante.

Trato de aguantar el golpe como si fuera un mástil que soporta el azote de una tormenta.

—Yo, sin embargo —le digo todo lo calmado que me permite la adversidad—, te sigo queriendo, Cheryl. Me enamoré de ti al verte en una fotografía y te quise nada más conocerte.

—Bonitas palabras, Logan —replica con desdén—. ¿Quién te enseñó a hablar así de bien? ¡No! ¡No me lo digas! Edmund, claro. Tengo que felicitarlo por su trabajo. Ha hecho posible que una basura como tú sea capaz de hacerle creer a todo el mundo que eras un hombre que jamás hubieses soñado ser.

Continúo sin moverme, aunque cierro un instante los ojos ante los golpes bajos que estoy recibiendo.

—Y dime —prosigue, sin piedad alguna—, ¿tus servicios incluían hacer de gigoló? Aunque en eso, tu querido Edmund no te instruyó muy correctamente, porque, si he de serte sincera, lo de follar no se te da nada bien. Aguanté tus asquerosos polvos porque creí que eras Dylan; si no, te habría dicho ya la primera vez lo zafio y palurdo que me pareciste. ¡Porque no eres más que un paleta vestido con camisas de seda que ni siquiera son tuyas!

—¡Basta, Cheryl!

Es la voz de Maura la que le hace parar la cruel diatriba. Su suegra aparece por el hueco de la puerta, vestida todavía con una bata azul de puntillas, mirando a Cheryl de forma despiadada.

—¡Cállate de una maldita vez! —insiste Maura.

Pero, como siempre ha demostrado, Cheryl no se achanta ante esa mujer.

—Tú, Maura, ¿cómo has podido...? ¡Sabías que no era tu hijo y lo tratabas como tal mientras el verdadero se estaba muriendo!

—¡Sí! —responde Maura—. ¡Mi hijo se está muriendo y no puedo hacer nada por evitarlo!

Unas manos masculinas se posan sobre los hombros de Maura como si pretendiesen protegerla. Es

Edmund, que, por lo visto, y porque su ropa arrugada lo delata, ha pasado la noche con ella en la mansión.

—Deja de atacar a Maura —le exige el abogado a Cheryl—. Yo tuve la idea y yo la llevé a cabo.

—El que faltaba —escupe Cheryl—. Debería denunciaros a todos. Me encantaría ver las caras de los accionistas al descubrir toda la historia.

—Y cómo ibas a disfrutar tú viéndonos caer, ¿verdad? —interviene Maura.

—¿Te refieres a como disfrutarás tú viéndome arruinada y expulsada de esta casa? —Ríe cruelmente—. Tranquila, Maura, y tranquilos todos. Me largaré de aquí con la misma maleta de mierda que traje hace cinco años. Me perderéis de vista y yo por fin podré vivir, porque esto que he hecho todo este tiempo no ha sido eso, sino sobrevivir. Lo único que os pido es poder ver a Dylan... Creo que no es demasiado.

—Tranquilízate, Cheryl —intenta calmarla Edmund—. No van a ser necesarias denuncias ni se va a echar a nadie. Llegaremos a un acuerdo.

—Vístete —le ordena Maura—. Iremos a ver a Dylan.

Cheryl sale de la estancia y se dirige a la escalera para subir a la planta superior, sin ni siquiera molestarse en mirarme. Edmund hace lo mismo y se marcha para terminar de vestirse y sacar el coche.

Únicamente Maura me dedica una mirada, porque para el resto he acabado mi cometido y no soy más que un figurante en esta escena. Se acerca y posa su mano en mi mejilla.

—Lo siento mucho, Logan.

—No pasa nada, Maura —digo, tras besar el dorso de su mano—. Vosotros habéis tenido vuestro tiempo y yo tengo mi dinero. Todos contentos... excepto Cheryl. —Suspiro.

—No creo que sienta de verdad todo eso que te ha dicho.

—Me sorprende que la defiendas.

—No es a ella a quien defiendo, sino a ti.

—No importa, Maura —contesto, hastiado—. Ahora, si me disculpas, voy a hacer mi maleta. Aunque creo que mis cosas deben de caber en un par de bolsillos.

—Que tengas suerte, Logan.

## Capítulo 29

### *Cheryl*

El olor a antiséptico y lejía penetra en mis fosas nasales hasta acaparar mi cerebro y hacerme sentir mareada. Hacía mucho tiempo que no pisaba un hospital y he tenido que inspirar varias veces para evitar un más que posible ataque de ansiedad.

Camino a lo largo de un interminable corredor, dejando constancia del sonido de mis zapatos y del eco que provocho en este inhóspito lugar, vacío de cualquier síntoma de vida. Voy tan aprisa que, en cuanto he sabido el número de planta y habitación, me he adelantado y he dejado atrás a Edmund y Maura por el ansia de llegar cuanto antes y ver a Dylan.

Sé que el deseo de verlo no es únicamente preocupación por él, sino el afán de cerciorarme de la verdad. Todavía guardo la estúpida esperanza de que esto no me esté pasando, constatar que no hay dos Dylan, que no es posible. Aún creo que atravesaré la habitación que me han señalado y estará vacía o, a lo sumo, la ocupará un desconocido.

Ansiosa, abro la puerta en cuanto llego, aunque todas las prisas quedan un tanto anuladas cuando diviso la figura de un hombre yaciendo sobre una cama, cubierto por sábanas blancas. Aunque todavía no puedo verle el rostro, oculto tras la parafernalia de tubos y máscaras, mi corazón late ahora más deprisa, expectante y temeroso a la vez. Un paso más, dos...

Dios, no puedo soportar lo que estoy viendo. Rompo a llorar como hacía tiempo que no lo hacía. Mientras que algunas lágrimas resbalan por mi cara y caen al suelo, otras se atascan en mi boca y paladeo la sal al tiempo que caigo sobre la cama y me reclino en el pecho de Dylan.

Porque sí, es él, es Dylan. Está más delgado y demacrado, y su pelo ha perdido el lustre que poseía antaño, pero es él. Aunque también lo pensé del otro, del que se hizo pasar por él... Mierda, qué injusto es todo. A la mente no me vienen ahora los momentos malos o las veces que me hizo sufrir, sino aquellas sonrisas tuyas tan bonitas que yo congelé en mi memoria y que nunca olvidé porque siempre deseé que fueran dirigidas a mí... o el aura sofisticada que lo envolvía y que atraía tanto a hombres como a mujeres como un poderoso imán.

Ahora sólo queda un cuerpo inerte y vacío, y se me hace tan duro creer que no volverá a caminar, a reír, a vestir su impecable ropa, que no volveremos a tenerlo entre nosotros, tan lleno de vida...

Tomo su mano, ligeramente tibia, y la encierro entre mis dedos mientras peino su cabello. No le cae ningún mechón sobre la frente, porque nunca lo tuvo, porque no es suyo... Joder, vuelta a llorar. Ya no sé si lloro por Dylan, por mí, por toda esta mierda...

—¿Estás bien? —me pregunta Maura. Ella se ha sentado al otro lado de la cama y ha cogido la otra mano de su hijo, la que yo no le estoy estrujando y besando.

—Nunca me quiso, Maura —contesto, mezclando palabras con lágrimas—, y me hizo muy desgraciada. Era un egoísta y un inmaduro, pero, por Dios, debería estar vivo. Debería estar ligando por ahí o presumiendo de su Ferrari, porque no puedo soportar la idea de que no vaya a vivir. —Tengo que ocultar mi rostro para que Maura no me vea tan deshecha.

—Lo sé —comenta, aunque demasiado serena—. No te creas que yo no haya sufrido con esto, Cheryl. La única diferencia es que yo he tenido meses para mentalizarme y tú, sólo unas horas.

De pronto, un agudo pitido surge de las máquinas y monitores conectados a Dylan. Maura y yo nos miramos. Estoy aterrada; ella parece resignada.

Varios médicos y enfermeras nos hacen a un lado a toda prisa mientras comprueban constantes y hablan entre ellos. Tras unos minutos de cuchicheos, se giran hacia nosotras con expresión apesadumbrada. Uno de ellos es quien nos habla mientras el resto se dedica a extraer tubos y conexiones del cuerpo de Dylan.

—Lo sentimos mucho —nos dice—. Su cuerpo ya no ha resistido más. Demasiado tiempo con un cerebro muerto.

Por primera vez en cinco años, Maura me coge una mano y me la presiona, aunque sigue sin llorar, cosa que yo hago de forma cada vez más escandalosa. Ambas nos acercamos a la cama y podemos ver a un Dylan más humano y sereno, con su rostro desprovisto de objetos artificiales... pero inevitablemente muerto.

\*\*\*

Durante el entierro de Dylan no he sido capaz de llorar. Supongo que ya no me quedan más lágrimas que derramar. Mi vista permanece fija en el ataúd que el sacerdote tiene a sus pies mientras recita los salmos y los Evangelios que apenas escucho.

Aprovecho para levantar ligeramente la vista, escudándome en mis oscuras gafas de sol. Ha venido una cantidad extraordinaria de gente, desde personas relacionadas con la corporación hasta amigos y compañeros de juergas... como Brenda, por ejemplo, que viste de negro, con sombrero y redecilla incluidos. Observo también a mis amigos. Valerie no llora, pero le coge la mano a Oliver, que sí lo hace. Liam, por su parte, tiene bastante con consolar a Julie, que llora desconsoladamente.

Maura, totalmente de negro, como todos los asistentes, sostiene una rosa de tallo largo entre sus dedos, que acaba lanzando sobre el ataúd cuando éste es bajado al foso donde descansará para siempre. Edmund ya no se corta y la abraza por los hombros. Creo que nunca en mi vida había visto al abogado de la familia con semejante tristeza.

Y yo, pues me siento sola, la verdad. Sola, vacía, desamparada. Justo cuando mi vida comenzaba a tener sentido, resulta que todo ha resultado ser un espejismo, una puta mentira.

Después de recibir unos cuantos abrazos, unos más sinceros que otros, comparto coche con Maura y Edmund para volver a casa. Ellos se quedan en el salón, en silencio, conllevando su tristeza. Pero entiendo que ellos se tienen el uno al otro, así que, sin dudarlo, subo la escalera para huir a mi habitación, donde, como yo esperaba, me espera Adeline, sentada en un sillón. Me señala su regazo y la entiendo a la perfección, pues me lanzo sobre su blando y cómodo cuerpo para desahogar el nudo que me atenaza la garganta.

—Vamos, mi niña —me consuela, rodeándome con sus brazos—, déjate mimar por tu Adeline.

—Es que tú no lo entiendes —gimoteo—. Es todo tan confuso...

—Recuerda que tengo un mal vicio —me explica—. Suelo escuchar tras las puertas, y eso mismo hice la mañana que descubriste el tinglado que te montó esta gentuza.

—¿Lo sabes? —le pregunto, alzando la cabeza—. ¿Sabes lo de...?

—Sí, mi niña, lo sé todo. Y lo único que te puedo decir es que yo también me sentí engañada, traicionada, así que imagino lo que debes de sentir tú.

—Todos me mintieron, Adeline...

—Lo sé, mi preciosa niña, lo sé. Ahora, no digas nada más. Sólo descansa y deja de pensar. Todo se arreglará pronto, ya lo verás.

## Capítulo 30

### *Cheryl*

Ya ha pasado un mes desde el entierro y todavía me siento desubicada. A pesar de la sugerencia de Maura de tomarme un descanso en el trabajo, preferí no hacerle caso y no he faltado un solo día al despacho, porque en casa temo volverme loca. Hundo mi mente en montañas de trabajo, discuto con clientes, peleo con los bancos... Es la única manera de no pensar... hasta que mis amigos empiezan a pulular a mi alrededor por si se me rompe una uña o algo parecido.

—¿Cómo estás, mi flor de loto?

Todos están igual de afectados por mí, pero son Oliver y Julie los que peor lo llevan. Ahora mismo, es Oliver quien ha entrado en mi despacho con expresión lúgubre y todas las ganas del mundo de abrazarme y consolarme.

Pero yo soy la única que sabe que ni siquiera me puedo desahogar con ellos. Llegué al acuerdo con Maura y Edmund de que no saliera de ninguno de nosotros nada que pudiese delatar lo que habían hecho. Me está costando, bien lo sabe Dios, porque son mis amigos y ellos me apoyarían en todo, pero también es cierto que no puedo fiarme de que guarden el secreto. Oliver, por ejemplo, es demasiado pasional y no podría aguantar mucho tiempo callando algo tan fuerte.

Así que el único consuelo que me queda es Adeline, la única que lo sabe aparte de mi suegra y su abogado, aunque la pobre me está viendo tan mal que procura no sacar el tema.

—Voy haciendo, Oliver —le contesto—. Han sido muchos cambios en poco tiempo y tengo que ir reubicándome.

—Con lo feliz que estabas siendo los últimos meses —se lamenta mientras coge una silla y se sienta junto a mí—. Tú y Dylan enamorados de nuevo... No te merecías esto, cariño. No os lo merecáis ninguno de los dos.

Toca morderse la lengua, claro.

—Cheryl... —Ahora es Julie quien entra en el despacho. Como cada vez que lo hace, me mira, compone un puchero y saca un pañuelo para ponerse a llorar—. Oh, no puedo soportarlo —gime, dramática—. Cada vez que te veo, me acuerdo de Dylan, de lo que había cambiado, de lo maravillosamente bien que se estaba comportando contigo... Era un amor... —Y vuelta a llorar.

—Bueno —le digo—, tampoco era tan perfecto...

—¿Cómo que no? —interviene Oliver—. ¿Cómo puedes decir eso, tía? Claro que era perfecto, perfecto para ti, cielo. A la vez que mejor persona y del todo adorable, se había vuelto más guapo y más interesante.

Hostia, qué harta empiezo a estar de escuchar las bondades de Dylan. No sé cómo aguanto sin ponerme a gritar: «¡Dylan siguió siendo un cabrón hasta el último día! ¡Y el que vosotros veáis tan adorable era un puto borracho y un impostor!»

—Qué pena tan grande... —solloza de nuevo Julie—. El día que le compré el perfume, me lo agradeció con un beso en la mejilla que me supo a gloria y me dijo que me lo agradecía de corazón, porque deseaba oler bien para ti para que nunca te cansaras de estar a su lado...

—¡Se acabó! —Doy un salto para ponerme en pie. Ahora sí que no puedo oír nada más que me

recuerde a ese hombre. ¡Estoy harta!—. Me voy un rato a que me dé el aire, chicos. Seguid con el trabajo que tenemos pendiente y volveré en cuanto me sienta mejor.

—Por supuesto, cielo —me dice Oliver, tan comprensivo que me dan ganas de gritar otra vez—. Bastante bien lo estás llevando.

Cojo mi bolso, salgo del departamento a grandes zancadas y subo en el ascensor, pero no pulso el botón de la planta baja. Me lo pienso mejor y subo a la cuarenta, la cual atravieso, ignorando las miradas de lástima de la gente, y me planto ante la puerta del despacho de Maura, donde ahora reza el cartel de «Presidenta». Doy unos toques y entro en cuanto obtengo el permiso conveniente.

—Cheryl —dice, algo perpleja—, ¿dónde vas tan aprisa? Estás tan pálida que sorprende ver ese color en tus mejillas, aunque sólo sea por correr.

Maura está sentada en su silla, detrás de su mesa, y Edmund lo está junto a ella. Parecen estar revisando algunos documentos, como si no hubiera ningún caos en sus mentes, como sí existe en la mía. Aun así, el rostro del abogado me parece algo más cansado, con las arrugas más marcadas. Y Maura ya no viste de negro, pero su semblante también aparece envejecido.

—Entiendo que no debo hablar con nadie de lo que ocurrió —les digo, enfadada—, pero no puedo olvidar tan fácilmente, tal y como hacéis vosotros.

—¿Quién dice que hayamos olvidado? —pregunta Maura.

—¡Estáis ahí, tan tranquilos, mientras yo tengo que aguantar a la gente recordándome lo maravilloso que era Dylan y lo felices que parecíamos! ¡De escuchar hablar de un tipo que seguramente ande ahora gastándose vuestro dinero en cerveza!

—Si te sirve de algo —interviene Edmund—, estamos revisando documentos que te atañen a ti. — Me señala unos papeles que mantiene entre sus dedos.

—No os preocupéis —les escupo, prácticamente—. Muy pronto dejaré la casa y el trabajo. Sólo estoy esperando un par de llamadas para poder vivir de algo y no morirme de hambre en medio de la calle, si no es mucho pedir.

—Cheryl... —titubea Maura.

—No es mi intención dar pena —corto su frase—. Estoy hasta los ovarios de la lástima de los demás.

—Si nos dejaras hablar —me interrumpe ahora Edmund—, te daría tiempo a escuchar lo que tenemos que decirte. Estoy revisando, a espera del notario, las escrituras de tu nueva vivienda: una bonita casa adosada en Williamsburg, de esas de ladrillo rojo, como muchas veces te oímos mencionar que te gustaría tener. Además, tendrás parte de las acciones de Dylan y algo de dinero, aunque será de la cuenta de Maura, ya que tu marido acabó con el efectivo que tenía por su mala cabeza y por dejarse engatusar por esa víbora. Y, por supuesto, mantendrás tu trabajo. Incluso, si lo desearas, podrías formar parte del comité ejecutivo como una de las principales accionistas.

Ahora mismo debo de tener la boca tan abierta como la de una alcantarilla.

—Pero... cuando pensaba divorciarme, pretendíais dejarme sin nada... ¿Qué ha cambiado?

—Eso es lo que pensaba hacer —reconoce Maura—, y no porque te odiara, Cheryl, como tú crees, sino porque me lo pidió mi hijo.

—¿Dylan?

—Sí, el único que tengo... que tenía... En fin, que fue él quien consideraba, e insistía, en que debías irte con lo que llegaste, como si deshacerse de ti fuera para él desprenderse de una piedra de su zapato. Creo que te odiaba porque te culpaba de estar atado a ti, porque su padre te puso como



condición para nombrarlo presidente.

—Claro. —Sonríó con ironía—. Eso es lo que fui siempre para él, un maldito estorbo y una obligación. Pero, entonces, este cambio de opinión...

—Logan fue quien nos lo exigió —me aclara Edmund.

—Sí —corrobora Maura—. El tipo ese borracho y pendenciero que mencionas estuvo a punto de acabar con nuestro acuerdo si no te dejábamos lo que te correspondía. Por él no hubo divorcio antes de la muerte de Dylan; por él no hay odio. Él me abrió los ojos y me hizo ver que no te merecías lo que te íbamos a hacer.

—No entiendo tantas alabanzas. —Aprieto los puños y los dientes por la rabia—. A veces parece que hables de él como si de otro hijo se tratara, y no es nadie, Maura, ¡nadie!

Más cabreada que al principio, me doy media vuelta para asir el pomo de la puerta, aunque antes de largarme supongo que deberé tener un detalle.

—Ah, y gracias por no echarme a la puta calle como pretendía tu querido hijo.

Ahora sí, me largo a toda prisa, cojo el ascensor, bajo a la calle y me monto en un taxi hasta la mansión Haynes. Cuando me dejo caer en mi cama, emito un suspiro de hastío que se me corta cuando aparece Adeline con una bandeja repleta de comida.

—No tengo hambre —le digo como saludo.

—Vamos, mi chica, que pareces un boquerón de lo esmirriada que estás. A este paso te caerás de tu propia camisa.

—¿No te parece que tengo suficientes motivos para no comer? —replico mientras me hago un ovillo sobre la colcha.

—¿Me hablas a mí de motivos? —De pronto, Adeline suelta la bandeja sobre la cómoda y se acerca a mi cama para sentarse en el filo y darme la vuelta tirándome de un brazo—. Veamos, niña. He hecho lo posible por no sacar el tema, pero ya me ha cansado tu actitud infantil. Estás así no porque se haya muerto tu marido, Dios lo acoja en su seno aunque fuera un impresentable, sino porque echas de menos al otro Dylan.

—No se llama Dylan, sino Logan —refunfuño—. ¿Y cómo voy a echar de menos a un tipo desconocido que me engañó y que cobró por enamorarme?

—Que yo sepa —replica, colocando sus manos en sus anchas caderas—, nadie le pagó para eso. Te enamoraste tú solita de él.

—De él, no, de Dylan.

—¿Te crees que, porque sea vieja, negra y gorda, soy tonta? Engáñate a ti misma si te da la gana, pero a mí ni se te ocurra. Nunca quisiste de verdad al idiota de Dylan y él no te quiso jamás, ni a ti ni a nadie. No eras más que una niña embelesada con un chico guapo, como las que se prendan de su actor favorito. Pero, cuando lo conociste de verdad, te llevaste un gran chasco. Tu marido jamás te trató como el otro, ni te miró como el otro. Cuando ese impostor y tú estabais juntos, el aire se podía cortar con un cuchillo de lo espeso que se ponía.

—¡Porque pensaba que era Dylan! —insisto—. Ese tipo tenía que hacerse pasar por él y salió una extraña mezcla entre los dos, alguien que en realidad no existe, una fantasía.

—¿Y de verdad crees que actuaba como Dylan? Eso no te lo crees ni tú. Ese Logan te respetaba, Cheryl; te quería, no como tu marido. Tengo buena vista, chiquilla, y no se me pasaba por alto cómo te miraba. Se te debían poner los pelos de punta... y no te digo de qué parte del cuerpo.

—¡Adeline!

—No me vayas ahora de puritana. Te gusta el meneo como a cualquiera, pero los *pagafantas* de tus novios no te hacían bien ni eso.

—Joder...

—Eso, eso, joder, pero con el otro Dylan.

—Se llama Logan.

—Pues ése.

Me llevo las manos a la cara y emito un bufido. Ésta es una conversación de lo más surrealista.

—Ahora en serio, mi pequeña. Deberías averiguar si sus sentimientos eran reales, lo mismo que los tuyos hacia él. ¿O es que vas a despreciarlo porque no es rico?

—No, claro que no. —Suspiro al recordar las barbaridades que solté—. Le dije algunas cosas crueles porque estaba muy cabreada, pero nunca despreciaría a nadie por su origen. Recuerda que provengo de una familia relativamente modesta.

—Pues, entonces, ¿por qué no lo buscas y habláis?

—No sabría ni cómo localizarlo.

—Bah, Edmund seguro que puede. Sólo dile la verdad a tu Adeline. A mí no puedes mentirme. ¿Lo echas de menos?

—No sé... Yo...

Mierda, pensaba que había gastado todas mis lágrimas, pero resulta que aún me quedan unas cuantas más. Y esto sólo puede pasar porque, por primera vez en muchos días, tengo que ser sincera o acabaré medio loca.

—Lo echo de menos cada minuto del día —le confieso a mi entrañable amiga, casi mi madre, sin poder detener las lágrimas de nuevo—. Sé que siempre he estado un poco enamorada de él, de Dylan, de su físico. Incluso ahora, cierro los ojos y lo primero que veo es su hermoso rostro, sus ojos oscuros y profundos, su peculiar sonrisa... y un mechón oscuro cayendo por su frente. Entonces, abro los ojos al recordar que no era él, que era un vulgar sustituto que ha acabado ganándose mi corazón y el respeto de la gente.

—Hasta el mío —me dice mientras enjuga mis lágrimas con la punta de su delantal de puntillas—. Te prometo que agradecí muchas veces a Dios que te hubiese dado al hombre que realmente merecías.

—Lo quiero mucho, Adeline. —Dejo caer mi cabeza sobre su regazo y ella comienza a peinar mi pelo con sus dedos mientras intento que el llanto no se apodere de nuevo de mí—. Nunca he querido a nadie como a él.

—¿Al otro Dylan? —me pregunta de forma un tanto burlona.

—Ya te he dicho que él no es Dylan. —Me limpio un poco la cara otra vez con su delantal e intento incorporarme para mirar sus mejillas regordetas, sus ojos chispeantes y su generosa boca. Oh, Dios, cuánto quiero a esta mujer—. Logan es alguien mucho mejor que Dylan.

—Eso quería oírte decir, mi niña. Ve a buscarlo y habla con él.

—¿Y si no me quiere? ¿Y si no desea verme? ¿Y si todo fue fingido?

—Me apuesto mis dos manos a que está loco por ti y que te echa de menos tanto como tú a él.

—Debes estar muy segura. —Sonrío.

—Lo estoy, cariño. —Se levanta de la cama y tira de mí hasta que me sienta en la silla frente a la bandeja de comida—. Y, ahora, come. Seguro que ese Dylan, o Logan, o como Dios quiera que se llame, te podrá esperar un poco más.

Debo de llevar horas repasando con la vista las líneas que bordean las cornisas del techo. Después de hincharme de comida y acabar como un saco relleno de paja a punto de explotar, me he tenido que tumbar en la cama para pensar y ordenar mis ideas. Todo es tan extraño... Pienso en él, en Logan, y me digo que, en realidad, no lo conozco de nada. Pero, luego, evoco los momentos pasados con él, las cosas que me declaró, la sinceridad que leí en sus ojos, las veces que me hizo reír o las que me hizo el amor... y acabo concluyendo que lo conozco un millón de veces más de lo que jamás llegué a conocer a Dylan. Hacer el amor con él era algo básico, primario, casi salvaje, pero me hizo sentir deseada, amada, más viva que nunca. Todavía permanece en mi lengua el sabor de su boca y, en mi piel, el tacto de sus fuertes manos...

Frunzo el ceño cuando el sonido de mi móvil interrumpe mis lujuriosos pensamientos. Lo alcanzo y observo en la pantalla el número de mi amiga Susan.

—Creo que aún te quedan tres meses, ¿verdad?

—Muy graciosa —me responde—. Ya quisiera yo que hubiesen pasado desde la última vez que hablamos. ¿Cómo estás, Cheryl? Sentí mucho no haber podido ir al entierro.

—No te preocupes. Prefiero verte cuando nazca el bebé. ¿Me has llamado por algo en particular?

—Pues no lo sé, decídelo tú cuando te lo explique. Después de darte los datos de aquel tipo de Canmore, repasé su ficha varias veces y acabé concluyendo que lo único que podía unirlo a vosotros era lo mucho que se parecía a tu marido.

—Susan —suspiro—, será mejor que no sepas cosas que...

—Tranquila —me interrumpe—, no voy a preguntarte nada. Ya me lo dirás el día que creas que puedes hacerlo. El caso es que hubo otras cosas que me llamaron la atención, por ejemplo, que la casilla donde debía constar el lugar de nacimiento estuviera vacía, aunque sí señalaban la fecha: el 3 de febrero de 1985.

—La misma fecha en que nació Dylan —murmuro—. ¡Qué casualidad!

—Ya, pues eso no lo sabía —contesta—. Lo que sí hice fue preguntar aquí y allá el porqué de esa omisión y me acabé enterando de que era algo que solía ocurrir cuando la persona en cuestión es adoptada.

—Bueno —le digo—, supongo que Logan es adoptado. Ya te dije que no conozco su vida.

—Claro, normal que no te interese..., pero ¿y si te digo que averigüé un poco más y que aún encontré más detalles que os podrían relacionar?

—No te entiendo, Susan.

—Existe una partida de nacimiento del tal Logan Cavanagh donde se refleja que nació en un hospital de Nueva York, pero que, más tarde, fue trasladado a un convento, donde las monjas hicieron los trámites para su adopción. Los padres adoptivos se llaman Noah y Emma Cavanagh, o se llamaban, porque ambos están muertos.

—Sigo sin entender...

—En ningún momento aparecen los nombres de los padres biológicos —continúa—, pero sí existe un documento firmado que permite el traslado del bebé al convento.

—¿Y? —pregunto escamada e impaciente.

—La firma de ese documento es la de Edmund Sanders.

—¿Cómo?! —pregunto alucinada—. Pero ¿qué relación podía tener Edmund con Logan hace treinta y dos años? ¿Por qué está su firma en el único documento que atestigua su adopción?

—Eso tendrás que averiguarlo tú, Cheryl. Piensa que todas estas averiguaciones las he podido hacer de manera muy extraoficial. Ni el propio interesado ha podido tener acceso a esos datos.

—Joder, ¿acabo de enterarme de que Logan Cavanagh fue adoptado y puede que él no lo sepa?

—Exacto. O, al menos, los detalles.

—Madre mía...

Le doy las gracias a Susan, me despido de ella y me levanto de un salto de la cama. Sin pararme a cambiarme, aunque esté en pijama, bajo la escalera y voy en busca del paradero de Edmund. Por suerte, se encuentra en el salón viendo la televisión. Al preguntarle por Maura, me dice que está en su despacho hablando por teléfono. Genial. Éste es el momento.

—Perdona, Edmund, ¿podría pedirte un favor?

—Claro, Cheryl.

Baja el volumen del televisor con el mando a distancia y se gira hacia mí.

—Me gustaría ponerme en contacto con Logan.

Nunca había visto palidecer a una persona tan rápido como en este instante.

—¿Con Logan? ¿Para qué?

—Necesito aclarar algunas cosas con él.

—Cualquier duda me la puedes consultar a mí —me dice, claramente intranquilo—. Ese hombre ya cobró su dinero, se marchó y terminó cualquier relación con nosotros.

—Lo quiero, Edmund —suelto con tranquilidad—, y necesito verlo.

—¡Por Dios, Cheryl! —exclama, fuera de sí—. ¡Le pagamos para que fuera amable contigo, nada más! ¡Tú pensaste que se trataba de Dylan, pero no era más que un impostor! ¡Sigue con tu vida de una vez!

¿Y a este tío qué coño le pasa?

—Todo eso ya lo sé, pero necesito, precisamente, esa conversación para seguir con mi vida.

—No hagas tonterías, Cheryl —continúa intentando convencerme—. Aunque creyeras, que es mucho creer, que te gusta Logan, ¿qué pasa con él? No veo que le importes mucho si se largó de aquí con el rabo entre las piernas, una cuenta corriente repleta con nuestro dinero y muy poca vergüenza. Si él también sintiera algo por ti, ya habría intentado ponerse en contacto contigo, pero eso no ha ocurrido. Seguro que ha cogido su pasta y la está quemando en Las Vegas o en algún tugurio de mala muerte. No le importas un carajo, Cheryl.

—Pues que me lo diga a la cara —insisto—. Si de verdad no le intereso, podré comprobarlo en cuanto lo vea, pero para eso necesito que me des su teléfono para poder hablar y quedar con él.

—¿Por qué sigues insistiendo?! —exclama, desquiciado—. ¡Ese tipo es un borracho y un maleante que se pasa la vida tirado en la calle esperando que se le pase la cogorza! ¡Es una puta basura, Cheryl!

—¿Te refieres a la basura que fue capaz de engañar a todo el mundo por interpretar a la perfección el papel de Dylan?

Mi ironía está cargada de rabia, aunque prefiero que no se me note demasiado. Está claro que Edmund esconde algo, y que yo ahora debería tirarle a los morros el documento firmado por él hace treinta y dos años para que me lo explicara. No sé si Maura está metida en el mismo ajo, pero, de momento, voy a seguir sin confiar en nadie y a averiguar por mi cuenta qué es lo que esconde esta

familia.

—¿Qué ocurre aquí?

Maura ha aparecido en el vano de la puerta, sorprendida por la discusión que estamos llevando a cabo Edmund y yo. El susodicho, al verla, dulcifica su semblante y se dirige a ella para darle un beso en la mejilla. Puto hipócrita...

—Hola, Maura, cariño. Tranquila, no pasa nada. Cheryl y yo sólo comentábamos aspectos de la herencia.

—¿Algo no te convence, Cheryl? —me pregunta mi suegra.

Miro a Edmund y puedo leer en sus ojos el ruego que me hace para que no revele nada de nuestra discusión.

—Oh, no importa, Maura —le contesto—. Únicamente creo que no me deberías dar parte de tu propio dinero. Una casa, el trabajo y unas cuantas acciones es más de lo que nunca imaginé tener al quedarme sola. Ah, y espero que quede claro que Adeline se viene conmigo.

—Por supuesto —contesta Maura—. En cuanto al dinero...

—Maura —la interrumpe Edmund, visiblemente inquieto—, ¿por qué no te cambias y salimos a dar un paseo y a cenar a algún lugar bonito? Últimamente sólo vamos de casa al trabajo y viceversa y nos convendría pasar una velada relajada y tranquila.

—Está bien —claudica Maura—. Voy a cambiarme. Hasta luego, Cheryl.

—Hasta luego —me despido antes de girarme y mirar a Edmund.

—Espero que me comprendas, Cheryl —me dice, el muy rastrero—, pero mi obligación es seguir protegiéndote, y ese tipo no es bueno para ti. Sal con tus amigos, diviértete y olvida todo lo acontecido los últimos meses, sobre todo al impostor. Y, cualquier cosa que te haga falta, lo que sea, puedes pedirla. Te ayudaremos y te apoyaremos siempre en todo lo que podamos.

—Gracias, Edmund.

Tengo que contar hasta diez mientras me doy la vuelta y vuelvo a subir la ancha escalinata para luego llegar a mi habitación.

Algo no está claro aquí e intento hacerme algo de luz colocándome delante del ordenador y volviendo a repasar una y otra vez los documentos de Logan. Intento no pensar en él y mantener la mente fría para poder meditar y concentrarme.

En un principio, lo mejor que se me ocurre es hacerme unas cuantas preguntas...

¿Qué relación tiene Edmund con Logan?

¿Qué hace su firma en la autorización para trasladarlo a un convento?

¿Por qué se ha puesto como un energúmeno al pedirle ponerme en contacto con él?

¿Está Maura al corriente de lo que sea que va esto?

Tengo sólo alguna respuesta, y no demasiado segura.

Edmund ha cambiado de tema cuando Maura ha aparecido; por lo tanto, ella parece estar al margen de cualquier chanchullo que pueda tener su abogado, al menos en relación con este asunto.

También está claro que ha concentrado su esfuerzo en que odie a Logan y que no lo localice. Aunque tengo mi propia información y puedo hacerlo solita, me jode que me trate como si fuera idiota; que hable de mentirosos cuando está demostrando ser el mayor embustero del reino. Voy a tener que darle la razón a Oliver, que siempre ha dicho que le da repelús, aunque no sabe por qué.

En cuanto a las otras preguntas, no tengo mucha idea de las respuestas, aunque las pocas que se me ocurren me parecen demasiado extravagantes e inverosímiles. Adeline siempre me dice aquello de

«piensa mal y acertarás», pero creo que esta vez me estoy pasando...

Bah, no me estoy pasando nada. Esta familia son los Haynes, y su abogado, un tipo capaz de todo por mantenerlos a flote. Y cuando digo de todo, me refiero a ¡¡¡todo!!!

Con una energía nueva, y aprovechando la ausencia de ambos, bajo otra vez corriendo hasta la planta baja —a este paso voy a ponerme más en forma que nunca— en dirección a la cocina. Allí me encuentro a Adeline, abriendo armarios y apuntando en una libreta todo lo necesario para la compra de mañana.

—¡Adeline! —la llamo—. ¡Te estaba buscando!

—Pensaba que habías salido un rato —me dice con el ceño fruncido sin soltar el lápiz—. Mira qué pintas llevas, en pijama, descalza y con un pelo donde seguro que ya te han anidado un par de gaviotas. Tócate a ver si te encuentras algún huevo.

—Ya saldré otro día —le digo, impaciente—. Escúchame, porque necesito que me contestes a una pregunta. ¿Has limpiado el dormitorio de Dylan? Bueno, ya sabes, el que últimamente ocupaba Logan.

—Cruella de Vil me ordenó que lo dejara tal cual...

—¿Tú también la llamas así, como Oliver? —la corto al tiempo que me da la risa.

—No me digas que no es justo en quien piensas cuando la tienes delante —me contesta formando un divertido mohín con sus gruesos labios.

—Vale, vale, tenéis razón —río—, pero, dime, ¿limpiaste o no la habitación?

—Sólo quité el polvo y puse sábanas limpias. El baño lo hice, pero no tiré ninguna de sus pertenencias, su ropa o zapatos. Todo sigue igual.

—¡Perfecto! —exclamo entusiasmada—. Y, ahora, dame unas cuantas bolsas de esas para congelar.

—¿Qué está pasando por esa cabecita tuya? —me pregunta con los brazos en jarras—. Has pasado de no querer ni hablar y esconderte bajo la colcha a saltar y brincar por toda la casa.

—Ahora no tengo tiempo; por favor, Adeline, dame lo que te he pedido.

—Toma —me dice al entregarme las bolsas—, y cuidado en lo que andas metida, que no me fio yo un pelo de esta gente.

—¡Descuida! —le grito mientras salgo de la cocina.

De nuevo, escaleras arriba. El primer lugar que visito es el dormitorio de Dylan, que, como ya le he dicho a Adeline, es el que ocupó Logan. En un principio se me hace un nudo en la garganta al verlo, al observar a mi alrededor, al advertir parte de su esencia todavía en el ambiente, lo mismo que su perfume, aquel que utilizaba desde que yo le pedí que lo cambiara, lo único que nunca fue de Dylan. Inspiro un par de veces y me dirijo al baño. Casi lanzo una exclamación de júbilo al contemplar su cepillo de dientes sobre la repisa. Lo cojo y lo introduzco en una de las bolsas. A continuación, abro algunos cajones del mueble, revuelvo entre objetos de aseo y encuentro un estuche negro. Como imaginaba, contiene sus utensilios de afeitarse, por lo que decido coger la cuchilla y meterla en otra de las bolsas.

Bien. Primer movimiento realizado con éxito.

El siguiente paso es entrar en el dormitorio de Maura. En este caso, me aproximo a su cómoda y diviso su cepillo del pelo, del cual cojo unos cuantos cabellos que permanecen enganchados.

—Ojalá alguno lleve raíz —murmuro para mí.

Los introduzco también en una bolsa y me voy directa a mi habitación, donde me siento frente a mi

portátil y busco en Internet un laboratorio que se encargue de estos casos. Lo encuentro, sigo sus indicaciones y, por fin, me dejo caer en el respaldo.

Ahora, otra vez a esperar.

# Capítulo 31

## *Cheryl*

—¿Cuál te gusta más, el rosa o el azul?

—No sé —le contesto a Valerie—. El que te guste más a ti.

—A ver, alma de cántaro —me dice—, que estos vestidos no son para mí, sino para ti.

—¿Para mí? —exclamo alucinada.

—A mí me gusta el azul —interviene Oliver—. Le queda genial a tu cutis y a tu pelo.

—No me apetece probarme ningún vestido —me quejo.

—Y a nosotros no nos apetece ver a nuestra amiga tan mustia que den ganas de regarla. ¡Andando al probador ahora mismo!

Ayer, mis amigos me vieron llorar por primera vez en mucho tiempo. Claro que ellos pensaron que el motivo era el obvio, la muerte de Dylan. Aunque, para el caso, puede decirse algo así, puesto que me dio un bajón al acordarme del hombre que me enamoró de una forma tan natural y que desapareció de la faz de la tierra sin dejar rastro. Lloré delante de ellos y aquí estoy, de compras por la Quinta Avenida antes de que me lleven de copas por ahí a ver si curo mis penas con alcohol.

Ya no digo ni su nombre, por cierto. Me enamoró un hombre, sea cual sea su nombre, sea cual sea su origen. Pero recordé las palabras del capullo de Edmund: «Si él también sintiera algo por ti, ya habría intentado ponerse en contacto contigo, pero eso no ha ocurrido. No le importas un carajo, Cheryl».

Mierda, lleva parte de razón. Aunque también es cierto que lo llamé de todo, lo insulté y lo puse a parir, pero, en el fondo, me da miedo pensar que, en realidad, todo fuera fingido: sus besos, su pasión, sus palabras, sus miradas...

No, no puede ser. No se pueden fingir tantas cosas ni tantas veces. Él sólo tenía que hacerse pasar por Dylan, no seducirme ni enamorarme, o eso creo.

Mierda, por eso necesito verlo.

—Oh, es un vestido precioso. —La voz cantarina de Julie me hace volver a la realidad—. Pruébatelo, Cheryl, anda.

—No te emociones —le dice Valerie a nuestra rubia amiga—. Sólo va a probárselo. ¿O es que no has visto la etiqueta?

—Lo sé —suspira Julie—. Yo hago lo mismo. Me pruebo ropa y más ropa impagable y no me quedo nada, pero me sube el ánimo durante unas horas.

—Está bien, me lo probaré —les digo al tiempo que agarro el vestido y entro en el probador para no seguir escuchando sus interminables ánimos.

Una vez dentro, me quito la ropa y me pongo el vestido. Dios, es absolutamente espectacular. Es una prenda de suave tela de seda color azul medianoche, con escote en barco y el corpiño y las mangas de exquisito encaje. Me miro por detrás y contemplo el escote en la espalda y la gran abertura que deja media pierna a la vista.

Embelesada, paso una mano sobre la satinada tela, que se me adapta al cuerpo como una segunda piel. Sería una prenda perfecta para el baile de la fundación. Oh, Dios, ¿quién abrirá a partir de



ahora el baile? Yo no creo que vuelva a asistir, más que nada porque, aunque siga siendo una Haynes, no me considero ya como tal. Además, me he quedado sin pareja, ya sea real o falsa, así que no tendría ocasión alguna en la que lucir este vestido... pero es tan bonito...

Decidida, abro las cortinas y me muestro ante mis amigos.

—¡Madre mía de mi vida! —exclama Oliver al verme—. Estás exquisita, deslumbrante, absolutamente divina...

—Estás preciosa —interviene Julie con los ojos brillantes. La pobre últimamente se emociona con cualquier cosa.

—Joder —murmura Valerie—. Una puta pasada de vestido, pero ya puedes quitártelo antes de que te apegues demasiado a él y tengamos que arrancártelo entre todos.

—Voy a quedármelo.

Acabo de dejarlos a todos con la misma cara que habrían puesto si acabara de salirme un tercer ojo.

—¿Estás loca?! —grita Valerie—. ¡Cuesta cinco mil dólares!

—Lo sé —digo, decidida—, pero tengo ahorros. Y a partir de ahora, acciones de Haynes Corporation. Si ha habido algún momento en mi vida en el que me merezca un regalo así, es justo éste.

—La madre que me parió... —refunfuña mi amiga otra vez.

—¿Te lo quedas? —exclama Julie entusiasmada, dando saltitos y palmadas.

—Sí —contesto al tiempo que vuelvo a mirarme al espejo—, me lo quedo.

—¡Pues que así sea! —grita también Oliver—. ¡Hoy tiramos la casa por la ventana! —Se gira hacia Valerie al verla rezongar—. Vamos, cariño, para de protestar. Lo que está pasando Cheryl es muy fuerte, deja que se anime.

—Joder, Oliver, cinco mil dólares...

—Y tú también deberías darte un homenaje —le insiste Oliver—. Aunque, en tu caso, más que un vestido te hace falta un buen polvo, hija, que desde que lo dejaste con Liam tienes cara de *malfollada*.

—Prefiero estar *malfollada* que aguantar a según qué tíos. A partir de ahora, rolletes de una noche. Hasta los ovarios estoy de colarme por indeseables.

—Eso no lo puedes dominar —intervengo—. Mírame a mí, quién me lo iba a decir, colarme por...

Me quedo sin decir el nombre. No sólo porque no pueda comentar nada, sino porque ni yo misma tendría claro qué decir. Desconozco si me enamoré de un bonito envoltorio o del tesoro que escondía dentro.

—Por cierto, chicos —añado de pronto—, todavía no he acabado de homenajearme: esta semana me marchó unos días a Canadá.

—¿A Canadá? —exclaman los tres a coro.

—Exacto, a Canadá. Me apetece darme una vuelta por los lagos y hacer algo de senderismo. ¿Me acompañáis a comprarme todo lo que necesito?

\*\*\*

Tras bajar del avión en el Aeropuerto Internacional de Calgary, me he dirigido a la agencia de alquiler de coches para poder contar con un vehículo en el que viajar a Canmore. Mientras conduzco

la hora más o menos que me separa del turístico pueblo, no puedo evitar que los nervios comiencen a hacer estragos en mí.

Como ya predije, me fue imposible conseguir el teléfono de Logan y, aunque su dirección consta en sus datos policiales, no podía fiarme de que no hubiese hecho lo que Edmund comentó con tanta saña: que se hubiera largado a quemar el dinero con juego o borracheras, incluso que hubiese decidido marcharse a vivir a otro lugar o de vacaciones al Caribe. Así que, para asegurarme, busqué todas las empresas que se encargan de organizar excursiones, pero en ninguna figuraba Logan como guía. Ya casi me creía derrotada, imaginando cómo engatusar a Edmund o cómo robarle el teléfono para que Liam lo *hackeara* y consiguiera el número de Logan..., pero, por suerte —esa que últimamente parece pasar de mí—, no ha sido necesario hacer nada ilegal... porque en el último momento di con una de esas página turísticas donde te explican qué hacer en Canmore, y en dicha web se mencionaba una nueva agencia que ofrece diversas posibilidades de senderismo con grupos reducidos. Y esa agencia ha resultado llamarse Emma & Noah, los nombres que he reconocido como los de los padres de Logan.

Se me saltaron las lágrimas al comprender que el dinero que ganó de una forma, podría decirse, tan incorrecta —por catalogarlo suavemente—, no ha sido empleado en borracheras o juergas. Al parecer, Logan ha creado su propio negocio.

Tantas cavilaciones me han ayudado a llegar a mi destino sin apenas darme cuenta. Ahora mismo estoy aparcando en la puerta del hotel que escogí, pequeño pero encantador, totalmente de madera, con grandes cristaleras y zócalos de piedra. La mayoría de los que anunciaban eran mucho más grandes y lujosos, con nombres seguidos de las palabras *resort* o *spa*, pero no me apetecía para nada algo tan pomposo. Únicamente necesito un lugar donde pasar una noche, o dos... En realidad, no tengo ni la más remota idea del tiempo que voy a pasar aquí, aunque imagino que no va a ser mucho, según cómo sea mi encuentro con Logan. Joder, qué raro se me sigue haciendo llamarlo así.

Salgo del vehículo y, a pesar de que lo más crudo del invierno ha pasado ya, el golpe de frío que siento es bastante chocante, supongo que debido a lo tardío de la hora. Mi aliento dibuja volutas de vaho en el aire vespertino y me refugio un poco más en el anorak que forma parte de mi conjunto de montaña nuevo, lo mismo que mis botas o mi mochila.

En la recepción, una chica joven con un gorro de lana que está comiendo un bocadillo y mirando el móvil pega un salto cuando me ve entrar, aunque permito que acabe de masticar.

—Buenas tardes —me saluda mientras se limpia las migas de la cara—. ¿Tiene usted reserva?

—Sí, a nombre de Sarah Morgan.

Es el primer nombre que se me ocurrió para hacer mis reservas, puesto que ésta incluía también apuntarme al grupo de senderismo de Logan.

—Tiene usted la habitación número nueve, en la primera planta. Aquí tiene sus llaves y feliz estancia.

—Gracias. —Pillo las llaves y mi pequeña maleta y subo un tramo de escalones hasta llegar a mi habitación. Al entrar, me espera una bonita estancia, no muy grande pero sí acogedora, con una cama con cabezal de madera oscura, un armario y dos mesitas. Una alfombra con flecos cubre el suelo y hasta hay chimenea con puerta de cristal, por lo que no puedo sentirme más a gusto. Ni la cabaña de Heidi, vamos.

Así que, de momento, me toca descansar. Mañana será otro día. Uf, ya vuelvo a ponerme nerviosa al pensar en mañana. Espero que una buena caminata me tonifique los músculos y me ayude a

relajarme. O, al menos, me haga cansarme tanto que no me deje pensar en nada desalentador.

\*\*\*

Si no fuera por el motivo por el que me he acercado hasta aquí, me sentiría como cuando de niña me iba de excursión, con mi mochila a la espalda, mis bocadillos y mi cantimplora. Ataviada como una senderista experta, estaciono el coche en Cougar Creek y, bajo un cielo nublado, me dispongo a ojear el folleto que llevaba en la guantera.

Joder, no esperaba que esto del senderismo incluyera subir una montaña. Aquí valora la subida al monte Lady Macdonald como difícil, lo que me hace preocuparme ligeramente. En fin, me coloco mi gorra, me recojo el pelo y camino hasta el punto de encuentro, donde ya espera un pequeño grupo de personas y lo que me parecen dos guías, un hombre y una mujer.

El corazón empieza a latirme a mil por hora y las piernas comienzan a temblarme. El guía, como yo esperaba y deseaba con toda mi alma, es Logan. Desde una necesaria distancia, camuflada entre el resto del grupo y bajándome un poco más la gorra que me cubre la cabeza, lo observo.

Éste era el momento que yo esperaba, el de volver a verlo para asegurarme de que, en realidad, no me enamoré de Dylan otra vez, sino de un hombre distinto. Sí, vale, me atrajo su físico o, simplemente, pensar que mi marido se fijara en mí contra todo pronóstico..., pero no. Si he de ser sincera, me enamoré de alguien que nada tenía que ver con él, y me corroe por dentro pensar que no me di cuenta; que Dylan no era tan maravilloso como aquel del que yo me iba enamorando poco a poco y que resultó ser un completo desconocido.

Vuelvo a observarlo desde mi posición, parapetándome tras un tipo ancho y corpulento que me ofrece la privacidad que requiero. Como es normal, Logan va ataviado con un jersey, un anorak de color azul marino, pantalones gruesos y botas. Lleva una mochila a la espalda y nos está mostrando su contenido y dándonos los detalles de la caminata.

Cuando alzo la vista y contemplo su amado rostro, vuelven a mí aquellas mariposas que revolotearon en mi vientre nada más verlo asomado a una ventana. Se ha vuelto a dejar la barba, pero la lleva cuidada y le da un aspecto tan atractivo como el que podía tener sin ella. Lo que sigue igual es su cabello, pues no lo lleva largo como en las fotografías de su ficha, sino como siempre lo llevó en Nueva York para parecerse más a Dylan.

Frunzo el ceño al percibir que está algo más delgado y con unas ligeras marcas violáceas bajo los ojos que me recuerdan las mías propias, lo mismo que mi delgadez. Suspiro al pensar que ambos hemos debido de pasarlo mal.

Entonces, comienza a pasar lista. Nombra a todos los asistentes, hasta que llega al último nombre.

—Sarah Morgan.

Sin levantar la vista, alzo únicamente un brazo, esperando que tenga suficiente con saber que estoy aquí, pero no ha sido así.

—¿Ha entendido la dificultad del trayecto, Sarah? —me pregunta.

Todos se giran hacia mí y ya no tengo más remedio que levantar la cabeza.

—Sí, lo he entendido perfectamente.

Nos miramos a los ojos. La verdad, esperaba este momento algo distinto, pues, mientras mis piernas flaquean y mi corazón late hasta hacer que me duela el pecho, él solamente se ha sorprendido durante un nanosegundo. Después, me ha mirado de una forma que me ha parecido más resentida que

otra cosa. Ni un ápice de emoción o de sentimiento.

—Pues, entonces, en marcha —se limita a decir.

¿Ya está? ¿Ni siquiera un «Cheryl, qué haces aquí»?

Todos comienzan a caminar detrás de Logan mientras la chica de la trenza que lo acompaña se queda en la retaguardia. Aprovecho ahora que todavía estoy fresca para poder corretear y los adelanto a todos para llegar a la altura de Logan y hablarle, aunque sea a su espalda.

—¿Ni siquiera vas a sorprenderte de verme aquí?

Sigue caminando a grandes zancadas mientras lo persigo, tropezando en el intento de llevar su paso. Me cago en las piedras del camino y en las botas que no estoy acostumbrada a calzar.

—¡Logan! —lo llamo—. ¿Todavía vas a creerte con el derecho de chulearme de esta manera? ¡Te recuerdo que fuiste tú quien la cagó conmigo!

Sigue sin contestarme, sin girarse y andando como si oyera llover. Y yo, ya empiezo a notarme cansada y debemos de llevar diez minutos de trayecto.

—¡Joder! —exclamo cuando meto el pie en un hoyo—. ¿Este camino es transitable o piensas torturarnos a todos?

Creo que acaba de acelerar sus pasos. Hasta ganas de llorar de rabia e impotencia me están entrando ya.

—¡Mierda, Logan! ¿Vas a contestarme o tal vez sea mejor que me dé media vuelta y me largue? ¡Me debes una puta explicación!

De pronto, se para, clavando sus botas en la tierra y consiguiendo hacerme chocar contra su espalda. Después se gira y me encara.

—¿Te quedas más tranquila si te digo que verte aquí ha sido la sorpresa de mi vida? —explota—. Más que nada, por las veces que te he llamado y me has colgado; por los mensajes y correos enviados sin respuesta; por haber pasado de mí como de una puta piedra. ¡Claro que soy yo el que la cagué! ¡Claro que te debo una maldita explicación! Pero cuando volví aquí y me ahogué por no tenerte, por no sentirte, por haberte perdido, creí que tendría una oportunidad si lograba disculparme y mantener esa conversación contigo..., pero está claro que la señora viuda de Haynes ha creído que no merezco ni que me escupa.

—¿De qué demonios estás hablando? —exclamo, alucinada—. ¡Tú nunca te has puesto en contacto conmigo!

—Déjalo —contesta con desdén—. Entiendo que un tipo como yo no puede aspirar a una mujer como tú.

Se da la vuelta y continúa trotando. La gente lo sigue y yo me quedo plantada en medio del sendero, bajo las ramas de los majestuosos abetos, hasta que la guía me alcanza y me mira como si fuese un bicho del suelo al que apartar.

—¿De verdad tú eres Cheryl?

—¿Y quién coño eres tú? —le pregunto.

—Alguien que quiere a Logan. Y camina o te quedarás atrás.

¿Ya se ha echado novia?

Genial.

## Capítulo 32

### *Logan*

¡Si no me he sorprendido al verla, me pregunta! ¡No, por supuesto que no! ¡Sólo he estado a punto de caerme de culo en el puto suelo! He tenido que disimular como nunca mi cara de pasmo al encontrarme frente a esos ojos verdosos, a esa boca perfecta, a ese rostro tan amado... Y eso que soy todo un experto en fingir.

Mierda, vuelvo a sentirme como un gusano al recordar lo que le hice, al evocar su expresión de asombro al darme la vuelta cuando me llamó por mi verdadero nombre... o la cara de asco y odio que compuso al cerciorarse de mi identidad.

Sigo el sendero marcado para subir a nuestro destino a toda pastilla. He estado mucho tiempo cabreado conmigo mismo, por haberme comportado como un cabrón con la única mujer a la que he amado, pero ahora mismo necesito descargar adrenalina y sudar para no cabrearme con ella. Sé que lleva la razón, absolutamente en todo, pero pasar de mí todo este tiempo, negándose a cogerme el teléfono una y otra vez...

—¡Logan!

Cierro los ojos cuando vuelvo a oír su voz. Cuántas y cuántas veces soñé en la cama de la mansión Haynes que ella me llamaba por mi nombre. Se convirtió en mi máspreciado sueño, en mi más profundo anhelo. Y ese sueño se ha cumplido, pero no es como yo lo esperaba. No puedo evitar sentir rencor, a pesar de que el ansia de abrazarla y besarla sea tan descomunal como las montañas y los valles que me rodean.

—Joder, Logan —rezonga, llegando hasta mí—. ¿No podríamos parar y hablar un momento?

—¿Está cansada, chica de ciudad? —Sigo dándole la espalda, claro.

—La verdad es que, el tiempo que me he quedado rezagada, he podido contemplar un poco más lo que nos rodea y es precioso. Ojalá estuviese más acostumbrada a trepar como tú.

—Pues como no subas a pie el Empire Estate...

—Muy gracioso. Deberías saber que, cuando era niña, mi padre me llevaba de excursión para enseñarme algo de naturaleza. Me decía que se pasaba la vida encerrado en un despacho y necesitaba recordar de vez en cuando que la tierra es algo más que acero y cristal.

—Nunca me hablaste de tu padre —gruño.

—Ni de mi madre —me dice—. Los dos están muertos.

—Como los míos —murmuro.

—Lo sé.

Transcurren unos instantes en los que únicamente oímos el murmullo de la gente del grupo, sus respiraciones, los pesados pasos de sus botas o el crujir de la hierba.

—Fue muy duro para mí, Logan —prosigue—. La muerte inesperada de Dylan, saber que tú no eras Dylan, pensar que me habías engañado...

—Lo siento —me limito a decirle. Qué malo he sido siempre para las disculpas—. Nunca fue mi intención hacerte daño.

—La verdad —gruñe—, lo de la parca disculpa lo puedo entender, pero que provenga de una

mochila andante, que es lo único que veo...

—No puedo parar para hablar contigo —le explico— porque tenemos un horario establecido. No estamos solos aquí arriba.

—Ahora resulta que tendría que haberte pedido audiencia —replica con sorna.

—Tengo que ganarme la vida. Tú pareces tenerla ya resuelta.

—Que yo sepa, te ayudé a ganarte doscientos cincuenta mil dólares.

—Se los habría metido a Sanders por el culo si no hubiese sido por mi familia.

—¿Lo dices por tu novia?

—¿Mi novia? —pregunto confuso—. Si lo dices por Maddy, ya no estamos juntos.

Me viene en este instante a la cabeza el encuentro con su padre nada más llegar a casa. Bajé de mi camioneta y ahí estaba, apuntándome a la frente con el cañón de su escopeta de caza. Por fortuna, fue la propia Maddy quien lo disuadió de dispararme, y no porque ella fuera más benevolente conmigo, nada de eso. Ha conocido a otro tipo y no quería que él se enterase de que había salido con alguien como yo. Siempre se había avergonzado de mí, pero parece ser que le valía como alternativa a la soltería.

Sí, un ángel del cielo, la chica.

—¿Y qué hace trabajando contigo? —me pregunta Cheryl.

—¿Trabajando conmigo...?

Sonrío sin que ella pueda verme. Debe de haber creído que Sally es mi pareja.

—Sally no es mi novia, es mi tía.

—¿Tu tía? ¡Si parece más joven que yo!

—Será el aire de las Rocosas —digo, orgulloso—. El de Manhattan es bastante más enrarecido.

—Que me lo digan a mí —bufa—. Todavía me pregunto cada día por qué diablos nadie me contó la verdad a tiempo.

—A mí sólo me pidieron que realizara un trabajo —rezongo—. Ya lo hice y me pagaron por ello. Estamos en paz.

—Claro —salta—, y si me llevo por delante un corazón y lo pisoteo, pues nada, que se joda.

—¿Hablas del tuyo? —inquiero—. Porque, en vista de tu nula respuesta a mis múltiples intentos de contactar contigo, no debes de estar pasándolo muy mal.

—¡Escúchame, Logan Cavanagh! —Le da un tirón a mi mochila y pretende obligarme a darme media vuelta, sin éxito—. ¡Desde que te marchaste estoy hecha una verdadera mierda!

El resto de la gente también ha parado. Estamos en medio de un hermoso paraje que conozco como la palma de mi mano. Ya se divisa la explanada donde pararemos a comer y a observar la maravilla que nos rodea, pero todavía estamos protegidos por las frondosas ramas de los abetos, cuyas hojas aún desprenden brillantes gotas de humedad.

—¡Pues no haberme colgado el teléfono! —Por fin la encaro. Me doy media vuelta y me pongo frente a ella, ignorando al público que nos contempla embelesado.

—¡Y dale! —Rebusca exasperada su móvil en los bolsillos de su anorak y me lo muestra—. ¡Toma, échale los vistazos que quieras! ¡Busca, a ver si encuentras una puta llamada tuya o un mísero mensaje!

—¡Y si no recibiste mis llamadas, ¿por qué coño has venido?!

—¡Porque necesitaba verte! —grita—. ¡Porque te quiero! —Creo que alguien ha soltado un suspiro entre la concurrencia—. ¡Te quiero, a ti, Logan!

—¿Y cómo sabes que es a mí y no a Dylan a quien amas?! —pregunto alterado.

—Porque nunca lo quise —me responde de una forma un tanto más calmada—. Porque fuiste tú el que transformó mi vida en otra mejor. Porque fuiste tú quien me devolvió la ilusión. Porque, por primera vez, me sentí orgullosa del hombre que tenía al lado.

—¿Y qué hubiese pasado si yo no me hubiera parecido a él? —le pregunto—. ¿Te habrías enamorado de mí si tuviera otro aspecto? ¿De un hombre que no tiene ni una carrera universitaria y cuya vida era un absoluto desastre?

—Eso nunca podremos saberlo. Lo único que sé en este instante es que te miro y sólo te veo a ti, no a ningún otro hombre. Veo a Logan, el hombre al que verdaderamente amo.

—Dios, Cheryl...

Apenas me atrevo a hablar, a moverme. Sólo he sido capaz de cogerla de los hombros y apoyar mi frente en la suya. Si por mí fuera, la estrecharía ahora mismo en mis brazos y la besaría hasta quedarme sin aire en los pulmones.

—¿No vas a decirme nada más? —me pregunta con una leve sonrisa.

—¿Qué esperas que te diga? —murmuro—. Ya te dije que me enamoré de ti nada más contemplarte en una fotografía; que el día que te vi en persona supe que ya nada en mi vida sería igual; que luché conmigo mismo durante los meses que fui Dylan, pero me quedé sin fuerzas; que irme de Nueva York y dejarte me costó media vida; que las semanas que llevo sin ti he tenido que aprender a seguir adelante, a pesar de soñar contigo cada maldita noche...

—Por favor, Logan...

Paso la yema del dedo pulgar por su mejilla para enjugar la lágrima que le acaba de brotar.

—Y que te amo, Cheryl. Desde lo más profundo de mi alma.

Ella suelta un gemido antes de lanzarse a mi pecho, envolverse con su cuerpo y buscar mi boca. Casi me mareo al volver a saborear sus labios, al volver a enredar mi lengua en la suya, al beberme toda la esencia de su boca. Enredo mis manos en su pelo al tiempo que profundizo el beso y lamo y muerdo sus labios, sus dientes y todo lo que me ofrece con ansia, la misma que ahora mismo me ahoga a mí.

De pronto, de entre la nube de ensueño que parece envolvernos, surge un estallido de aplausos, silbidos y vítores. Joder, se me había olvidado que varios pares de ojos no nos pierden de vista desde hace rato. Interrumpimos el beso, nos miramos y reímos. Cheryl posa su mano sobre mi barbuda mejilla y me acaricia con veneración.

—Un día me dijiste que te dejarías la barba —murmura—. Me pareció que no lo decías en serio.

—Supongo que te incomoda...

—No —me corta—, para nada. Es más suave de lo que esperaba y me encanta cómo te queda. Porque me encantas tú, Logan.

Me apetece besarla de nuevo. En realidad, besarla durante horas, por todas partes. Desnudarla y hacerle el amor en medio del prado... aunque mi querida tía se encarga de que termine con mis sueños lujuriosos.

—¡Os recuerdo que tenemos un horario! —exclama, pasando a nuestro lado—. ¿Podrías dejar los arrumacos para cuando los demás podamos descansar y comer?

Sonreímos mientras retomamos el camino y subimos hasta la explanada. Lo primero que hace Cheryl es deslizar su mochila por su espalda para dejarla caer al suelo y correr hasta el filo del abismo.

—¡Madre mía! —grita, alucinada y sonriente—. ¡Es el paisaje más extraordinario que he visto en mi vida!

Abre los brazos, eleva su rostro al cielo y cierra los ojos mientras da vueltas sobre sí misma y ríe. Pase lo que pase en mi vida, prometo que jamás olvidaré la imagen que estoy contemplando en este instante.

Poco después, mientras el resto del grupo hace fotos y saca sus almuerzos y cantimploras, nosotros nos sentamos en uno de los bancos de madera de los que dispone el lugar para poder tomar también un tentempié. Sally se une a nosotros y me muerdo el labio inferior para no reírme por la forma en que la mira. Decir que está siendo desagradable me parece poco.

—Me ha dicho Logan que eres su tía —comienza a decir Cheryl ante la escrutadora mirada de Sally—. Nunca lo hubiese pensado, eres muy joven.

—Así que tú eres la que hizo que mi sobrino volviese tan mal que daban ganas de darle la extremaunción.

—Perdona —se defiende ella—, no sé si sabes de qué hablas, pero creo que yo soy la parte inocente de esta historia.

—Las señoritingas de Manhattan se creen que, más allá de su mundo de lujo, el resto somos una panda de catetos.

—Yo no soy ninguna señoritinga —vuelve a defenderse—. Tu querido sobrino se hizo pasar por mi marido, me engañó y, para colmo, hizo que me enamorase de él.

—¿Logan? —Sally compone una mueca—. Permíteme que lo dude. Mi sobrino tiene el encanto de un pedrusco.

—Pues no lo conoces bien. —Cheryl levanta la barbilla ante Sally como si pretendiese salvar mi honor—. Nadie dudó de su identidad cuando se vistió con elegantes y caros trajes o fue capaz de manejar a un montón de accionistas de una gran corporación.

—Logan no es capaz de manejar ni su propia vida, así que...

—¡Logan es un hombre maravilloso! —exclama Cheryl—. ¡Lo quiero y él me quiere a mí! ¿Qué problema tienes tú?

De pronto, ante la atónita mirada de Cheryl, Sally y yo estallamos en carcajadas.

—Te estás pasando, Sally —le digo aún entre risas—. Si pretendías ponerla a prueba, creo que ya es suficiente.

—Tiene un par de ovarios —afirma mi tía mientras le da un trago a su botella de agua—. Me gusta.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —pregunta Cheryl muy mosqueada.

—Perdona, Cheryl —Sally sonrío—, pero quería ver hasta dónde eras capaz de llegar si lo menospreciaba. Por supuesto, a pesar de que Logan tiene cosas que me enervan, lo quiero mucho y deseo que sea feliz. Así que —le tiende su mano—, encantada de conocerte, Cheryl. Soy Sally.

—Ahora entiendo de dónde le viene a Logan su macabra gracia —gruñe Cheryl mientras se la estrecha—. Encantada, Sally. Es un placer, aunque haya caído en tu trampa.

Comemos sin hablar mucho. Cheryl está encantada con el paisaje y nos pide que le expliquemos todo lo que sabemos del lugar, algo que mi tía y yo hacemos encantados, orgullosos de vivir aquí.

¿Cómo es posible que menos de un año atrás odiara este lugar con todas mis fuerzas?

Aunque me ha llevado justo ese tiempo, he hallado la respuesta: porque los lugares no son simples espacios, sino que están impregnados de la gente que vive en ellos, de nuestros recuerdos y



vivencias. Antes, para mí estas montañas únicamente representaban la ausencia de mis padres y mucha tristeza. He tenido que vivir en otro sitio para darme cuenta de que esto que me rodea es lo que amo, lo que tengo y lo que soy.

## Capítulo 33

### *Cheryl*

La vuelta de la excursión me parece más rápida que la ida, ya que, a pesar de estar mucho más cansada, caminar cuesta abajo se sobrelleva bastante mejor, aunque un par de veces haya tenido que sentarme en el suelo y bajar de culo. Empiezo a notar los primeros síntomas de las agujetas y sé de antemano que mañana lloraré cuando quiera moverme, pero hacía tiempo que no disfrutaba tanto. Sobre todo, mientras escucho a Logan hablar con los senderistas.

Cuando he comprendido que tantos miembros del grupo quisieran hacerle preguntas, he decidido quedarme junto a Sally en la retaguardia y observarlo embelesada y orgullosa. Habla de su tierra y sus montañas con un amor que le emana de cada poro de su piel. Se conoce cada ruta, cada piedra, cada lago. Lo único que me choca son sus cortantes respuestas cuando alguien le pregunta si podría contratarlo como guía para escalar alguna montaña.

—Nada de escalada —responde secamente—. Quien necesite conquistar una cima para colocar una banderita, puede irse a otra agencia y contratar el servicio.

—¿Por qué se pone tan borde con ese tema? —le pregunto a Sally sin perder de vista el suelo para no tropezar y bajar rodando o a trompicones.

—Sus padres murieron durante una escalada —me explica—. Ella era mi hermana.

—Lo siento —me lamento—. ¿Qué pasó?

—Eso sí será mejor que te lo explique él.

Por fin, tras las cinco horas establecidas desde la partida, volvemos a Cougar Creek. Los integrantes del grupo se despiden amablemente y se dispersan hacia sus coches o sus caminos, dejándonos prácticamente solos a Logan, a Sally y a mí.

—Logan siempre suele venir a mi casa para tomar algo después del trabajo —comenta su tía—, pero creo que en esta ocasión os iría mejor estar a solas y hablar de vuestras cosas pendientes.

Nos miramos y asentimos con los ojos.

—¿Podrías llevarte la camioneta, Sally? —le pregunta Logan—. Nosotros nos iremos en el coche de alquiler de Cheryl para no tener que venir luego a buscarlo.

—Por supuesto, pero recuerda pasarte por casa de Abigail. —Luego me da un abrazo y un beso cuando coge las llaves—. Espero que todo se aclare entre vosotros.

—Gracias, Sally. —Me despido antes de verla subir a una camioneta un tanto destartalada.

—Todavía no he tenido tiempo de comprarme una nueva —me dice él al comprobar la dirección de mi mirada—. ¿Te importa si conduzco? Tenemos que visitar antes a una persona.

—Claro. —Le ofrezco las llaves. Nunca me ha gustado mucho conducir—. ¿Quién es Abigail?

—Mi abuela —contesta cuando ambos ocupamos el interior del vehículo—. Antes vivía con ella, pero ahora vive sola, y mi tía y yo nos pasamos a diario para comprobar que está bien, puesto que se resiste a dejar su casa.

Cuando alquilé ayer el coche, me pareció que era de un tamaño medio. Sin embargo, ahora que Logan lo ocupa, me parece mucho más pequeño, lleno de su presencia. Desde un primer instante me pareció que era más grande de lo que recordaba: sus hombros más anchos, sus brazos más

musculosos, incluso más alto. Me refiero a cuando pensé que se trataba de Dylan. Ahora lo pienso y me dan ganas de fustigarme por no haber sospechado nada, pero puedo alegar en mi defensa que, físicamente hablando, son dos gotas de agua.

¿Será verdad aquello que se dice de que cada uno tenemos un doble en alguna parte?

Puede ser, pero en este caso...

Paramos en una casa apartada y muy bonita, con un jardín a su alrededor y el bosque de abetos y las montañas al fondo, componiendo una imagen digna de una postal. Bajamos del vehículo y Logan abre la puerta de entrada mientras me señala unas zapatillas que hay en el pequeño vestíbulo para no entrar con las botas llenas de tierra y hojarasca. Me están un poco pequeñas y entiendo que deben de ser de Sally.

Al acceder a la vivienda nos recibe un delicioso olor a queso caliente y se me hace la boca agua del hambre que arrastro.

—¡Abigail! —la llama Logan—. ¿Estás en la cocina?

—¡Sí, pasa!

En dicha estancia encontramos a una mujer de una edad indefinida, puesto que su larga trenza es de color gris, pero su cara refleja tan sólo unas pocas arrugas y su piel parece suave y tersa, por no mencionar que viste vaqueros y camisa de franela y que mantiene aún un cuerpo delgado y atlético.

—Humm, qué bien —dice Logan tras darle un beso en la mejilla e inspirar—. Me has hecho macarrones con queso.

—Sí, sé que son tus favoritos. —La mujer sigue removiendo el contenido de la olla con su cucharón de madera y no me dice ni media palabra, aunque sé que me ha visto perfectamente.

—Abigail —la llama su nieto—, ésta es Cheryl.

—¿La mujer de Nueva York? —le pregunta a Logan como si estuviesen solos—. ¿Para qué la has traído? Sólo he hecho cena para dos.

—Vamos, Abigail, tú siempre haces comida para un regimiento.

—Tal vez no sea la comida apropiada para paladares finos.

Alucinada me quedo con la mujer. No me ha mirado, no me ha hablado, pero no deja de referirse a mí pasando totalmente de lo que yo pueda pensar.

—Yo... —titubeo—, no pretendo incordiar. Tengo reserva en un hotel del pueblo y...

—Eres mi invitada y te quedas —sentencia Logan—, a pesar del *educado* recibimiento de mi abuela.

—Soy educada con quien se lo merece. —Levantando la barbilla como una reina, coge la olla de comida y la pone sobre el salvamanteles que hay encima de la mesa. Después coloca tres platos y tres cubiertos, pero únicamente sirve dos y empieza a comer tan tranquila. Logan me mira y compone una media sonrisa de aquellas que me calientan el corazón. Después me guiña un ojo y entonces es cuando me derrito como el queso de la comida.

—Ya te sirvo yo —me dice.

—No te preocupes —contesto intentando apaciguar mi exasperación—. Tengo dos manos.

Me sirvo yo misma un par de cucharadas de macarrones y comienzo a comer. La verdad, saben deliciosos.

—Humm, qué buenos están —le comento a Logan—. Nunca había comido un queso tan rico con la pasta.

—Es una receta exclusiva de Abigail. La mezcla que consigue de distintos quesos es lo que le da

ese punto.

Miramos de reojo a la mujer, que se nota perfectamente que está deseando hablar.

—Tienes que darme la receta —insisto con Logan.

—Cuando quieras, Cheryl.

—¿Tú?! —salta de pronto la abuela; después me mira a mí—. Mi nieto no es capaz de cocinar más que filetes con patatas.

Logan me sonrío de nuevo.

—¿Por eso viene a cenar a casa de su abuela? —pregunto.

—Trabaja mucho —rezonga ella—. Y a mí no me importa hacerle la cena.

Comemos en silencio unos minutos más, hasta que Abigail se levanta, nos retira los platos y nos coloca un pedazo de tarta de frutos rojos que tiene una pinta espectacular.

—Dios —me quejo, a pesar de que ya he cogido la cucharilla y me he zampado el primer bocado—, creo que hoy voy a comer más que en el último mes. Si Adeline me viera, se enfadaría mucho conmigo por pensar que prefiero su comida a la de ella.

La abuela me mira interrogante, aunque intenta simular que no le interesa mi conversación.

—La pobre lo ha pasado muy mal conmigo —continúo mientras como el pastel—. Cuando me enteré de que mi marido era en realidad un impostor, que Dylan en verdad se estaba muriendo y que todos me habían engañado, seguí adelante por inercia, pero nada me motivaba, mucho menos comer. Gracias a Adeline y a su amor incondicional, fui capaz de sobreponerme.

Miro de reojo a la mujer, quien, por primera vez en la noche, parece inquieta y yo diría que hasta avergonzada.

—Logan se pasó varios días sin comer, únicamente bebiendo y fumando —explica la abuela, sin dejar de mirar su plato—. Pero un buen día...

—Un buen día —la interrumpe el susodicho—, se presentaron en mi casa Abigail, Sally, su marido y sus hijos. Cuando los tuve a todos delante comprendí que se había acabado mi vida miserable y autodestructiva; que mis padres no me educaron para que me rindiera a la primera de cambio; que tenía que coger las riendas de mi vida si no quería ser el perdedor que era desde su muerte, y que se había acabado que mi familia me mirase con cara de asco y lástima.

—Por eso decidiste abrir tu propia agencia —afirmo.

—La pasta que traje de Nueva York era un dinero que me asqueaba, pero me dije ¿por qué no emplearlo en algo que hubiese enorgullecido a mis padres?

—Seguro que ahora mismo deben estarlo —le digo.

—La familia está para eso —interviene ahora la abuela—. Nosotros estuvimos al lado de Logan cuando peor lo estaba pasando. No hacía otra cosa que pronunciar un nombre de mujer en sus delirios de alcohol: «Cheryl, Cheryl...».

—Nunca me llegaron sus llamadas ni sus mensajes —me defiendo.

—¿Has pensado cómo es eso posible? —inquire Logan.

—Tengo unas cuantas sospechas y todas recaen en la misma persona.

—¿Sanders?

—¿Quién, si no él? Intentó quitarme de la cabeza la idea de venir a verte, me dijo que pasabas de mí. Habló de ti como si de la peste se tratara.

—Joder —bufa—. Sabía que tenía ganas de quitarme de en medio, pero putearme de esta manera...

—Eso te pasa por largarte a Nueva York —refunfuña la anciana—. Pensaste que sería la solución a tu vida de mierda, y lo que hizo fue pringártela con más mierda.

—No todo fue tan malo... —Logan me mira y me guiña un ojo otra vez.

Vale, de nuevo me deshago como una adolescente que ha vuelto a toparse con el chico guapo del instituto.

—Ya estamos pensando con la parte baja de la anatomía —gruñe Abigail mientras recoge los platos de la mesa.

Logan y yo reímos. Como a tantas abuelas del mundo les suele pasar, ella no deja de criticar a su nieto, de ponerlo verde y de darle una colleja si hace falta, pero luego... no se te vaya a ocurrir criticarlo tú, porque saca sus armas de abuela y lo defiende a capa y espada.

Tras la copiosa cena, nos despedimos de Abigail, que no ha dejado de rezongar, aunque entiendo que se ha comportado como una mamá gallina con su polluelo.

Logan y yo nos montamos en el coche y pasamos por mi hotel, de donde recojo las pocas cosas que he traído. Me ha invitado a su casa y me ha parecido la mejor idea.

—Siento que mi familia no te haya recibido mejor. No te lo mereces, Cheryl.

—Tal vez no —le digo—, pero no me molesta. ¿Sabes?, en realidad pienso que tienes una familia genial, Logan. Te defienden porque te quieren mucho. No imaginas lo que he llegado a echar de menos tener una familia. Cuántas veces —sonrío— he soñado con tener hijos para crear mi propia familia. En mi mente, el número ideal son cuatro.

—¿Cuatro hijos? —pregunta Logan, sonriente.

—Lo sé —suspiro—, a este paso no me dará tiempo.

—Tienes veintinueve años, Cheryl. Tienes tiempo de sobra.

—No lo decía por la edad, sino por la oportunidad.

Minutos después, accedemos a la casa de Logan, que me ha dejado impresionada.

—Tu casa es preciosa.

Observo a mi alrededor y me deleito en admirar la decoración rústica y acogedora. Casi todo es madera y piedra, y me llama la atención la altura del techo o la balaustrada que lleva al piso superior..., aunque si algo me deja maravillada es la gran chimenea y la bonita alfombra que preside el salón.

—Es la casa de mis padres —responde.

—¿No tienes malos momentos por vivir en ella?

—He cambiado algunas cosas, sobre todo muebles y parte de la decoración.

—Pues la has dejado fantástica, Logan.

—El dinero de los Haynes ha sido bien aprovechado. —Hace una mueca y se deshace de la mochila y el anorak—. Será mejor que nos demos una ducha —me dice—. Ve tú primera mientras enciendo la chimenea. A estas horas la casa está fría a pesar de la época.

—Gracias —acepto mientras me encamino al baño.

Me doy una reconfortante ducha caliente y busco en mi mochila algo para ponerme. Me apetece ir cómoda, por lo que opto por un pijama de cuadros rojos nada sexy. Aun así, decido que lo más probable es que sólo hablemos, por lo que tampoco me debo preocupar por mi aspecto.

Cuando vuelvo al salón, me encuentro a Logan agachado ante la chimenea que acaba de encender y cuyas puertas de cristal ha cerrado ya. Permanece quieto, mirando embelesado las llamas que danzan alrededor de los troncos. La luz del fuego es la única iluminación de la estancia y el crepitar

de la leña es el único sonido que nos acompaña hasta que decido hablar.

—Ya estoy, Logan. Es tu turno.

Me mira de reojo al salir, pero su expresión no dice nada sobre si piensa que voy hecha un adefesio o le parece bien. Mientras tanto, sólo tengo ganas de sentarme, pero, cuando voy a hacerlo en el sofá, decido que me apetece estar más cerca del fuego, por lo que acabo instalada sobre la étnica alfombra que le da el toque de color al salón. Tal y como le ha ocurrido a Logan hace unos minutos, yo también siento el hechizo de las llamas danzantes y clavo mi mirada en el fuego, pensando sin pensar realmente en nada. Apenas he tenido noción del tiempo, pues Logan aparece ya duchado y vestido con un pantalón de pijama y una camiseta negra. Se me cierran los ojos de placer cuando llega hasta mí su olor a limpio, a jabón y a champú, sin necesidad de la cara colonia que usaba en Nueva York.

La boca se me acaba de hacer agua. Empiezo a temer que lo de no ponerme nada sexy haya sido una estupidez.

—Veo que te parece mejor el suelo que mi sofá.

Se acerca al mismo y coge unos cuantos cojines que me pone alrededor para estar más cómoda.

—Me gusta sentir el calor directo de las llamas —le explico.

Él se sienta a mi lado y su mirada toma la misma dirección que la mía. Y así, juntos y embelesados con las ondulantes llamas, nos quedamos unos instantes en silencio hasta que él comienza a hablar.

—Mi vida había llegado a tal punto que no me importaba si me la pegaba con la camioneta o me pegaban un tiro en un callejón. Me sentía inútil, vacío, sin objetivos ni esperanza.

—¿Te sentías así por la muerte de tus padres? —le pregunto—. ¿Por qué?

Sin dar muchos detalles técnicos, me describe el día en que salieron los tres a escalar y su padre cortó la cuerda que los sostenía para poder salvar a su hijo.

—Oh, Dios, Logan, lo siento mucho. Debió de ser algo terrible. —Sin pensarlo, alargo la mano y la coloco sobre su hombro y parte de su cuello. Al instante, el calor que emana de su piel se instala en mi palma y se traslada hasta el último hueso de mi cuerpo.

—Soñaba con salir de este maldito pueblo, con irme a Nueva York, una ciudad donde nadie me cuestionaría. Y fue en ese momento cuando me topé con Sanders y sus secuaces.

—¿Secuaces?

—Me dejaron inconsciente, me sacaron de mi camioneta y me maniataron para que los escuchase.

—¡La madre que lo parió!

—Me dijo que me daría un trabajo en Manhattan, que ganaría mucho dinero, que podría perder de vista este sitio...

—Y te convenció, claro. Cualquiera habría hecho lo mismo en tu lugar.

—Maura también apareció aquel día —prosigue—. Fue la que me aclaró que debía sustituir a su hijo durante un tiempo porque éste había tenido un accidente de coche e iba a morir. Llegué a sentir una conexión con ella difícil de explicar.

—¿Con Maura? —bufo—. Pues debes de ser el único en el mundo.

—Y entonces fue cuando debería haber rechazado aquella locura.

—A eso no sé qué decirte, Logan —me lamento—. Es fácil analizar las cosas cuando ya han sucedido. Cuántos de nosotros quisiéramos tener una máquina del tiempo para arreglar los desastres de nuestras vidas, las malas decisiones, las equivocaciones...

—Estás siendo muy benevolente conmigo —me dice sin dejar de mirar el fuego.

El resplandor de las llamas se refleja en los oscuros iris de sus ojos y le otorga a su piel y a su pelo un mágico brillo dorado. Si antes estaba absorta en la chimenea, ahora lo estoy en su perfil y en sus anchos hombros. Resigo con la mirada la línea de su nariz, de su oreja y de la curva de su cuello. Creo que hasta soy capaz de ver latir su pulso.

El que late errático es mi corazón. Porque ahora mismo siento una emoción honda que presiona mi pecho y baja hasta la boca de mi estómago. Nunca he estado tan segura como ahora de lo mucho que lo quiero.

—Te he echado de menos, Logan. —Sin pedir permiso, me inclino sobre él y lo rodeo con mis brazos para abrazarlo y sentir un calor que llevaba demasiado tiempo añorando.

—Cheryl... —Me corresponde al abrazo—. Dios, qué duro se me hizo tener que dejarte.

Me dejo envolver unos minutos por su cuerpo fuerte y caliente. Se está tan bien aquí... Me quedaría horas y horas así, con la cabeza apoyada en su pecho, escuchando los latidos de su corazón, inspirando su aroma... Él comienza a besar mi pelo y sus manos frotan mi espalda. Ahora ya no tengo suficiente con el abrazo. Necesito sentirlo todo lo cerca que sea posible.

Me deshago ligeramente de su abrazo y comienzo a desabrochar los botones de mi pijama. Me saco la parte de arriba y, a continuación, la de abajo, hasta quedarme totalmente desnuda ante él. Noto mi piel ardiente, mezcla del fuego cercano, del propio calor de mi excitación y de la pasión con la que me mira en este instante.

Antes de dejarlo hablar o moverse, cojo el bajo de su camiseta y la estiro para sacársela por la cabeza. Mi mano viaja sin demora hasta su pecho tatuado.

—No he tenido tiempo de pensar en qué hacer con esto —murmura.

—No hagas nada, no importa —susurro.

—Pero es algo que tuve que hacer para parecerme a otro. Y temo que te acuerdes de ese otro cuando lo mires.

—Te voy a decir una cosa, por si no te ha quedado claro. —Tiro también de la cinturilla de su pantalón y hago que se lo quite del todo. Ahora, ambos estamos desnudos, sentados sobre la alfombra, mirándonos a los ojos—. Nunca quise a Dylan. Sí, era guapo, interesante, atractivo y encantador; por eso, después de casarme con un tío así de perfecto, soñaba con que me quisiera..., pero nunca me quiso, ni yo a él tampoco.

—Lo que más temí mientras lo sustituí —interviene Logan— no fue que me descubrieran, que me denunciaran o que me enviaran a chirona. Lo peor de todo fue pensar que no era a mí a quien querías. Me torturaba diciéndome que amabas y deseabas a otro.

—Pues resulta que no fue así, porque un día, ese tipo guapo y deseable al que no había querido nunca se convierte en alguien maravilloso, al que le puedo confiar mis secretos, alguien que me escucha, a quien le importo... y mi vida cambia radicalmente. —Hago un receso e inspiro suavemente—. Lo he velado, lo he llorado, pero no puedo hacer más, Logan. Encuentro injusto que todavía su pensamiento me impida ser feliz.

Acaricio su mejilla y noto el cosquilleo de su barba en la palma de mi mano. Sus ojos oscuros me miran de una forma tan intensa que siento unos suaves escalofríos recorrer toda mi columna y mi nuca. Jamás nadie me ha mirado como lo hace él.

—Te necesito más que nunca, y eso que te encontré en el momento más crucial de mi vida. Hazme el amor, Logan.

—Dios, Cheryl —gime, cerrando sus ojos—. No te puedes ni imaginar las veces que he soñado con esa frase..., que me llamas por mi nombre sabiendo quién soy.

Tal y como estamos sentados sobre la alfombra, lo atraigo hacia mí mientras abro las piernas y rodeo con ellas sus caderas, y sus hombros con mis brazos. No quiero tumbarme, quiero estar así, erguidos, mirándonos, tocándonos..., que cada punto de nuestro cuerpo pueda ser tocado por el otro.

—Te advierto que mi forma de hacerte el amor seguirá siendo la misma —me dice con una sonrisa torcida.

—Perdóname —suspiro al tiempo que apoyo mi frente en su barbilla—. Estaba muy enfadada y solté cada barbaridad por la boca... Siento las cosas que te dije.

—Perdóname tú a mí, Cheryl. —Acaricia mi pelo y después lo besa—. Por todo lo que te hice. Mi única defensa consiste en decir que no te esperaba, que me pillaste de sorpresa y no tuve ni idea de cómo actuar. Simplemente, me dejé llevar.

—Déjate llevar ahora, Logan.

Todavía abrazados frente al fuego, busco su boca con vehemencia y casi siento ganas de gritar al volver a inundarme de sensaciones tan intensas. Sus manos abarcan mi espalda y su boca devora la mía con ansia desmedida. Ya no sé ni qué tocar con mis manos, pues las deslizo por su espalda, sus hombros, su nuca y su cabeza, al mismo tiempo que él no parece tener muy claro tampoco qué acariciar con las suyas. Me siento tocada por todas partes y muy pronto los gemidos de ambos inundan el ambiente que antes ha estado únicamente lleno de crujidos de la leña que se quema lentamente.

Apoyando mis rodillas en la alfombra, me incorporo de forma que pueda besarlo más profundamente aún, si ello es posible, y para poder enredar con más fuerza mis manos en su pelo. Pero, sobre todo, para abrir más las piernas y poder encontrar lo que mi sexo tanto ansía. Cuando por fin siento su miembro alojado dentro de mí, es Logan quien me ayuda a subir y bajar mientras yo me apoyo en sus hombros y echo hacia atrás la cabeza. Dios, lo siento tan adentro así...

—¿Qué te creías? —gimo—, ¿que iba a exigirte una cama o estar tumbados?

—Ya veo que no —jadea al ritmo con que sus manos sujetan mis caderas para poder embestirme con potencia.

Después de gemir con fuerza, vuelvo a enderezar el cuello para poder estar frente a él, para tener sus ojos a la altura de los míos y poder mirarlo mientras el placer comienza a consumirnos a los dos.

—Te quiero, Logan.

—Te amo, Cheryl.

Jadeo, gimo, grito, hincó mis uñas en sus hombros. Él grita, jadea y clava sus manos en mis glúteos para ayudarme a moverme más aprisa. Mis entrañas se rompen y, cuando alcanzo el orgasmo, no puedo evitar clavar mis dientes en la curva de su cuello para poder liberar el placer que me quema todavía.

—No pienso acabar contigo aún. —Su voz ronca demuestra que está al límite. Sin salir de mi cuerpo, me tumba sobre la alfombra, me toma de los muslos y comienza a embestir de una forma totalmente salvaje y con una rapidez inusitada. Levanta una de mis piernas, me coge del tobillo y acelera aún más. Con su pelvis golpea mi sexo y cada impacto que recibo me proporciona un enorme placer..., casi tanto como observar su rostro desencajado, sus ojos desorbitados, sus dientes clavados en su labio inferior...

Por fin, gritamos los dos al mismo tiempo, cuando un ardiente clímax nos alcanza a ambos. Logan



realiza una última embestida y se deja caer a mi lado para que podamos recuperar la respiración.

—Vayamos a la cama —me propone tras besar mi frente perlada de sudor.

—No —respondo—, quedémonos aquí, por favor. Me encantaría dormirme mirando las llamas.

—Es un suelo duro para chicas acostumbradas al mejor colchón —bromea.

—Te explicaría que mi familia era más bien modesta, pero ahora estoy cansada y lo dejaré para mañana.

Emito un bostezo y me acurruco en los cojines.

—Mañana tendremos mucho de que hablar —me dice él.

—Lo sé —respondo con una somnolienta sonrisa.

Logan sonrío y acaricia mi mejilla antes de inclinarse ante la chimenea, añadir un tronco y atizar el fuego. A continuación, trae una suave manta y nos cubre a los dos mientras se tumba a mi lado y acompaña mis sueños.

\*\*\*

Parece ser que en caliente podría haber seguido con la excitante sesión de sexo con Logan, pero, como ya esperaba, horas después mi cuerpo comienza a quejarse y suelto un quejido cuando tengo que removerme. Para colmo, sí, muy brillante la idea de dormir frente al fuego, rodeada de cojines, junto al cuerpo fuerte y caliente de Logan, pero la dureza del suelo no ha ayudado precisamente a paliar el dolor de mis músculos forzados.

Con cuidado de no despertarlo, me levanto de nuestro romántico nido para tratar de estirar un poco las articulaciones y aprovechar para ir al baño. En el camino, siento la vibración de mi móvil y me paro a echar un vistazo a las notificaciones. Entre los mensajes de mis amigos, tengo también un correo que remite el laboratorio al que envié las muestras.

Mi corazón empieza a latir con fuerza. En cuanto abra el archivo y lea el resultado, muchas cosas pueden cambiar. Y, efectivamente, eso hago, leer el resultado de los análisis de ADN. Y, por supuesto, todo se complica.

Miro a Logan, dormido bajo la manta. Ya no arden las llamas en la chimenea, pero los rescoldos emiten calor y un tenue resplandor rojizo que se refleja en su rostro.

Ahora mismo no puedo explicarle nada hasta que no tenga los detalles, así que, sintiéndolo en el alma, debo marcharme sin despedirme.

## Capítulo 34

### *Cheryl*

La mansión Haynes permanece tranquila mientras, en la soledad de mi habitación, imprimo el documento y lo repaso varias veces, todavía impresionada porque mis descabelladas sospechas tuvieran algún fundamento. Será cuestión de aprovechar esta quietud, porque la que se avecina...

Adeline me ha preparado un sándwich de pollo porque no soy capaz de ingerir nada más consistente. Por supuesto, me ha preguntado qué pasaba por mi cabecita al verme tan ensimismada frente a una hoja de papel.

—Que la bomba de Hiroshima no fue nada comparada con la que va a caer aquí —le anuncio.

—Ay, mi niña, ya volvemos a meternos en un berenjenal.

—Es algo que tengo que hacer, mi querida Adeline. De todas formas, ve preparando nuestras maletas. Nuestro tiempo en esta mansión ha llegado a su fin.

—Encantada, mi niña. Contigo me voy yo a vivir a una cueva en el desierto.

Por fin, oigo entrar en la casa a Maura y Edmund. Inspiro con fuerza ante el temblor de mis dedos sujetando la prueba de que algunos secretos no pueden permanecer más tiempo en la oscuridad.

Bajo la escalinata mientras percibo en mis oídos los bombeos de mi corazón. Mi suegra y su abogado acaban de entrar en el salón y me dirijo al mismo lugar. Sólo la fuerza de mi decisión es capaz de soportar la tensión que me embarga en este instante.

—Vaya, Cheryl —me saluda Maura—. Me han informado de que llevas dos días sin ir al despacho.

—Tenía asuntos que resolver —contesto.

—¿Y los has resuelto? —pregunta Edmund mientras se sirve una copa.

—Oh, sí, por supuesto —respondo—. En primer lugar, he averiguado el motivo por el que insististe en quitarme de la cabeza la idea de ir a ver a Logan... y, en segundo, las ganas que tuviste de que se marchara... ante el incordio de su presencia.

—¿A qué te refieres? —me pregunta con toda su cara dura.

—A esto.

Le señalo el sobre, de donde extraigo un documento.

—Y eso es...

—Es tu firma en la copia de un documento que concede el traslado al convento de Santa María de un bebé llamado Logan, sin apellido, que nació el día 3 de febrero de 1985, exactamente la fecha de nacimiento de Dylan.

La blancura del papel no es nada comparada con el color de la tez de Edmund.

Y Maura... Si sentí lástima por ella por la muerte de su hijo, ahora me inspira todavía más... y eso que su cara en este instante parece tallada en mármol.

Le ofrezco el papel a Sanders y lo coge entre sus trémulos dedos.

—Qué extraño que tú hicieras algo así, ¿no? —le pregunto—. Y qué casualidad lo de la fecha...

Mira de reojo a Maura y ésta lo interroga con la mirada, por lo que vuelve a observar el documento como si se diera tiempo a pensar en algo.

—No, Edmund —prosigo—, no hace falta que empieces a buscar en tu repertorio de perfectas palabras de abogado. Esto tiene su explicación racional y de casual no hay nada. Y para que no pierdas el tiempo, aquí tienes lo que necesitas para poder explicarlo todo.

Le alcanzo el siguiente documento.

—¿Tengo que leerlo en alto o vas a comentarlo tú? —La pregunta parece hecha de forma altiva, pero su nerviosismo se ha hecho aún más patente.

—Ya lo resumo yo, no te preocupes. Es el resultado de una prueba de ADN. Según esta prueba, existe una probabilidad del 99,99 por ciento de que Maura y Logan sean madre e hijo.

Incluso yo he temblado al decirlo, pero Maura se ha limitado a quedarse paralizada, como una figura de cera.

Los nervios del hombre dan paso a una expresión de total derrota. Se aleja unos metros de nosotras para acercarse a una de las ventanas, como si, al darnos la espalda, le fuera más fácil empezar a hablar.

—Siempre pensé que me llevaría este secreto a la tumba —murmura—, como hizo Robert.

Al final, decide echarle un par de huevos y se aproxima de nuevo para hablar dándonos la cara; concretamente, dirige su mirada a Maura.

—Durante tu embarazo —le explica—, decidiste que el sexo del bebé fuera una sorpresa para vosotros; por esa razón, al finalizar una de las ecografías, el médico decidió hablar a solas con Robert. En aquella reunión le comentó que venían gemelos, pero que uno de ellos no estaba bien.

Maura sigue estática, sin pestañear siquiera..., sin expresar nada con su rostro, con sus ojos, con su postura..., nada.

—El día del parto —continúa diciendo Edmund, que parece bastante tranquilo a pesar de la barbaridad que nos está relatando— se te practicó una cesárea y, tal como había dicho el médico, uno de los niños venía perfecto, pero el otro era muy pequeño; iba a necesitar incubadora, cuidados especiales y, lo más probable, según ese doctor, era que no viviera más que unos pocos días.

Sanders toma un poco de aire mientras yo empiezo a alucinar.

—Tu marido te quiso ahorrar el disgusto y, como uno de los bebés estaba sano, decidió no decirte nada del otro. Se suponía que ése iba a morir pronto, por lo que exigió al hospital, a cambio de una buena donación económica, que el asunto quedara en secreto. Y a mí me pidió que me hiciera cargo de todo lo relativo al niño enfermo, ya que él prefería hacerse a la idea de que únicamente había nacido uno.

—Hijo de puta... —murmuro—. ¿Cómo puede hacer alguien algo así? ¡Olvidarse de su propio hijo!

—Su sueño era tener un sucesor, por lo que un niño enfermo o deficiente no entraba en sus planes.

—¿Y no pensó que ese pequeño podría tener una oportunidad de salvarse?

—Fui yo quien se interesó de vez en cuando por el bebé —prosigue—, hasta que, pasados unos meses, los médicos me dijeron que se estaba recuperando y que, a pesar de que tardaría aún varios años en estar al ciento por ciento, crecería como cualquier otro niño y se desarrollaría con normalidad. Sin embargo, Robert no quiso saber nada del tema. ¿Cómo iba a decirle a su mujer, tras varios meses del parto, que le había escondido a uno de sus hijos?

—Rectifico —intervengo—: Robert no fue el único hijo de puta; tú fuiste peor, por ponerte a su altura.

—Lo hecho, hecho estaba —se defiende como si hablase de un fallo en una cadena de producción

—. Si el propio padre rechazaba al niño, yo únicamente podía comportarme como su abogado y amigo. Incluso le di un nombre: Logan; así se llamaba el hermano que perdí cuando era pequeño. Cuando supe que sobreviviría, no tuve otra opción que consentir su adopción. Era lo mejor que podía hacer por él.

—Oh, por supuesto —ironizo—. Ya podrías dormir tranquilo.

—Me preocupé de que todo el proceso se desarrollara correctamente —nos explica con expresión altiva—, y así me enteré de que un joven matrimonio del país vecino que no podía tener hijos se puso en contacto con el convento. Autoricé el traslado y se lo llevaron.

—Como viajabas tanto —le digo—, nadie sospecharía nunca de tus idas y venidas a Canadá.

—Nunca lo perdí de vista —continúa narrando—. De pequeño fue enclenque y enfermizo, lo que lo convirtió en un niño bastante introvertido; sin embargo, no sé si sería el aire de las montañas o el amor que le profesó su familia, pero, al cumplir los catorce años, su metabolismo cambió de forma radical y empezó a desarrollarse, convirtiéndose en un chico alto y fuerte. Escalaba montañas con una facilidad increíble.

—¿Me lo parece o hablas de él con orgullo? —alucino—. No me lo puedo creer...

—Estaba y estoy orgulloso de él, pero traerlo aquí con la excusa de parecerse a Dylan fue un error.

—Oh, claro —ironizo—, un grandísimo error. Pero, claro, lo de enviarlo a un convento, alejarlo de su familia y ocultar su existencia..., no, todo eso fue algo normal, ¡no te jode!

—No pude evitarlo —vuelve a defenderse como un cobarde—. No pude obligar a mi jefe a que se hiciese cargo de su hijo.

—¿Y cómo has podido guardar semejante secreto tantos años? —lo increpo—. ¡Joder, Edmund, eras el único que lo sabía!

—No —responde—, no fui el único. Alguien más se enteró del asunto, alguien que aprovechó ese dato para chantajear a Robert Haynes.

—¿Quién?

—Tu padre, Cheryl.

—¿Mi... mi padre?

—Exacto. Joseph era su contable, tenía acceso a muchos datos y, de alguna forma, lo descubrió... Supongo que por las cuantiosas donaciones que hacía al hospital.

—Entonces... —titubeo—, fue por eso que lo obligó a...

—A que su hijo se casara contigo.

—Dios mío...

Creo que me estoy mareando y lo veo todo algo borroso..., siempre que hablemos del sentido de la vista, porque, en cuanto al cacao mental que tengo en la cabeza, acaba de hacérseme la luz.

—Tu padre sabía que iba a morir pronto —me explica—, pues su cáncer avanzaba a pasos agigantados, y también que te quedarías sola, muy joven y sin nada. La enfermedad de tu madre varios años atrás os había dejado en la ruina y temía por tu futuro. Por eso aprovechó la información descubierta accidentalmente para *proponerle* a Robert una boda entre Dylan y tú a cambio de su silencio.

—¿Y Robert Haynes cedió? —digo muy sorprendida.

—Creo que no le pareció mala idea. Siempre le dio mucha importancia a la familia y creyó que, si Dylan se casaba contigo, daríais una imagen estable y tradicional a pesar de saber ya en los líos en

que andaba metido su hijo.

—Que le daba importancia a la familia... Por favor, Edmund, no me hagas reír.

He tenido que *resetear* mi mente durante unos pocos segundos. El recuerdo de mi padre, aquel hombre dulce y tranquilo que se pasaba la vida en su pequeño despacho inundado de papeles... Todavía me parece ver su cabeza cubierta de pelo cano inclinada sobre su escritorio. Y cuando entraba a saludarlo, levantaba la vista, se recolocaba las gafas que habían caído sobre la punta de su nariz y me sonreía. Siempre tenía una sonrisa para mí. Me cuesta lo increíble imaginarlo como un chantajista, aunque también es igual de inimaginable lo que un padre puede llegar a hacer por su hija.

No como Robert Haynes.

—No voy a juzgar a tu padre —me dice Edmund—, ni se me ocurriría, pero, por unas cosas u otras, todos mantuvimos la boca sellada. Sabíamos que Logan estaba bien, que era un chico sano y querido..., y la vida siguió adelante.

—¿Para qué tuviste que traerlo aquí, a sustituir a Dylan? —lo recrimino—. Por favor, Edmund, fue una idea de psicópata.

—Llevaba tiempo apuntándome a sus grupos de senderismo. Me gustaba verlo y, ya de paso, me gustaban aquellas caminatas. Unos días después del accidente de Dylan, tenía la cabeza repleta de problemas de la corporación y de las cuentas alteradas y chanchullos que había descubierto, por lo que decidí asistir a una de aquellas excursiones para despejarme. Nada más llegar, ver a Logan y corroborar lo igual que era a su hermano, se me ocurrió la idea. Incluso pensé que así lo ayudaba de alguna forma, puesto que su vida, desde el accidente mortal de sus padres, se había vuelto bastante desastrosa. Le expliqué a Maura mi idea, pero contándole que había descubierto por casualidad a un tipo que se parecía muchísimo a su hijo.

Al mencionar su nombre, ambos nos giramos hacia ella. Casi nos habíamos olvidado de su presencia, habiendo interpretado un diálogo en el que sólo actuábamos Edmund y yo. Pero sigue aquí, en el mismo sitio, de pie, como una estatua de bronce, inamovible. No sé si preocuparme por ella por si ha sufrido un *shock* o es que Maura Haynes no cae ni ante un *tsunami*.

—Perdóname, Maura —le dice, por fin, su abogado y supuesto amigo... que hay que tener cojones para llamarse «amigo» teniendo la conciencia tan sucia—. Lo único que hice fue seguir el mandato de Robert. Él creía que el niño tendría alguna deficiencia grave y moriría pronto, por lo que decidió ahorrarte muchas lágrimas. Y yo... pues, mientras su propio padre se olvidaba de él, procuré no perderlo nunca de vista, asegurarme de que todo iba bien. Jamás volvimos a mencionarlo entre nosotros, hasta el día de su muerte, que me preguntó por él. Le dije que su otro hijo estaba bien y pareció quedarse más tranquilo...

De pronto, por primera vez en todo el tiempo de la explicación, Maura se mueve. Da la impresión de costarle dar un primer paso, pero no, porque se acerca a Edmund decidida y con un aspecto bastante tranquilo. Empiezo a pensar que lo de ser de bronce es real.

La mujer se para justo delante de Edmund. Lo mira unos instantes con rostro inexpresivo y, ante nuestra sorpresa, le suelta al abogado una bofetada que hasta a mí me duele. El hombre no se molesta ni en tocarse la mejilla, aunque han debido de crujirle hasta las cervicales por el impacto. Aguanta el chaparrón, mirando a Maura con la cara roja e hinchada. Bravo por mi suegra.

—Lo siento, Maura.

—Eres un hijo de puta —le espeta—. Un desgraciado, un cabrón y un hijo de la grandísima puta. ¿Y tú decías quererme?

—Te amo, Maura. Con todo mi corazón.

—No, Edmund. A las personas a las que uno quiere no se les hace este tipo de putadas.

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra, Maura, por favor. Sé que debes estar dolida, pero deja que pasen unos días y ya verás cómo lo ves todo desde una perspectiva diferente; nunca quise hacerte daño, todo acabó siendo una enorme bola...

—Vete de mi casa —le ordena—. Coge tus cosas, lárgate y no vuelvas en tu jodida vida.

—Maura...

—A continuación, te pasas por tu exclusivo despacho de Park Avenue, sacas tus objetos personales y lo dejas vacío. Estás despedido.

—Maura, por Dios, no sabes lo que estás diciendo...

—Lo sé perfectamente. No te quiero en mi casa, ni en mi cama ni en mi edificio. No quiero volver a ver tu puta cara jamás en mi vida. No quiero que te acerques, que me llames, que me hables... ni mucho menos verte.

—Nadie como yo velará por tus intereses, Maura, ni los de los tuyos o la corporación.

—¿Te refieres a como has cuidado de mis intereses durante treinta y tres años?

Edmund se queda sin respuesta.

—Necesito que me dé el aire —dice ella de repente—. Le diré al chófer que traiga el coche y que me saque de aquí. Cuando vuelva, Edmund, no quiero verte en esta casa, ni a ti ni nada que me recuerde a ti. Ni el más mínimo rastro de tu presencia.

Sin más, se da media vuelta y desaparece del salón, dejándome junto a un hombre que es la pura imagen de la derrota.

—Lo siento, Edmund —le digo—, pero no podía dejarlo pasar. No podía permitir que algo así siguiera escondido por más tiempo.

—No te lo recrimino, Cheryl —me contesta—, ni mucho menos. No imaginas las veces que he pensado en confesárselo, pero Robert me lo hizo prometer y nunca tuve el coraje de hacerlo. Le debía mucho a ese hombre, confiábamos el uno en el otro, nos apreciábamos como hermanos...

—Vamos, Edmund, no seas hipócrita —le recrimino—. Bien que te enamoraste de su mujer y te la tiraste.

—Por eso precisamente —explica—, porque hubiesen creído que contarle el secreto a Maura tenía el objetivo de romper su matrimonio, y no era así.

—¿Y cuando Robert murió?

—Lo pensé, pero me pareció demasiado tarde.

—Los dos tenían derecho a saberlo, Edmund. —Suspiro—. Siento que haya tenido que ser yo quien lo haya destapado todo y que vayas a sufrir las consecuencias, pero...

—Pero me lo merezco —me corta—. Lo sé. Una bofetada es ser demasiado indulgente conmigo.

Arrastrando los pies, sube la escalera que lo lleva a la planta superior para dirigirse al dormitorio que ya compartía con Maura. En cierto modo, me da pena, porque seguramente nunca imaginó que la bola fuera a hacerse tan grande, ni que su vida daría semejante giro a estas alturas. A su edad, podría tenerlo todo: dinero, prestigio, experiencia, a la mujer de su vida..., pero una mala decisión del pasado se lo ha arrebatado todo.

Me dejo caer en uno de los blancos sofás del salón y me froto las sienes. Me siento cansada. He dormido poco durante las últimas noches, he realizado un viaje relámpago a Canadá, he experimentado demasiadas emociones... Pienso ahora en Logan, en cómo decirle a él la verdad, en

cómo contarle esta historia tan increíble.

Pero, justo en este momento, vuelven las vibraciones de mi teléfono, que llevan dos días incordiando. Sé que son mis amigos, que esperan que les diga algo o les cuente cómo me va en el país vecino, cosa que no he hecho en ningún momento. Y no se merecen que los ningunee de esta forma, que les mienta o que los ignore, porque les debo mi propia cordura.

Así que, decidida, cojo el teléfono para hablar por el grupo de WhatsApp. Les escribo que, si quieren verme y saber por qué no me he puesto todavía en contacto con ellos, vengan a la mansión Haynes ahora mismo. Se acabaron los secretos para ellos.

Suelto el teléfono, me apoyo en el respaldo y cierro los ojos. El juicio, precisamente, es lo que acabaré perdiendo de un momento a otro. Tantos años con una vida miserable y anodina, y resulta que en pocos meses me pasa de todo.

Transcurridos unos minutos, Edmund vuelve a aparecer en el salón con una maleta. Hace tan sólo unos días lo vi entrar con ella, pero poco le ha durado. Se acerca y me ofrece su mano para poder despedirse de mí.

—Ha sido un placer, Cheryl. Contigo tampoco he sido muy benévolo, porque siempre le di demasiada importancia a la lealtad a Robert, a su hijo y a la corporación. Me convertí en alguien implacable con tal de defenderlos a ellos y no estoy demasiado orgulloso de eso.

—Únicamente puedo desearte suerte. —Le correspondo al saludo con mi mano.

—Si no te importa —me demanda mientras deja la maleta en el suelo—, me gustaría pasar unos minutos en el dormitorio de Dylan. Tengo la impresión de que no volveré a pisar esta casa.

—No tienes que pedirme permiso —le digo—. Yo tampoco voy a seguir viviendo en esta casa. Creo que ha llegado el momento de que deje de sentirme como un pájaro al que han encerrado para curarle su ala rota. Mis alas necesitan desplegarse ya.

Justo cuando Edmund desaparece de nuevo del salón, Adeline anuncia la llegada de mis amigos.

—¡Mi capullo de rosa! —exclama Oliver—. ¿Cómo se te ocurre tenernos tan preocupados?

—Cheryl, cariño —gimotea Julie, que ya me está abrazando.

—Ya te vale —refunfuña Valerie—. Desapareces, no mandas un puto mensaje, no contestas a los nuestros... Nadie sabía decirnos nada, ni siquiera ese maldito abogado vuestro...

—Vale, vale, lo siento —me disculpo, apenada—. Por eso os he hecho venir, para poder explicarme. Sentaos, por favor.

—¿Y esa formalidad? —inquiere Oliver elevando una ceja—. ¿Mandarás traer ahora el té y las pastas?

—No —sonrío—, lo que necesito es que estéis sentados para que no os caigáis de culo.

—Pues empezamos bien —refunfuña de nuevo Valerie. Desde que lo dejó con Liam está de lo más «agradable». En cuanto mi vida se normalice, juro que la ayudaré a encontrar novio.

—A ver —comienzo—, ¿tenéis la mente abierta?

—Menuda preguntita —suelta Oliver con un mohín—. La mente y lo que haga falta.

—Será mejor que empiece —suspiro—. Todo empezó con el accidente de Dylan...

Me tiro mis buenos quince minutos, pero, al final, consigo acabar toda la rocambolesca historia. Mis tres amigos han prestado atención, pero en este instante tienen todos una cara...

—Y eso es todo —finalizo—. Ahora me falta saber cómo y cuándo contárselo todo a Logan.

De pronto, empiezan a volver a la vida, porque mientras he explicado mi relato todos se han mantenido como figuras dibujadas en un papel.

—¡Os lo dije! —exclama Oliver, al fin—. Ese maldito señor Sanders me parecía tan tenebroso y siniestro...

—Sí, vamos —gruñe Valerie con los ojos en blanco—, Voldemort en persona. Lo que ha demostrado es ser el tipo más rastrero y canalla del mundo. Y, por cierto, Cheryl, lo de no habernos contado nada hasta ahora me lo apunto.

—Es verdad, mi tierno capullo de azucena —le da la razón Oliver—. ¡¿Cómo has aguantado todo esto tú sola?!

—¡Joder, tía! —salta Valerie de nuevo—. ¡Se supone que somos amigos!

Julie se limita a taparse la boca con la mano. Creo que está en *shock* y en cualquier momento se va a desmayar.

—A ver, a ver —los apaciguo—..., primero no estaba segura, y después he tenido que comprobarlo.

—¡Pero nosotros te habríamos ayudado!

—Con lo emocionante que habría sido indagar por ahí —se queja Oliver.

—Pero... —habla al fin Julie—, lo que te ha pasado... ¡es alucinante! Es... maravilloso, de novela... Es como si Dylan no hubiese muerto del todo. —Suspira.

—¡Menos mal! —exclamo—. Alguien que, en vez de protestar, alucina, como yo.

Todo es una algarabía de comentarios ahora mismo. Me preguntan una y otra vez, quieren saber detalles, pero todos nos vemos obligados a callar cuando una de las chicas del servicio de la casa entra corriendo en el salón. Está fuera de sí, incluso parece asustada.

—¡Señora, señora! —grita—. Oh, Dios mío, está ahí fuera, quiere entrar... Oh, Señor Todopoderoso, apiádate de nosotros y de nuestros pecados...

—¡Cállate, Lucrecia! —le grita Adeline, que ha surgido como un rayo por la puerta—. ¡Tranquilízate, por favor! Respira hondo, tranquila, tranquila...

La chica continúa mirándonos a todos con los ojos muy abiertos y los labios temblorosos mientras no deja de santiguarse y de murmurar alguna oración.

—¿Qué sucede, Adeline? —le pregunto—. ¿Qué le pasa a Lucrecia?

—Mi niña —me dice muy seria—. Un hombre ha pedido entrar en la mansión. Un hombre al que la pobre Lucrecia ha reconocido como al difunto y joven señor Haynes.

—Dios, Logan... —susurro.

Edmund está bajando la escalera en este momento y se ha encontrado con todo el cuadro. Mis amigos, expectantes, se han levantado del sofá para tener una visión impecable de la escena, aunque se hacen a un lado para no estar en el medio.

—Hacedlo pasar, Adeline —le pido—, y procura explicarle a Lucrecia que no es el señor Haynes, sino alguien que se le parece mucho.

—Pobrecilla —se lamenta Oliver—. Si nos lo llegamos a encontrar nosotros antes de habernos contado tú la historia, seguro que ya habrías tenido que llamar a una ambulancia. Nos habría dado un infarto colectivo.

Adeline me obedece y, en cuestión de segundos, vemos entrar a Logan en tromba en el salón. Lleva puesto un jersey de color chocolate, vaqueros y botas, y todavía trae consigo el olor del viento y de las montañas. La piel de sus mejillas aparece arrebolada y su cabello, alborotado.

—Oh, madre mía —susurra Julie—. Qué guapo está...

—¡Esta vez no! —grita nada más acceder a la estancia mientras nos señala con el dedo a Edmund



y a mí—. ¡Esta vez no pienso consentir que te alejes de mí o que alguien te fuerce a hacerlo! ¡Vendré a buscarte y te perseguiré hasta esta maldita ciudad cada vez que sea necesario! ¡Aunque vuelvas a ignorar mis mensajes!

Sus palabras calientan mi corazón de tal manera que apenas puedo controlar la emoción.

—Nadie me obligó a marcharme, Logan —le aclaro—. Lo hice por mí misma, porque tenía algo muy importante que hacer aquí.

—¿Por eso te largaste de mi cama en mitad de la noche?! ¡Sin una puta explicación, Cheryl! ¡Sabías que teníamos que hablar! ¡¿Qué va a pasar con nosotros?!

Oigo risitas entre el grupo, pero Edmund, ante una conversación tan íntima, carraspea y se pone a mirar por una de las ventanas.

—¡Tú! —lo increpa Logan—. ¡Perro rastrero! ¡No te escondas! ¡Sabemos perfectamente que fuiste tú quien tuvo que desviar mis llamadas y correos para que pensase que ella me seguía odiando y para que Cheryl creyera que la había utilizado! ¡Tú fuiste también quien intentó persuadirla para que me detestara!

—Deja eso ahora, Logan —trato de calmarlo—. Tenemos cosas más importantes de que hablar.

—¿De qué, Cheryl? —me pregunta—. ¿Qué es eso tan importante que te ha arrancado de mi lado? ¿Tienes idea de lo que he sentido al ver que no estabas, que te habías ido?

—Lo siento, cariño, perdona. —Poso mi mano en su antebrazo—. No ha sido por nada ocurrido entre nosotros. Te prometo que, pase lo que pase, nunca voy a dejar de quererte..., que te amo desde lo más profundo de mi alma.

Ambos nos miramos íntimamente ante el recuerdo del momento en que me dijo esa frase.

—¿Entonces? —vuelve a insistir—. Dime por qué te fuiste.

—Yo... No sé por dónde empezar —le digo, visiblemente nerviosa.

—Dame tus manos —me pide—. Toma las mías y levanta los brazos. Inspira con fuerza hasta que ya no puedas más y luego suelta el aire poco a poco. —Lo obedezco, conmovida por evocar tantos momentos en que quisimos que el otro dejara de sufrir—. ¿Te sientes mejor?

—Sí, gracias. —Acaricio sus manos un instante y luego me separo ligeramente de él—. Logan, tengo razones para comunicarte que eres adoptado.

—Lo sé —contesta—. Abigail me lo confesó al poco de morir mis padres, pero no me sentí mal ni los quise menos por ello, al contrario. ¿Cómo lo has averiguado tú?

—¿Y nunca quisiste saber nada de tus padres biológicos? —inquiero, obviando su pregunta.

—Mi familia no tenía ni idea de quiénes eran y, cuando intenté averiguar algo por la vía burocrática, me dieron con la puerta en las narices. Acabé suponiendo la única verdad posible: que fui hijo de una madre joven y soltera, tal vez de buena familia, que por vergüenza me abandonó en el convento y que nunca jamás quiso saber de mí.

—¿Y si yo te dijera que no fue así?, ¿que fuiste arrebatado de los brazos de tu madre sin que ella lo supiera?

—¿De qué demonios estás hablando? —plantea confuso.

Mira de reojo al abogado, pues éste ha comenzado a palidecer aún más que cuando lo ha visto entrar en el salón.

Dios, siento cómo mi corazón llora desde dentro de mi pecho. Estoy viviendo la confusión y la pena que pueda estar sintiendo Logan y eso me está destrozando. Miro a mis amigos. Valerie me da fuerzas con su mirada y levanta su dedo pulgar. Inspiro para coger una dosis extra de fuerza.

—Una amiga mía de Canadá —le explico, con toda la cautela de la que soy capaz—, funcionaria, fue capaz de conseguir tus documentos de adopción.

—Cheryl... —su confusión crece y mi pena también—, no sé qué demonios me estás contando... ¿Sabes quiénes son mis padres biológicos?

—Sí —respondo. De momento, poco a poco.

—Joder —suspira. Se lleva una mano al pelo y se lo alborota por los movimientos incontrolados de sus dedos—. No sé si quiero saberlo, Cheryl. Yo sólo reconozco unos padres, y están muertos. No tengo claro si estoy preparado para tener otros.

—Lamentablemente —le digo—, tu padre también está muerto. Sólo tienes una madre.

Ahora se frota el rostro con fuerza, suspira, gruñe y se pasea arriba y abajo. Creo que está intentando cerciorarse de si es capaz de soportar algo así. Sus trémulos labios avisan de que está conteniendo la tristeza y podría romperse en cualquier instante.

—Creo que no quiero saberlo, Cheryl —termina diciendo—. Sufrí demasiado cuando murieron mis padres, los únicos que he tenido, los únicos a los que puedo llamar como tales. No quiero sufrir más, no deseo más dolor...

—¿De verdad nunca te preguntaste cómo era posible que te parecieras tanto a Dylan?

Edmund ha decidido abandonar su silencio y le hace esa inesperada pregunta a Logan.

—No entiendo qué me quieres decir. Debió de ser algo casual, yo... —continúa diciendo, inquieto y desorientado.

—No fue casual, Logan. La respuesta es tan sencilla que casi da risa. Dylan y tú erais dos gotas de agua porque erais hermanos. Gemelos, concretamente.

—No... —Ahora sí, Logan se rompe. Sus ojos se cierran y su voz quebrada apenas puede salir de sus labios. Me mira a mí y asiento con la cabeza para corroborar las palabras del abogado—. ¿Me estáis diciendo que el ricachón era mi hermano?, ¿que he vivido en su casa, dormido en su cama y vestido su ropa sin saberlo?, ¿que ni siquiera pude hablarle ni verlo un instante?

—Sí —contesta Edmund—, Dylan era tu hermano.

—Dios... —murmura al tiempo que se tapa la cara con ambas manos.

No sabemos qué está pensando y eso nos tiene en un sinvivir. Sentimos su pena como la nuestra y Julie y Oliver ya han empezado a llorar. Incluso Valerie tiene los ojos brillantes de humedad.

—Entonces —prosigue Logan, todavía descompuesto—, eso quiere decir que mi madre...

—Soy yo.

No podía haber más dramatismo que apareciendo Maura en escena. Varios pares de ojos se posan sobre ella, varias bocas expulsan gemidos de sorpresa y varios rostros no pueden estar más conmocionados.

—Dios, Maura... —susurra Logan.

—Nunca supe de tu existencia —le aclara ella—, te lo prometo. Jamás pienses que te abandoné. Me dijeron que sólo había tenido un hijo.

—Pero ¿por qué? —demanda Logan—. ¿Qué clase de persona hace algo así?

—Eso es algo que aún intento entender —contesta la mujer.

Poco a poco, se ha ido acercando a su hijo, mientras éste permanece estático, como clavado al suelo. Al llegar a su lado, Maura levanta la mano y la posa en la mejilla barbuda de Logan.

—No dejé de sentir una fuerza invisible que me unía a ti —le cuenta mientras lo acaricia—. Desde que entraste en esta casa y en mi vida, me sentí más feliz y no dejé de cuestionarme si estaba

siendo buena madre por ello. Te quería y no tenía explicación. Todos creían que era porque veía en ti a Dylan, pero no era así. Yo sabía que te quería a ti, y no dejaba de sufrir porque consideraba que estaba traicionando a mi hijo...

Las lágrimas se deslizan por las mejillas de Logan, que, sin dudarlo, estrecha a Maura entre sus brazos. Ahora, las lágrimas se han transformado en un llanto desgarrador que los envuelve a los dos. Ambos se abrazan y lloran con fuerza, como si intentasen abrazar un poco de ese tiempo que les arrebataron.

—Eres mi madre, Maura —solloza Logan—. Eres mi madre...

—Mi niño —murmura ella una y otra vez—, mi niño...

Miro a mis amigos, que están llorando a moco tendido, igual que yo, igual que Edmund y Adeline, que no se ha perdido el momento. Una de las cosas que más nos han emocionado ha sido ver llorar a Maura Haynes. Jamás había soltado una lágrima delante de nadie, ni siquiera cuando su otro hijo murió. Sin embargo, ahora, un conmovedor llanto surge de su alma mientras abraza a su hijo, que también llora por haber encontrado a su madre.

# Epílogo

## *Un año más tarde*

Acaba de asomar el sol sobre la sombra que proyectan las montañas Three Sisters. Aunque sé de antemano que estamos a tan sólo una hora de Calgary, esto es como si estuviéramos en una dimensión paralela: aquí sólo hay silencio, belleza, quietud. Las altas montañas sustituyen a los rascacielos, los pájaros a los coches y el silencio al ruido.

Y pensar que hace nada vivía en Nueva York, la ciudad donde había residido desde que nací y que me parecía la mejor del mundo...

Son las nueve de la mañana y Logan y yo comenzamos a subir Heart Mountain. Los rayos del sol impactan contra las faldas de las montañas y se transforman en capas rosadas que cubren cualquier superficie. Estoy inquieta porque voy a subir por la ladera de una de esas montañas, algo que le llevo pidiendo a Logan desde el día en que me vine a vivir con él. No ha accedido a que vayamos en busca de alguna cima elevada y he tenido que conformarme con esta mezcla de montañismo y senderismo, pero entiendo su preocupación. Apenas me ha dado tiempo a aprender la técnica del alpinismo, a utilizar bien el arnés, las cintas y los mosquetones o a distinguir el mejor tipo de cuerda.

Aun así, estoy encantada de estar ascendiendo por este hermoso paraje, cubierto de álamos y abedules. Vuelvo a recordar los sonidos y olores de la Gran Manzana y es imposible no comparar y regodearse en todo lo nuevo que nos envuelve: olor a resina, a tierra mojada; el crujir de las agujas de pino y de los matorrales que vamos apartando.

—La próxima vez, cuando estés más preparada, subiremos a Big Sister —me propone Logan—, pero no tengas prisa. No has dejado de darme la tabarra para subir una montaña y esto es lo máximo que vas a tener, Cheryl. Es demasiado peligroso para alguien inexperto intentar escalar una cumbre más alta.

—Tengo la gran ventaja de tener como novio —le contesto— a un alpinista experimentado que, ahora, incluso, es instructor. Llevaba mucho tiempo queriendo saber qué se siente al subir a una cima.

—Es algo que no te podría describir con palabras —me explica, mostrando una expresión soñadora y risueña—. Es como haber subido a la cima del mundo. Sientes orgullo, satisfacción y, al mismo tiempo, una total sensación de paz y libertad. Ver que estás por encima de algunas cimas tan altas hace que te sientas un poco Dios.

—Entonces —le digo mientras seguimos ascendiendo, unidos por una cuerda a nuestros arneses—, ¿por qué no vuelves a hacerlo por tu cuenta, por el simple hecho de volverte a sentir así? Entiendo el motivo por el que lo dejaste, pero no sé si es suficiente que ahora lo hagas únicamente para dar clases...

—Cheryl —me corta—, he accedido a convertirme en instructor y a que nuestra agencia de senderismo ofrezca también las clases de alpinismo y escalada que yo mismo doy, pero, de momento, tengo bastante con eso.

—Perdona —acepto tras parar un instante y acariciar su rostro—, no quería presionarte.

—¿Sabes? —me pregunta cuando arrancamos de nuevo—. El día que hablamos de nuestro futuro

hace un año y convinimos que sería estar juntos, siempre pensé que tendría que abandonar todo esto y buscarme cualquier trabajo en Nueva York para poder estar a tu lado.

—Por poco no me meo de la risa con la cara que pusiste, como de «Madre mía, que voy a tener que irme otra vez de aquí y vivir en esa maldita urbe». No, Logan —suspiro—; tuve claro desde el primer momento que mi vida en aquella metrópoli había acabado... Desde que pasé la noche en tu casa frente al fuego, estuve segura de que quería eso para nosotros.

—Y no imaginas lo descansado que me quedé —ríe feliz—, a pesar de tus dos condiciones.

—Oh, sí, por supuesto. Fueron traerme a Adeline y poder trabajar en Canmore. No pensaba quedarme en casita esperándote. Además, siempre eché de menos dedicarme al derecho, lo que estudié. No me puedes negar que montar una asesoría para ofrecer ayuda legal en un pueblecito como Canmore fue todo un acierto.

—Yo sabía que, hicieras lo que hicieras, te iba a ir bien.

—Tengo que confesarte que llegué a temer que una vida idílica aquí, juntos, no podría ser posible... cuando Maura te ofreció darte el apellido Haynes que te corresponde, además de tu lugar en la corporación. Realmente, estás en todo tu derecho de exigirlo.

—No pude hacerlo, Cheryl. No sabemos si Haynes Corporation hubiese soportado el escándalo, pero no podíamos arriesgarnos. Me dolió rechazar la propuesta de mi madre, pero tengo todo lo que necesito para ser feliz.

—Y por eso te quiero tanto —le confieso mientras me detengo un instante a observar sus profundos ojos oscuros.

—Aún a veces —me sonrío con dulzura—, me pregunto cómo puedes amarme después de todo. Tú eres la mejor parte de los dos.

—Oh, no, perdona —replico con un punto divertido—, fui yo la que me quedé con el tío bueno, macizo y encantador al que perseguían todas las mujeres.

—No era a mí exactamente a quien perseguían. —Me sonrío.

—¡Pues claro que era a ti! Todos mis amigos me insistían en que, desde tu regreso, te habías vuelto más interesante y más follable.

—¿Follable? —pregunta con una adorable mueca.

—Exacto, follable. Porque dan ganas de follarte a todas horas. —Con voz sensual y expresión lasciva, me acerco a él y paso mi lengua por sus labios.

—Y luego dices que te enamoraste del interior... —bromea.

—Claro, de lo que guardas aquí. —Traviesa, coloco mi mano sobre su bragueta.

—¿Me estás pidiendo que te folle en medio del bosque? —inquieta, divertido.

—Llevo un montón de ropa —le digo entre risas—, pero con bajarme un poco el pantalón...

—Vamos, chica lujuriosa —me apremia mientras me da un azote en el culo y continúa la marcha—, será mejor que continuemos.

—Aguafiestas...

En realidad, tampoco quiero perderme hoy esta maravillosa experiencia. A ratos andamos más ligeros, otros tenemos que currárnoslo un poquito más, dependiendo de la dificultad del terreno. Pero, con todo, te acaba quedando una sensación vigorizante y reparadora. No dejo de inspirar con fuerza para recargar mis pulmones de este aire y, cuando siento el frío penetrar por mi garganta, recibo una dosis extra de energía.

Los últimos metros son los más difíciles. Tengo que sujetarme con las manos al suelo y a Logan

para no perder el equilibrio, pero, al llegar a la cima, emito un enorme suspiro de admiración. Todo el valle se extiende ante nosotros, enorme y espectacular, y en lo único en lo que puedo pensar es en que el esfuerzo ha valido la pena.

¡Cómo entiendo a Logan! Verte más alto que toda esta naturaleza que te rodea es como sentirte un poco Dios.

—Ven —me dice, cogiendo mi mano—, vayamos un poco más arriba.

—Debe de ser la falta de oxígeno por la altura —le digo mientras caminamos—, porque me ha parecido oír hablar a gente. —Frunzo el ceño mientras hago esa confesión. Es cierto que he creído oír voces...

—No sé de qué me hablas —responde Logan, respuesta que me parece bastante falsa.

—Oh, Dios, oh, Dios —murmuro al contemplar a todas las personas que nos esperan en mitad de la explanada que se prolonga tras la cima—. ¿Se puede saber qué es esto? ¿Y cómo han subido hasta aquí?

—En helicóptero —me susurra Logan.

—¿En... helicóptero? —Alucino totalmente.

Puedo distinguir desde aquí a Abigail, a Sally, su marido y sus hijos; a mis amigos, Valerie, Julie, Oliver y Liam, a los que hacía meses que no veía; a Susan, mi amiga de Vancouver; a mi querida Adeline y a Maura...

—Cheryl, cariño. —Cuando veo a Logan girarse hacia mí con una total expresión de amor, empiezo a ponerme muy muy nerviosa—. Una vez me dijiste que tu boda no fue la que habrías soñado. Por eso he decidido organizarte la que realmente te mereces. —Se inclina, posa una rodilla en el suelo y me muestra una cajita con un anillo que no sé ni de dónde ha sacado—. ¿Quieres casarte conmigo?

Debería sentir un poco de vergüenza al verme rodeada de gente, pero son nuestra familia y amigos —que además ahora mismo han desaparecido para mí—, por lo que mi emoción llega a límites insospechados.

—¡Sí! —respondo a gritos—. ¡Sí, sí, sí!

Me quito un guante y extiendo la mano para que pueda deslizarse en mi dedo anular un anillo que reconozco, pues era el mismo que él solía llevar en su dedo meñique y del que nunca me explicó su procedencia.

—Sé que no es una joya de brillantes, pero era de mi madre y tiene un especial valor para mí. De Emma —puntualiza.

—Gracias, Logan —le digo mientras intento que el momento no me haga llorar y contemplo el anillo en mi mano—. Pero ¿pretendes que nos casemos aquí y ahora?

—¿Para qué esperar? —contesta entusiasmado mientras se pone en pie—. ¿Te parece que hay lugar más bello que éste?

—No, claro que no —titubeo—. Pero con estas pintas que llevamos...

—Eso lo arreglamos enseguida.

Antes de que pueda darme cuenta de lo que me está diciendo, tengo a mis amigos a mi alrededor. Valerie se ha dejado crecer el pelo y está guapísima; Oliver, a pesar de llevar un anorak, se ha prendido una capa de lentejuelas moradas sobre la tela cuyo brillo te deslumbra cuando le da el sol; Julie sigue preciosa y desprende su innata alegría. Precisamente, es esta última quien extrae de su bolso una prenda blanca doblada que resulta ser un velo. Ella misma lo extiende de una sacudida y

me lo prende en el pelo con una pequeña diadema.

—Ya está —dice, satisfecha—. Ahora sí que eres una auténtica novia.

A continuación, se me acerca Liam, que va vestido con unos sencillos vaqueros y un grueso jersey y sigue llevando su característica barba de pocos días. Qué guapo que está. A pesar de que se alejó de nosotros por Valerie, seguimos manteniendo el contacto, por lo que en su momento le conté todo lo sucedido. Como el resto del grupo, supo guardar el secreto, aunque yo empezara dudando de Oliver y sus ansias por contar historias novelescas. Pero todos me han demostrado que primaron sus ganas por verme feliz.

—Y esto también es para ti. —Me ofrece un bonito ramo de novia, mezcla de diversas flores silvestres engalanadas con un lazo de raso color crema.

—Gracias, Liam. —Le doy un beso en la mejilla.

—¿Quieres que te acompañe yo mismo?

—¿Acompañarme... ?

Miro por encima de mi amigo y contemplo a Logan frente al notario que ha venido a officiar la boda, custodiado por Maura y Abigail como testigos. Igual que yo, sigue vestido con la ropa de montañismo, pero le han colocado una pajarita, una flor en la solapa del anorak y le han engominado el pelo. Sí, la elegancia brilla por su ausencia y parecemos sacados de una cutre fiesta de disfraces, pero, como él ha dicho, me parece la boda más romántica que haya podido soñar en mi vida.

Y yo me derrito al verlo. Está guapísimo, se ponga lo que se ponga, y, además, sé que lo que esconde en su interior lo hace el más atractivo de los hombres.

Me acerco del brazo de Liam y me coloco al lado de Logan.

—Nos hemos reunido en este precioso lugar...

El oficiante empieza a hablar mientras nosotros mantenemos nuestras manos unidas. Lo miro a los ojos, a esos ojos oscuros que me encandilaron desde que me miraron por primera vez. Apenas escucho el resto de palabras del notario, hasta que le toca el turno a Logan.

—Sí, acepto.

Ahora me toca a mí. Tampoco sé qué me está preguntando el hombre, sólo me invaden las ansias por contestar que sí, que éste es el hombre con el que quiero pasar el resto de mi vida.

—Sí, acepto.

—Puedes besar a la novia.

Cuántas veces nos habremos besado y, aun así, siento el mismo cosquilleo de siempre ante la anticipación de saber que va a unir sus labios a los míos. El calor de su boca y de sus brazos me envuelve por completo y sólo los vítores y los aplausos de los presentes hacen posible que me separe de él.

—¡Enhorabuena! —gritan todos a la vez mientras nos rodean y forman una enorme y disparatada piña a nuestro alrededor.

—Gracias —le susurro a Logan en medio de la vorágine de felicitaciones—. Por hacer posible que no olvide nunca este día.

—Ha sido un placer, señora Cavanagh —me susurra él a mí. Un cosquilleo de placer me inunda al escuchar su apellido unido a mí.

Cada uno de los abrazos que recibo me llena de felicidad, aunque especialmente intenso es el que recibo de Maura.

—Enhorabuena, Cheryl —me dice—. Vuelvo a ser tu suegra. —Ríe.

—Es verdad. —Río yo también—. ¿Y Edmund? —le pregunto—. Pensaba que vendría.

—Su relación con nosotros terminó en todos los sentidos, Cheryl.

—Siempre creí que lo acabarías perdonando.

—Lo siento —me contesta—. No hay perdón para lo que nos hizo a mi hijo y a mí. Y Robert... está muerto, pero tampoco podré perdonarlo nunca.

—Sigues siendo la implacable Maura Haynes —le digo con una mueca.

Ella sonrío, pero puedo leer en su mirada la tristeza que le produce recordar a su abogado y amigo, el hombre del que estaba enamorada y que la traicionó de una forma que ella considera imperdonable.

—Creo que ya va llegando el momento de que nos marchemos o acabaremos muertos de frío y yo prefiero seguir celebrándolo en casa. —Logan aparece a mi lado y me toma de la mano—. Cariño —me dice—, me hubiese gustado hacer el descenso a pie, pero, por falta de tiempo, tendremos que acompañarlos en el helicóptero.

—Me parece buena idea —acepto—. No quisiera arriesgarme a caer rodando ladera abajo, o alguien podría quejarse. —Me señalo el vientre y lo cubro amorosamente.

—¿Me estás diciendo que estás embarazada? —exclama con los ojos muy abiertos—. ¡Por Dios, Cheryl, deberías habérmelo dicho antes de trotar por una montaña!

—Tranquilo —lo calmo—. De momento, dejaré de darte la tabarra con lo de subir montañas. Y no sé hasta cuándo, porque te recuerdo que éste es el primero de los cuatro que quiero.

—Voy a tener que emplearme a fondo —me susurra al oído—. Sobre todo, para acertar cuatro veces.

—A no ser —le respondo—, que aciertes de manera doble alguna de ellas.

—¿Te refieres a gemelos?

—Vendría de familia —le recuerdo.

—Eso me gustaría —contesta emocionado.



# Notas

1 Lo lamento, en francés. (*N. de la e.*)

# Referencias a las canciones

*Thinking out loud*, Copyright: © 2014 Asylum Records UK, a Warner Music UK Company, except track 16 2013 Warner Bros. Entertainment Inc. and Metro-Goldwyn-Mayer Pictures Inc. © 2014 Asylum Records UK, a Warner Music UK Company, interpretada por Ed Sheeran. (*N. de la e.*)

*Perfect*, Copyright: © © 2017 Asylum Records UK, a division of Atlantic Records UK, a Warner Music Group Company, interpretada por Ed Sheeran. (*N. de la e.*)

# Biografía

Vivo en Lliçà d'Amunt, un pueblo cercano a Barcelona, junto a mi marido, mis dos hijos adolescentes y dos gatos.

Después de años alejada de los estudios, porque nunca es tarde, obtuve hace poco el título de Educadora Infantil, algo vocacional que llevaba demasiado tiempo deseando hacer, aunque ejercer en estos tiempos haya resultado demasiado complicado.

Y como yo parezco hacerlo todo un poco tarde, hace sólo algo más de un año decidí autopublicar mi primera novela, a la que ya han seguido algunas más. De esta experiencia maravillosa sólo puedo tener palabras de agradecimiento para mi familia, la auténtica sufridora de mis horas frente al ordenador, y para tantas y tantas personas que me han apoyado, animado y felicitado, tanto cercanas como en la distancia. Y sobre todo para esos lectores que disfrutan con mis historias, sin los que toda esta locura, a estas alturas de mi vida, no hubiese podido ser una realidad.

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:  
<https://www.facebook.com/lina.galangarcia?fref=ts>



# Agradecimientos

Mientras dure esta maravillosa andadura, les agradeceré eternamente a mi marido y mis hijos que puedan hacer posible este sueño que estoy cumpliendo a estas alturas de mi vida. Son constantes sus muestras de ánimo, de apoyo, de cariño y de orgullo hacia mí, a pesar del esfuerzo que nos cuesta a todos. Insisto, gracias por vuestra comprensión. Yo también estoy orgullosa de vosotros porque sentís el mismo amor por los libros que yo.

Gracias también a mis padres, por esa ayuda incondicional que me brindan siempre; a mis hermanos, por tenerlos cuando me hacen falta.

Gracias también a Montse, mi amiga, mi lectora. Cuántos años juntas... Gracias a Coral, mi amiga en la distancia, algo que no nos parece que exista por la increíble conexión que sentimos. Eres muy especial, mi niña.

Gracias a mis primas, Loli y Paqui, por convertirse en mis asiduas lectoras. No sé si te alcanza, Paqui, la emoción que me producen las cosas tan bonitas que me dices.

Millones de gracias a tantas personas, cuya lista de nombres sería demasiado larga, que me hablan a través de las redes, que me animan, que me alaban, que me emocionan con sus mensajes o me piden una nueva historia. Sois las que lo hacéis posible, tenedlo muy en cuenta.

Por último, gracias a Esther, mi editora. Para mí, sigues siendo esa hada maravillosa que hace sueños realidad. Ni imaginas lo que has cambiado mi vida.

¡¡¡GRACIAS A TODOS!!!

*El impostor*  
Lina Galán

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Lina Galán, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2019

ISBN: 978-84-08-20508-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta